

UC-NRLF

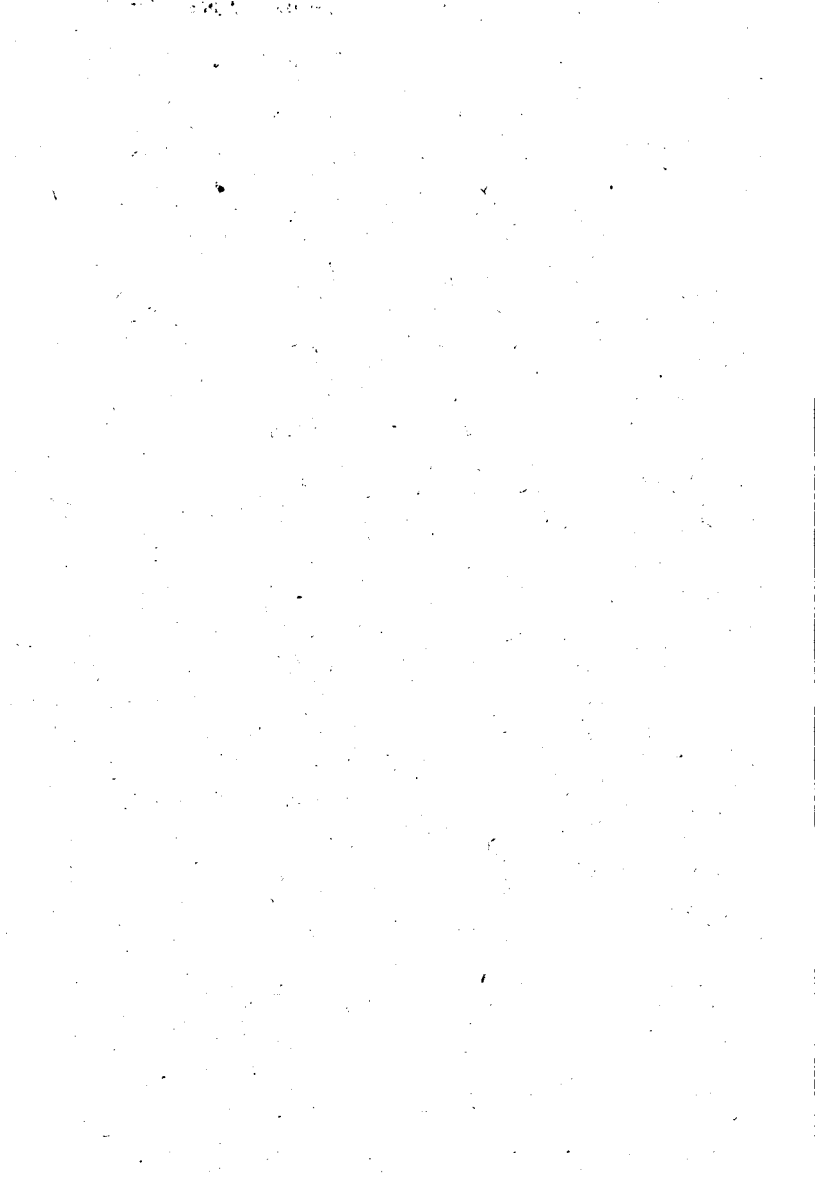


QB 246 568

B

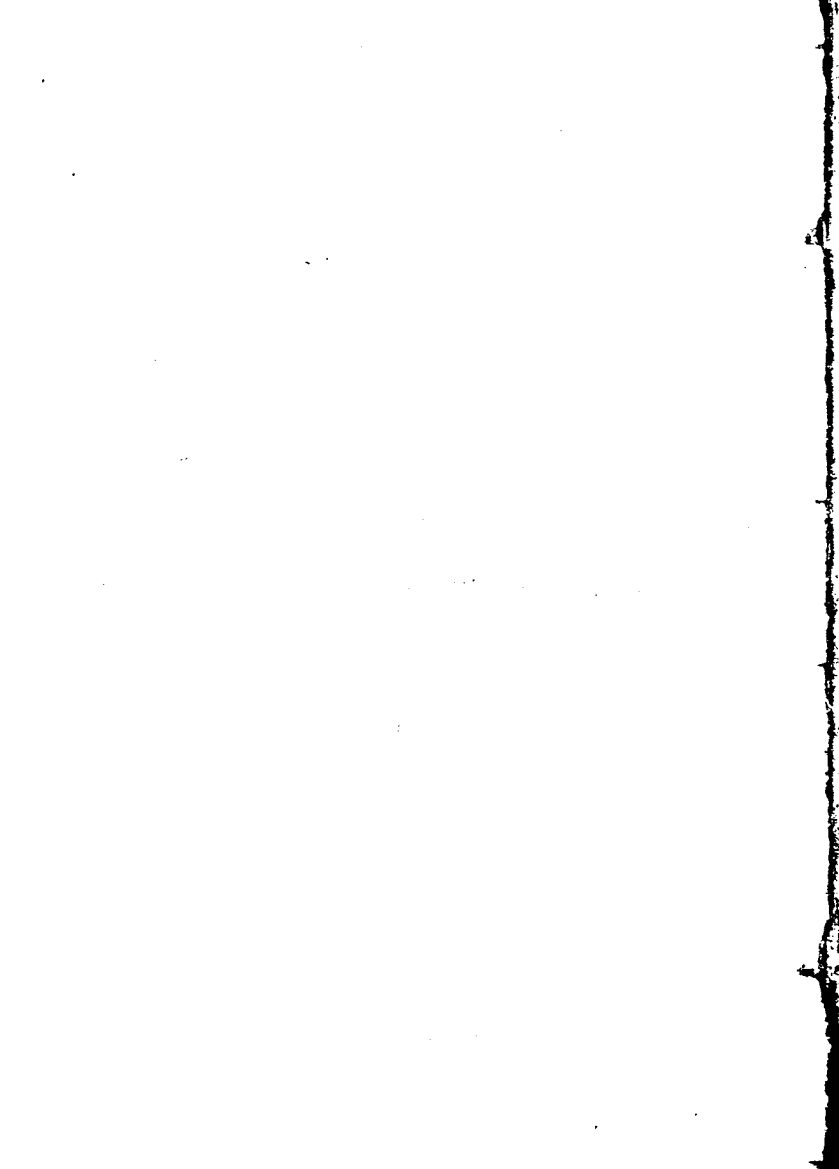
IBLIOTECA

CLÁSICA.



SAN AGUSTÍN

LA CIUDAD DE DIOS



BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CLXXII

LA
CIUDAD DE DIOS

OBRA ESCRITA POR EL PADRE DE LA IGLESIA

SAN AGUSTÍN

OBISPO DE HIPONA

traducida directamente del latín

POR

D. JOSÉ CAYETANO DÍAZ DE BEYRAL

TOMO I

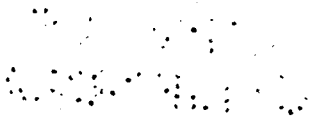
MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a
calle del Arenal, núm. 11

1893

1893
A1406
116

J. C. CEBRIAN



PRÓLOGO

Para dar á conocer la vida y escritos de San Agustín sería preciso escribir la historia filosófica y religiosa de los siglos IV y V, porque el rasgo característico del más ilustre de los Padres de la Iglesia latina, que por la inmensidad de sus trabajos sobresale entre los doctores de la Iglesia, es ser más filósofo que todos ellos; á tal punto, que, de nacer dos siglos antes y en Atenas, en vez de Tagaste, llegara á ser famoso discípulo de Platón y afortunado rival de Plotino. Pero en el siglo IV, y en medio de las luchas de la Iglesia con los gentiles y los cismáticos, la febril actividad de San Agustín no podía quedar satisfecha con rejuvenecer un sistema filosófico, aunque fuera el espiritualista de Platón. El mismo impulso que le llevó del materialismo de Manes á la filosofía de Platón, le echó después en los brazos de Jesucristo para ser cristiano, sacerdote y obispo, y siempre filósofo.

Apenas hay escrito suyo donde no estén unidas la fe del cristiano y la razón del filósofo; pero en ninguno aparece con tan grande esplendor esta alianza como en su obra maestra, en la célebre CIUDAD DE DIOS, primer tratado de filosofía de la historia, y aun pudiera decirse de la filosofía del cristianismo, donde San Agustín, después de largos años dedicados á pacificar las almas, establece para siempre la unión de la filosofía espiritualista con el dogma cristiano.

Nadie ha escrito la vida de San Agustín mejor que él mismo en sus *Confesiones*, y como esta obra admirable formará parte dentro de poco tiempo de la BIBLIOTECA CLÁSICA, sería ocioso entrar aquí en detalles biográficos que podrán leerse en la citada obra con el deleite que inspira la brillantez de estilo y la cristiana ingenuidad del Santo. Baste decir que nació en Tagaste, pueblo de la Numidia, en Africa, en el año de 354, siendo hijo de padre pagano y madre cristiana, Santa Mónica; que en su pueblo natal hizo los primeros estudios, los continuó en Madaura, y finalmente en Cartago; que se dedicó preferentemente á la elocuencia y á la filosofía, enseñando la retórica en Cartago, en Roma y principalmente en Milán, donde se convirtió al cristianismo por la influencia que en su ánimo ejercieron las predicaciones de San Ambrosio, obispo de aquella diócesis.

Mucho se ha hablado de los desórdenes juveniles de San Agustín, acaso por la dureza con que él mismo los censura en sus *Confesiones*, juzgándolos desde el punto de vista de la perfección cristiana; pero, bien considerados los extravíos de conducta que tanto anatematiza, no pueden estimarse más graves que los de otros muchos jóvenes de aquel tiempo y de todas las épocas. Cierto es que contrajo, siendo pagano, relaciones ilícitas con una joven de quien tuvo á su hijo Adeodato; pero ni abandonó á la madre hasta que trece ó catorce años después del nacimiento de Adeodato quiso ella ingresar en un convento, ni al hijo, que á su lado estuvo hasta que, joven aún, perdió la vida.

El ardiente y batallador temperamento de San Agustín le infundió desde sus primeros años el deseo de investigar la verdad: la lucha de ideas y sentimientos entre el paganismo y el cristianismo acaso la encontró desde su infancia en su propia casa y en el seno de su familia. Fuera de ella y durante sus estudios había de estar en continuas relaciones con los herejes, tan numerosos en el siglo IV. En todas partes

veía la controversia, la discusión, el apasionado debate entre las ideas antiguas y las nuevas, entre la doctrina cristiana y las herejías de los primeros reformadores.

Lo mismo la religión de Jesucristo que la filosofía de Platón enseñaban á San Agustín que sobre las vicisitudes de los tiempos y las limitaciones del espacio, anterior á la Humanidad, á la Naturaleza y á toda existencia finita, está el Ser eterno, inmutable, única fuente de los seres: Dios.

Dios es uno y trino. Esta misteriosa trinidad sospecháronla algunos sabios, la consagró el Evangelio, la definió la Teología y la enseñó la Iglesia á todos los hombres. Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, es decir, ser, inteligencia y amor; pero cuando la razón investiga en esta variedad de la naturaleza divina lo que forma la unidad, la esencia, encuentra que Dios es el bien. La idea del bien es la primera de todas las ideas, como Dios es el primero de todos los seres. La idea del bien no sólo explica la esencia de Dios y el desarrollo interior de sus potencias, sino también su obra exterior: la creación.

El poder creador de Dios eterno é inmenso, es independiente del espacio y del tiempo; y del seno de su eternidad é inmensidad inmutables nacen, por su voluntad, el tiempo y el espacio con todos los seres destinados á vivir en ellos. Pero ¿por qué Dios, que es perfecto en sí y se basta á sí mismo, quiere ser fecundo y creador y dar vida á lo que no existe? A esta pregunta contestan de igual manera el Cristianismo y Platón: porque es bueno.

La creación del mundo, como obra de Dios, que es sumo bien, es obra buena. Pero en el mundo existe el mal en constante lucha con el bien, lucha que forma el fondo de la vida humana y de todas las cosas, y no pudiendo ser el mal obra de Dios, ha de originarse en las criaturas. Entre éstas, el ser humano, que tiene alma formada á imagen de Dios, y los ángeles, donde

brilla aún más pura la imagen del Creador, están dotados de libertad. Satanás fué creado bueno, como los demás ángeles; pero era libre y pecó, pecado irreparable que ha originado todos los demás. El estado natural de la creación angélica es vivir al lado de Dios. Este era el de Satanás, y, como los demás ángeles, gozaba de la dicha inefable que produce la contemplación de la verdad, de la belleza y del bien; pero la satisfacción de la propia belleza y la soberbia le hicieron creer que era igual á Dios, y quiso separarse de su principio para ser por sí mismo principio y Dios. El orgullo le hizo soberbio; la soberbia, rebelde, y la rebeldía, malo y desdichado. Con Satanás cayeron los demás ángeles que preferían adorarse á sí propios á permanecer unidos á Dios.

Tal es el origen del mal en el mundo, y la CIUDAD DE DIOS debiera llamarse el libro *de las dos ciudades*, porque su objeto es la lucha de la ciudad de Dios contra la ciudad del diablo, el combate del bien contra el mal.

El hombre, aunque inferior al ángel, también ha sido creado bueno; pero es libre y puede, por efecto de su libertad, perder la paz y la dicha. Cuando, en vez de ser obediente á Dios se rebela, el desorden llega á ser regla de su vida, y así la falta de nuestros primeros padres originó el vicio del género humano, condenando al hombre al dolor, á las necesidades, al trabajo, á la decadencia y á la muerte. Pero la muerte corporal sería sólo preludio de otra más funesta, la del alma, es decir, de la sentencia que separase eternamente el alma de Dios, si las leyes de la justicia eterna no tuvieran un contrapeso en los tesoros de la eterna bondad.

La caída de la Humanidad no era irreparable. Dios la tenía destinado un Salvador, que había de ser Él mismo encarnado en el hombre. De aquí que el destino terrestre del género humano se divida en dos épocas: una que prepara el advenimiento del Hombre-Dios, y

otra que desarrolla sus efectos. En la primera sólo un pueblo elegido por Dios guarda el depósito de la verdad. Aun en este pueblo, que únicamente conoce los misterios del porvenir por las palabras de los profetas, estalla la lucha del bien y el mal, siendo su primer símbolo la muerte de Abel. Anunciado por los profetas, presentido por la sabiduría de los filósofos y la inspiración de los poetas, aparece Dios en figura humana, que, desde la Cruz, llama y abraza al género humano.

Pero el gigantesco Imperio Romano empieza á quebrantarse; el trabajo de destrucción, que comenzó con las guerras civiles, lo continúa la perversión de las costumbres, y los bárbaros se acercan para consumarlo. Por entre tantas ruinas avanza la Iglesia, que, desde un rincón del mundo casi ignorado, crece y se propaga rápidamente entre los pueblos. Las herejías sólo consiguen afirmar los dogmas, y las persecuciones aumentar el número de fieles. La doctrina que siembran los apóstoles con su palabra, la fecundizan con su sangre los mártires. Dominadora, al fin, del Imperio y de los bárbaros, contempla la Iglesia serenamente la toma de Roma por Alarico, desastre que asombró al mundo.

Tal es el origen, progreso y término de las dos *ciudades* cuyos destinos refiere San Agustín. Esta filosofía de la historia, fundada en una filosofía completa del dogma cristiano, encuéntrase contenida en los doce últimos libros de LA CIUDAD DE DIOS, y como portada de tan grandioso edificio, portada verdaderamente monumental, escribió el Santo los diez primeros destinados á confundir á los paganos y á convertir á los filósofos.

Bajo la impresión de la acometida de los bárbaros, guiados por Alarico, eran numerosos los que echaban de menos los antiguos dioses, y atribuían la causa de tan gran desastre á la abolición de su culto. San Agustín les demuestra, con la historia de Roma en la

mano, la impotencia, la ineficacia de aquellas divinidades imaginarias. Grandioso unas veces, sagaz otras, escolástico no pocas, entre sus innumerables argumentos de detalle los hay más ingeniosos que sólidos, más impresionables que exactos, más llenos de agudeza y de ironía que luminosos y decisivos. A sus adversarios, los grandes teólogos del paganismo, Scévola, Varrón, Antistio Labeón, les prueba que el verdadero principio de sus creencias es el panteísmo materialista, la adoración de la Naturaleza, la idolatría de la carne, y dirigiéndose á los discípulos de Plotino y Porphyrio, distingue dos especies de filosofía: la filosofía de los sentidos, que rechaza, y la filosofía del espíritu, que acepta y enaltece. Combate con sus antiguos amigos los platónicos, demostrándoles que la verdadera religión, la más de acuerdo con sus principios filosóficos no es la pagana, hija de la carne y de los sentidos, sino la que adora á Dios como espíritu y fuente de toda verdad. Esta polémica insinuante, vehementemente, sutil, apasionada, pero siempre leal, se encamina á demostrar la alianza necesaria de la filosofía espiritualista y del cristianismo.

Veamos cómo se forma gradualmente en el ánimo de San Agustín este gran pensamiento que domina toda su vida, y que, apareciendo á intervalos en sus diversas obras, tiene su gran desarrollo en LA CIUDAD DE DIOS.

Sabido es que antes de ser cristiano fué San Agustín maniqueo, y que la lectura de los filósofos platónicos contribuyó grandemente á apartarle de las ilusiones y de los errores de su juventud. Diez y nueve años contaba, y vivía en Cartago devorado por las pasiones, compartiendo el tiempo entre placeres sensuales y el estudio de la literatura y de la elocuencia, como medio de realizar su ardiente deseo de gloria, cuando cayó en sus manos uno de los libros de Cicerón, el *Hortensio*, en el que expone Marco Tulio los diferentes sistemas filosóficos, sin mostrar preferencia

por ninguno. El mismo San Agustín, en sus *Confesiones*, dice el efecto extraordinario que esta lectura produjo en su ánimo, inspirándole la afición á los más elevados problemas. Estaba, sin embargo, tan apartado del positivo camino de la verdad, que el primer efecto de sus nuevas reflexiones fué dejarse seducir por las doctrinas de los maniqueos.

Uno de los diversos problemas que preocupan al hombre sobreponíase á todos los demás en el ánimo de San Agustín, por agitar á la vez su corazón y su entendimiento: el problema del origen del mal. Conocía el mal; no podía comprender que viniese de Dios, y no veía que el mal efectivo es obra del hombre. Careciendo entonces de la idea de Providencia y del concepto de la responsabilidad humana, presentóse á su espíritu el maniqueísmo, con su hipótesis de los dos principios, uno que explica el bien y otro que pretende explicar el mal. Los que rejuvenecieron esta antigua tradición de la mitología persa la habían asociado á una especie de cristianismo, y afectaban excesiva severidad de costumbres. Uno de los más célebres doctores de esta doctrina, *Fausto*, la exponía con tan grande y persuasiva elocuencia, que sedujo á San Agustín hasta el punto de convertirle; pero, meditando en la idea de los dos principios, encontraba un argumento decisivo para entibiar sus creencias y su adhesión á los sectarios del maniqueísmo. Si hay un principio bueno, les decía, es contradicción evidente suponer que se corrompa hasta convertirse en malo. Si el principio bueno es incorruptible, ¿por qué entra en lucha con el principio malo? ¿Por qué sufre que á veces se apodere éste de la porción suya que constituye el alma humana, y que, según decís, necesita para purificarse nueva intervención del principio bueno?

Estas dudas que el maniqueísmo le inspiraba inducíanle en más de una ocasión al escepticismo, y él mismo nos dice que á la edad de treinta años, no pu-

diendo continuar en el maniqueísmo ni vencer las prevenciones que tenía contra el cristianismo, creyó que el término de la sabiduría humana era la duda; pero en la duda no podía permanecer largo tiempo un alma tan sedienta de fe como la de San Agustín. «Al salir de este error (el maniqueísmo), dice (1), entré en otro. Habíame hecho un Dios de no sé qué substancia extensa hasta lo infinito en todos los lugares y en todos los espacios imaginables; tomé por Vos, Señor, este fantasma vano y púsele en mi corazón, que, convertido en templo del nuevo idolo, era á vuestros ojos objeto de abominación.»

La idea panteísta, que se había apoderado de su mente, la expresa San Agustín en estos términos: «Os concebía, Señor, como substancia infinita que envolvía y penetraba la masa limitada del Universo, extendiéndose fuera de él por todas partes, como podría imaginarse un mar infinito y en medio de él una esponja de grandísimo tamaño, pero finita, que este mar penetrara y abarcara por completo. Así concebía yo la masa finita de vuestras criaturas, llena de vuestra substancia infinita.»

De esta suerte pasó el entendimiento de San Agustín del maniqueísmo al escepticismo; del escepticismo á una especie de panteísmo que le permitía distinguir, aunque confusamente, al Creador de la creación; aunque la idea de un Dios que ocupa el espacio á manera de fluido constituye, de todas las especies de panteísmo, la que más se aleja de la verdad. En medio de estas agitaciones de su espíritu, de estas ideas contradictorias, subsiste un error único y fundamental: la falta de toda idea de lo que es puramente espiritual; la libertad, la justicia, el alma inmortal, Dios. San Agustín sólo comprendía entonces lo que afecta á los sentidos.

Tales eran las ideas dominantes en el ánimo de San

(1) *Confesiones*, libro IV, cap. XIV.

Agustín á los treinta y un años de edad. Conocía los libros y las doctrinas del cristianismo; pero ni los ruegos de su madre, ni la lectura de las Santas Escrituras á que se dedicó con ardor después de la revolución moral que le produjo el *Hortensio*, pudieron convencerle ni triunfar de su materialismo. Esta empresa corresponde por completo á la filosofía de Platón. El mismo San Agustín dice que un aficionado á la filosofía le entregó algunas obras de los platónicos, traducidas del griego al latín por un retórico célebre entonces, Victorino.

Iniciado por la filosofía de Platón en el sentimiento de su ser espiritual y en el concepto de la verdadera realidad, ve San Agustín disiparse todas las quimeras del maniqueísmo y del panteísmo, y cuantas dudas habían atormentado su espíritu. Dios es ya á sus ojos el principio espiritual, invisible, ideal de toda verdad, de toda justicia, de toda belleza; Ser de los seres, que vive dentro y fuera del Universo, no por grandeza y extensión materiales, sino como causa interna, como eterna fuente de existencia y de vida. Este Ser único y universal, siendo esencialmente bueno, siendo el bien mismo, no puede contener en sí principio absoluto del mal. Cuanto existe tiene su esencia en Dios, y es, por tanto, bueno.

Á la luz del espiritualismo platónico, el espectáculo de la creación se transforma; el mal en los seres desprovistos de razón y de voluntad tiene que ser una inferioridad de su naturaleza, y en los seres racionales y libres un desfallecimiento de su voluntad, que se aparta del verdadero bien, dejándose seducir por bienes inferiores.

Pero la filosofía de Platón no satisface por completo el ardiente deseo de San Agustín por descubrir la verdad: sólo la religión puede infundir en su ánimo una tranquilidad perfecta. La filosofía enseña verdades especulativas, pero no da á la voluntad la fuerza necesaria para transformarlas en verdades prácticas. «Pla-

tón, dice San Agustín, me ha dado á conocer el verdadero Dios; Jesucristo me ha mostrado la vía para llegar á Él.» Esta vía es el mismo Jesucristo, que une y reconcilia las dos naturalezas, separadas por la caída voluntaria del hombre.

Tales son las fases sucesivas que recorre el espíritu de San Agustín. En la lectura del *Hortensio*, de Cicerón, se inicia su vida intelectual. Á los diez y nueve años es maniqueo; á los treinta, desengañado ya del dualismo de esta secta, vacila entre el escepticismo y el panteísmo; á los treinta y uno se apodera de él la filosofía espiritualista de Platón, y un año después, sin dejar de ser platónico, se hace cristiano y recibe el bautismo de manos de San Ambrosio. Sucesivamente materialista, platónico y cristiano, la historia de sus ideas expresa la evolución natural de un gran talento. La verdadera filosofía le aparta del sensualismo y le pone en camino de la religión, que en el alma de San Agustín se une á la filosofía para ser práctica y fecunda. Por eso enseñará que para emanciparse del error es preciso primero ser filósofo, y para poseer toda la verdad ser á la vez filósofo y cristiano.

La vida de San Agustín, desde que recibió el bautismo, estuvo consagrada por completo á enaltecer la religión. Renunció á la enseñanza de la retórica; volvió á su patria, Tagaste; vendió y repartió sus bienes; ordenóle de presbítero el obispo de Hipona, Valerio; sucedió á éste en el obispado en el año de 395; en sus sermones y en sus numerosas obras combatió todas las herejías de su tiempo, y en varios concilios defendió la disciplina de la Iglesia.

Murió en Hipona, mientras la sitiaban los vándalos, el 28 de Agosto del año 430, á la edad de setenta y seis años, y murió sin hacer testamento, porque, como dice Posidio, que escribió su vida, *este hombre de Dios nada poseía*.

La grandeza del genio de San Agustín ha inspirado siempre universal admiración, y la reconocen lo mis-

mo los católicos que los protestantes. «La Iglesia, dice Lutero, no tuvo desde los Apóstoles doctor más eminente que San Agustín.»

Su obra admirable LA CIUDAD DE DIOS cierra, en cierto modo, los tiempos antiguos, y, realizando la constitución de la Iglesia, da comienzo á la era de los tiempos modernos.

LA CIUDAD DE DIOS

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

De los enemigos del nombre cristiano, y de cómo éstos fueron perdonados por los bárbaros, por reverencia de Cristo, después de haber sido vencidos en el saqueo y destrucción de Roma.

En esta obra, que va dirigida á ti, y te es debida, mediante mi palabra, Marcelino (1), hijo carísimo, pretendo defender la gloriosa Ciudad de Dios, «así la que vive y se sustenta con la fe (2) en el discurso y mudanza de los tiempos, mientras es peregrina entre los pecadores, como la que reside en la estabilidad del eterno descanso, el cual espera con tolerancia hasta que la Di-

(1) Existen entre las cartas de San Agustín algunas dirigidas á Marcelino, y otras de éste contestando á las del santo obispo. La amistad y estrechez que habia entre ambos, se fomentó cuando residian en África, cada uno en sus respectivos encargos; así lo testifica Orosio: en esta época, gobernando el Imperio de Oriente Honorio, y siendo su colega Constantino, se restituyó á la Iglesia de África la deseada paz, en cuyo proyecto, como en otros sumamente útiles al lustre y extensión del dogma católico, trabajó con mucho ardor Marcelino, Tribuno y Prefecto, hombre prudente y sabio.

(2) Habacuc, cap. II. *Justus ex fide vivet.*

«Vina Justicia, venga a juicio» (1), y ha de conseguirle después completamente en la victoria final y perpetua paz que ha de sobrevenir; pretendo, digo, defenderla contra los que prefieren y dan antelación á sus falsos dioses, respecto del verdadero Dios, Señor y Autor de ella: encargo es verdaderamente grande, arduo y dificultoso; pero el Omnipotente nos auxiliará para efectuarle, como lo exige su dignidad y naturaleza. Por cuanto estoy suficientemente persuadido de las copiosas luces, nervio y eficacia que son necesarias para dar á entender á los soberbios cuán estimable y magnífica es la virtud de la humildad, con la cual todas las cosas terrenas, no precisamente las que usurpamos con la arrogancia y presunción humana, sino las que nos dispensa y hace merced la Divina gracia, trascienden y sobrepujan las más altas cumbres y eminencias de la tierra, que con el transcurso y vicisitud de los tiempos, están ya como presagiando su ruina y total destrucción. El Rey, fundador y legislador de la Ciudad de que pretendemos hablar, es, pues, aquel mismo que en la Escritura indicó con las señales mas evidentes á su amado pueblo el genuino sentido de aquel celebrado y divino oráculo cuyas enérgicas expresiones claramente expresan «que Dios se opone á los soberbios, pero que al mismo tiempo concede su gracia á los humildes» (2). Pero este particular don, que es propio y peculiar de Dios, también le pretende el inflado espíritu del hombre soberbio envanecido, queriendo que entre sus ala-

(1) San Paul. ad Rom., cap. VIII. *Justitia convertatur in judicium.*

Psalm. 93. *Quoniam in justitiam convertetur judicium: cujus textus intelligenda sunt de consummatione Sæculi.*

(2) San Jacob., ep., cap. IV.

S. Petrus, ep. I, cap. III. *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.*

banzas y encomios se celebre como un hecho digno de la recordación de toda la posteridad, «que perdona á los humildes y rendidos y sujeta á los soberbios» (1). Y así, tampoco pasaremos en silencio acerca de la Ciudad terrena (que mientras más ambiciosamente pretende reinar con despotismo, por más que las naciones, oprimidas con su insoportable yugo, la rindan obediencia y vasallaje, el mismo apetito de dominar viene á reinar sobre ella) (2) nada de cuanto pide el instituto de esta obra, y lo que yo penetro con mis luces intelectuales, hijos de esta misma ciudad son los enemigos contra quienes hemos de defender la Ciudad de Dios, no obstante que muchos, abjurando sus errores, vienen á ser buenos ciudadanos; pero la mayor parte la manifiestan un odio tan inexorable y eficaz, mostrándose tan ingratos y desconocidos á los evidentes beneficios del Redentor, que en la actualidad no podrían mover contra ella sus maldicientes lenguas, si cuando huían el cuello de la segur vengadora de su contrario, no hallaran la vida, con que tanto se ensorbecen, en sus sagrados templos. Por ventura, ¿no persiguen el nombre de Cristo los mismos romanos, á quienes, por respeto y reverencia á este gran Dios, perdonaron la vida los bárba-

(1) Virgilio, en la *Eneida*, 6, después de haber referido las alabanzas de otras naciones que se anteponían á los romanos en la literatura, riquezas, política... volviendo á éstos repentinamente, dice:

*Turegere Imperio populos Romanæ memento
Hæ tibi erunt artes, pacique imponere morem,
Parcere subjectis, et debellare superbos.
Paci imponere morem...*

(2) Es antiguo axioma que los oprimidos lloran la dura servidumbre que sufren bajo un tirano, al mismo tiempo que éste es esclavo de sus liviandades y deleites, como del Rey de los Persas decía Diógenes Cínico, y Ciceron en sus Paradojas de César.

ros? Testigos son de esta verdad las capillas de los mártires y las basílicas de los apóstoles, que en la devastación de Roma acogieron dentro de sí á los que precipitadamente, y temerosos de perder sus vidas, en la fuga ponían sus esperanzas, en cuyo número se comprendieron no sólo los gentiles (1) sino también los cristianos. Hasta estos lugares sagrados venía ejecutando su furor el enemigo; pero allí mismo se amortiguaba ó apagaba el furor del encarnizado matador, y, al fin, á estos sagrados lugares conducían los piadosos enemigos á los que, hallados fuera de los santos asilos, habían perdonado las vidas para que no cayesen en las manos de los que no usaban ejercitar semejante piedad; por lo que es muy digno de notar que una nación tan feroz, que en todas partes se manifestaba atroz y sanguinaria, haciendo crueles estragos, escudada con el derecho de enemigos, luego que se aproximó á los templos y capillas, donde la estaba prohibida su profanación, así como el ejercer las violencias que en otras partes la fuera permitido por derecho de la guerra, refrenaba del todo el ímpetu furioso de su espada, desprendiéndose igualmente del afecto de codicia que la poseía de hacer una gran presa en ciudad tan rica y abastecida. De esta manera libertaron sus vidas muchos que al presente infaman y murmuran de los tiempos cristianos, imputando á Cristo los trabajos y pena-

(1) Gentiles llama San Agustín á los paganos, y así son generalmente entendidos; la acepción de este vocablo viene de que, como después de bautizado Constantino en el siglo iv por el Papa Silvestre I, la mayor parte de los vasallos ejecutasen lo mismo, especialmente los que residían en la Metropoli y ciudades subalternas, prohibiéndose todo sacrificio en éstas á los dioses, los gentiles, á quienes se les denegaba estas funciones, se retiraban á las aldeas para hacer sus sacrificios y plegarias, las que los latinos llamaban pagi ó pagos, y de aquí proviene llamarlos paganos.

lidades que Roma padeció, y no atribuyendo á este gran Dios el beneficio incomparable que consiguieron, por respeto á su santo nombre, de conservarles las vidas; antes por el contrario, cada uno respectivamente hacia depender este feliz suceso de la influencia benéfica del hado, ó de su buena suerte, cuando, si lo reflexionasen con madurez deberían atribuir las molestias y penalidades que sufrieron por la mano vengadora de sus enemigos, á los inexcrutables arcanos y sabias disposiciones de la Providencia Divina, que acostumbra corregir y aniquilar con los funestos efectos que presagia una guerra cruel é intermisible, los vicios y las corruptas costumbres de los hombres (1), y siempre que los buenos hacen una vida loable é incorregible, suele á veces ejercitar su paciencia con semejantes tribulaciones, para proporcionarles la aureola de su mérito; y cuando ya tiene probada su conformidad, dispone transferir los trabajos á otro lugar, ó detenerlos todavía en esta vida para otros designios, que nuestra limitada transcendencia no puede penetrar. Deberían, por la misma causa, estos vanos impugnadores, atribuir á los tiempos en que florecía el dogma católico la particular gracia de haberles hecho merced de sus vidas los bárbaros, contra el estilo observado en la guerra, sin otro respeto que por indicar su sumisión y reverencia á Je-

(1) Consta por la Historia Romana de que éstos fueron morigerados y adictos á la justicia, frugalidad y buena conducta siempre que se hallaban en guerra abierta con alguna nación, especialmente en las primeras décadas de su nueva República; pero cuando gozaban de los bellos frutos de una paz sólida, daban rienda suelta á sus vicios, por cuyo motivo, habiendo sido ensalzados sobre la cumbre de toda felicidad humana, al fin su soberbia, infidencia, vicios, indolencia, molicie y desenvoltura los condujo á un abismo de reiteradas desgracias, que sumergió el nombre de aquellos que con solo este dictado habían subyugado todo el universo habitado.

sucristo, concediéndoles este singular favor en cualquier lugar que los hallaban, y con especialidad á los que se acogían al sagrado de los templos dedicados al augusto nombre de nuestro Dios (los que eran sumamente espaciosos y capaces de una multitud numerosa), para que de este modo se manifestasen superabundantemente los rasgos de su misericordia y piedad. De esta constante doctrina podrían aprovecharse para tributar las más reverentes gracias á Dios, acudiendo verdaderamente y sin ficción al seguro de su santo nombre, á efecto de libertarse por este medio de las perpetuas penas y tormentos del fuego eterno, así como de su presente destrucción; porque muchos de estos que veis, que con tanta libertad y desacato hacen escarnio de los siervos de Jesucristo, no hubieran huído de su ruina y muerte si no fingiesen que eran católicos, y ahora su desagradecimiento, soberbia y sacrilega demencia, con dañado corazón se opone á aquel santo nombre, que en el tiempo de sus infortunios le sirvió de antemural; irritando de este modo la divina justicia y dando motivo á que su ingratitude sea castigada con aquel abismo de males y dolores que están preparados perpetuamente á los malos, pues su confesión, creencia y gratitud fué, no de corazón, sino con la boca, por poder disfrutar más tiempo de las felicidades momentáneas y caducas de esta vida.

CAPÍTULO II

Que jamás ha habido guerra en que los vencedores perdonasen á los vencidos por respeto y amor á los dioses de éstos.

Y supuesto que están escritas en los anales del mundo, y en los fastos de los antiguos de tantas guerras acaecidas antes y después de la fundación y restableci-

miento de Roma y su imperio, lean, y manifiesten estos insensatos un solo pasaje, una sola línea, donde se diga que los gentiles hayan tomado alguna ciudad en que los vencedores perdonasen á los que se habían acogido (como lugar de refugio) á los templos de sus dioses. Pongan patente un solo lugar donde se refiera que en alguna ocasión mandó un capitán bárbaro, entrando por asalto y á fuerza de armas una plaza, que no molestasen ni hiciesen mal á todos aquellos que se hallasen en tal ó tal templo. Por ventura, ¿no vió Eneas á Príamo violando con su sangre las aras que él mismo había consagrado? (1) Diómedes y Ulises degollando las guardias del Alcázar y torre del homenaje, ¿no arrebataron el sagrado Paladion, atreviéndose á profanar con sus sangrientas manos las virginales vendas de la Diosa? (2) Aunque no es positivo que de resultas de tan trágico suceso comenzaron á amainar y desfallecer las esperanzas de los Griegos (3); pues en seguida vencieron y destruyeron á Troya á sangre y fuego, degollando á Príamo, que se había guarecido bajo la religiosidad de los altares. Sería á vista de este acaecimiento una

- (1) Virgil., *Eneida*, 2.

*Vidi Hecubam centumque nurus Priamumque per aras.
Sanguinem fœdantem, quos ipse sacrabera ignes.*

- (2) Virgil., *Eneida*, 2. *Verbi Sinonis.*

*..... Cœsis summæ custodibus arcis.
Corripuere sacram effugiem, manibusque cruentis
Virgineas ausi divæ contingere vitas?*

- (3) Virgil., eod. loc. cit.

*Ex illo fluere, ac retro sublapsa refferri
Spes Danaum.*

Estas palabras las añadió Sinon, hombre falso, aunque puede ser cierto que en tales circunstancias desesperanzase Danao pero al fin Ulises y Diómedes tomaron á Troya.

proposición quimérica el sostener que Troya se perdió porque perdió á Minerva; porque ¿qué diremos que perdió primero la misma Minerva para que ella se perdiese? ¿Fueron por ventura sus guardas? Y esto seguramente es lo más cierto, pues, degollados, luego la pudieron robar, mediante que la custodia y conserva de los hombres no pendía de la imagen, antes más bien, la de ésta pendía de la de aquéllos. Y estas naciones ilusas, ¿cómo adoraban y daban culto (precisamente para que les defendiese y á su patria) á aquella su protectora, á aquella falsa deidad, que no pudo guardar ni libertar de una cruel muerte á sus mismos centinelas?

CAPÍTULO III

Cuán imprudentes fueron los romanos en creer que los dioses Penates, que no pudieron guardar á Troya, les habian de aprovechar á ellos.

Y ved aquí demostrado á qué especie de dioses encomendaron los romanos la conservación de su ciudad: ¡oh error sobremanera lastimoso! Enójanse con nosotros porque referimos la inútil protección que les prestan sus dioses, y no se irritan de sus escritores (autores de tantas patrañas), que, para entenderlos y comprenderlos, aprontaron su dinero teniendo á aquellos que se los leían por muy dignos de ser honrados con salario público y otros honores. Digo, pues, que en Virgilio, donde estudian los niños, se hallan todas estas ficciones, porque tomando lecciones en un poeta tan famoso como sabio, en los primeros años de la pubertad, no se les puede olvidar tan fácilmente, según la sentencia de Horacio, «que el olor que una vez se pega á una vasija nue-

va, le dura despues para siempre» (1). Introduce, pues, Virgilio á Juno, enojada y contraria de los troyanos, que dice á Eolo, rey de los vientos, procurando irritarle contra ellos: «Una gente enemiga mía va navegando por el mar Tirreno, y lleva consigo á Italia, al Ilión y á sus domésticos dioses vencidos» (2); ¿y es posible que unos hombres prudentes y circunspectos encomendasen la custodia de su ciudad de Roma á estos dioses vencidos, sólo con el objeto de que ella jamás fuese entrada de sus enemigos? Pero á esta objeción terminante contestarán alegando que expresiones tan enérgicas y coléricas las dijo Juno como mujer airada y resentida, no sabiendo lo que raciocinaba. Sin embargo, oigamos al mismo Eneas, á quien frecuentemente llama Pío, y atendamos con reflexión á su sentimiento: «Ved aquí á Panto, sacerdote del Alcázar (3), y de Febo, abarcado él mismo con los vencidos dioses, y con un pequeño nieto suyo de la mano que, corriendo desfavorido, se acerca hacia mi puerta.» No dice que los mismos dioses (á quienes no duda llamar vencidos) se los encomendaron á su custodia, sino que no encargó la suya á estas deidades, pues le dice Hector (4) «en tus manos encomienda Tro-

- (1) Horacio, ep. 2.

*Quo semel est imbuta, recens servabit odorem.
Festa diu.*

- (2) Virgil., *Eneida*, 1.

*Gens inimica mihi Tyrrhenum navigat æquor,
Ilium in Italium portans, victosque Penates.*

- (3) Virgil., *Eneida*, 2.

*Ecce autem telis Panthus elapsus Archivum
Panthus Otriades, avis Phæbique Sacerdos,
Sacra manu, victosque Deos, parvumque nepotem
Ipse trahit, cursuque amens ad limina tendit?*

- (4) *Hector sacra, suosque tibi commendat Troya Penates.*

ya su religión y sus domésticos dioses.» Si Virgilio, pues, á estos falsos númenes los confiesa vencidos y ultrajados, y asegura que su conservación fué encargada á un hombre para que los libertase de su último ex-cidio, huyendo con ellos, ¿no es demencia imaginar que se obró prudentemente cuando á Roma se dieron semejantes patronos, y que, si no los perdiera esta ínclita ciudad, no podría ser tomada ni destruída? Más claro: reverenciar y dar culto á unos dioses humillados, abatidos y vencidos, á quienes tienen por sus tutelares, ¿qué otra cosa es que tener, no buenos dioses, sino unos malos demonios? ¿Acaso no será más cordura creer, no que Roma jamás experimentaría este estrago, si ellos no se perdieran primero, sino que mucho antes se hubieran perdido, si Roma, con todo su poder, no los hubiera guardado? Porque ¿quién habrá que, si quiere reflexionar un instante, no advierta que fué una presunción ilusoria el persuadirse que no pudo ser tomada Roma bajo el amparo de unos defensores vencidos, y que al fin sufrió su ruina porque perdió los dioses que la custodiaban, pudiendo ser mejor la causa de este desastre el haber querido tener guardas y patronos que se habían de perder, y podían ser humillados fácilmente, sin que fuesen capaces de evitarlo? Y cuando los poetas escribían tales patrañas de sus númenes, no fué antojo que les vino de mentir, sino que á hombres cordatos, estando en su cabal juicio, les hizo fuerza la verdad para decirla y confesarla sinceramente y sin detracción alguna. Pero de esta materia trataremos copiosamente y con más oportunidad en otro lugar. Ahora únicamente declararé, del mejor modo que me sea posible, cuanto había empezado á decir sobre los ingratos moradores de la saqueada Roma. Éstos, blasfemando y profiriendo execrables expresiones, imputan á Jesucristo las calamidades que ellos justa-

mente padecen por la perversidad de su vida y sus detestables crímenes, y al mismo tiempo no advierten que se les perdona la vida por reverencia á nuestro Redentor, llegando su desvergüenza á impugnar el santo nombre de este gran Dios con las mismas voces con que falsa y cautelosamente usurparon tan glorioso dictado para libertar su vida, ó, por mejor decir, aquellas lenguas que de miedo refrenaron en los lugares consagrados á su divinidad, para poder estar allí seguros, y adonde por respeto á él, lo estuvieron de sus enemigos; desde allí, libres de la persecución, las sacaron alevemente, para disparar contra él malignas imprecaciones y maldiciones escandalosas.

CAPÍTULO IV

Cómo el asilo de Juno, lugar privilegiado que había en Troya para los delincuentes, no libró á ninguno de la furia de los griegos, y cómo los templos de los Apóstoles ampararon del furor de los bárbrros á todos los que se acogieron á ellos.

La misma Troya, como dije, madre del pueblo romano, en los lugares consagrados á sus dioses no pudo amparar á los suyos ni libertarlos del fuego y cuchillo de los griegos, siendo así que era nación que adoraba unos mismos dioses; por el contrario, pusieron en el asilo (1) y templo de Juno á Phenix, y al bravo Ulises

(1) Virgil. *Eneida*, 2.

*Junonis Asylo custodes lecti Phenix, et dirus Ulises.
Prædam asservabunt, huc undique Troya gaza.
Incensis erepta adytis mensæque, Deorum,
Crateresque auro solidi, captivaque vestis.
Congeritur. Pueri, et pavida longo ordine matres.
Stant circum.*

en guarda y conserva de la presa. Aquí depositaban las preciosas alhajas de Troya que conducían de todas partes, las que extraían de los templos, que incendiaron las mesas de los dioses, los tazones de oro macizo y las ropas que robaban; alrededor estaban los niños y sus medrosas madres, en una prolongada fila, observando el rigor del saqueo. En efecto; eligieron un templo consagrado á la deidad de Juno, no con el ánimo de que de él no se pudiese extraer los cautivos, sino para que dentro de su amplitud fuesen encerrados con mayor seguridad. Coteja, pues, ahora aquel asilo y lugar privilegiado no como quiera, dedicado á un dios ordinario ó de la turba común, sino consagrado á la hermana y mujer del mismo Júpiter y reina de todas las deidades, con las iglesias de nuestros Santos Apóstoles, y observa si puede formarse paralelo entre unos y otros asilos. En Troya, los vencedores conducían, como en triunfo, los despojos y preseas que habían robado de los templos abrasados y de las estatuas y tesoros de los dioses, con ánimo de distribuir la presa entre todos y no de comunicarla ó restituirla á los miserables vencidos; pero en Roma volvían con reverencia y decoro las alhajas, que, hurtadas en diversos lugares, averiguaban pertenecían á los templos y santas capillas. En Troya los vencidos perdían la libertad, y en Roma la conservaban ilesa con todas sus pertenencias. Allá prendían, encerraban y cautivaban á los vencidos, y acá se prohibía rigurosamente el cautiverio. En Troya encerraban y aprisionaban los vencedores, los que estaban señalados para esclavos, y en Roma conducían piadosamente los godos á sus respectivos hogares los que habían de rescatar y poner en libertad. Finalmente, allá la arrogancia y ambición de los incostantes griegos escogió para sus usos y quiméricas supersticiones el templo de Juno; acá la misericordia y respeto de los godos (sin embargo

de ser nación bárbara é indisciplinada) escogió las iglesias de Cristo para asilo y amparo de sus fieles. Si no es que quieran decir que los griegos, en su victoria, respetaron los templos de los dioses comunes, no atreviéndose á matar ni cautivar en ellos á los miserables y vencidos troyanos que á ellos se acogían. Y concedido esto, diremos que Virgilio mintió ó fingió aquellos sucesos conforme al estilo de los poetas; pero lo cierto es que él nos pintó con los más bellos coloridos la práctica que suelen observar los enemigos cuando saquean y destruyen las ciudades.

CAPÍTULO V

Lo que sintió Julio César sobre lo que comúnmente suelen hacer los enemigos cuando entran por fuerza en las ciudades.

Julio César, en el dictamen que dió en el Senado sobre los conjurados, insertó elegantemente aquella norma que regularmente siguen los vencedores en las ciudades conquistadas, según lo refiere Salustio, historiador tan verídico como sabio. «Es ordinario—dice—en la guerra, el forzar las doncellas, robar los muchachos, arrancar los tiernos hijos de los pechos de sus madres, ser violentadas las casadas y señoras de familias, y practicar todo cuanto se le antoja á la insolencia de los vencedores; saquear los templos y casas, llevándolo todo á sangre y fuego, y, finalmente, ver las calles, las plazas... todo lleno de armas, cuerpos muertos, sangre vertida, confusión y lamentos.» Si César no mencionara en este lugar los templos, acaso pensaríamos que los enemigos solían respetar á los lugares sagrados. Esta profanación temían los templos romanos; les había de

sobrevénir, causada, no por mano de enemigos, sino por la de Catilina y sus aliados, nobilísimos senadores y ciudadanos romanos; pero, ¿qué podía esperarse de una gente infidente y parricida?

CAPÍTULO VI

Que ni los mismos romanos jamás entraron por fuerza en alguna ciudad de modo que perdonasen á los vencidos que se guarecían en los templos.

Pero ¿qué necesidad hay de discurrir por tantas naciones que han sostenido crueles guerras entre sí, las que no perdonaron á los vencidos que se acogieron al sagrado de sus templos? Observemos á los mismos romanos, recorramos el dilatado campo de su conducta, y examinemos á fondo las prendas de estos, en cuya especial alabanza se dijo: «que tenían por blasón perdonar á los rendidos y abatir á los soberbios» (1); y que siendo ofendidos (2), quisieron más perdonar á sus enemigos que ejecutar en sus cervices la venganza; pero, supuesto que esta nación avasalladora conquistó y saqueó un crecido número de ciudades que abraza casi el ámbito de la tierra, con sólo el designio de extender y dilatar su dominación é imperio, díganos si en alguna historia se lee que hayan exceptuado de sus rigores los templos donde libertasen sus cuellos, los que se

(1) Virgil., *Eneida*, 6.

Parcere subjectis, et debellare superbos.

(2) Salustio *in bello Catilinario*, hablando de las antiguas costumbres de los romanos, dice que les cuadra muy bien el decantado elogio de que, perdonando injurias, acrecentaron su poder hasta un grado tan excelso.

acogían á su sagrado. ¿Diremos acaso que así lo practicaron, y que sus historiadores dejaron al silencio una particularidad tan esencial? ¿Cómo es posible que los que andaban cazando acciones gloriosas para atribuírselas á esta nación belicosa, buscándolas curiosamente en todos los lugares y tiempos, hubieran omitido un hecho tan señalado, que, según su sentir, es el rasgo característico de la piedad, el más notable y digno de encomios? De Marco Marcelo, famoso capitán romano, que ganó la insigne ciudad de Siracusa, se refiere que la lloró (1) viéndose precisado á arruinarla, y que antes de derramar la sangre de sus moradores vertió él sobre ella sus lágrimas, cuidó también de la honestidad y respeto debido á las mujeres, queriendo se observase rigurosamente este precepto, aun sin embargo de ser los siracusos sus enemigos. Y para que todo se ejecutase como apetecía, primero que como vencedor mandase acometer y dar el asalto á la ciudad, hizo publicar un bando por el que se prescribía que nadie hiciese fuerza á todo el que fuese libre (2); con todo, asolaron la ciudad conforme al estilo de la guerra, y no se halla monumento que nos manifieste que un general tan casto y clemente como Marcelo mandase no se molestase ni hiciese daño á los que se refugiaban en tal ó tal templo. Cuyo decreto, sin duda, no dejaría de referirle, así

(1) Livio, en el lib. 25, dice que Marcelo se puso á examinar desde las más altas cumbres la ciudad, y viendo era la más hermosa que se conocía en aquella época, lloró copiosamente en fuerza de la alegría que le causó de haber ganado plaza tan admirable y tan fortalecida en aquellos tiempos, por lo que había de ser mayor su gloria.

(2) Livio, en el lib. 25, dice que Marcelo, por su edicto, sólo dejó libres las personas, pero las alhajas y demás efectos se dieron á los soldados como presa; de modo que el edicto sólo conspiraba á que quedasen ilesos en su vida los hombres y niños, y las mujeres en su vida y honestidad.

como no pasaron en silencio las lágrimas de Marcelo, y el bando que mandó publicar en los reales á favor de la honestidad. Quinto Fabio Máximo, que destruyó la ciudad de Tarento, es celebrado porque no permitió se saqueasen ni maltratasen los simulacros de los dioses. Esta orden procedió de que, consultándole su secretario qué disponía se hiciese de las imágenes y estatuas de los dioses, de las que muchas habían sido ya cogidas, aun en términos graciosos y burlescos, manifestó su continencia, pues deseando saber de qué calidad eran las estatuas, y respondiéndole que no sólo eran muchas en número y grandeza, sino también que estaban armadas, dijo con donaire: «Dejémosles á los tarentinos sus dioses airados.» Pero mediante á que los historiadores romanos no pudieron dejar de contar las lágrimas de Marcelo, ni el donaire de Fabio, ni la honesta clemencia de aquél y la donosa continencia de éste, ¿cómo lo omitieran si ambos hubiesen perdonado alguna persona por reverencia á alguno de sus dioses, mandando que no diese muerte ni cautivase á los que se refugiasen al templo?

CAPÍTULO VII

Que lo que hubo de rigor en la destrucción de Roma sucedió según el estilo de la guerra, y lo que de clemencia provino de la potencia del nombre de Cristo.

Todo cuanto acaeció en este último saco de Roma, como fué, efusión de sangre, ruina de edificios, robos, incendios, lamentos y aflicción, procedía del estilo ordinario de la guerra; pero lo que se experimentó y debió tenerse por un caso extraordinario, fué que la crueldad bárbara del vencedor se mostrase tan mansa y be-

nigna, que eligiese y señalase unas iglesias sumamente capaces para que se acogiese y salvase en ellas el pueblo, donde á nadie se quitase la vida ni fuese extraído, á donde los enemigos que fuesen piadosos pudiesen conducir á muchos para librarlos de la muerte, y de donde los que fuesen crueles no pudiesen sacar á ninguno para reducirle á esclavitud; estos son ciertamente efectos de la misericordia Divina. Pero si hay alguno tan procaz que no advierte que esta particular gracia debe atribuirse al nombre de Cristo y á los tiempos cristianos, sin duda está ciego; el que lo examina ocularmente y no lo celebra es ingrato, y el que se opone á los que celebran con júbilo y gratitud este singular beneficio es un insensato. No permita Dios que ningún cuerdo quiera imputar esta maravilla á la fuerza de los bárbaros. El que puso terror en los ánimos fieros, el que los refrenó, el que milagrosamente los templó, fué Aquel mismo que mucho antes había dicho por su Profeta: «Tomaré enmienda de ellos castigando sus culpas y pecados, enviándoles el azote de las guerras, hambre y peste; pero no despediré de ellos mi misericordia ni alzaré la mano del cumplimiento de la palabra que les tengo dada (1).

CAPÍTULO VIII

De los bienes y males, que por la mayor parte son comunes á los buenos y los malos.

No obstante, dirá alguno ¿por qué se comunica esta misericordia del Altísimo á los impíos é ingratos? (2) y

(1) Psalm. 88. *Visitabo in virga iniquitates eorum et in flagellis, peccata eorum, misericordiam autem meam non dispergam ab eis.*

(2) Siendo cierto, según consta del mismo texto y de la ex-

respondemos, no por otro motivo, sino porque usa de ella con nosotros. ¿Y quién es tan benigno para con todos? «El mismo que hace que cada día salga el sol para los buenos y para los malos, y que llueva sobre los justos y los pecadores.» (1) Porque aunque es cierto que algunos, meditando atentamente sobre este punto, se arrepentirán y enmendarán de su pecado, otros, como dice el Apóstol (2), «no haciendo caso del inmenso tesoro de la divina bondad y paciencia con que los espera, se acumulan con la dureza y obstinación incorregible de su corazón, el tesoro de la divina ira, la cual se les manifestará en aquel tremendo día, cuando vendrá airado á juzgar el justo Juez, el cual compensará á cada uno según las obras que hubiere hecho.» Con todo, hemos de entender que la paciencia de Dios respecto de los malos es para convidarlos á la penitencia, dándoles tiempo para su conversión; y su azote y penalidades con que aflige á los justos, es para enseñarles á tener sufrimiento, y que su recompensa sea digna de mayor premio. Demás de esto, la misericordia de Dios usa de su benignidad con los buenos para regalarlos después y conducirlos á la posesión de los bienes celestiales; y su severidad y justicia usa de su rigor con los malos para castigarlos como merecen, pues es innegable que el Omnipotente tiene aparejados en la otra vida á los jus-

posición de los 70, que el psalmo 88 habla de los hijos de David, esto es, de los buenos, parece no puede entenderse de los malos é ingratos á los beneficios de Dios; pero el santo doctor satisface á esta objeción en el contexto del capítulo; reflexionese con atención,

(1) S. Matth., cap. V. *Qui quotidie facit oriri solem suum super bonos, et malos, et pluit super justos et injustos.*

(2) S. Paul. ad Rom., c. II. *Divitias bonitatis, et longanimitatis Dei contemnentis, secundum duritiam cordis sui et cor impenitens thesaurizant sibi iram in die iræ, et revelationis justi judicii Dei, qui reddet unicuique secundum opera ejus.*

tos unos bienes de los que no gozarán los pecadores, y á éstos unos tormentos tan crueles, con los que no serán molestados los buenos; pero al mismo tiempo quiso que estos bienes y males temporales de la vida mortal fuesen comunes á los unos y á los otros, para que ni apeteciésemos con demasiada codicia los bienes de que vemos gozan también los malos, ni huyésemos torpemente de los males é infortunios que observamos envía también Dios de ordinario á los buenos, aunque hay una discrepancia notable en el modo con que usamos de estas cosas, así de las que llaman prósperas como de las que señalan como adversas; porque el bueno, ni se ensoberbece con los bienes temporales, ni con los males se quebranta; mas al pecador le envía Dios adversidades, mediante que en el tiempo de la prosperidad se extraga con las pasiones, separándose de las verdaderas sendas de la virtud. Sin embargo, en muchas ocasiones muestra Dios también en la distribución de prosperidades y calamidades con más evidencia su alto poder; porque si de presente castigase severamente todos los pecados, podría creerse que nada reservaba para el juicio final; y, por otra parte, si en la vida mortal no diese claramente algún castigo á la variedad de delitos con que el hombre coinquina su naturaleza, creerían los mortales que no había Providencia Divina. Del mismo modo debe entenderse en cuanto á las felicidades terrenas, las que, si el Omnipotente no las concediese con mano liberal á algunos que se las piden con humillación, diríamos que esta particular prerrogativa no pertenecía á la omnipotencia de un Dios tan grande, tan justo y compasivo, y, por consiguiente, si fuese tan franco que las concediese á cuantos las exigen de su bondad, entendería nuestra fragilidad y limitado entendimiento que no debíamos servirle por otro motivo que por la esperanza de iguales premios, y seme-

jantes gracias no nos harían piadosos y religiosos, sino codiciosos y avarientos. Siendo tan cierta esta doctrina, aunque los buenos y malos juntamente hayan sido afligidos con tribulaciones y gravísimos males, no por eso dejan de distinguirse entre sí porque no sean distintos los males que unos y otros han padecido; pues se compadece muy bien la diferencia de los atribulados con la semejanza de las tribulaciones, y, no obstante que sufran un mismo tormento, con todo, no es una misma cosa la virtud y el vicio; porque así como con un mismo fuego resplandece el oro, descubriendo sus quilates, y la paja humea, y con un mismo trillo se quebranta la arista, y el grano se limpia, y asimismo, aunque se expriman con un mismo peso y usillo el aceite y el alpechín, no por eso se confunden entre sí; así también una misma adversidad prueba, purifica y afina á los buenos, y á los malos los reprueba, destruye y aniquila; por consiguiente, en una misma calamidad, los pecadores abominan y blasfeman de Dios, y los justos le glorifican y piden misericordia, consistiendo la diferencia de tan varios sentimientos, no en la calidad del mal que se padece, sino en la de las personas que lo sufren; porque, movidos de un mismo modo, exhala el cieno un hedor insufrible y el unguento precioso una fragancia suavísima.

CAPÍTULO IX

De las causas por que castiga Dios juntamente á los buenos y á los malos.

¿Qué han padecido los cristianos en aquella común calamidad (1), que, considerado con imparcialidad, no

(1) Habla aquí el Santo de los males sufridos en el saco de Roma.

les haya valido para mayor aprovechamiento suyo? Lo primero, porque reflexionando con humildad los pecados por los cuales indignado Dios ha enviado al mundo tantas calamidades, aunque ellos estén distantes de ser pecaminosos, viciosos é impíos, con todo, no se tienen por tan exentos de toda culpa que puedan persuadirse no merecen la pena de las calamidades temporales; demás de esto, cada uno, por más ajustado que viva, en algunas operaciones se deja arrastrar de la carnal concupiscencia, y aunque no se dilate hasta llegar á lo sumo del pecado, al golfo de los vicios y á la impiedad más abominable, sin embargo, degeneran en pecados, ó raros, ó tanto más ordinarios cuanto son más ligeros. Exceptuados éstos, ¿dónde hallaremos fácilmente quien á estos mismos (por cuya horrenda soberbia, lujuria y avaricia, y por cuyos abominables pecados é impiedades, Dios, según que nos lo tiene amenazado repetidas veces por los Profetas, envía tribulaciones á la tierra) les trate del modo que merecen, y viva con ellos de la manera que con semejantes debe vivirse? Pues de ordinario se les disimula, sin enseñarlos ni advertirlos de su fatal estado, y á veces ni se les increpa ni corrige, ya sea porque nos molesta esa fatiga tan interesante al bien de las almas, ya porque nos causa pudor ofenderlos cara á cara, reprendiéndoles sus demasías, ya porque deseamos excusar enemistades que acaso nos impidan y perjudiquen en nuestros intereses temporales ó en los que pretende nuestra ambición ó en los que teme perder nuestra flaqueza, de modo que, aunque á los justos ofenda y desagrade la vida de los pecadores, y por este motivo no incurran al fin en el terrible anatema que á los malos les está prevenido en el estado futuro, con todo, porque perdonan y no reprenden los pecados graves de los impíos, temerosos de los suyos, aunque ligeros y veniales, con justa razón les

alcanza juntamente con ellos el azote temporal de las desdichas, aunque no el castigo eterno y las horribles penas del Infierno. Así, pues, con justa causa gustan de las amarguras de esta vida, cuando Dios los aflige juntamente con los malos, porque, deleitándose en las dulzuras del estado presente, no quisieron mostrarles la errada senda que seguían cuando pecaban, y siempre que cualquiera deja de reprender y corregir á los que obran mal, porque espera ocasión más oportuna, ó porque recela que los pecadores pueden empeorarse con el rigor de sus correcciones, ó porque no impidan á los débiles, necesitados de una doctrina sana, que vivan ajustadamente ó los persigan y separen de la verdadera creencia, no parece que es ocasión de codicia, sino consejo de caridad. La culpa está (1) en que los que viven bien y aborrecen los vicios de los malos, disimulan los pecados de aquellos á quienes debieran reprender, procurando no ofenderlos porque no les acusen de las acciones que los inocentes usan lícitamente: aunque este saludable ejercicio deberían practicarlo con aquel anhelo y santo celo del que deben estar internamente inspirados los que se contemplan como peregrinos en este mundo y únicamente aspiran á obtener la dicha de gozar la celestial patria. En esta suposición, no sólo los flacos, los que viven en el estado conyugal y tienen sucesión ó procuran haberla y poseen casas y familias (con quienes habla el Apóstol, enseñándolos y amonestándolos cómo deben vivir las mujeres con sus maridos y éstos con aquéllas, los hijos con sus padres y los padres con sus hijos, los criados con sus señores y los señores con sus criados) procuran adquirir las cosas temporales y terrenas, perdiendo su dominio contra su

(1) Cicer., de Officiis. *Sunt enim, qui quod sentiunt, et si opti-
munt sit, tamen invidia metu non audent dicere.*

voluntad, por cuyo respeto no se atreven á corregir á aquellos cuya vida escandalosa y abominable les da en rostro, sino también los que están ya en un estado de mayor perfección, libres del vínculo y obligaciones del matrimonio, pasando su vida con una humilde mesa y traje; éstos, digo, por la mayor parte, consultando á su fama y bienestar, y temiendo las asechanzas y violencias de los impíos, dejan de reprenderlos; y aunque no los teman en tanto grado que, para hacer lo mismo que ellos, se rindan á sus amenazas y dicterios, con todo, aquellos pecados en que no tienen comunicación unos con otros, por lo común no los quieren reprender, pudiendo quizá con su corrección lograr la enmienda de algunos, y, cuando ésta les parece inconseguible, recelan que por esta acción, llena de caridad, corra peligro su crédito y vida, cuyo temor les obliga á sobreseer en su dictamen, no porque consideren que su fama y vida es necesaria para la utilidad y enseñanza del prójimo, sino porque se apodera de su corazón flaco la falsa idea de que son dignas de aprecio las lisonjeras razones con que las tratan los pecadores, y que, por otra parte, apetecen vivir en concordia entre los hombres durante la breve época de su existencia; y, si alguna vez temen la crítica del vulgo y el tormento de la carne ó de la muerte, esto es por algunos efectos que produce la codicia en los corazones, y no por lo que se debe á la caridad. Ésta, en mi sentir, es una grave causa, porque juntamente con los malos atribula Dios á los buenos cuando quiere castigar las corrompidas costumbres con la aflicción de las penas temporales. Á un mismo tiempo derrama sobre unos y otros las calamidades y los infortunios, no porque juntamente viven mal, sino porque aman la vida temporal como ellos, y estas molestias que sufren son comunes á los justos y á los pecadores, aunque no las padecen de un mismo modo; por

esta causa los buenos deben despreciar esta vida caduca y de tan corta duración, para que los pecadores, reprendidos con sus saludables consejos, consigan la eterna y siempre feliz, y cuando no quisieren asentir á tan santas máximas ni asociarse con los buenos para obtener el último galardón, los debemos sufrir y amar de corazón (1), porque mientras existen en esta vida mortal, es siempre problemático y dudoso si mudarán la voluntad volviéndose á su Dios y Criador. En lo cual no sólo son muy desiguales, sino que están más expuestos á su condenación aquellos de quienes dice Dios por su profeta (2): «El otro morirá sin duda justamente por su pecado, pero á los especuladores yo los castigaré como á sus homicidas»; porque para este fin están puestas las atalayas ó especuladores, esto es, los Prepósitos y Prelados eclesiásticos, para que no dejen de reprender los pecados y procurar la salvación de las almas; mas no por eso estará totalmente exento de esta culpa aquel que, aunque no sea Prelado, con todo, en las personas con quienes vive y conversa ve muchas acciones que reprender, y no lo hace por no chocar con sus ídoles y genios fuertes, ó por respeto á los bienes que posee lícitamente, en cuya posesión se deleita más de lo que exige la razón. En cuanto á lo segundo, los buenos tienen que examinar otra causa, y es el por qué Dios los aflige con calamidades temporales, como lo hizo Job (3), y, considerada atentamente, conocerá que el Altísimo opera con admirable provida y por un medio tan esencial á nuestra salud, para que de este modo

(1) El mismo Cristo, por S. Mateo, al cap. V, nos manda que no sólo suframos á nuestros enemigos, sino que los amemos como á nuestros hermanos: *Diligite inimicos vestros.*

(2) Ezech., cap. XXXIII, *Ille quidem in suo peccato morietur, sanguinem tamen ejusden manu speculatoris requiram.*

(3) S. Hieronim., in Commentar. sup. Job.

se conozca el hombre á sí mismo y aprenda á amar á Dios con virtud y sin interés. Examinadas atentamente estas razones, veamos si acaso ha sucedido algún trabajo á los fieles y temerosos de Dios que no se les haya convertido en bien, á no ser que pretendamos decir es vana aquella sentencia del apóstol (1), donde dice: «Que es infalible que á los que aman á Dios, todas las cosas, así prósperas como adversas, les son ayudadas de costa para su mayor bien.»

CAPÍTULO X

Que á los santos no se les pierde nada en la pérdida de las cosas temporales.

Si dicen que perdieron cuanto poseían, pregunto: ¿Perdieron la fé? (2), ¿perdieron la religión? ¿perdieron los bienes del hombre interior, que es el rico en los ojos de Dios? Estas son las riquezas y el caudal de los cristianos, á quienes el esclarecido Apóstol de las gentes (3) decía: «Grande riqueza es vivir en el servicio de Dios, y contentarse con lo suficiente y necesario, porque así como al nacer no metimos con nosotros cosa

(1) S. Paul. ad Rom., cap. VIII. *Scimus, quoniam diligentibus Deum cooperantur in bonum.*

(2) San Pedro, I ep., cap. III.

(3) San Pablo, I ep. á Timot., cap. VI, v. 6, usq. ad. 10. *Est autem questus magnus, pietas cum sufficientia: Nihil enim intulimus in hunc mundum, sed nec auferre quid possumus: Habentes autem victum; et tegumentum, his contenti sumus: Nam qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et laqueis, et desideria multa stulta, et noxia quæ mergunt homines in interitum, et perditionem: radix est enim omnium malorum avaritia, quam quidem appetentes à fide pererraverunt, et inseruerunt se doloribus multis.*

alguna en este mundo, así tampoco, al morir, la podremos llevar. Teniendo, pues, que comer y vestir, contentémonos con eso; porque los que procuran hacerse ricos caen en varias tentaciones y lazos, en muchos deseos, no sólo necios sino perniciosos, que anegan á los hombres en la muerte y condenación eterna; porque la avaricia es la raíz y seminario de todos los males, y cebados en ella algunos, y siguiéndola, perdieron la fe y se enredaron en muchos dolores.» Aquellos que en el saqueo de Roma perdieron los bienes de la tierra, si los poseían del modo que lo habían oído á este pobre en lo exterior, y rico en lo interior, esto es, si usaban del mundo como si no usaran de él (1), pudieron decir lo que Job (2), gravemente tentado y nunca vencido: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré á la tierra. El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; como al Señor le agradó, así se ha hecho; sea el nombre del Señor bendito»; para que, en efecto, como buen siervo estimase por rica y crecida hacienda la voluntad y gracia de su Señor, enriqueciese, sirviéndole con el espíritu, y no se entristeciese ni le causase pena el dejar en vida lo que había de dejar bien presto muriendo. Pero los más débiles y flacos, que estaban adheridos con todo su corazón á estos bienes temporales, aunque no los antepusiesen al amor de Jesucristo, vieron con dolor, perdiéndolos, cuánto pecaron estimándolos con demasiado afecto; pues tan grande fué su sentimiento en este infortunio, como los dolores que pa-

(1) San Pablo, 1 ep. á los Corint., cap. VII. *Si mundo utebantur, tanquam nom utentes.*

(2) Job, cap. I. *Nudus exii de utero matris meae, nudus in terram revertar. Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit ita factum est, sit nomen Domini benedictum.* Son palabras de Job, consolándose á sí mismo, cuando hijos y riquezas perdió á un mismo tiempo.

decieron, según afirma el Apóstol, y dejó referido; y así convenía que se les enseñase también con la doctrina de la experiencia á los que por tanto tiempo no hicieron caso de las instrucciones apostólicas, ni de la disciplina de la palabra, pues cuando dijo el Apóstol Pablo (1) «que los que procuran hacerse ricos caen en varias tentaciones»; sin duda que en las riquezas no reprende la hacienda, sino la codicia. El mismo Santo Apóstol (2) ordena en otro lugar á su discípulo Timoteo el siguiente reglamento para que le anuncie entre las gentes, y le dice: «Que mande á los que son ricos en este mundo que no se ensoberbezcan ni confíen y pongan su esperanza en la inestabilidad é incertidumbre de sus riquezas, sino en Dios vivo, que es el que nos da todo lo necesario para nuestro sustento y consuelo con grande abundancia; que hagan bien, y sean ricos de buenas obras y fáciles en repartir con los necesitados y humanos en el comunicarse, atesorando para lo sucesivo un fundamento sólido para alcanzar la vida eterna.» Los que así dispusieron de sus haberes recibieron un extraordinario consuelo, reparando sus pequeñas quiebras con un excesivo interés y ganancia, pues dando con su espontánea voluntad lo pusieron en mejor cobro, formándose un tesoro inagotable en el Cielo, sin entristecerse por la privación de la posesión de unos bienes que, retenidos, más fácilmente se hubieran menoscabado y consumido. Estos bienes pudieron muy bien haber perecido en esta vida mor-

(1) San Pablo, 1 ep. á Timot., cap. VI. *Qui volunt divites fieri in tentationem incidunt.*

(2) El mismo Apóstol en el citado lugar, v 17. *Præcipe divitibus hujus mundi, neque sperari in incerto divitiarum suarum, sed in Deo vivo, qui præstat nobis omnia abundanter ad fruendum. Benefaciant, divites sint in operibus bonis, facile tribuant, communisent. Thesaurisent sibi fundamentum bonum in futurum, ut apprehendant veram vitam.*

tal por los fatales accidentes que ordinariamente acaecen, los cuales, en vida, pudieron transferir á manos de aquel Señor que recompensa con muchos acrecentamientos cualquiera acción benéfica que ejercita el hombre. Los que no se separaron de los divinos consejos de Jesucristo, que en boca de San Mateo (1) nos dice: «No queráis congregar tesoros en la tierra, adonde la polilla y el moho los corrompen, y adonde los ladrones los caban y hurtan, sino atesoraos los tesoros en el Cielo, adonde no llega el ladrón ni la polilla lo corrompe, porque adonde estuviere vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón.» En el tiempo de la tribulación y de las calamidades experimentaron con cuánta discreción operaron en no haber desechado el consejo del Divino Maestro, fidelísimo custodio y dispensador del tesoro que tiene preparado á los justos en la celestial patria. Pero si algunos se lisonjearon de haber tenido guardadas sus riquezas adonde por acaso sucedió que no llegase el enemigo, ¿con cuánta más certidumbre y seguridad pudieron alegrarse los que, por consejo de su Dios, transfirieron sus haberes al lugar donde de ningún modo podía penetrar todo el poder del vencedor? Y así nuestro Paulino, Obispo de Nola, que de un hombre poderoso se hizo voluntariamente pobre cuando los godos destruyeron la ciudad de Nola, estando en su poder (según que luego lo supimos por él mismo) hacía oración á Dios con el mayor fervor, suplicándole su piedad por estas enérgicas expresiones: «Señor, no padezca yo vejaciones por el oro ni por la plata, porque vos sabéis donde está toda mi hacienda.» Y estas pa-

(1) San Math., cap. IV. *Nolite condere vobis in terra thesauros ubi tinea et rubigo exterminant, et ubi fures effodiunt, et furantur. Sed thesaurizate vobis in cælo thesauros, quo fur non accedit, neque tinea corrumpit. Ubi enim est thesaurus tuus, ibi erit, et cor tuum.*

labras manifestaban evidentemente que todos sus haberes los había depositado en donde le había aconsejado aquel gran Dios, quien había dicho, previendo los males futuros, que estas calamidades habían de venir al mundo, y por eso los que obedecieron á las persuasiones del Redentor, formando su tesoro principal donde y como debían, cuando los bárbaros saquearon las casas y talaron los campos, no perdieron ni aun las mismas riquezas terrenas; mas aquellos á quienes pesó no haber asentido al consejo divino, dudosos del fin que tendrían sus haberes, echaron de ver ciertamente, si no ya con la ciencia del vaticinio, á lo menos en la experiencia, lo que debían haber dispuesto para asegurar perpetuamente sus bienes. Dirán que hubo también algunos cristianos buenos que fueron atormentados por los godos sólo porque les pusiesen de manifiesto sus riquezas; con todo, éstos no pudieron entregar ni perder aquel bien mismo con que ellos eran buenos, y si tuvieron por más útil padecer ultrajes y tormentos que manifestar y dar la mammona de la iniquidad ó sus haberes, seguramente que no eran buenos; pero á éstos, que tanta pena sufrían por la pérdida del oro, era necesario advertirles cuánto se debía tolerar por Cristo para que aprendiesen á amar, especialmente al que se enriquece y padece por Dios, esperando la bienaventuranza, y no á la plata ni al oro, pues el apesadumbrarse por la pérdida de estos metales fuera una acción pecaminosa, ya los ocultasen mintiendo, ya los manifestasen y entregasen diciendo la verdad, porque en la fuerza de los mayores tormentos nadie perdió á Cristo ni su protección confesando, y ninguno conservó el oro si no negando, y por eso las mismas afrentas que les daban instrucciones seguras para creer debían amar el bien incorruptible y eterno, eran quizá de más provecho que los bienes por cuya adhesión y sin ningún fru-

to eran atormentados sus dueños; y si hubo algunos que, aunque nada tenían que poseer patente, como no los daban crédito, los molestaron con injurias y malos tratamientos; también éstos acaso desearían gozar grandes haberes, por cuyo afecto no eran pobres con una voluntad santa y sincera, y este es el motivo por que era necesario persuadirles que no era la hacienda, sino la codicia de ella la que merecía semejantes aflicciones; pero si por profesar una vida perfecta é incorregible no tenían atesorado oro ni plata, no sé ciertamente si acontenció acaso á alguno de éstos que le atormentasen creyendo que tenía bienes; y, dado el caso de que así sucediese, sin duda el que en los tormentos confesaba su pobreza, á Cristo confesaba; pero aun cuando no mereciese ser creído de los enemigos, con todo, el confesor de tan loable proeza no pudo ser afligido sin la esperanza del premio y remuneración que le estaba preparada en el Cielo.

CAPÍTULO XI

Del fin de la vida temporal, ya sea breve, ya sea larga.

Repondrán que perecieron muchos cristianos al fuerte azote de la hambre, que duró por mucho tiempo: y respondo que este infortunio pudieron convertirle en utilidad propia los ortodoxos, sufriendole piadosa y religiosamente, porque aquellos á quienes consumió el hambre se libertaron de las calamidades de esta vida, como sucede en una enfermedad corporal; y los que aún quedaron vivos, este mismo azote les suministró los documentos más eficaces, no sólo para vivir con parsimonia y frugalidad, sino para ayunar por más tiempo del ordinario sin sentir decaimiento en los espíritus.

Si añaden que muchos cristianos murieron también á los filos de la espada, y que otros perecieron con crueles y espantosas muertes, digo que si estas penalidades nos deben apesadumbrar, es una ridiculez pensarlo así, pues ciertamente es una aficción común á todos los que han nacido en esta vida; sin embargo, es innegable que ninguno murió que alguna vez no hubiese de morir; y el fin de la vida, así á la que es larga como á la que es corta, las iguala y hace que sean una misma cosa mediante á que lo que de un mismo modo dejó ya de ser, ni uno es mejor ni otro peor, ó uno es más largo y otro más corto. Y ¿qué importa se acabe la vida con cualquier género de muerte, si al que muere no puede obligársele á que muera segunda vez, y, siendo positivo que á cada uno de los mortales le están amenazando innumerables muertes en las repetidas ocasiones que cada día se ofrecen en esta vida, mientras está incierto cuál de ellas le ha de sobrevenir? Pregunto ¿si es mejor sufrir una, muriendo, ó temerlas todas, viviendo? No ignoro con cuánto temor elegimos antes el vivir largos años debajo del imperio de un continuado sobresalto y amenazas de tantas muertes, que, muriendo de una, no temer en adelante ninguna; pero una cosa es lo que el sentido de la carne, como débil, rehusa con temor, y otra lo que la razón del espíritu, bien ponderada y examinada, convence. No debe tenerse por mala muerte aquella á que precedió buena vida, porque no hace mala á la muerte sino lo que á ésta sigue indefeciblemente: por esto los que necesariamente han de morir, no deben hacer caso de lo que les sucede en su muerte, sino del destino á donde se les fuerza marchar en muriendo. Sabiendo, pues, los cristianos, que fué mucho mejor la muerte del pobre siervo de Dios (1) «que

(1) S. Lucas, cap. XVI.

murió entre las lenguas de los perros que lamían sus heridas, que la del impío rico que murió entre la púrpura y la holandá» ¿de qué inconveniente pudieron ser á los muertos que vivieron bien, aquellos horrendos géneros de muertes con que fueron despedazados hasta rendir el último aliento?

CAPÍTULO XII

De la sepultura de los cuerpos humanos, la que, aunque se les deniegue á los cristianos, no les quita nada.

Pero dirán que siendo tan crecido el número de los muertos, tampoco hubo lugar espacioso para sepultarlos. Respondo que la fe de los ortodoxos no teme sufrir este infortunio, acordándose que tiene Dios prometido que ni las bestias que los comen y consumen han de ser parte para ofender á los cuerpos que han de resucitar, «que ni un cabello de su cabeza se les ha de perder» (1). Tampoco dijera la misma verdad por San Mateo (2): «no temáis á los que matan al cuerpo y no pueden mataros el alma», si fuese inconveniente para la vida futura todo cuanto los enemigos quisieran hacer de los cuerpos de los difuntos; á no ser que haya alguno tan necio que pretenda defender no debemos temer antes de la muerte á los que matan el cuerpo, precisamente por el hecho de darle muerte, sino después de la muerte, porque no impidan la sepultura del cuerpo; luego es falso lo que dice el mismo Cristo, que pueden matar el cuerpo y no más, si tienen facultad

(1) S. Lucas, cap. XII.

(2) S. Matheo, cap. X. *Nolite timere eos qui corpus occidunt, animam autem non possunt occidere.*

para poder disponer tan absolutamente de los cuerpos muertos; pero Dios nos libre de imaginar ser incierto lo que dice la misma verdad. Bien confesamos que estos homicidas operan seguramente por sí cuando quitan la vida, pues cuando ejecutan la misma acción en el cuerpo, hay sentido; pero muerto ya el cuerpo, nada les queda que hacer, pues ya no hay sentido alguno que pueda padecer: no obstante, es cierto que muchos cuerpos de los cristianos no fueron cubiertos de tierra, así como lo es que no hubo persona alguna que pudiese apartarlos del Cielo y de la tierra; la cual llena con su divina presencia Aquel mismo que sabe cómo ha de resucitar lo que crió. Y aunque por boca de su real profeta (1) dice: «arrojaron los cadáveres de tus siervos para que se los comiesen las aves, y las carnes de tus santos las bestias de la tierra. Derramaron su sangre alrededor de Jerusalén como agua, y no había quien les diese sepultura»; más lo dijo por exagerar la impiedad de los que lo hicieron, que no la infelicidad de los que la padecieron; porque aunque estas acciones, á los ojos de los hombres parezcan duras y terribles; pero á los del Señor, «siempre fué preciosa la muerte de sus santos» (2); y así, el disponer todas las cosas concernientes al honor y utilidad del difunto, como son: cuidar del entierro, elegir la sepultura, preparar las exequias, funeral y pompa de ellas, más podemos caracterizarlas por consuelo de los vivos que por socorro de los muertos. Y si no, díganme qué provecho se sigue al impío de ser sepultado en un rico túmulo y que se le

(1) Psalmo 78. *Posuerunt mortalia servorum tuorum escam volatilibus Cæli, carnes sanctorum tuorum, bestiis terræ. Effuderunt sanguinem eorum in circuitu Jerusalem; et non erat qui sepeliret.*

(2) Psalmo 115. *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

erija un precioso mausoleo, y les confesaré que al justo no perjudica ser humado en una pobre hoyá ó en ninguna. Famosas exequias fueron aquellas que la turba de sus siervos consagró á la memoria de su Señor, tan impío como poderoso, adornando su yerto cuerpo con holandas y purpura; pero más magníficas fueron á los ojos de aquel gran Dios las que se hicieron al pobre Lázaro llagado, por ministerio de los ángeles (1), quienes no le enterraron en un suntuoso sepulcro de mármol, sino que depositaron su cuerpo en el seno de Abraham, para que desde allí, llegado el tiempo de la redención, pasase á gozar de las dignas moradas del Señor. Los enemigos de nuestra santa religión escarnecen de esta santa doctrina, contra quienes nos hemos encargado de la defensa de la ciudad de Dios, y, con todo, observamos que tampoco sus filósofos cuidaron de la sepultura de sus difuntos, antes por el contrario, observamos que, en repetidas ocasiones, ejércitos enteros muertos en campal batalla no cuidaron de elegir lugar á donde después de muertos fuesen sepultados, y menos de que las bestias podrían devorarlos, dejándolos desamparados en los campos; por esta razón pudieron decir con donaire y aplauso los poetas: «que el cielo cubre al que no tiene losa.» Por esta misma razón no debieran baldonar á los cristianos sobre los cuerpos que quedaron sin sepultura, á quienes promete Dios la reformación de sus cuerpos, como de todos los miembros, renovándose los en un momento con increíbles mejoras, para que en el último día se presenten del mismo modo que existieron en vida á recibir su última sentencia, ó favorable ó adversa, de la cual no hay apelación ni admite rescisión alguna.

(1) S. Lucas, cap. XVI.

CAPÍTULO XIII

De la forma que tienen los santos en sepultar á los cuerpos

Sin embargo de cuanto llevamos expuesto, decimos que no deben menospreciar, ni arrojarse los cadáveres de los difuntos, especialmente los de los justos y de los fieles, de quienes se ha servido el Espíritu Santo (1) «como de unos vasos de elección é instrumentos para todas las obras buenas»; porque si los vestidos, anillos y otras alhajas de los padres, las estiman sobremanera sus hijos cuanto es mayor el respeto y afecto que les tuvieron, así también deben ser apreciados los propios cuerpos que les son aun más familiares y aun más inmediatos que ningún género de vestidura, pues estas no son cosas que nos sirven para el ornato ó abrigo que exteriormente nos ponemos, sino que son parte de la misma naturaleza (2). Y así vemos que los entierros de los antiguos justos (3) se hicieron en su tiempo con mucha piedad, y que se celebraron sus exequias, y se proveyeron de sepultura, encargando en vida á sus hijos el modo con que debían sepultar ó trasladar sus cuerpos. Tobías es celebrado (4) por testimonio de un ángel de haber alcanzado la gracia y amistad de Dios, ejercitando su piedad en enterrar los muertos. El mismo Señor (5), habiendo de resucitar al tercero día, celebró la buena obra de María Magdalena (6), y encargó, se celebrase el haber derramado el unguento precioso

(1) S. Pablo, 1. ep. á los Corint., cap. XV.

(2) *Génesis*, caps. XXV, XXXV y último.

(3) *Job*, caps. II y XII.

(4) S. Matheo, cap. XVI. Tobías. caps. II y XII.

(5) S. Juan, cap. XII.

(6) S. Math.. c. XXVI.

sobre Su Majestad, porque lo hizo para sepultarle; y en el Evangelio (1), hace honorífica mención San Juan de Joseph de Arimathea y Nicodemus, que bajaron de la cruz el santo cuerpo de Jesucristo y procuraron con diligencia y reverencia amortajarle y enterrarle; sin embargo, no hemos de entender que las autoridades alegadas pretenden enseñar que hay algún sentido en los cuerpos muertos; por el contrario, nos significan que los cuerpos de los muertos están, como todas las cosas, bajo la providencia de Dios, á quien agradan semejantes oficios de piedad, para confirmar la fe de la Resurrección. En la misma sagrada página se nos manifiesta, para nuestra salud, cuán grande puede ser el premio y remuneración de las limosnas que distribuimos entre los vivos indigentes (2), pues respecto de Dios, hasta el pequeño oficio de sepultar los difuntos que ejercemos con caridad y rectitud de ánimo, nos ha de proporcionar una recompensa muy superior á nuestro mérito. También debemos observar que cuanto ordenaron los santos patriarcas (3) sobre los enterramientos ó traslaciones de los cuerpos, quisieron lo tuviésemos presente como enunciado con espíritu profético; mas no hay causa para que nos detengamos en este punto; basta, pues, lo que va insinuado: y si las cosas que en este mundo son indispensables para sustentarse los vivos,

(1) S. Juan, c. XIX, v. 40.

(2) El mismo Cristo por S. Matheo al cap. X, dice que hasta un vaso de agua fría dada por Dios tendrá su recompensa.

(3) En el *Génesis*, al cap. 48, se dice que Jacob, en el artículo de su muerte, encargó á su hijo Joseph le sepultase en el sepulcro de sus mayores, y no le dejase en Egipto. El mismo Joseph mandó á sus hermanos conservasen en la memoria y refiriesen á sus sucesores que cuando pasasen á poseer la tierra que Dios les habia prometido, transfiriesen á ella sus huesos, para ser sepultados juntamente con los de sus progenitores; así se lee en el *Génesis*, al capítulo último.

como son comer y vestir, aunque nos falten con grave dolor nuestro, con todo, no disminuyen en los buenos la virtud de la paciencia ni destierran del corazón la piedad y religión, antes, sí, ejercitándola la alientan y fecundizan en tanto grado; por lo mismo las cosas precisas para los entierros y sepulturas de los difuntos, aun cuando faltasen, no harán míseros ni indigentes á los que están ya descansando en las moradas de los justos; y así, cuando en el saco de Roma echaron menos este beneficio los cuerpos de cristianos, ni fué culpa de los vivos, pues no pudieron ejecutar libremente esta obra pía, ni pena de los muertos, porque ya no podían sentirla.

CAPÍTULO XIV

Del cautiverio de los Santos, y cómo jamás les faltó el divino consuelo.

Si dijesen que muchos cristianos fueron llevados en cautiverio, confieso que fué infortunio grande si por acaso los condujeron donde no hallasen á su Dios; mas para templar esta calamidad, tenemos también en las sagradas letras grandes consuelos. Cautivos estuvieron los tres jóvenes, cautivo estuvo Daniel y otros profetas, como Jeremías, Ezequiel y otros, y no les faltó Dios para su consuelo. Del mismo modo tampoco desamparó á sus fieles en el tiempo de la tiranía y de la opresión de gente, aunque bárbara, humana, el mismo que no desamparó á su profeta, ni aun en el vientre de la ballena. Sin embargo, de la certeza de estos hechos, los incrédulos, á quienes instruimos en estas saludables máximas, intentan desacreditarlas, negándolas la fe que merecen, y, con todo, en sus falsos escritos

creen que Arion Methymneo, famoso músico de cítara, habiéndose arrojado al mar, le recibió en sus espaldas un delfín y le sacó á tierra; pero replicarán que el suceso de Jonás es más increíble; y sin duda puede decirse que es más increíble, porque es más admirable, y es más admirable, porque es más poderoso.

CAPÍTULO XV

De Régulo, en quien hay un ejemplo de que se debe sufrir el cautiverio aun voluntariamente, por la religión, lo que no pudo aprovecharle por adorar á los dioses.

Los contrarios de nuestra religión tienen entre sus varones insignes un noble ejemplo de cómo debe sufrirse voluntariamente el cautiverio por causa de la religión: Marco Atilio Régulo, general del ejército romano, fué prisionero de los cartagineses, quienes teniendo por más interesante que los romanos les restituyesen los prisioneros que ellos tenían que conservar ellos los suyos, para tratar de este asunto enviaron á Roma á Régulo en compañía de sus embajadores, tomándole ante todas cosas juramento de que si no se concluía favorablemente lo que pretendía la República, se volvería á Cartago. Vino á Roma Régulo, y en el Senado persuadió lo contrario, pareciéndole no convenía á los intereses de la República romana el trocar los prisioneros. Concluído este negocio, ninguno de los suyos le compelió á que volviese á poder de sus enemigos; pero no por eso dejó Régulo de cumplir su juramento, aunque en ello nada menos le iba que su vida. Llegado que fué á Cartago, y dada puntual razón de la resolución al Senado, resentidos los cartagineses, con exquisitos y

horribles tormentos le quitaron la vida, porque metiéndole en un estrecho madero, donde por fuerza estuviese en pie, habiendo clavado en él por todas partes agudísimas puntas de modo que no pudiese inclinarse á ningún lado sin que gravemente se lastimase, le mataron entre los demás tormentos con no dejarle morir naturalmente. A vista de un espectáculo tan lastimoso, que aun referido entornece, con razón celebran la virtud, que fué mayor que la desventura, con ser tan grande; pero, sin embargo, estos males le vaticinaban ya el juramento que había hecho por los dioses, quienes absolutamente prohibían ejecutar tales atrocidades en el género humano, como sostienen sus adoradores. Mas ahora pregunto: si esas falsas deidades que eran reverenciadas de los hombres para que les hiciesen prósperos en la vida presente quisieron ó permitieron que al mismo que juró la verdad se le diese tormentos tan acervos, ¿qué providencia más dura pudieran tomar cuando estuvieran enojados con un perjurio? Pero por cuanto creo que con este solo argumento no concluiré ni dejaré convencido lo uno y lo otro, continúo así. Es positivo que Régulo adoró y dió culto á los dioses, de modo que por la fe del juramento, ni se quedó en su patria, ni se retiró á otra parte, sino que quiso volverse á la prisión donde había de ser maltratado de sus crueles enemigos; si pensó que esta acción tan heroica le importaba para esta vida, cuyo horrendo fin experimentó en sí mismo, sin duda se engañaba; porque con su ejemplo nos dió un prudente documento de que los dioses eran de ninguna importancia á los suyos para la felicidad temporal, pues adorándolos Régulo, fué, sin embargo, vencido y preso; y porque no quiso hacer otra cosa más que cumplir exactamente lo que había jurado por los falsos númenes, murió atormentado con un nuevo nunca visto y horrible género de muer-

te; pero si la religión de los dioses da después de esta vida la felicidad, como por premio, ¿por qué calumnian á los tiempos cristianos diciendo: le vino á Roma aquella calamidad por haber dejado la Religión de sus dioses? ¿Pues acaso reverenciándolos con tanto respeto pudo ser tan feliz como lo fué Régulo? Puede que acaso haya alguno que contra una verdad tan palpable se oponga todavía con tanta demencia y extraordinaria ceguedad, que se atreva á defender que, generalmente, toda una ciudad que tributa culto á los dioses no puede serlo, es decir, porque la potencia de estas deidades es más idónea para conservar á muchos que á cada uno en particular, mediante á que la multitud consta de los particulares. Si confiesan que Régulo, en su cautiverio y corporales tormentos pudo ser dichoso por la virtud del alma (1), búsquese antes la verdadera virtud con que pueda ser también feliz la ciudad, mediante á que la ciudad no es dichosa por una cosa y el hombre por otra, pues la ciudad no es otra cosa que muchos hombres concordés, unidos en sociedad para defender mutuamente sus derechos. No disputo aun aquí cuál fué la virtud de Régulo; basta por ahora decir que este famoso ejemplo les hace confesar, aunque no quieran, que no deben adorarse los dioses por los bienes corporales ó por los acaecimientos que exteriormente suceden al hombre, puesto que el mismo Régulo quiso más carecer de tantas dichas que ofender á los dioses por quienes había jurado. ¿Pero qué haremos con unos hombres que se glorían de que tuvieron tal ciudadano cual temen que no sea su ciudad, y si no temen, confiesan de buena fe que casi lo mismo que sucedió á Régulo pudo suceder á la ciudad, observando su culto y

(1) Así lo sienten Cicerón, Séneca y todos los sabios antiguos que hablan de Régulo.

religión con tanta exactitud como él, y dejen de calumniar los tiempos cristianos? Mas por cuanto la disputa empezó sobre los cristianos, que igualmente fueron conducidos á la prisión y al cautiverio, adviertan en este suceso y enmudezcan los que por esta ocasión, con desenvoltura é imprudencia, mofan de la verdadera religión; porque si fué ignominia de sus dioses que el que más se esmeraba en su servicio por guardarles la fe del juramento careciese de su patria, no teniendo otra, y que cautivo en poder de sus enemigos muriese con una prolija muerte y nuevo género de crueldad, mucho menos debe ser reprendido el nombre cristiano por la cautividad de los suyos, pues viviendo con la verdadera esperanza de conseguir la perpetua posesión de la patria celestial, aun en sus propias tierras saben que son peregrinos.

CAPÍTULO XVI

Si los estuproos que quizá padecieron las santas doncellas en su cautiverio pudieron contaminar la virtud del ánimo sin el consentimiento de la voluntad.

Piensan seguramente que oponen un crimen enorme á los cristianos cuando, exagerando su cautiverio, añaden también que se cometieron impurezas, no sólo en las casadas y doncellas, sino también en las monjas, aunque en este punto, no la fe, no la piedad, no la misma virtud que se apellida castidad, sino nuestro frágil discurso es el que, entre el pudor y la razón, se halla como en un caos de confusiones ó en un aprieto, del que no puede evadirse sin peligro; mas en esta materia no cuidamos tanto de contestar y satisfacer á los extraños,

como de consolar á los nuestros. En cuanto á lo primero, sea, pues, fundamento fijo, sólido é incontestable, que la virtud con que vivimos rectamente, desde el alcazar del alma ejerce su imperio sobre los miembros del cuerpo, y que éste se hace santo con el uso y medio de una voluntad santa, la cual, estando incorrupta y firme, cualquiera cosa que otro hiciere del cuerpo ó en el cuerpo que sin pecado propio no se pueda evitar, es sin culpa del que padece, y por cuanto no sólo se pueden cometer en un cuerpo ajeno acciones que causen dolor, sino también gusto sensual, lo que así se cometió, aunque no quita la honestidad, que con ánimo constante se conservó, con toda causa pudor para que así no se crea que se perpetró con anuencia de la voluntad, lo que acaso no pudo ejecutarse sin algún deleite carnal: y por este motivo, ¿qué humano afecto habrá que no excuse ó perdone á las que se dieron muerte por no sufrir esta calamidad? Pero respecto de las otras que no se mataron por librarse con su muerte de un pecado ajeno, cualesquiera que las acuse de este defecto, si le padecieron, no se excusa de ser reputado por necio.

CAPÍTULO XVII

De la muerte voluntaria por miedo de la pena ó deshonra.

Si á ninguno de los hombres es lícito matar á otro de propia autoridad, aunque verdaderamente sea culpado, porque ni la ley divina ni la humana nos da facultad para quitarle la vida, sin duda que el que se mata á sí mismo (1) también es homicida, haciéndose tanto más

(1) Causa 23, quest. 5., can. 51 del Decreto de Graciano.

culpado cuando se dió muerte, cuanta menos razón tuvo para matarse; porque si justamente abominamos de la acción de Judas y la misma verdad condena su deliberación, pues con ahorcarse más acrecentó que satisfizo el crimen de su traición (1) (mediante á que, desesperado ya de la divina misericordia y pesaroso de su pecado, no dió lugar á arrepentirse y hacer una saludable penitencia), ¿cuánto más debe abstenerse de quitarse la vida el que con muerte tan infeliz nada tiene en sí que castigar? Y en esto hay notable discrepancia, porque Judas, cuando se dió muerte, la dió á un hombre malvado, y, con todo, acabó esta vida no sólo culpado en la muerte del Redentor, sino en la suya propia, pues aunque se mató por un pecado suyo, en su muerte hizo otro pecado, y bastante grave.

CAPÍTULO XVIII

De la torpeza ajena y violenta que padece en su forzado cuerpo una persona contra su voluntad.

Pregunto, pues, ¿por qué el hombre que á nadie ofende ni hace mal ha de hacerse mal á sí propio, y quitándose la vida ha de matar á un hombre sin culpa, por no sufrir la culpa de otro, cometiendo contra sí un pecado propio, porque no se cometa en él el ajeno? Dirán: porque teme ser manchado con ajena torpeza; no manchará si fuese ajena, y si manchare no será ajena; pero siendo, como es, la honestidad una virtud del alma, y teniendo, como tiene, por su socia á la fortaleza, con la cual puede resolver el padecer antes cualesquiera aflicciones que consentir en un solo pecado, y no es-

(1) S. Mateo, cap. XXVII v. 2.

tando, como no está, en la mano y facultad del hombre más magnánimo y honesto lo que puede suceder de su cuerpo, sino sólo el consentir con la voluntad ó disentir, ¿quién habrá que tenga entendimiento sano que juzgue que pierde su honestidad, si acaso en su cautivo y violentado cuerpo se saciase la sensualidad ajena? Porque si de este modo se pierde la honestidad, no será virtud del alma ni será de los bienes con que se vive virtuosamente, sino será de los bienes del cuerpo, como son las fuerzas, la hermosura, la complexión sana y otras cualidades semejantes, las cuales dotes, aunque decaigan en nosotros, de ninguna manera nos menoscaban ni acortan la vida buena y virtuosa; y si la honestidad corresponde á alguna de estas prendas tan estimadas, ¿por qué procuramos, aun con riesgo del cuerpo, que no se nos pierda? Pero si toca á los bienes del alma, aunque sea forzado y padezca el cuerpo, no por eso se pierde; antes sí el bien de la santa continencia, cuando no se rinda á las impurezas de la carnal concupiscencia, santifica también el mismo cuerpo. Por tanto; cuando con invencible propósito persevera en no rendirse, tampoco se pierde la castidad del mismo cuerpo, porque está constante la voluntad en usar bien y santamente de él, y cuanto consiste en él, también la facultad. El cuerpo no es santo porque sus miembros estén integros ó exentos de tocamientos torpes, pues pueden, por diversos accidentes, siendo heridos, padecer fuerza, y á veces observamos que los médicos, haciendo sus curaciones, ejecutan en ellos remedios que causan horror. Una partera examinando con la mano la virginidad de una doncella, ó fuese por odio ó por ignorancia en su profesión, ó por acaso, andándola registrando, la echó á perder y dejó inútil; no creo por eso que haya alguno tan necio que presuma que perdió la doncella por esta acción la santidad de su cuerpo,

aunque perdiese la integridad de la parte lacerada; y así, cuando permanece firme el propósito de la voluntad, por el cual merece ser santificado el cuerpo, tampoco la violencia de ajena sensualidad le quita al mismo cuerpo la santidad, que conserva inviolable la perseverancia en su continencia. Pregunto: si una mujer fuese con voluntad depravada, y trocado el propósito que había hecho á Dios, á que la deshonrase uno que la había seducido y engañado, antes que llegue al paraje designado, mientras va aun caminando, ¿diremos que ésta es santa en el cuerpo, habiendo ya perdido la santidad del alma con que se santificaba el cuerpo? Dios nos libre de semejante error. De esta doctrina debemos deducir que, así como se pierde la santidad del cuerpo, perdida ya la del alma, aunque el cuerpo quede íntegro é intacto, así tampoco se pierde la santidad del cuerpo quedando entera la santidad del alma, no obstante de que el cuerpo padezca violencia; por lo cual, si una mujer que fué forzada violentamente sin consentimiento suyo, y padeció menoscabo en su cuerpo con pecado ajeno, no tiene que castigar en sí, matándose voluntariamente, ¿cuánto más antes que nada suceda, porque no venga á cometer un homicidio cierto, estando el mismo pecado, aunque ajeno, todavía incierto? Por ventura, ¿se atreverán á contradecir á esta razón tan evidente con que probamos que cuando se violenta un cuerpo, sin haber habido mutación en el propósito de la castidad, consintiendo en el pecado, es culpa sólo de aquel que conoce por fuerza á la mujer, y no de la que es forzada y de ningún modo consiente con quien la conoce? ¿Tendrán atrevimiento, digo, á contradecir estas reflexiones aquellos contra quienes defendemos que no sólo las conciencias, sino también los cuerpos de las mujeres cristianas que padecieron fuerza en el cautiverio fueron inculpables y santos?

CAPÍTULO XIX

De Lucrecia, que se mató por haber sido forzada.

Celebran y ensalzan los antiguos con repetidas alabanzas á Lucrecia, ilustre romana, por su honestidad y haber padecido la afrenta de ser forzada por el hijo del rey Tarquino el soberbio. Luego que salió de tan apretado lance, descubrió la insolencia de Sexto á su marido Colatino y á su deudo Junio Bruto, sujetos esclarecidos por su linaje y valor, empeñándolos en la venganza; pero, impaciente y dolorosa de la torpeza cometida en su persona, se quitó al punto la vida. A vista de este lamentable suceso ¿qué diremos? ¿en qué concepto hemos de tener á Lucrecia, en el de casta ó en el de adúltera? Pero, ¿quién hay que repare en esta controversia? A este propósito, con verdad y elegancia dijo un célebre político en una declamación: «Maravillosa cosa; dos fueron, y uno solo cometió el adulterio: caso estupendo, pero cierto.» Porque, dando á entender que en la conmixción de dos cuerpos, en el uno había habido un apetito torpe y en el otro una voluntad casta, y atendiendo á lo que resultó, no de la conjunción de los miembros, sino de la diversidad de los ánimos; dos, dice, fueron, y uno solo cometió el adulterio. Pero ¿qué novedad es esta que veo castigada con mayor rigor á la que no cometió el adulterio? A Sexto, que es el causante, le destierran de su patria juntamente con su padre, y á Lucrecia la veo acabar su inocente vida con la pena más acerba que prescribe la ley; si no es deshonesta la que padece forzada, tampoco es justa la que castiga á la honesta. A vosotros apelo, leyes y magistrados romanos, pues aun después de cometidos los delitos jamás permitísteis matar libremente á un

facineroso sin formarle primero su proceso, ventilar su causa por los trámites del Derecho y condenarle luego; si alguno presentase esta causa en vuestro tribunal y os constase por legítimas pruebas que habían muerto á una señora, no sólo sin oírla ni condenarla, sino también siendo casta é inocente; pregunto, ¿no castigaríais semejante delito con el rigor y severidad que merece? Esto hizo aquella celebrada Lucrecia: á la inocente, casta y forzada Lucrecia la mató la misma Lucrecia; sentenciadlo vosotros, y si os excusáis diciendo no podéis ejecutarlo porque no está presente para poderla castigar, ¿por qué razón á la misma que mató á una mujer casta é inocente la celebráis con tantas alabanzas? Aunque á presencia de los jueces infernales, cuales comúnmente nos los fingen vuestros poetas, de ningún modo podéis defenderla estando ya condenada entre aquellos que con su propia mano, sin culpa, se dieron muerte, y, aburridos de su vida, fueron pródigos de sus almas (1) á quien deseando volver acá no la dejan ya las irrevocables leyes, y la innavegable laguna con sus tristes ondas la detienen (2); por ventura, ¿no está allí porque se mató, no inocentemente, sino porque la remordió la conciencia? ¿Qué sabemos lo que ella solamente pudo saber, si llevada de su deleite consintió con Sexto que la violentaba, y, arrepentida de la fealdad de esta acción, tuvo tanto sentimiento que creyese no podía satisfacer tan horrendo crimen sino con

(1) Virgil., *Eneida*, 6.

*Qui sibi lectum,
Insonites peperere, manu lucemque perosi
Projecere animas.*

(2) Idem Virgil., *cod. loc.*

*Fata obstant, tristisque palus innabilis unda
Alligat.*

su muerte? Pero ni aun así debía matarse, si podia acaso hacer alguna penitencia que la aprovechase delante de sus dioses. Con todo, si por fortuna es así, y fué falsa la conjetura de que dos fueron en el acto y uno solo el que cometió el adulterio, cuando, por el contrario, se presumía que ambos lo perpetraron, el uno con evidente fuerza y la otra con interior consentimiento, en este caso Lucrecia no se mató inocente ni exenta de culpa, y por este motivo los que defienden su causa podrán decir que no está en los Infiernos entre aquellos que sin culpa se dieron la muerte con sus propios manos; pero de tal modo se estrecha por ambos extremos el argumento, que si se excusa el homicidio se confirma el adulterio, y si se purga éste se le acumula aquél; por fin, no es dable dar fácil solución á este dilema: si es adúltera ¿por qué la alaban? y si es honesta ¿por qué la matan? Mas respecto de nosotros, éste es un ilustre ejemplo para convencer á los que, ajenos de imaginar con rectitud, se burlan de las cristianas que fueron violentadas en su cautiverio, y para nuestro consuelo bastan los dignos loores con que otros han ensalzado á Lucrecia, repitiendo que dos fueron y uno cometió el adulterio, porque todo el pueblo romano quiso mejor creer que en Lucrecia no hubo consentimiento que denigrase su honor, que persuadirse que accedió sin constancia á un crimen tan grave. Así es que, el haberse quitado la vida por sus propias manos no fué porque fuese adúltera, aunque le padeció inculpablemente; ni por amor á la castidad, sino por flaqueza y temor del pudor que había de causarla presentarse en público afrentada. Tuvo, pues, vergüenza de la torpeza ajena que se había cometido en ella, aunque no con ella, y siendo, como era, mujer romana, ilustre por sangre y ambiciosa de honores, temió creyese el vulgo que la violencia que había sufrido en vida había sido con vo-

luntad suya, á no ser que, manifestando un grave sentimiento que la obligase á darse muerte, diese una prueba sincera de su honradez y pureza: por esto quiso poner á los ojos de los hombres aquella pena con que se castigó, para que fuese testigo de su voluntad á aquellos á quienes no podía hacer una demostración de su conciencia. Tuvo, pues, un pudor inimitable y un justo recelo de que alguno presumiese habia sido cómplice en el delito, si la injuria que Sexto había cometido torpemente en su persona la sufriese con paciencia, no procurando la venganza. Mas no lo practicaron así las mujeres cristianas, que habiendo tolerado igual desventura, aun viven; pero tampoco vengaron en sí el pecado ajeno, por no añadir á las culpas ajenas las propias, como lo hicieran, si porque el enemigo con brutal apetito sació en ellas sus torpes deseos, ellas precisamente por el pudor público fueran homicidas de sí mismas. Y esta conformidad, ¿de dónde les vino? No de otra parte sino de una madura reflexión que les inspira tienen dentro de sí la gloria de su honestidad, que es el testimonio de su conciencia (1), que ponen delante de los ojos de su Dios, y no desean más cuando operan con rectitud ni pretenden otra cosa por no apartarse de la autoridad de la ley divina, aunque á veces procura excusar con poca precaución los escándalos de la sospecha humana.

(1) San Pablo, I. ep. ad Corint., cap. I. *Nam gloria nostra hæc est testimonium conscientie nostræ.*

CAPÍTULO XX

Que no hay autoridad que permita en ningún caso á los cristianos el quitarse á sí propios la vida.

Por eso, no sin motivo vemos que en ninguno de los libros santos y canónicos se dice que Dios nos mande ó permita que nos demos la muerte á nosotros propios, ni aun por conseguir la inmortalidad, ni por excusarnos ó libertarnos de cualquiera calamidad ó desventura. Debemos asimismo entender que comprende á nosotros mismos la ley, cuando dice Dios por boca de Moisés (1): «no matarás», porque no añadió á tu prójimo, así como cuando nos vedó decir falso testimonio; en cuyos altos preceptos nos hallamos principalmente comprendidos. Así prosigue el sagrado texto y dice en el mismo versículo: «no dirás falso testimonio contra tu prójimo»; más no por esto si alguno dijere falso testimonio contra sí mismo, ha de pensar que se excusa de este pecado porque la regla de amar al prójimo la tomó el mismo autor del amor de sí mismo, pues dice la Escritura (2): amarás á tu prójimo como á ti mismo, y si no menos incurre en la culpa de un falso testimonio el que contra sí propio le dice que si le dijera contra su prójimo, aunque en el precepto donde se prohíbe el falso testimonio se prohíbe específicamente contra el prójimo, y acaso puede figurárseles á los que no lo entienden bien que no está vedado que uno le diga contra sí mismo; cuánto más se debe entender que no es lícito al hombre el matarse á sí mismo, pues donde dice la Escritura «no matarás», aunque después no añada

(1) Exod., cap. XX.

(2) S. Mateo, cap. XXII., *Diliges proximum tuum, sicut te ipsum.*

otra particularidad, se entiende que á ninguno exceptúa, ni aun el mismo á quien se lo manda. Por este motivo hay algunos que quieren extender este precepto á las bestias, de modo que no podemos matar ninguna de ellas; pero si esto es cierto en su hipótesis, ¿por qué no incluyen las hierbas y todo lo que por la raíz se sustenta y planta en la tierra? Pues todos estos vegetales, aunque no sientan, con todo, se dice que viven, y, por consiguiente, pueden morir; así, pues, siempre que las hicieren fuerza las podrán matar. En comprobación de esta doctrina, el apóstol de las gentes (1), hablando de semejantes semillas, dice: «Lo que tu siembras no se vivifica si no muere primero»; y el (2)salmista dijo: «mátelos sus vides con granizo»: ¿Y acaso cuando nos mandan «no matarás», diremos que es pecado arrancar una planta? Y si así lo concediésemos, ¿incidiríamos seguramente en el error de los maniqueos? Dejando, pues, á un lado estos dislates, cuando dice «no matarás», debemos comprender que esto no pudo decirse de las plantas, porque en ellas no hay sentido; ni de los irracionales, como son: aves, peces, brutos y reptiles, porque por medio de ninguna razón comunican con nosotros, la cual no quiso Dios la tuviesen común con los hombres; y así, por justa disposición del Criador, su vida y muerte está sujeta á nuestras necesidades y voluntad. Resta, pues, que entendamos lo que Dios prescribe respecto del hombre: dice «no matarás», es decir, á otro hombre, luego ni á ti propio, porque el que se mata á sí, no mata á otro que á un hombre.

(1) S. Pablo, I. ep. á los Corinth., cap. XV. *Tu quod seminas, non vivificatur, nisi prius moriatur.*

(2) Psalm. 77. *Occidet vites eorum in grandine.*

CAPÍTULO XXI

De las muertes de hombres que se exceptúan de culpa de homicidio.

No obstante los términos absolutos en que está concebido el quinto precepto del Decálogo, el mismo legislador que así lo mandó, expresamente señaló varias excepciones, como son siempre que Dios expresamente mandase quitar la vida á un hombre, ya sea prescribiéndolo por medio de alguna ley ó previniéndolo en términos claros, en cuyos casos no mata quien presta su ministerio obedeciendo al mandante, así como la espada dirige sus filos por disposición del que la usa; por consiguiente, no violan este precepto, «no matarás», los que por mandado de Dios declararon guerras ó representando la potestad pública y obrando según el imperio de la justicia castigaron á los facinerosos y perversos quitándoles la vida: por esta causa Abraham, estando resuelto á sacrificar al hijo único que tenia, no solamente no fué notado de crueldad, sino que fué ensalzado y alabado por hombre pío y temeroso de Dios: pues aunque cumpliendo el mandato divino determinó quitar la vida á Isacc, no efectuó esta acción por ejecutar un hecho pecaminoso y damnable, sino por obedecer á los proceptos de Dios (1), y este es el motivo por que se duda con razón si debe tener por mandamiento expreso de Dios lo que ejecutó Jepté matando á su hija cuando le salió al encuentro para darle el parabién de su victoria, en conformidad al voto solemne que había hecho de sacrificar á Dios el primero que saliese á recibirle cuando volviese victorioso (2). Y la muerte de

(1) Génesis, cap. XXII

(2) Lib. de los Jueces, caps. XI y XII

Sansón no por otra causa se justifica cuando, arrimándose á las dos columnas del templo de Dagón, sobre las que se estribaba, se asió fuertemente de ellas para que con él pereciesen todos los filisteos, sino porque secretamente se lo había inspirado el espíritu de Dios, por cuyo medio hizo acciones milagrosas que causan admiración (1). Exceptuados, pues, estos casos y personas á quienes el Omnipotente manda matar expresamente ó la ley que justifica este hecho y presta su autoridad, cualquiera otro que quitase la vida á un hombre, ya sea á sí mismo ó á otro, incurre en el crimen de homicidio.

CAPÍTULO XXII

Que en ningún caso puede llamarse á la muerte voluntaria grandeza de ánimo.

Todos los que han ejecutado en sus personas muerte voluntaria podrán ser acaso dignos de admiración por su grandeza de ánimo, mas no alabados por cuerdos y sabios; aunque si con exactitud consultásemos á la razón (movil de nuestras acciones), advertiríamos no debe llamarse grandeza de ánimo cuando uno, no pudiendo sufrir algunas adversidades ó pecados de otros, se mata asimismo; porque en este caso muestra más claramente su flaqueza, no pudiendo tolerar, ó la dura servidumbre de su cuerpo, ó la necia opinión del vulgo; pero sí deberá tenerse por grandeza de ánimo la de aquel que sabe comportar las penalidades de la vida y no huye de ellas, como la del que sabe despreciar las ilusiones del juicio humano, particularmente las del

(1) Lib de los Jueces, cap. XVI.

vulgo, cuya mayor parte está generalmente impregnada en los errores, si atendemos á las máximas que dicta la luz y la pureza de una conciencia sana. Y si se cree que es una acción capaz de realizar la grandeza de ánimo de un corazón constante el matarse á sí mismo, sin duda que Cleombroto es singular en esta constancia, pues de él refieren que, habiendo leído el libro de Platón donde trata de la inmortalidad del alma, se arrojó de un muro abajo, pasando de este modo de la vida presente á la futura, creyendo era ésta la acción más heroica, mediante no haberle obligado ninguna calamidad ni culpa verdadera ó falsa á matarse por no poderla sufrir, y sólo su grandeza de ánimo fué la que excitó su constancia á romper los suaves lazos de la vida con que se hallaba aprisionado; pero de que esta acción fué temeraria y no efecto de una admirable fortaleza pudo desengañarle el mismo Platón (1), quien seguramente se hubiera muerto á sí mismo y mandado á los hombres lo ejecutasen así, si reflexionando la inmortalidad del alma no creyera que semejante despecho no solamente no debía practicarse, sino que debía prohibirse como contrario á los incontestables principios de la ley natural.

CAPÍTULO XXIII

Sobre el concepto que debe formarse del ejemplo de Catón, que, no pudiendo sufrir la victoria de César, se mató.

Dirán que muchos se mataron por no venir á poder de sus enemigos; pero por ahora no disputamos si se

(1) Platón, *in Phedone in principio*.

hizo, sino si se debió hacer, en atención á que, en iguales circunstancias, á los ejemplos debemos anteponer la razón con quien concuerdan éstos, y no cualesquiera de ellos, sino los que son tanto más dignos de imitar cuanto son más excelentes en piedad. No lo hicieron los patriarcas, no los profetas, no los apóstoles (1). El mismo Cristo Señor nuestro, cuando aconsejó á sus discípulos que siempre que padeciesen persecución huyesen de una ciudad á otra, les pudo decir que se quitasen la vida para no venir á manos de sus perseguidores; y si el Redentor no mandó ni aconsejó que de este modo saliesen los apóstoles de esta vida miserable (á quienes, en muriendo, prometió tenerles preparadas las moradas eternas) (2), aunque nos opongán los gentiles (3) cuantos ejemplares quieran, es manifiesto que semejante atentado no es lícito á los que adoran á un Dios verdadero: no obstante que las naciones que no conocieron á Dios, á excepción de Lucrecia, no hallan otros personajes con cuyo ejemplo puedan eludir nuestra doctrina; solo Catón, aquel héroe famoso que se mató en Utica, no precisamente porque fuese él solo (4) quien ejecutó en sí este crimen, sino porque fué reputado entre las naciones por hombre de bien y docto (5). Y este es el motivo que pudo hacer creer á algunos que cuando Catón tomó esta deliberación, podía hacerse, ó que él tenía facultad para ejecutarlo cuando lo puso en práctica. Pero de un hecho tan temerario, ¿qué podré yo decir sino que algunas personas doctas, ami-

(1) S. Mateo, c. X.

(2) S. Juan, c. XIV.

(3) S. Pablo, ep. ad Romanos, c. X, v. 2.

(4) Los cónsules Scipión, Metelo, y Afranio, y el Rey de Mauritania Juba, se mataron á sí mismos en la guerra civil de Cesar y Pompeyo, por no rendirse al vencedor.

(5) Juvenal, Veleyo, Séneca, Salustio y Lucano alabaron á Catón y sus acciones.

gos suyos, que con más cordura le disuadían de su determinación, consideraron esta acción como hija de un espíritu débil y no de un corazón fuerte? Pues por ella venía á manifestar, no la virtud que huye de las acciones torpes ó damnables, sino la flaqueza que no puede sufrir las adversidades, lo cual dió á entender el mismo Catón en la persona de su hijo; porque si era cosa vergonzosa vivir bajo los triunfos y protección de César, como lo aconsejaba á su hijo, á quien persuadió tuviese confianza, que alcanzaría de la benignidad de César cuanto le pidiese, ¿por qué no le excitó con la fecundidad de su doctrina á que, imitando su ejemplo, se matase con él? Si Torcuato loablemente quita la vida á su hijo, que contra su orden presentó la batalla al enemigo, no obstante de quedar vencedor, ¿por qué Catón vencido perdona á su hijo vencido, no habiéndose perdonado á sí propio? ¿Por ventura era acaso acción más sonrojosa ser vencedor contra el mandato que contra el decoro sufrir al vencedor? Luego Catón no tuvo por indecente é ignominioso vivir bajo la tutela de César vencedor; pues si hubiera sentido lo contrario, con su propia espada libertaría á su hijo de esta deshonra. ¿Y cuál pudo ser el motivo de esta persuasión paterna? Sin duda no fué otro tan singular como fué el amor que tuvo á su hijo, á quien quiso que César perdonase; tanta fué la envidia que tuvo á la gloria del mismo César, porque no llegase el caso de ser perdonado de éste y estar bajo sus órdenes, como refieren que lo dijo César hablando con más humanidad, tuvo pudor en hacerse prisionero de su antagonista.

CAPÍTULO XXIV

Que en la virtud en que Régulo superó á Catón, se aventajan mucho más los cristianos.

Los incrédulos contra cuyas opiniones disputamos, no quieren que antepongamos á Catón un varón tan santo como fué Job, que quiso más padecer en su cuerpo horribles y pestíferos males, que, con darse la muerte, carecer de todos aquellos tormentos, ó á otros santos que, por el irrefragable testimonio de nuestros libros, tan autorizados como dignos de fe, consta quisieron más sufrir el cautiverio de sus enemigos que darse á sí propios la muerte. Con todo, por lo que resulta de los libros de estos fanáticos, á Catón podemos preferir Marco Atilio Régulo, en atención á que Catón jamás venció en campal batalla á César, y sí éste á aquél; y viéndose vencido, no quiso postrar su orgullosa cerviz sujetándose á su albedrío, y por no rendirse quiso más matarse á sí propio; pero Régulo había ya batido y vencido varias veces á los cartagineses, y siendo aún general, había alcanzado al imperio romano una señalada victoria, no lastimosa para sus mismos ciudadanos, sino célebre por ser de sus enemigos; y, con todo, vencido al fin por los africanos, quiso más sufrir sus injurias sirviendo como un esclavo, que huir de la esclavitud dándose la muerte; y así, bajo el yugo de los cartagineses, prestó paciencia, y en el amor á su patria constancia, no defraudando á los enemigos un cuerpo ya vencido, ni á sus ciudadanos un ánimo invencible. Jamás tuvo la idea de quitarse la vida por insufribles que fuesen sus calamidades, y esto lo hizo por el común deseo y obligación natural de conservar la vida, cuya presunción ratificó cuando, en virtud del jura-

mento deferido, volvió sin recelo al poder de sus contrarios, á quienes había causado mayor perjuicio en el Senado con sus raiocinios y dictamen, que en campaña con su acreditado valor y temibles ejércitos. Así, pues, un tan grande menospreciador de la vida presente, que quiso más terminar su carrera entre enemigos crueles, padeciendo toda suerte de desdichas, que darse por sí mismo la muerte, sin duda que tuvo por horrendo crimen que el hombre á sí mismo se quite la vida. Entre todos sus varones insignes en virtud, armas y letras, no hacen alarde los romanos de otro mejor que de Régulo, á quien ni la felicidad estragó, pues con tantas victorias murió pobre, ni la infelicidad postró su constante ánimo, puesto que volvió sin temor á una servidumbre tan fiera, sólo por atender á la felicidad de su patria; y si los inclusos varones, acérrimos defensores de Roma y de sus dioses (á quienes adoraban con el mayor respeto, observando religiosamente los juramentos que por ellos hacían) pudieron quitar la vida á sus enemigos, atendido el derecho de la guerra, éstos, ya que la veían conservada por la piedad del vencedor, no quisieron matarse á sí propios; pues no temiendo los horrores de la muerte, tuvieron por más acertado sufrir el yugo de sus señores que tomársela por sus propias manos. A vista de tales ejemplos, ¿con cuánta mayor razón los cristianos, que adoran á un Dios verdadero y aspiran á la patria celestial, deben guardarse de cometer este pecado, siempre que la divina Providencia los sujete al imperio de sus enemigos, ó ya para probar la rectitud de su corazón, ó para su corrección? pues es indubitable que en tal calamidad no los desampara aquel gran Dios, que, siendo el Señor de los señores, vino en traje tan humilde á este mundo, para enseñarnos con su ejemplo á ejercer la humildad; por cuyo motivo, aquellos mismos á quienes ninguna ley,

derecho militar ni práctica autoriza para matar al enemigo vencido, deben ser más cuidadosos en conservar vidas y no quebrantar las divinas sanciones.

CAPÍTULO XXV

Que no se debe evitar el pecado con pecado.

¿Qué error tan craso es el que se apodera de nuestra imaginación cuando llega á persuadir al hombre se mate á sí mismo, ya sea porque su enemigo pecó contra él, ó porque no peque cuando no se atreve á matar al mismo enemigo que peca, ó ha de pecar? Dirán que se debe temer que el cuerpo, sujeto al apetito sensual del enemigo, convide y atraiga con el demasiado regalo al alma á consentir en el pecado ajeno, sino por el suyo propio antes que le cometa; pero de ningún modo consentirá en tal flaqueza un alma que acceda al apetito carnal, irritada con el torpe deseo de otro; un alma digo que está más sujeta á Dios y á su admirable sabiduría, que al apetito corporal: y si es una acción detestable, y una maldad abominable, el matarse el hombre á sí mismo, como la misma verdad nos lo predica, ¿quién será tan necio, tan estólido ó tan demente que diga: pequemos ahora, porque acaso no pequemos después; cometamos ahora el homicidio, porque acaso después no caigamos en adulterio? Pregunto: si dado caso que domine en nuestros corazones con tanto despotismo la maldad que no escojamos, ni echemos mano de la inocencia, sino de los pecados, ¿no será mejor el adulterio incierto de futuro, que el homicidio cierto de presente? ¿No sería menos culpable cometer un pecado que se pueda restaurar con la penitencia, que cometer

otro en que no se deja tiempo para hacerla? Esto he dicho por aquellos que por declinar el pecado, no el ajeno, sino el propio (porque acaso debajo del ajeno apetito no vengan á consentir también con el propio irritado), piensan que deben hacerse fuerza á sí, y matarse. Pero librenos Dios que el alma cristiana que confía en su Dios, teniendo puesta en él su esperanza y estribando en su favor y ayuda, incida en semejante delirio. Librenos Dios, digo, que esta alma se rinda y ceda á un deleite carnal, para consentir en una torpeza, aumentando un delito á otro delito. Y si la resistencia carnal, que habita aun en los miembros moribundos, se mueve como por un privilegio suyo contra el de nuestra voluntad, ¿cuánto más será (sin mediar culpa) en el cuerpo del que no consiente, si se halla (sin culpa) en el cuerpo del que duerme?

CAPÍTULO XXVI

Cuando vemos que los Santos hicieron cosas que no son lícitas, ¿cómo debemos creer que las hicieron?

Pero instarán diciendo que algunas santas mujeres, en tiempo de la persecución, por libertarse de los bárbaros que perseguían su honestidad, se arrojaron en los ríos, cuyas arrebatadas aguas habían de ahogarlas precisamente, y que de esto murieron, á las que sin embargo la Iglesia celebra con particular veneración en sus martirologios. De éstas no me atreveré á afirmar cosa alguna sin preceder un juicio muy circunstanciado, porque ignoro si el Espíritu Santo persuadió á la Iglesia con testimonios fidedignos á que celebrase su memoria; y puede ser que sea así. ¿Y quién podrá ave-

riguar si estas heroínas lo hicieron, no seducidas de la humana ignorancia, sino inspiradas por alguna revelación divina, y no errando, sino obedeciendo á los altos é inescrutables decretos del Criador? Así como de Sansón (1) no es justo que creamos otra cosa sino lo que nos dice la Escritura y exponen los Santos Padres: y cuando Dios así lo prescribe, ¿quién osará culpar la obediencia? ¿Quién acusará una obra pía? Pero no por eso obrará bien quien se determinase á sacrificar su hijo á Dios, movido de que Abraham lo hizo, y que de esta acción le resultó una gloria incomparable y su justificación; porque también el soldado, cuando, obedeciendo á su capitán, á quien inmediatamente está sujeto, mata á un hombre, por ninguna ley civil incurre en la culpa de homicida; antes, por el contrario, si no obedece á la voz de su jefe, incurre en la pena de los transgresores de las leyes militares; y si lo ejecutase por su propia autoridad y sin mandato, incidiría en la culpa de efusor de sangre humana: así pues, por la misma razón que le castigarán, si lo ejecuta sin ser mandado, por la misma le castigarán si no lo hiciera mandándosele: y si esto sucede cuando lo manda un general, ¿con cuánta más razón si así lo prescribiese el Criador? El que oye que no es lícito matarse, hágalo, si se lo previene Aquel cuyo mandamiento no se puede traspasar; pero atienda con el mayor cuidado si el divino mandato vacila en alguna incertidumbre. Nosotros, por lo que oímos, examinamos la conciencia; más no nos usurpamos el juzgar de lo que nos es oculto, pues nadie sabe lo que pasa en el hombre sino su espíritu, que está en él (2). Lo que decimos, lo que afirmamos, lo que en todas maneras aprobamos es, que nin-

(1) Lib. de los Jueces, cap. XVI.

(2) S. Pablo, 1 ep. ad Corinth., cap. II. *Can. si non licet.*, causa q. 23. 5.

guno debe darse la muerte de su propia voluntad, como con achaque de excusar las molestias temporales, porque puede caer en las eternas: ninguno debe hacerlo por pecados ajenos, porque por el mismo hecho no se haga reo de un pecado propio, gravísimo y excesivo á aquel á quien no tocaba el ajeno: ninguno por pecados pasados, porque para estos tenemos más necesidad de la vida, para enmendarlos con la penitencia; y ninguno por deseo de mejor vida que espera en muriendo, porque á los culpados en su muerte, después de muertos, no les aguarda mejor vida.

CAPÍTULO XXVII

Si por evitar el pecado se debe tomar muerte voluntaria.

Réstanos una causa que exponer, de la que ya habíamos empezado á tratar, y es que es muy importante darse la muerte por no caer en el pecado, ya sea convidado con la blandura del deleite ó forzado por la braveza del dolor; pero si admitiésemos esta causa pasaría tan adelante, que nos obligase á exhortar á los hombres á que se matasen, especialmente cuando, habiéndose purificado con el agua del bautismo y sido regenerados en Jesucristo, acaban de recibir la remisión de todos sus pecados; porque entonces es tiempo á propósito para guardarse de todos los pecados que pueden sobrevenir cuando ya están perdonados los pecados; lo que si se hace bien en la muerte voluntaria, ¿por qué no se hará entonces más que nunca? Por qué todos los que se bautizan no se matan? ¿Por qué, habiéndose una vez librado, vuelven nuevamente á meterse en tantos peligros como hay en esta vida, siendo

fácil medio para huir de todos el darse muerte? Y diciendo la Escritura «que quien ama el peligro cae en él» (1), ¿por qué motivos se aman tantos y tan graves peligros? O si no se aman verdaderamente, ¿por qué se meten los hombres en ellos? ¿Para qué se queda en esta vida el que le es lícito irse de ella? ¿Por ventura puede haber error tan disparatado que trastorne y ciegue el juicio de un hombre y le desvíe de la consideración de verdad, que si no se debe matar por no caer en pecado, viviendo en poder del que le cautivó, piense que le está bien el vivir para sufrir al mismo mundo, lleno á todas horas de tentaciones, y tales cuales se podían, viviendo, temer debajo la sujeción de un señor, y otras innumerables sin las cuales no se vive en este mundo? ¿Para qué, pues, consumimos el tiempo en las acostumbradas exhortaciones, siempre que procuramos persuadir á los bautizados, ó la integridad virginal, ó la continencia vidual, ó la fe del casto matrimonio, teniendo un atajo libre de todos los peligros de pecar, para que á todos los que pudiésemos persuadir que se den muerte en acabando de recibir la remisión de sus pecados, los enviemos al Señor con las conciencias más sanas y más puras? Y si alguno cree que puede ejecutar ó persuadir esta doctrina, no sólo es un ignorante, sino un demente. ¿Con qué valor dirá á un hombre, mátate, porque á tus pecados veniales acaso no añadas alguno grave viviendo tal vez en poder de un bárbaro ó sensual, quien no puede decir sino con impiedad, mátate en estando absuelto de todos tus pecados, porque no vuelvas á incidir en otros acaso más graves viviendo en un mundo tan engañoso, cercado de lazos y deleite, tan furioso, con tanto número de nefandas crueldades y tan enemigo con tantos errores y sobresaltos? Y si se dice

(1) Eccles., cap. III.

que esto es maldad, sin duda lo es el matarse, pues si pudiera haber alguna justa causa para hacerlo voluntariamente, ciertamente no habría otra más arreglada que ésta, y supuesto que ésta no lo es, luego ninguna hay para cometer un delito tan execrable. En esta inteligencia, ¡oh fieles de Jesucristo!, no os enfade vuestra vida: si de vuestra honestidad acaso se burló el enemigo, grande y verdadero consuelo os queda si tenéis segura la conciencia en no haber consentido á los pecados de los que Dios permitió pecasen en vosotros.

CAPÍTULO XXVIII

Por qué permitió Dios que la torpeza del enemigo pecase en los cuerpos de los continentes.

Y si acaso preguntáis por qué permitió Dios tan horribles crímenes, diré con el Apóstol: «Alta es, sin duda, y que se pierde de vista la providencia del Autor y Gobernador del mundo, incomprensibles sus juicios é investigables sus ideas y caminos» (1). Con todo, preguntádselo fielmente y examinad vuestras conciencias, no sea caso que os hayáis engreído demasiado por la gracia de la virginidad y continencia, ó por el privilegio de la castidad, y llevadas de la complacencia de las humanas alabanzas, envidiáseis también esta prerrogativa á otras. No acuso lo que ignoro, ni oigo lo que á la pregunta os responden vuestros corazones. No obstante, si respondieren que es así, no hay que maravillaros que hayáis perdido la fama y el honor con que pretendíais conquistar los corazones de los hombres, si

(1) San Pable, ep. ad Rom., cap. II.

os ha quedado lo que no se puede manifestar á los hombres, que es el pudor y el recato. Si no consentisteis con los que pecaron con vosotras, á la gracia divina se le acude con el divino favor para que no se pierda, y á la humana gloria sucede el humano baldón para que no se la estime ni aprecie. En lo uno y en lo otro os podéis consolar las pusilánimes, pues por un lado fuisteis probadas y por otro castigadas, por uno justificadas y por otro enmendadas; pero á las que su corazón, preguntado, las responde que jamás se ensoberbecieron por el bien de la virginidad, ó de la viudez ó del casto matrimonio, y que no despreciaron, sino que se acomodaron con las humildes (1), alegrándose con temor y respeto (2) por la merced que Dios les había concedido, y no envidiando á ninguno la excelencia de otra santidad y castidad igual ó más excelente, antes más bien sin hacer caso de la humana gloria, que suele ser tanto mayor cuanto el bien que pide la alabanza es más raro y singular, habían deseado que fuese mayor el número de éstas que no el que entre pocas fuesen ellas las más ilustres. Tampoco las que fueron tales, si acaso á algunas de ellas lastimó su honra la bárbara licencia, deben acusar ni culpar la divina permisión, ni crean que por esto no cuida Dios de estas cosas porque permite lo que ninguno comete impunemente. De estos pecados, los unos, como contrapeso de nuestros torpes apetitos, se nos relajan en la vida presente y alivian, por oculto juicio de Dios; pero otros se reservan para el último y tremendo juicio, que será patente á todos los mortales; y acaso también estas señoras, á quienes asegura el testimonio de su conciencia de no haberse desvanecido ni engréido por el bien de la castidad, pa-

(1) San Pablo, ep. ad Rom., cap. XII.

(2) Psalm. 2.

deciendo, no obstante, violencia en sus cuerpos, tenían oculta alguna flaqueza que pudiera degenerar en soberbia, si en aquella miserable forma escaparan de la humillación con que las sujetó la barbarie del vencedor. Así como la muerte arrebató á algunos porque la malicia no les trastornase el juicio (1), así á éstas se les arrebató invitamente una cierta interior prerrogativa, para que la prosperidad no relajase su modestia. A las unas y á las otras, que con respecto á su cuerpo no habían padecido afrenta alguna contra su honestidad, ó estaban ya soberbias, ó acaso podrían ensoberbecerse si la violencia del enemigo no las hubiera tocado; pero esta acción no fué causa de perder la castidad, sino de recomendarles la humildad. Proveyó Dios, en lance tan crítico, de pronto remedio á la soberbia presente de las unas, y á la que amenazaba en lo sucesivo á las otras. Sin embargo, no se debe omitir que algunas que padecieron violencia pudo ser creyesen que el bien de la continencia era bien exterior del cuerpo, y que se poseía incorrupto mientras no sufriese torpeza de alguno, y que no consistía únicamente en la constancia de la voluntad que estriba en el favor divino para que sea santo el cuerpo y el espíritu, y, finalmente, que este bien no es de calidad que no se pueda perder, aunque le pese á la voluntad. El cual error quizá con la experiencia le abandonaron, porque, cuando consideran con la constancia que sirvieron á Dios y con fe indubitable creen que á los que así le sirven é invocan de ningún modo puede desampararlos, y, por último, no dudan lo agradable que es á sus divinos ojos la castidad, observan al mismo tiempo es infalible consecuencia que en ninguna manera permitiría sucediesen semejantes infortunios á sus santos, si por ellos pudieran perder la

(1) Libro de la sabiduría, cap. IV.

santidad é incorruptibilidad de costumbres que el mismo Autor de la naturaleza les concedió, y aprecia en ellos.

CAPÍTULO XXIX

Qué deben responder los cristianos á los infieles cuando los baldonan de que no los libró Cristo de la furia de los enemigos.

Tienen, pues, todos los hijos del verdadero Dios su consuelo, no falaz, ni fundado en la vana confianza de las cosas mutables, caducas y terrenas, antes más bien pasan la vida temporal sin tener que arrepentirse de ella, porque en su breve transcurso se ensayan para la eterna, usando de los bienes terrenos como peregrinos, sin dejarse arrebatar de sus ligeras representaciones y sufriendo con notable conformidad los males que prueban su constancia ó corrigen su vida; pero los que se burlan y escarnecen de los suaves medios de que Dios se sirve para acrisolar nuestra justificación, diciendo al hombre perseguido cuando le ven rodeado de calamidades temporales: «¿Adónde está tu Dios?» (1). Digan ellos, ¿adónde están sus dioses cuando padecen iguales infortunios, pues para eximirse de tales vejaciones, ó acuden á su adoración, ó pretenden que se deben adorar? Pero los atribulados por la mano poderosa constantemente responden: «Nuestro Dios en todas partes y en todo lugar está presente, sin estar limitadamente encerrado en un solo lugar, pues es tan visible su omnipotencia, que puede hallarse presente estando oculto y ausente sin moverse. Este gran Señor, siempre

(1) Psalm. 41.

que nos lastima con calamidades y adversidades, lo hace, ó por examinar el grado en que se hallan nuestros méritos, ó para castigar nuestras culpas, teniéndonos preparado el premio eterno por haber sufrido con constancia estos temporales infortunios; pero ¿quién sois vosotros para que yo me entregue á raciocinar con vosotros ni de vuestros dioses, cuanto más de mi Dios, que es terrible sobre todos los dioses, porque todos los dioses de los gentiles son demonios y sólo el Señor crió los Cielos?» (1).

CAPÍTULO XXX

Que desean abundar de abominables prosperidades los que se quejan de los tiempos cristianos.

Si viviera aquel insigne Scipión Nasica, que fué ya vuestro Pontífice (á quien al mismo tiempo que estaba más encendida la segunda guerra Púnica, buscando la República una persona la más excelente en bondad para recibir la madre de los dioses que transportaban de Frigia, le escogió unánimemente todo el Senado para desempeñar este honorífico encargo), este ínclito héroe, el grande Scipión, digo, á quien no os atreveríais á mirar su venerable aspecto, él reprimiría vuestra altanería. Porque, pregunto, si queréis que os diga mi sentir: cuando os veis afligidos con las adversidades, ¿acaso os quejáis por otro motivo de los tiempos cristianos sino porque apetecéis tener seguros y libres de temores vuestros deleites, vuestros apetitos, y entregaros á una vida laxa y viciosa, sin que en ella se experimente molestia ni pena alguna? Y la razón es obvia y convincent-

(1) Psal. 95.

te, porque vosotros no deseáis la paz y abundancia de bienes para usar de ellos honestamente, es decir, con sobriedad, frugalidad y templanza, sino para buscar con inmensa prodigalidad infinita variedad de deleites, y lo que sucede entonces es que, con las prosperidades, renacen en la vida y las costumbres unos males é infortunios tan intolerables, que hacen más estrago en los corazones humanos que la furia irritada de los enemigos más crueles. Aquel Scipión, vuestro pontífice máximo, aquel grande hombre, aventajando en bondad á todos los patricios romanos, según el juicio del Senado, temiendo en vosotros esta calamidad, resistía á la destrucción de Cartago, émula y competidora en aquella época del pueblo romano, contradiciendo á Catón, cuyo dictamen era se destruyese, temeroso del ocio y de la seguridad, que es enemiga de los ánimos flacos, y viendo que era importante y necesario el miedo, como tutor idóneo de la flaqueza pupilar de sus ciudadanos; mas no se engañó en este modo de pensar, porque la experiencia acreditó cuán cierto era lo que exponía, pues, destruída Cartago, esto es, habiendo ya sacudido y desterrado de sus ánimos el terror que tenía amedrentados á los romanos, inmediatamente se sucedieron tan crecidos males, nacidos de las prosperidades, que, rota la concordia primeramente con las sediciones populares crueles y sangrientas, después enlazándose unas revoluciones con otras, con las guerras civiles se hizo tanto estrago, se derramó tanta sangre, creció tan insensiblemente la bárbara crueldad de las proscripciones y robos, que aquellos mismos ínclitos romanos que, viviendo moderadamente, temían recibir algún daño de sus enemigos, perdida la moderación y la inocencia de costumbres, vinieron á padecer terribles infortunios, ejecutados por la fiera mano de sus propios ciudadanos; finalmente, el insaciable apetito de reinar,

que entre los otros vicios comunes á todos los hombres ocupaba el primer lugar, especialmente en los corazones de los romanos, después que salió con victoria respecto de muy pocos, y esos no muy poderosos, al fin, habiendo quebrantado las fuerzas de los demás, los vino á oprimir también con el duro yugo de la servidumbre.

CAPÍTULO XXXI

Con qué vicios y por qué grados fué creciendo en los romanos el deseo de reinar.

Y ¿cómo había de quietarse este deseo en aquellos ánimos soberbios, sino hasta el instante mismo en que con la continuación de las honras y dignidades acabase de llegar la potestad real que á todos sujetase? Lo cierto es que no hubiera habido facultad para continuar las dignidades en los sujetos, si no prevaleciera la ambición en las continuas intrigas con que se molestaban mutuamente. Tampoco hubiera dominado la ambición, sino fuera porque ya Roma estaba estragada con la abundancia de riquezas, deleites y festines: es innegable que el pueblo llegó á ser codicioso y vicioso en su trato y regalo por las propiedades pasadas, de las que debían cautelarse con estudio, como sentía prudentemente el insigne Nasica cuando era de dictamen que no se destruyese la ciudad más populosa, más fuerte y más poderosa de los enemigos, con el ánimo de que el terror refrenase el apetito, y, moderado éste, no excediese en sus regalos y deleites; templados éstos, no acometiesen á la codicia; y atajados estos vicios, floreciese, creciese y se fomentase la virtud, importante á la existencia del poder romano, permaneciendo y conservándose consi-

guientemente la libertad, que justamente había de corresponder con esta virtud. De estos principios y del aplaudido amor á la patria procedió lo que el mismo pontífice máximo (escogido por el Senado conformemente por el varón más insigne en bondad) impidió para evitar graves inconvenientes, y fué, que teniendo resuelto el Senado fabricar un amplífico teatro, interesó toda su elocuencia para persuadir que no debía ejecutarse, patentizando á aquel respetable congreso en un enérgico discurso, no era conveniente permitiesen el que se introdujesen paulatinamente en las varoniles costumbres de su patria los deleites, sensualidades y regalos de la Grecia, y menos consintiesen en que una peregrina superfluidad y fausto se estableciese; pues no serviría más que para destruir y corromper el valor y virtud romana. Fué tan eficaz el raciocinio de Nasica, y tanta impresión hizo en los ánimos de los magistrados, que, movidos de sus poderosas razones, proveyeron los senadores que de allí adelante no se pusiesen los bancos ó escaños que entonces solían poner en lugar de teatro y acostumbraban á usar para ver los juegos. ¿Con cuánta diligencia hubiera desterrado Nasica de Roma los juegos escénicos si se hubiera atrevido á oponerse á la autoridad de los que él tenía por dioses y no sabía que eran demonios? Y en caso que lo supiese, creía que primero debía aplacarles con las funciones, que menospreciarles; pues en estos tiempos aun no se había declarado ni predicado á las gentes la doctrina del Cielo, la que, purificando el corazón con la fe, pudiera enderezar el afecto humano á procurar con humildad las cosas celestiales, librándole al mismo tiempo de la sujeción de los demonios, en que estaba envuelta la humana naturaleza.

CAPÍTULO XXXII

De la institución de los juegos escénicos.

Con todo, sabed los que ignoráis y advertid los que disimuláis no saberlo y murmuráis contra el que os vino á libertar de vuestra esclavitud, que los juegos escénicos, espectáculos de torpezas y vivo retrato de la humana vanidad, se instituyeron primeramente en Roma, no por los vicios de los hombres, sino por mandamiento de vuestros dioses. Ciertamente fuera más tolerable que dieseis honor y culto divino á aquel esclarecido Escipión, que no el que adoraseis semejantes dioses, cuando éstos no eran mejores que su pontífice. Advertid y escuchad, si el juicio, trastornado tiempo ha con los errores que ha bebido en el maternal pecho, os deja considerar algún punto que sea conforme á razón. Los dioses, para aplacar la pestilencia de los cuerpos, mandaron que se les hiciesen los juegos escénicos; y vuestro pontífice, porque se preservasen de la infección de los ánimos, estorbó el que se edificase la escena ó lugar donde habían de celebrarse estos juegos. Si os quedó en el entendimiento alguna luz con que conozcáis podéis preferir el ánimo al cuerpo, elegid á quien habéis de adorar. Aquella decantada pestilencia de los cadáveres no cesó tampoco entonces, sin embargo de observar fielmente las fiestas prescriptas; por cuanto en un pueblo belicoso y acostumbrado de antemano á solos los juegos circenses, no sólo se introdujeron la delicadeza y la lascivia de los juegos escénicos, sino que, observando la perspicaz astucia de los malignos espíritus que aquel contagio había de cesar llegando su total complemento, procuró con esta ocasión enviarles otro mucho más grave (que es la que princi-

palmente les agrada), no en los cuerpos, sino en las costumbres, el cual cegó con tan obscuras tinieblas los ánimos de los miserables y los estragó con tan reiteradas torpezas, que aun al presente (que será quizá increíble si viniere á noticia de nuestros descendientes), después de destruída Roma, los que estaban infectados de este morbo contagioso y huyendo de él pudieron llegar á Cartago, cada día concurren á porfía á los teatros por el ansia y desatino de ver estos juegos.

CAPÍTULO XXXIII

De los vicios de los romanos, los cuales no pudo enmendar la destrucción de su patria.

¡Oh juicios sin juicio! ¡Qué error! ó, por mejor decir, ¡qué furor es éste tan grande, que llorando vuestra ruina (según he oído) las naciones orientales y haciendo públicas demostraciones de sentimiento y tristeza las mayores ciudades que hay en las partes más remotas de la tierra, vosotros busquéis aún los teatros, entréis en ellos, os ocupéis en recrear vuestra idea con la imagen más viva del vicio, y ejecutéis aun mayores desvaríos que antes! Esta ruina é infección de los ánimos, este estrago de la bondad y de la virtud, es lo que temía en vosotros el ínclito Scipión cuando prohibía severamente que se edificasen teatros, cuando examinaba en su interior que las prosperidades fácilmente estragarían vuestros corazones, y cuando quería que no vivieseis seguros del terror de vuestros enemigos, porque no tenía aquel celebrado héroe por feliz la República que tenía los muros en pie y las costumbres por el suelo. Mas en vosotros más pudo la ingeniosa astucia

y seducción de los impíos demonios que las providencias justas de hombres cordatos: de que se infiere necesariamente que los males que hacéis no queréis imputarlos á vosotros; pero los que padecéis los imputáis á los tiempos cristianos, mediante á que en la época de la seguridad no pretendéis la paz de la República sino la libertad de vuestros vicios, lo que nõ pudisteis enmendar con las adversidades, porque ya vuestro corazón estaba pervertido con las prosperidades. Quería Escipión que os pusiera miedo el enemigo para que no cayeseis en el vicio, y vosotros, aun hollados y abatidos por el enemigo, no quisisteis desistir del vicio, perdisteis el fruto de la calamidad y de la tribulación, habéis venido á ser miserables y quedado contagiados con vuestros pasados excesos; y, con todo, si lográis el vivir, debéis creer es por singular merced de Dios, que, con perdonaros, os advierte que os enmendéis haciendo penitencia. Por último, hombres ingratos, debéis estar persuadidos íntimamente que este gran Dios usó con vosotros la grande misericordia de libertaros de la furia del enemigo, amparándoos bajo el nombre de sus siervos ó en lugares y oratorios de sus mártires, á donde os acogíais, y quedaban por este respeto incólumes vuestras vidas.

CAPÍTULO XXXIV

De la clemencia de Dios con que mitigó la destrucción de Roma.

Refieren que Rómulo y Remo hicieron un asilo ó lugar privilegiado, á donde cualquiera que se acogiese fuese libre de cualquier daño ó pena merecida, procurando con este ardid acrecentar la población de la ciu-

dad que fundaban: maravilloso ejemplo precedió á la presente ruina, para que sobre él se aumente la gloria de Jesucristo, y lo mismo constituyeron los destruidores de Roma que habían antes establecido sus fundadores; pero con esta diferencia, que éstos lo ejecutaron para suplir el número de sus ciudadanos, que era muy escaso, si habia de formarse una población tan numerosa como apetecían, y aquéllos igualmente lo practicaron por conservar el considerable número de hombres que había en ella. Estas y otras cosas semejantes, si más copiosa y cómodamente pudiere, responda á sus contrarios la familia redimida con la sangre de Jesucristo, y su peregrina ciudad.

CAPÍTULO XXXV

De los hijos de la Iglesia que hay encubiertos entre los impíos, y de los falsos cristianos que hay dentro de la Iglesia.

Pero acuérdesese que entre estos sus enemigos hay algunos ocultos, que han de ser ciudadanos suyos; porque no juzgue es sin fruto, aun mientras conversa con ellos, que sufra á los que la aborrecen y persiguen, hasta que finalmente se declaren y manifiesten: así como en la ciudad de Dios, mientras es peregrina en el mundo, hay algunos de su número que gozan al presente en ella de la comunión de los sacramentos, los que sin embargo no se han de hallar con ella en la patria eterna de los santos, y de éstos unos hay ocultos y otros descubiertos, quienes con los enemigos de la religión no dudan de murmurar contra Dios, cuyo sacramento traen, acudiendo unas veces en su compañía á los teatros, y otras con nosotros á las Iglesias. Pero de la en-

mienda aun de algunos de estos con más razón no debemos perder la esperanza, pues entre los mismos enemigos declarados vemos que hay encubiertos algunos amigos predestinados que aún no los conocemos; porque estas dos ciudades en este siglo andan confusas y entre sí mezcladas, hasta que se distingan en el juicio final, de cuyo nacimiento, progresos y fin, con el favor de Dios, diré lo que me pareciere á propósito para mayor gloria de la ciudad de Dios, la cual campeará mucho más cotejada con sus contrarios.

CAPÍTULO XXXVI

De lo que se ha de tratar en el siguiente discurso.

Pero todavía me quedan que decir algunas razones contra los que atribuyen las pérdidas de la República romana á nuestra religión, porque les prohíbe ésta que no sacrifiquen á sus dioses: referiré también cuantas calamidades me pudieren ocurrir, ó cuantas me pareciere dignas de referirse, que padeció aquella ciudad, ó las provincias que estaban debajo de su imperio, antes que se prohibiesen sus sacrificios. Todas las cuales, sin duda nos las atribuyeran, si tuvieran entonces, ó noticia de nuestra religión, ó les prohibiera así sus sacrilegos sacrificios. Después manifestaré cuáles fueron sus costumbres, y por qué causa quiso el verdadero Dios (en cuya mano están todos los imperios) ayudarles para acrecentar el suyo, y cómo en nada les favorecieron los que ellos tenían por sus dioses, antes sí, cuántos daños les causaron con sus engaños. Últimamente hablaré contra los que, confutados y convencidos con argumentos insolubles, procuran defender la

adoración de los dioses, no por la utilidad que se saca de ellos en vida, sino por la que se espera después de la muerte. En la cuestión, si no me engaño, habrá mucho más en qué entender, y será más digna de que se trate con mas extensión; de modo que en ella vengamos á disputar contra los filósofos, y no cualesquiera, sino contra los que entre ellos son de mejor fama y nombre, y concuerdan en muchas cosas con nosotros; es á saber, en la inmortalidad del alma, en que el verdadero Dios crió al mundo, y en la admirable providencia con que gobierna todo lo que crió; mas porque es justo que los refutemos también en los puntos que opinan contra nosotros, no dejaré tampoco de dar satisfacción á esta parte, para que, confutadas las impías contradicciones conforme á las fuerzas que Dios me diere, establezcamos la ciudad de Dios y la verdadera religión, mediante la cual se nos promete con verdad la eterna bienaventuranza. Así, con esto concluyo este libro, para que lo que tenemos dispuesto lo comencemos por otro principio.



LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I

Del método que se ha de observar en exponer este tratado.

Si el pervertido y estragado corazón del hombre no se atreviera comúnmente á oponerse á la razón y á la verdad sólida y evidente, sino que sujetara su enferma ignorancia á la doctrina sana, como á medicina importante, hasta que con los auxilios de Dios, y mediante la fe de la religión y de una piedad edificante recobrara la salud, no tendrían necesidad de emplear muchas razones los que sienten bien, y declaran lo que entienden con palabras congruentes, para convencer y destruir cualquier error de los que opinan vanamente lo contrario. Mas porque en la presente época la dolencia más incurable y más contagiosa de los ánimos estóolidos es aquella con que sus discursos é imaginaciones sin razón ni fundamento, aun después de haberles dado una instrucción tal cual está obligado á suministrar un hombre á otro, ó de pura ceguedad, que les impide ver aun los objetos más perceptibles, ó por su tenaz obstinación, que le impele á no admitir aun aquello mismo que registran sus ojos, defienden sus temerarios caprichos, como si fueran la misma razón y verdad, es fuerza que en la mayor parte de las materias que hayan de proponerse seamos copiosos y largos, aun en los asun-

tos por su esencia evidentes, como si las propusiéramos, no á los que tienen ojos para verlas, sino á los que andan á tientas y á ojos cerrados, para que las toquen y palpen. Pero ¿qué fin tendría la disputa, ó á qué límites habrían de ceñirse las expresiones si hubiéramos de contestar siempre á los que nos responden? Porque aquellos que no pueden, ó entender lo que decimos, ó son tan inflexibles por la repugnancia de sus juicios, que aún dado caso que lo perciban no quieren desistir de su tenacidad, responden, como dice la Escritura: «proferen expresiones impías, no cansándose jamás de ser vanos». Cuyas contradicciones, si tantas veces las hubiéramos de refutar cuantas ellos se han empeñado con obstinación en sostener sus errores, ya ves ¡cuán prolija, molesta é infructífera sería esta fatiga. por lo cual ni tú propio ¡carísimo hijo mío Marcelino!) ni los demás, á quienes nuestras penosas tareas serán útiles para conservaros en el amor y caridad de Jesucristo, gustaría fueseis jueces de mis obras: pues los incrédulos echan siempre menos las respuestas, aunque oigan contradecir algún punto que hayan leído, y son como aquellas mujercillas de quienes dice el apóstol «que aprenden siempre, y nunca acaban de conseguir la ciencia de la verdad».

CAPÍTULO II

De las materias que se han resuelto en el primer libro.

Habiendo comenzado á hablar en el libro anterior de la CIUDAD DE DIOS, que es en cuya defensa (con el divino auxilio) he tomado toda esta obra en las manos; decimos que, en primer lugar, se me ofreció responder con

exactitud y extensión á los que imputan á la religión cristiana las crueles guerras con que es agitado el universo, y, principalmente, el último saqueo y destrucción que hicieron los bárbaros en Roma; no por otro motivo, sino porque prohíbe el culto de los demonios y sus nefarios sacrificios, debiendo antes atribuir á Jesucristo el que, por reverencia á su santo nombre y contra el instituto de la guerra, les concedieron los godos lugares religiosos y capaces donde se pudiesen acoger libremente; quienes en muchas acciones que ejecutaron demostraron que, no solamente habían honrado y respetado el culto debido al Salvador, sino también que, ocupados del temor, presumieron no era lícito ejecutar lo que permitía el derecho de la guerra. Con este motivo se ofreció la cuestión de ¿por qué causa fueron comunes estos divinos beneficios á los impíos é ingratos? y, asimismo, ¿por qué los sucesos ásperos y lastimosos que acaecieron en la toma de la ciudad, afligieron juntamente á los buenos y á los malos? Para dar cumplida solución á esta cuestión, que incluye otras varias en sí, pues todo lo que ordinariamente observamos, así beneficios divinos como desgracias humanas, que los unos y las otras acontecen indiferentemente muchas veces á los que viven bien y mal, suele excitar los corazones de algunos menos incrédulos; para disolverla, digo, conforme convenía, me he detenido algún tanto, especialmente para consolar á las mujeres santas y castas en quienes ejecutó violencia el enemigo, y que no perdieron la prenda de la honestidad aunque las lastimasen el pudor y empacho de presentarse después en público; pues así podía reducir seguramente á que no les pesase de vivir á las que no tenían culpa de qué arrepentirse. Después raciociné lo bastante contra aquellos que protervamente se rebelan contra los cristianos incluídos en las expresadas calamidades, mofan-

do de su religión y dándoles á entender que de nada les sirvió para eximirse de tales infortunios, como ni tampoco á las mujeres virtuosas y honestas que padecieron fuerza, siendo así que ellos son torpes é infames por sus costumbres y conducta, en lo que degeneran de aquella decantada virtud romana, de donde se precian descender; y mucho más desdicen con sus operaciones de ser dignos sucesores de aquellos ínclitos romanos, de quienes refieren las historias acciones famosas, características solamente á una virtud sólida y elevada; y lo que es más, caminando como caminan estos tales, por una senda bien distante á la que siguieron sus mayores para obtener una perpetua gloria, han reducido á la antigua Roma (fundada en la diligencia de los antiguos, fomentada y acrecentada con su industria y valor) á un estado más deplorable y abominable que cuando el enemigo la arruinó, porque en su ruina cayeron solamente las piedras y los maderos, y en la que éstos la han preparado han caído por tierra todos los más vistosos edificios y ornamentos, no de los muros, sino de las costumbres, haciendo más daño en sus corazones el ardor de sus sensuales apetitos que el fuego en los edificios de aquella ciudad, y con esto concluí el primer libro. Ahora expondré todas las calamidades que ha padecido Roma desde su fundación, así dentro de ella como en las provincias sujetas á su imperio; todas las cuales ciertamente las atribuyeran á la religión cristiana, si entonces la doctrina evangélica predicara libremente contra sus falsos y seductores dioses.

CAPÍTULO III

De cómo piensa el Santo aprovecharse de la historia que manifiesta los trabajos acaecidos á los romanos cuando adoraban los dioses y antes que se cimentase la religión cristiana.

Pero advierte que cuando refiero estas particularidades hablo todavía con los ignorantes, de quienes dimanó aquel refrán común: «no llueve, la culpa es de los cristianos»; porque entre ellos hay algunos instruídos en su literatura y aficionados á la historia, por la que saben lo que sucedió en los primeros siglos, en que los Apóstoles y santos obispos predicaban el Evangelio á las naciones y establecían con sólidos cimientos la fábrica de la Iglesia, que no podrá caer aunque todos los herejes se reunan para arruinarla. Pero estos engreídos y preocupados literatos, por malquistarnos con la turba de los ignorantes, fingen ó disimulan que no tienen tal noticia, queriendo dar á entender al mismo tiempo al vulgo que las calamidades y aficciones con que en ciertos tiempos conviene castigar á los hombres, suceden por culpa del nombre cristiano, el cual se extiende y propaga con aplauso y fama por todo el ámbito de la tierra, mientras que se desmembra la reputación de sus dioses. Recorran, pues, con nosotros los tiempos anteriores á la venida del Salvador, y á la deseada época en que su augustó nombre se manifestó á las gentes con aquella gloria y majestad que en vano envidian, y advertirán con cuántas calamidades, y tan extraordinarias, ha sido afligido incesantemente el imperio romano, y en ellas excusen y defiendan á sus dioses si pueden; y si es caso que los adoran por no padecer estas desgracias, de las cuales, si en la presente constitución sufren alguna, procuran echarnos la culpa, pregunto, pues, ¿por qué permitieron los dioses que á sus

adoradores les sucediesen las calamidades que he de referir, antes que les ofendiese el nombre de Cristo y prohibiese sus sacrificios?

CAPÍTULO IV

Que los que adoraban á los dioses jamás recibieron de ellos precepto alguno de virtud, y que en sus fiestas y ceremonias celebraron muchas torpezas y deshonestidades.

Y en cuanto á lo primero, por lo que respecta á las costumbres, ¿por qué causa no procuraron sus dioses que no las tuviesen tan abominables? El Dios verdadero no hizo caso de aquellos que no le adoraban; pero los dioses, cuya veneración se quejan estos hombres ingratos que se les prohíbe, ¿por qué no auxiliaron con saludables leyes á sus adoradores, para que pudiesen vivir bien y santamente? Ciertamente era justo que así como éstos cuidaban de sus sacrificios, así atendieran aquéllos á su vida, conservación y buena conducta; pero á esta objeción responden que cada uno es malo por su propia voluntad. ¿Y quién lo negará? Con todo eso, era cargo indispensable de los dioses á quienes consultaban no ocultar al pueblo que les rendía adoración los preceptos y mandamientos necesarios para vivir ajustadamente, antes sí manifestárselos con toda claridad, hablarles por medio de sus Profetas ó Ariolos, reprenderles sus pecados, amenazar con los castigos más severos á los que, siendo infractores de su ley, viviesen mal, y prometer premios correspondientes á los que observasen exactamente su ley y viviesen bien. ¿Cuándo se oyó en los templos de estos falsos númenes clamar contra los vicios y engrandecer las virtudes? Iba-mos nosotros, siendo jóvenes, á los espectáculos y jue-

gos sagrados, observábamos los linfáticos ó furiosos, oíamos los músicos y gustábamos de los torpes juegos que se celebraban en honra de los dioses y de las diosas. A la celestial virgen Berecynthia, madre de todos los dioses, en el día solemne que la sacaban procesionalmente, delante de sus andas la cantaban los escénicos cánticos tan obscenos, que no sería justo los oyera, no digo la madre de los dioses, pero ni la de cualquier Senador ó persona honesta; y, lo que es más, ni aun las madres de los mismos escénicos, porque retiene para con los padres el respeto y pudor humano una cierta reverencia que no puede quitársela aun la misma torpeza; y así las mismas expresiones feas y abominables que decían y ejecutaban (y que se avergonzaran los mismos escénicos de hacerlas por vía de ensayo en sus casas y á presencia de sus madres) las hacían por las calles públicas delante de la madre de los dioses, observándolo y oyendo el concurso innumerable de gentes que se congregaba á estas fiestas. Pero si los incrédulos pudieron hallarse presentes á estas damnables funciones, permitiéndoselo la curiosidad, por lo menos por el escándalo público y ofensa de la castidad debieron confundirse. Y ¿á qué llamaremos sacrilegios si éstas eran ceremonias sagradas? ¿A qué profanación, si aquella era purificación? A estas indecentes operaciones llamaban férculos, ó, como si dijéramos, platos en que los demonios, como si celebraran convite y usando de estos manjares, se apacentaban y complacían. Y ¿quién hay tan inconsiderado que no advierta qué clase de espíritus son los que gustan de semejantes torpezas? Esto es, aquellos que ignoran que hay espíritus inmundos que engañan á las gentes con el dictado de dioses; ó los que hacen tal vida, que en ella desean tener antes á estos propicios, ó temen tenerlos enojados más que al verdadero Dios.

CAPÍTULO V

De las torpes deshonestidades con que honraban á la madre de los dioses sus devotos.

Bien deseaba en el presente asunto no tener por jueces á los que procuran primero que oponerse entretenerse con los vicios de su mala vida y costumbres; y únicamente apetecería tener por mi censor al mismo Scipión Nasica, á quien el Senado eligió como hombre de suma bondad para recibir la estatua de la madre de los dioses, que introdujeron con pompa y aparato en la ciudad. Este nos diría si deseaba que su madre hubiera hecho tantos beneficios á la república, que por ellos se le decretaran las honras divinas, así como consta que los griegos, los romanos y otras naciones se establecieron á diversos sujetos, por la grande estimación que hicieron de las gracias que de ellos recibieron, creyendo que, colocados en el número de los inmortales, estaban ya admitidos en el catálogo de los dioses. Ciertamente que una felicidad tan grande, si fuera posible, la apetecería Scipión para su madre. Pero si le preguntáramos en seguida si le gustaría que entre sus divinos honores se celebraran las torpezas y deshonestidades, seguramente clamaría que quería más que su madre permaneciese muerta sin sentido alguno, que, constituida diosa, viviese para oír semejantes obscenidades. No es posible que un senador romano, perseverando en el mismo sano juicio con que prohibió se edificase un teatro en una ciudad poblada de gente valerosa, gustara que se diese culto á su madre en tales términos, que, numerada entre las diosas, la aplacaran con ceremonias tales, la que estando solamente en la clase de las matronas se ofendería de oír semejantes expresiones. Tam-

poco podría persuadirse que el pudor natural de una mujer honrada se transformaba con la divina en el extremo contrario, de modo que los que la adoraban la invocasen con tales honras, que cuando se dijese semejantes denuestos contra alguno, y oyéndolo en vida no se tapara los oídos y huyera de tales insolencias, se corrieran y avergonzaran de ella sus deudos, marido é hijos. Y así esta madre de los dioses, que tuviera vergüenza aun el hombre más abandonado y miserable de haberla como madre propia, para apoderarse de los ánimos de los romanos buscó un hombre extremadamente bueno, no para hacerle tal con sus consejos y auxilio, sino para pervertirle con sus engaños: en todo, semejante, pues, á aquella mujer de quien dice la Escritura «que va pescando las preciosas almas de los hombres para que aquel ánimo dotado de un excelente natural, engreído con este divino testimonio y teniéndose por extremadamente bueno, no buscase la verdadera piedad y religión, sin la cual cualquiera índole, aunque bueno, se desvanece y precipita con la soberbia». ¿Y cómo había de buscar aquella diosa, sino es cautelosamente, á un hombre tan justificado, cuando para sus ceremonias, aun las más sagradas, hace elección de aquellas que no gustan los hombres honrados se representen en sus banquetes?

CAPÍTULO VI

Que los dioses de los paganos nunca establecieron doctrina para bien vivir

De aquí se sigue necesariamente no vigilaban aquellos dioses en la vida y costumbres de las ciudades y naciones que los rendían culto; y esto sin duda lo eje-

cutaban con el fin de dejarlas que se saciasen de tan horrendos y abominables males, no precisamente en sus campos y viñas, no en sus casas y riquezas; finalmente, no en su cuerpo, que está sujeto al alma, sino en la propia alma; en el mismo espíritu que gobierna al cuerpo, entregándose así á todos los vicios, sin temor de algún precepto ó mandamiento suyo que se lo prohibiese. Y en caso que vedasen semejantes torpezas, es importantísimo nos lo averigüen y prueben; si bien es cierto que permitían ciertos susurros inspirados en los oídos de algunos, bien pocos y tal cual instruidos, como con una secreta y misteriosa religión, con que dicen se aprende la bondad y santidad de vida. Y si no, muestren los lugares que se hayan alguna vez consagrado para semejantes ayuntamientos, no donde se representen los juegos con torpes expresiones y acciones de los farsantes, ni donde se solemnizan las fiestas fugales, en cuyas funciones dan rienda suelta á todas las deshonestidades, porque huyen de todo genero de pudor y virtud, sino adonde el pueblo pudiese oír lo que mandaban los dioses acerca de refrenar la avaricia, moderar la ambición, cercenar el fausto y delisites, y adonde pudiesen estos miserables aprender lo que reprehendiendo á los hombres enseña Persio (1), debemos saber: «Aprended, dice, ó miserables mortales, y procurad con el auxilio de la filosofía conocer las causas y principios de las cosas naturales; quién y qué sois con un

(1) Persio, sátira 3.^a.

*Disciteque, ó miseri, et causas cognoscite rerum,
Quid sumus, aut quiddam Victuri gignimur: Ordo
Quis datus: aut metæ quam mollis flexus, et undè:
Quis modus argenti, quid fas optare, quid asper
Utile nummus habet: patriæ charisq;ue propinquis
Quantum elargiri deceat. quem te Deus esse
Jussit, et humana, qua parte locatus es in re.*

conocimiento propio y exacto, y para qué fin nacistéis en esta vida, que es sin duda para seguir la virtud: aprended un modo de vivir que sea honesto, sin ofensa del prójimo, y dando á cada uno lo que es suyo; comprended cuán breve y fragil es la vida con las causas de la humana inconstancia: entended cuál es lo más substancial de las riquezas, qué es lo que se debe desear y pedir á Dios, el provecho y utilidad del dinero con su verdadero uso; y para no ser pródigos ni escasos, aprended lo que se debe dar y emplear en los enemigos y deudos, en los padres y en la patria, y considerad la vocación y estado que Dios os dió, para que viváis contentos con vuestra suerte.» Díganlos: ¿en qué lugares ó templos se acostumbran dictar semejantes preceptos y documentos que enseñasen los dioses, y á donde acudiesen á oírlos las naciones que los adoraban, como nosotros podemos manifestar las iglesias fundadas con este laudable objeto en todas las partes que ha sido admitida la religión cristiana?

CAPÍTULO VII.

Que poco aprovecha lo que ha inventado la filosofía sin la autoridad divina, pues á uno que es inclinado á los vicios, más le mueve lo que hicieron los dioses que lo que los hombres averiguaron.

Y si acaso alegaren en contraposición de lo que llevamos expuesto las famosas escuelas y disputas de los filósofos, digo, lo primero, que estos insignes liceos no tuvieron su origen en Roma, sino en Grecia, y si ya pueden llamarse en la actualidad romanos, porque la Grecia ha venido á ser provincia romana y estar sujeta á su imperio, no son preceptos y documentos de los

dioses, sino invenciones de los hombres, quienes, poseyendo naturalmente utilísimos ingenios, procuraron con la fecundidad de su discurso descubrir lo que estaba encubierto en los arcanos de la naturaleza, buscando con la mayor exactitud aquello que se debía desear ó huir en la vida y costumbres; y, por último, que era aquel arcano que, observando escrupulosamente las reglas del discurso y argumentación, concluía con cierto y necesario enlace de términos, ó que no concluía, ó asimismo repugnaba. Algunos de estos célebres filósofos hallaron y conocieron, con el auxilio divino, cosas grandes, así como erraron en otras que no podían alcanzar por la debilidad de conocimientos que por sí posee la humana naturaleza, especialmente cuando á su altanería y caprichos se oponía la divina Providencia; en cuyo ejemplar y otros muchos se nos hace ver claramente cómo el camino de la piedad y de la religión comienza y se fomenta en la humildad hasta elevarse al cielo, de todo lo cual tendremos después tiempo para discurrir y disputar, si fuese la voluntad de nuestro gran Dios. Con todo, si los filósofos encontraron algunos medios que puedan servir para vivir bien y conseguir la bienaventuranza, ¿con cuánta más razón se les debería haber decretado las honras divinas? ¿Cuánto más decente y plausible fuera se leyeran en el templo los libros de Platón, que no que en los templos de los demonios se castraran los Galos, se consagraran los hombres más impúdicos, se dieran de cuchilladas los furiosos y se ejercieran todos los demás actos de crueldad y torpeza, ó torpemente crueles, ó cruelmente torpes, que suelen celebrarse en las fiestas y entre las ceremonias sagradas de los dioses? ¿Cuánto más importante sería para instruir y enseñar á la juventud la justicia y buenas costumbres, leer públicamente las constituciones y estatutos de los antepasados que alabar

vanamente las leyes de los dioses? Porque todos los que adoran á semejantes dioses, luego que les tienta el apetito, como dice Persio en la sátira tercera, abrasador de un vivo fuego sensual, más ponen la mira en lo que Júpiter hizo que en lo que Platón enseña, ó en lo que á Catón le pareció. Por eso leemos en Terencio de un mozo vicioso y distraído que, mirando un cuadro colocado en la pared, donde estaba primorosamente pintado el suceso de que en cierto tiempo Júpiter hizo llover en el regazo de Danae el rocío de oro, fundó en esta alusión la causa y defensa de su torpeza y mala conducta, jactándose que en ella imitaba á Dios. ¿Y á qué Dios dice? «A aquel que hace temblar los más altos templos y edificios, tronando desde el cielo; ¿y yo, siendo un puro hombre, no lo había de hacer? En verdad que así lo he ejecutado, y de muy buena gana»: de este modo raciocinaba este iluso.

CAPÍTULO VIII

De los juegos escénicos adonde, aunque se referían las torpezas de los dioses, ellos no se ofenden, antes se aplacan.

Dirán acaso los defensores de estas falsas deidades, que no se enseñan estas obscenidades en las ceremonias sagradas de los dioses como se ven escritas en las fábulas de los poetas. No pretendo decir que los místicos ritos son aún más obscenos que los actos que se representan en el teatro: sólo digo lo mismo que persuade la historia á los que lo niegan, y es, que los juegos escénicos donde reinan las ficciones de los poetas, no los inventaron é introdujeron los romanos en las ceremonias sagradas de sus dioses por motivo de ignoran-

cia, sino que los mismos dioses establecieron que les celebrasen solemnemente estos juegos y los consagrasen en honor suyo, mandándoselo rigurosamente; y, si así puede decirse, obligándolos por fuerza á practicar-lo; todo lo cual toqué breve y concisamente en el libro I: así es que, por autoridad de los pontífices, y con motivo de acrecentarse el cruel azote de la peste, se instituyeron los juegos escénicos en Roma, para de este modo aplacar la ira de los dioses. ¿Quién habrá, pues, que en el orden y método de su vida no juzgue que debe seguir mejor lo que se hace en los juegos escénicos, instituidos por autoridad divina, que lo que se halla escrito en las leyes promulgadas por consulta humana? Si los poetas falsamente delinearon y pintaron á Júpiter como adúltero, sin duda que estos dioses, si fuesen cautos, se debían enojar y tomar completa satisfacción de la injuria, pues por medio de estos humanos juegos se les motejaba de una maldad tan execrable, aunque no por eso dejaban de celebrarla. Y aun esto es lo más tolerable que se halla en los juegos escénicos, digo las comedias y las tragedias, es á saber, las fábulas de los poetas compuestas para representarlas en los espectáculos que contienen en realidad muchas acciones torpes, aunque á lo menos en las palabras no se hallan obscenidades y deshonestidades, y éstas procuran los ancianos que las lean y aprendan los jóvenes entre los estudios que llaman honestos y liberales.

CAPÍTULO IX

Sobre lo que sintieron los antiguos romanos acerca de reprimir la licencia de los poetas, la cual los griegos, siguiendo el parecer de los dioses, quisieron que fuese libre.

Y lo que acerca de estas funciones sintieron los antiguos romanos nos lo dice Cicerón en su libro IV de República, donde, controvertiendo Scipión varias materias, dice: «Jamás las comedias, si no lo exigiera así el actual método de vivir, pudieran conseguir que se admitiesen con aplauso en el teatro sus torpezas». Algunos griegos antiguos observaron cierta analogía en su errada opinión, entre quienes permitía la ley que en la comedia dijese lo que quisiesen, y de quien les pareciese. Por esta razón en los mismos libros dice Scipión el Africano: «¿Quién ha habido en la comedia que no haya sido zaherido, ó, por mejor decir, quién ha escapado de su crítica, ó quien se ha visto perdonado de sus referencias? Y bien que haya ofendido solamente á Cleón, Cleofonte, é Hipérbolo, hombres plebeyos de mala vida y sediciosos contra la República. Pasemos, dice, por esto, aunque á semejantes personas fuera mejor que las notara ó reprendiera el censor, que no el poeta. Pero que á Pericles, después de haber gobernado con suma autoridad y prudencia su República por tantos años, ya habiendo paz, ya guerras continuadas, le ultrajen con sus versos y los reciten en el teatro, es tan impropio como si nuestro Plauto ó Nevio quisieran decir mal de Publio, y Neyo Scipión, ó Cecilio de Marco Catón». Poco más adelante dice: «Al contrario, nuestras Doce Tablas, sin embargo de que á pocos crímenes impusieron la pena capital, les pareció conveniente establecer esta pena, siempre que alguno repre-

sentase ó compusiese versos que causasen nota ó infamia á alguno. Sabia constitución es esta seguramente, mediante á que debemos tener nuestra vida sujeta á la decisión jurídica y sus legítimas determinaciones, y no á los gracejos y ficciones de los poetas; demás de esto, tampoco debemos oír ignominia alguna de boca de otro, sino de modo que podamos contestar y defendernos en juicio». Estas expresiones me pareció conveniente sacralas de Ciceron en el dicho libro IV, dejando algunas expresiones como están, ó mudándolas algún tanto para que se entiendan mejor, porque importan mucho, para lo que voy á explicar, si tuviese capacidad para ello. Añade Cicerón después otras particularidades, y concluye el asunto propuesto manifestando que los antiguos romanos aborrecieron de que á ninguno en vida le alabasen ó vituperasen en el teatro. Pero esta libertad, como ya dije, los griegos (aunque con menos pudor y más proporción) quisieron permitirla, advirtiendo que sus dioses gustaban se representasen en las fábulas escénicas las ignominias y abominaciones, no sólo de los hombres, sino también de los dioses, ya fuesen ficciones de poetas, ya fuesen verdaderas maldades de los dioses las que recitaban en los teatros, y ¡ojalá que á sus adoradores les pareciesen sólo dignas de reirse de ellas, y no de imitarlas! Fué sin duda demasiada soberbia y atrevimiento perdonar á la fama de los principales ciudadanos, cuando sus dioses quisieron no se perdonase á su propio honor; porque las razones que alegan en su defensa, y están reducidas á significar no es cierto lo que dicen contra sus dioses, sino falso y fingido; por el mismo hecho es mayor maldad, si atendéis al respeto que se debe á la religión. Y si consideráis la malicia de los demonios, ¿qué espíritus puede haber más astutos ni cautelosos para engañar? Pues cuando se propala una expresión injuriosa contra un príncipe que es bueno y útil

á su patria, pregunto: ¿esta acción no es más indigna, cuanto es más remota de la verdad y más ajena de sus costumbres y conducta? ¿Y qué castigo, por terrible que sea, será bastante cuando se hace á Dios esta injuria tan nefaria y tan atroz?

CAPÍTULO X

De la cautela que usan los demonios para engañarnos, en querer que se cuenten sus culpas, ó falsas ó verdaderas.

Pero los malignos espíritus, á quienes tienen por dioses, se complacen en que se cuenten de ellos aun las obscenidades que nunca cometieron, á trueque de empeñar y trabar las almas de los hombres con semejantes opiniones como con unas redes, y llevarlos consigo á los tormentos que les están aparejados; ya las hayan cometido hombres á quienes desean los tengan por dioses los que se lisonjean en la ceguedad é ignorancia humana, y con el fin de que los adoren también por tales se entremeten con infinitas cautelas y artificios perjudiciales y engañosos; ya las tales abominaciones no hayan sido realmente cometidas por hombre alguno, las cuales gustan los espíritus falaces que se finjan de los dioses, á efecto de que parezca hay autoridad bastante para perpetrar las torpezas y obscenidades, viendo que al parecer traen su derivación y ejemplo del mismo cielo á la tierra. Viendo, pues, los griegos que servían á tales dioses, de que en los teatros se representaban semejantes ignominias contra la santidad de sus dioses, no les pareció era razón les perdonasen de modo alguno los poetas, ya fuese por querer aun en esto semejar á sus dioses, ó por temer que, pretendiendo

mejor fama y prefiriéndose por este motivo á ellos, los enojasen y provocasen su ira contra sí. A esta misma conveniencia se reduce la razón por qué á los autores y representantes escénicos de estas fábulas los tenían por beneméritos de las honras y cargos más importantes de la ciudad; pues como se refiere en el insinuado libro de República, Esquines, ateniense, varón elocuentísimo, después de haber representado tragedias en su juventud, entró en el gobierno de la República; y Aristodemo, autor también trágico, fué enviado en varias ocasiones por los atenienses en calidad de su embajador al rey Filipo de Macedonia, sobre negocios gravísimos de paz y de guerra. Estos honoríficos encargos los conferían los atenienses á semejantes sujetos, persuadidos de que no era razón tener por infames á los mismos que representaban los juegos escénicos, de los cuales observaban que gustaban sus dioses.

CAPÍTULO XI

Cómo entre los griegos admitieron á los autores escénicos al gobierno de la República, porque les pareció no era razón menospreciar á aquellos por cuyo medio aplacaban á los dioses.

Esta política, aunque torpe, la seguían los griegos por ser muy conforme al placer de sus dioses, sin atreverse á eximir la vida y costumbres de sus ciudadanos de las mordaces lenguas de los poetas y farsantes, observando estaba sujeta á sus dicitos y reprensión la de los dioses. Fundados en estos principios, creyeron que no solamente no debían despremiar á los hombres que representaban en el teatro estas impiedades, de que se agradaban sus dioses, á quienes adoraban; antes

por el contrario, debían honrarlos con más distinción; ¿pues qué causa podían hallar para tener por honrados á los sacerdotes por cuyo ministerio ofrecían sacrificios agradables á los dioses, y al mismo tiempo tener por viles á los autores escénicos, por cuyo medio sabían tributaban á los dioses aquel honor que ellos mismos habían establecido? Y más cuando así lo pedían los númenes, y aun se enojaban cuando suspendían tales funciones; y, lo que es más, advirtiéndolo que Labeón, sujeto tan instruido, hace también distinción de cultos entre los dioses buenos y los malos, diciendo que los malos se aplacan con sangre y con sacrificios tristes y los buenos con servicios alegres y placenteros, como son, según afirma, los juegos, banquetes y mesas que preparaban á los dioses en los templos, de todo lo cual hablaremos después particularmente, queriendo Dios. Ahora, lo que respecta al asunto de que vamos tratando es que, ya atribuyan á los dioses indiferentemente y sin distinción de buenos y de malos, todas las operaciones como si fuesen todos buenos (porque no es razón que sean los dioses malos, aunque por ser todos espíritus inmundos todos son malos), ya les sirvan, como le pareció á Labeón, con cierta distinción, señalando para los unos unos ritos y ceremonias y para los otros otras diferentes, diremos que con justa causa los griegos tienen por honrados así á los sacerdotes por cuyo ministerio se les ofrece el sacrificio como á los autores escénicos, por cuyo medio se les celebran los juegos; pues así no pueden acusarles de que agravian, ó, generalmente á todos los dioses, si es que todos gustan de los juegos, ó, lo que sería más indigno, á los que tienen por buenos, si únicamente éstos son aficionados á estas diversiones.

CAPÍTULO XII

Que los romanos, con quitar á los poetas la libertad contra los hombres que les concedieron contra los dioses, sintieron mejor de sí que de sus dioses.

Pero los romanos, como se gloria Scipión en la alegada disputa de República, no quisieron tener expuesta su vida y fama á los dicterios é injurias de los poetas, antes por el contrario, impusieron la pena capital contra cualquiera que se atreviese á formar semejante poesía; la cual ley sin duda promulgaron con dirección á sus mismas personas, y con sobrado fundamento; mas respecto de sus dioses, esta constitución era irreligiosa y contraria á su decoro, y el motivo de esta indolencia pudo consistir en que, como observasen que sus dioses sufrían, no sólo con paciencia, sino con placer, ser tratados de los poetas con denuestos é injurias, presumieron asimismo eran indignos de los dicterios con que se profanaba la autoridad de los dioses, y para esto se abroquelaron con una sanción tan rigurosa, permitiendo, sin embargo, el que se mezclasen en las solemnidades y fiestas las contumelias con que injuriaban á los dioses. ¡Que sea posible, Scipión, que alabes y encarezcas la providencia de haber prohibido á los poetas romanos la licencia de que no puedan notar con ignominia á ningún ciudadano romano, viendo que ellos no han perdonado á ninguno de vuestros dioses! ¿Es posible que os pareció más estimable la reputación de vuestro Senado que la del Capitolio, ó, por mejor decir, la de toda Roma más que la de todo el cielo, que prohibieseis severamente por medio de una autorizada sanción á los poetas vomitasen la ponzoña de sus lenguas contra el honor de vuestros ciudadanos, y el que sin temor del castigo

y contra la majestad de sus mismos dioses pudiesen zaherirles con sus frecuentes dicterios y contumelias, ningún senador, ningún censor, ningún príncipe, ningún pontífice lo prohiba? Fué, en efecto, acción reprehensible que Plauto y Nevio hablasen mal de Publio, y Neyo Scipión y Cecilio de Marco Catón; pero ¿por qué reputáis por una acción justa y calificada el que vuestro Terencio, refiriendo el delito de Júpiter Optimo Máximo, atizase y excitase el apetito sensual de la juventud?

CAPÍTULO XIII

Que debían echar de ver los romanos que sus dioses, que gustaban los honrasen con tan torpes juegos y solemnidades, eran indignos del culto divino.

Parece que, si viviera Scipión, acaso me respondería: «¿Cómo hemos de querer nosotros se castiguen aquellos crímenes que los mismos dioses constituyeron por ritos sagrados, cuando no sólo introdujeron en Roma los juegos escénicos, en los cuales se celebran, dicen, y representan semejantes indecencias, sino que mandaron también que se les dedicasen é hiciesen en honra suya?» Pero, ¿y cómo instruidos en estos principios no llegaron á comprender que no eran verdaderos dioses, ni de modo alguno dignos de que la República les diese el honor y culto que se debe á Dios? Porque aquellos mismos que debían, por justas causas, no reverenciarlos, si hubieran deseado que se representaran los juegos escénicos con afrenta de los romanos, pregunto: ¿cómo los tuvieron por dioses y creyeron dignos de adorarlos? ¿Cómo no echaron de ver que eran espíritus abominables, que, con la ansia de engañarlos, les pidie-

ron que en honra suya les celebrasen sus torpezas y crímenes abominables? Demás de esto, los romanos, aunque estaban ya bajo el yugo de una religión tan perversa que les inclinaba á dar culto á unos dioses que veían habían querido les consagrasen las representaciones obscenas de los juegos escénicos; con todo, mirando á su autoridad y decoro, no quisieron honrar á los ministros y representantes de semejantes fábulas, como lo ejecutaron los griegos, sino que, como dice Scipión y refiere Cicerón, considerando el arte de los cómicos y el teatro por un ejercicio ignominioso, no solamente no quisieron que sus actores gozasen de los privilegios y honores comunes á los demás ciudadanos romanos, sino que también los privaron de su tribu, conforme á lo resuelto en la visita que practicaron los censores. Providencia verdaderamente prudente y digna de que se refiera entre las alabanzas de los romanos, pero yo quisiera que se siguiera á sí misma y se imitara á sí propia en tan acertadas decisiones: porque, reflexionad un poco: ¿está muy bien ordenado que á cualquiera ciudadano romano que eligiese el oficio de los farsantes, no sólo no le admitiesen á la obtención de honor alguno, sino que también por la reformation del censor no le dejasen permanecer en su propia tribu? ¡Oh glorioso decreto de una ciudad esclarecida, tan deseosa de alabanza como en el fondo verdaderamente romana! Pero, respóndanme y concuerden esta concluyente razón: ¿qué motivo tuvieron para privar á los escénicos de todas las honras republicanas, y, sin embargo, los mismos juegos los dedicaron al honor de sus dioses? Pasaron ciertamente muchos tiempos en que la virtud romana no conoció los ejercicios del teatro, los cuales, si los hubieran buscado por humana diversión, su introducción sin duda hubiera procedido del vicio y relajación de las costumbres humanas; pero no nacie-

ron de este principio: los dioses mismos fueron los que pidieron se les sirviese con ellos; y á vista de este particular precepto, ¿cómo menosprecian al escénico por cuyo ministerio se sirve á Dios? ¿Y con qué valor se nota y castiga al que representa la fábula en el teatro al mismo tiempo que se adora al que lo pide? En esta controversia se hallan desavenidos en sus dictámenes los griegos y los romanos. Los griegos opinan que hacen bien en honrar á los escénicos, supuesto que adoran á los dioses que les piden tales juegos, y los romanos no consienten que se deslustre y desacredite con los escénicos una tribu de gente plebeya, cuanto más el orden de los senadores. Mas en esta disputa se resuelve el punto de la cuestión con este argumento: proponen los griegos: si han de adorarse los tales dioses, por la misma razón debe honrarse á los que ejecutan sus juegos; resumen los romanos: pero de ningún modo se debe dar honor á tales hombres. Concluyen los cristianos: luego por ninguna razón se debe adorar tales dioses.

CAPÍTULO XIV

Que Platón, que no admitió á los poetas en una ciudad de buenas costumbres, es mejor que los dioses que quisieron los honrasen con juegos escénicos.

Pregunto aun más: ¿por qué razón no hemos de tener por infames, como á los escénicos, á los mismos poetas que componen estas fábulas, á quienes por la ley de las Doce Tablas se les prohíbe el ofender la fama de los ciudadanos y se les permite expresar tantas ignominias contra los dioses? ¿Cómo puede caber en una razón rectamente dirigida, y menos en la justicia, que se tengan

por infames los actores y los dioses, y al mismo tiempo se honre á los autores? ¿Acaso en este particular hemos de dar la gloria al griego Platón, quien, fundando una ciudad tal cual era conforme á razón, fué de parecer se desterrasen de ella los poetas como enemigos de la tranquilidad pública? Platón no pudo sufrir las injurias que se hacían á los dioses; pero tampoco quiso que se estragasen los ánimos de los ciudadanos con ficciones y mentiras. Cotejemos ahora la humanidad de Platón, que destierra á los poetas de la ciudad porque no seduzcan á los ciudadanos con falsas imágenes, con la divinidad de los dioses, que desean y piden que los honren con los juegos escénicos. Platón, aunque no lo persuadió, con todo, disputando sobre estos puntos y atendiendo á la disolución y lascivia de los griegos, aconsejó que no se escribiesen semejantes obscenidades. Pero los dioses, mandándolo expresamente, obligaron con toda su autoridad y aun hicieron que la gravedad y modestia de los romanos les representase tales funciones; y no se contentaron precisamente con que se les recitase semejantes torpezas, sino que quisieron se las dedicasen y solemnemente se las celebrasen. ¿Y á quién con más justa causa debía mandar la ciudad romana se tributasen honores como á dios, á Platón que prohibía estas maldades y abominaciones, ó á los demonios que gustaban de estos delirios de los hombres, á quienes Platón no pudo desengañar, ni persuadir la verdad? Fundado en estas razones, Labeón opinó que debíamos colocar y contar á Platón entre los semi-dioses, como á Hércules y Rómulo; y respecto de los semi-dioses, pone ó coloca en el orden siguiente á los héroes, aunque á unos y otros numera entre los dioses; pero á Platón, que llama semi-dios, no dudo debe ser preferido y antepuesto no sólo á los héroes, sino á los mismos dioses. Las leyes de los romanos corresponden de algún

modo con la doctrina de Platón, en cuanto éste condena absolutamente todas las ficciones poéticas; y ciertamente privan á los poetas el usurparse la licencia de infamar directamente á los hombres. Platón extermina y prohíbe á los poetas el habitar en la ciudad, y los romanos destierran á los actores y les cierran el paso para poder ascender á los honores y prerrogativas correspondientes á los demás ciudadanos; y si del mismo modo se atrevieran con los dioses que desean y resuelven los juegos escénicos, acaso lograrán exterminarlos del todo: luego de ninguna manera pudieran esperar los romanos de sus dioses leyes bien combinadas para establecer las buenas costumbres ó para corregir las malas; antes si los vencen, ligan y convencen con sus desatinadas constituciones; porque ellos les piden los juegos escénicos en honra suya, y éstos privan de todos los honores correspondientes á su estado á los actores escénicos. Ordenan los romanos igualmente que se celebren por medio de las ficciones poéticas las acciones abominables de los dioses, y al mismo tiempo refrenan la libertad de los poetas, prohibiéndolos injuriar á los hombres con palabras ó escritos criminosos. Pero el semi-dios Platón no sólo se opuso al apetito descabellado de los dioses, sino que enseñó cuál era lo más conveniente al índole natural de los romanos, pues no quiso habitasen en una ciudad tan bien formada los mismos poetas, ó los que, por mejor decir, mentían á su albedrío ó proponían á los hombres acciones injustas que imitasen ó representasen los crímenes de sus dioses. Nosotros no defendemos que Platón es dios, ni semi-dios, ni le comparamos á los ángeles buenos del verdadero Dios, ni á los profetas, ni á los apóstoles, ni á los mártires de Jesucristo, ni á algún hombre cristiano, y la razón de este dictamen la daremos en su lugar; pero, con todo, supuesto que quieren sostener fué semi-

dios, me parece debemos anteponerle, si no á Rómulo y á Hércules (aunque de Platón no ha habido historiador alguno ó poeta que diga ó finja que dió muerte á su hermano, ni haya cometido otra maldad), por lo menos debe ser preferido á Priapo ó á un Cinocéphalo, ó, finalmente, á la fiebre, que son dioses que los hubieron los romanos, parte de otras naciones y parte los consagraban ellos propios. ¿Y de qué modo habían de prohibir el culto de semejantes dioses, y menos oponerse con sabios preceptos y leyes á tantos vicios como los que amenazan al corazón humano y á las costumbres del hombre? ¿O cómo habían de extirpar aquellos que naturalmente nacen y están arraigados en él? Si, al contrario, á todos estos procuraron fomentar y aun acrecentar, queriendo que tales torpezas, ó suyas, ó como si lo fuesen, se divulgasen por el pueblo por medio de las fiestas y juegos del teatro, para que como con autoridad divina se encendiese naturalmente el apetito humano, no obstante de estar clamando contra este desenfreno en vano Cicerón, quien, tratando de los poetas, «á los cuales, como les divierten, dice, la voz y el aplauso del pueblo, como si fuese un perfecto y eminente maestro, ¡qué de tinieblas introducen! ¡Cuántos miedos infunden! ¡Qué de pasiones y apetitos inflaman!»

CAPÍTULO XV

Que los romanos hicieron para sí algunos dioses, movidos, no por razón, sino por lisonja.

Y ¿qué razón tuvo esta nación belicosa para adoptarse estos númenes, que no fuese más una pura lisonja en la elección que hicieron de los dioses, aun de los mis-

mos que eran falsos? Pues á Platón, á quien respetan por semi-dios (que tanto estudió y escribió sobre estas materias, procurando que las costumbres humanas no adoleciesen ni se corrompiesen con los males y vicios del alma, que son los que principalmente se deben huir), no le tuvieron por digno de un pequeño templo, y á Rómulo le antepusieron á muchos dioses, no obstante que la doctrina que ellos consideran como misteriosa y oculta la celebre más por semi-dios que por dios, y en esta conformidad le instituyeron también un sacerdote que llamaban Flamen, cuya especie de sacerdocio fué tan excelente y autorizado en las funciones y ceremonias sagradas de los romanos, que usaban la insignia de una birreta de mitra, la que usaban los tres flámenes que servían á los tres dioses, como eran un flamen dial para Júpiter, otro marcial para Marte y otro quirinal para Rómulo; pero habiendo canonizado á éste, y colocado en el cielo como por dios (en atención á lo mucho que le estimaban sus ciudadanos), se llamó después Quirino, y así con esta honra quedó Rómulo preferido á Neptuno y á Plutón, hermanos de Júpiter, y al mismo Saturno, padre de éstos, confiriéndole como á dios grande sumo el sacerdocio que habían dado á Júpiter y Marte, como á su padre, y quizá por su respeto.

CAPÍTULO XVI

Que si los dioses tuvieran algún cuidado de la justicia, de su mano debieran recibir los romanos leyes é institutos para vivir, antes que pedir las prestadas á otras naciones.

Si pudieran los romanos haber obtenido de sus dioses leyes para vivir y gobernarse, no hubieran ido algunos años después de la fundación de Roma á pedir á los

atenienses que les prestasen las leyes de Solón, aunque de éstas tampoco usaron del modo que las hallaron escritas, sino que procuraron corregirlas y mejorarlas conforme á sus usos; no obstante que Licurgo fingió había dispuesto las leyes que dió á los lacedemonios con autoridad del oráculo de Apolo, lo cual, con justa razón, no quisieron creer los romanos, y por eso no las admitieron en todas sus partes. Numa Pompilio, que sucedió á Rómulo en el reino, dicen que promulgó algunas leyes, las cuales no eran suficientes para el gobierno de su estado, y al mismo tiempo estableció varias ceremonias correspondientes al culto religioso; pero no aseguran que estos estatutos los recibiesen de mano de sus dioses: así éstos no cuidaron de que sus adoradores no poseyesen los vicios del ánimo, de la vida y de las costumbres, que son tan grandes, que algunos doctos romanos afirman que con estos males perecen las repúblicas, estando aun las ciudades en pie; antes, si procuraron, como dejamos probado, el que se acrecentasen.

CAPÍTULO XVII

Del robo de las sabinas y de otras maldades que reinaron en Roma, aún en los tiempos que tenían por buenos.

Pero diremos acaso que el motivo que tuvieron los dioses para no dar leyes al pueblo romano fué, porque, como dice Salustio, la justicia y equidad no reinaba entre ellos más por las leyes que por su buen natural; y yo creo que de esta justicia y equidad provino el robo de las sabinas; porque ¿qué cosa más justa y más santa hay que engañar á las hijas de sus vecinos, bajo el pre-

texto de fiestas y espectáculos, y no recibirlas por mujeres con voluntad de sus padres, sino robarlas por fuerza, según cada uno podía? Porque si fuera mal hecho el negarlas los sabinos cuando se las pidieron, ¿cuánto peor fué el robarlas, no dándoselas? Más justa fuera la guerra con una nación que hubiera negado sus hijas á sus vecinos por mujeres después de habérselas pedido, que con las que pretendían, despues se las volviesen por habérselas robado. Esto hubiera sido entonces más conforme á razón, pues, en tales circunstancias, Marte pudiera favorecer á su hijo en la guerra, en venganza de la injuria que se les hacía en negarles sus hijas por mujeres, consiguiendo de este modo las que pretendía; porque con el derecho de la guerra, siendo vencedor, acaso tomaría justamente las que sin razón le habían negado: lo que sucedió al contrario, mediante á que sin motivo ni derecho robó las no dadas, sosteniendo injusta guerra con sus padres, que justamente se agravaron de un crimen tan atroz. Sólo hubo en este hecho un lance que verdaderamente pudo tenerse por un suceso de suma importancia y de mayor ventura, que aunque, en memoria de este engaño permanecieron las fiestas del Circo, con todo, este ejemplar ni su memoria no se aprobó en aquella magnífica ciudad; y fué, que los romanos cometieron un error muy craso, más en haber canonizado por su dios á Rómulo, después de ejecutado el rapto, que en prohibir que ninguna ley ó costumbre autorizase el hecho de imitar semejante robo. De esta justicia y bondad resultó, que después de desterrados el rey Tarquino y sus hijos, de los cuales Sexto había forzado á Lucrecia, el cónsul Junio Bruto hizo por fuerza que Lucio Tarquino Colatino, marido de Lucrecia, y su compañero en el consulado, varón inocente y virtuoso, por sólo el nombre y parentesco que tenía con los tarquinos renunciase el oficio, no per-

mitiéndole vivir en la ciudad, cuya acción fea efectuó con auxilio ó permisión del pueblo, de quien el mismo Colatino había recibido el consulado, así como Bruto. De esta justicia y bondad dimanó que Marco Camilo, varón singular de aquel tiempo, que al cabo de diez años de guerra, en que el ejército romano tantas veces había tenido tan funestos sucesos que estuvo en términos de ser combatida la misma Roma, venció con extraordinaria felicidad á los veyentes, acérrimos enemigos del pueblo romano, ganándoles su capital; pero siendo residenciado Camilo en el Senado sobre su conducta en la guerra, cuya providencia extraña motivó el odio implacable de sus antagonistas y la insolencia de los tribunos del pueblo, experimentó tan ingrata á la ciudad que le debía su libertad, que, estando seguro de su condenación, se salió de ella, desterrándose voluntariamente; y no obstante de estar ausente multaron en 10.000 dineros á aquel héroe, que nuevamente había de volver á librar á su patria de las incursiones y armas de los galos. Estoy ya fastidiado de referir relaciones tan abominables é injustas con que fué afligida Roma, cuando los poderosos procuraban subyugar al pueblo y éste rehusaba no sujetarse; procediendo las cabezas de ambos partidos más con pasión y deseo de vencer, que con pensamiento de atender á lo que era razón y justicia.

CAPÍTULO XVIII

Lo que escribe Salustio de las costumbres de los romanos, así de las que estaban reprimidas con el miedo, como de las que estaban sueltas y libres con la seguridad.

Seguiré, pues, en este punto con el método posible, y antes me aprovecharé del incontestable testimonio

de Salustio, quien, habiendo dicho en honor de los romanos (que es de donde empezamos nuestra exposición) que la justicia y bondad entre ellos no valía más por las leyes que por su buen natural, celebrando la gloriosa época en que, desterrados los reyes, creció insensiblemente y en un breve tiempo aquella admirable ciudad; sin embargo, el mismo Salustio, en el libro I de su historia y en su principio, confiesa que, aun casi en el mismo instante en que extinguido el poder real se estableció el consular, á muy poco tiempo padeció la República considerables vejaciones y agravios de los poderosos; por lo que resultaron divisiones entre el pueblo y los senadores, sin referir las discordias y daños que en seguida acaecieron; pues habiendo relacionado cómo el pueblo romano había vivido con laudables costumbres y mucha concordia, aun en aquellos tiempos calamitosos en que la segunda y última guerra de Cartago atrajo considerables males, y habiendo asimismo expuesto que la causa de esta felicidad fué, no el amor de la justicia, sino el miedo de la poca seguridad de la paz que había interin se sustentaba Cartago en su grandeza, que era la razón porque también Násica no quería se destruyera á Cartago, para de este modo reprimir la disolución, conservar las buenas costumbres y refrenar con el miedo los vicios. Luego prosigue, y dice el mismo Salustio: «pero la discordia, la avaricia, la ambición y los demás vicios y desgracias que suelen resultar de las prosperidades, crecieron extraordinariamente después de la destrucción de Cartago, para que entendiésemos que antes también no sólo solían nacer, sino igualmente crecer, los vicios»; y dando la razón por qué se explica en estos términos, prosigue diciendo: «porque hubo vejaciones y agravios que cometían los poderosos, de lo que procedía la división entre los senadores y el pueblo, y otras discordias do-

mésticas en el principio, cuando apenas había cesado la autoridad de los reyes, viviendo los hombres con equidad y modestia mientras que duró el miedo de Tarquino y la peligrosa guerra con los etruscos. ¿Veis como también el haber vivido un espacio de tiempo tan corto, después de desterrados los reyes, con alguna equidad y honestidad—añade—, fué la causa el miedo; pues se temía la guerra que el rey Tarquino, despojado del reino, excitaba, y hacía contra los romanos, asociado de los etruscos? Advierte, pues, ahora lo que añade adelante. Después, dice, comenzaron los padres á tratar al pueblo como á esclavo, disponiendo de su vida y de sus espaldas, al modo que acostumbra los reyes, defraudándolos del repartimiento de los campos, quedándose ellos solos con el gobierno y autoridad, sin conferir con los demás parte alguna. Oprimido el pueblo con un gobierno tan tiránico, y principalmente con el gravamen de las deudas y usuras, sufriendo igualmente con la continuación de las guerras el tributo y la milicia, se amotinó y acudió armado al monte Sacro y al Aventino, donde eligió para su gobierno tribunos de la plebe y estableció varias leyes; no teniendo otro fin más feliz las discordias de uno y otro bando que la segunda guerra Púnica. ¿Veis desde qué tiempo, esto es, poco después de ser desterrados los reyes, cómo se comportaron entre sí los romanos, de quienes dice que la justicia y bondad valía entre ellos, no más por las leyes que por su buen natural? Pues si vemos que fueron tales aquellos tiempos en que dicen fué virtuosa, inocente y hermosa la República romana, ¿qué nos parece podemos ya decir ó pensar de aquellos célebres romanos que les sucedieron, en cuya época, habiéndose transformado paulatinamente (para usar de los términos del mismo historiador), de hermosa y buena se hizo muy mala y disoluta? es á saber: después de la des-

trucción de Cartago, como lo insinuó el mismo Salustio; y del modo que este historiador recopla y describe en compendio estos tiempos que pueden examinarse en su historia, es fácil observar con cuánta malicia y corrupción de costumbres, nacida de las prosperidades, se fueron coinquinando hasta el calamitoso tiempo de las guerras civiles. Desde esta época (como dice) las costumbres de los antepasados, no poco á poco, como antes, sino como un arroyo que precipita y hace correr con ímpetu la furia de una avenida, se relajaron en tanto grado y la juventud se estragó tanto con las galas, deleites y avaricia, que con razón se dijo de ella que había nacido una gente que no podía tener hacienda, ni sufrir que otros la tuviesen. Dice Salustio muchas cosas acerca de los vicios de Sila y de los demás desórdenes de la República, en lo que convienen todos los escritores, aunque se diferencian mucho en la elocuencia. Ya veis, á lo que entiendo, y cualquiera persona que quiera advertirlo fácilmente podrá notar, la relajación y corrupción de costumbres en que estaba sumergida Roma antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo. Acaeció, pues, esta desenfrenada disolución no sólo antes que Cristo encarnase y predicase personalmente su divina doctrina, sino también aun antes que naciese de la Virgen Santísima; y supuesto no se atrevieron á imputar los graves males acaecidos por aquellos tiempos, ya fuesen los tolerables al principio, ó los intolerables y horribles sucedidos después de la destrucción de Cartago; no atreviéndose, digo, á imputarlos á sus dioses, que con maligna astucia sembraban en los humanos corazones unas opiniones y principios prevaricadores de donde naciesen semejantes vicios, ¿por qué tienen la osadía de atribuir los males presentes á Cristo, quien por medio de una doctrina sana nos priva por una parte la adoración de los falsos

y seductores dioses, y por otra, abominando, y anatematizando con autoridad divina esta perjudicial y contagiosa codicia de los hombres, poco á poco va entresacando de todas las partes del mundo infectas, y aún destruidas con estos males, su dichosa familia, para ir estableciendo y fundando con ella la ciudad que es eterna y verdaderamente gloriosa, no por voto y común aplauso de la humana vanidad, sino á juicio de la misma verdad, que es Dios?

CAPÍTULO XIX

De la corrupción que hubo en la república romana antes que Cristo prohibiese el culto de los dioses.

Y ved aquí cómo la república romana (lo cual no soy yo el primero que lo digo, sino que sus cronistas, de quienes á costa de muchas tareas y molestias lo aprendimos, lo dijeron muchos años antes de la venida de Cristo) poco á poco se fué mudando, y de hermosa y virtuosa se convirtió en mala y disoluta. Ved aquí cómo antes de la gloriosa venida del Salvador, y después del fatal excidio de Cartago, las costumbres de sus antepasados, no paulatinamente como antes, sino como una rápida avenida de un arroyo, se estragaron y relajaron en tanto grado, que la juventud se corrompió con la superfluidad de las galas, deleites y codicia. Léannos algunos preceptos que hayan promulgado sus dioses contra el lujo, regalo y ambición del pueblo romano, á quien ojalá hubieran callado las cosas santas y modestas y no le hubieran pedido también las torpes y abominables, para acreditarlas mediante el oráculo de su falsa divinidad con más daño de sus adoradores. Lean

á los nuestros, así los profetas como el santo Evangelio, los hechos apostólicos y las epístolas canónicas, y observarán en todos estos admirables escritos una abundante copia de máximas saludables y de persuasiones convincentes, predicadas al pueblo mediante el influjo del espíritu divino, contra la avaricia y la lujuria, no excitando el ruidoso estrépito y vocería que se oye á los filósofos desde sus cátedras, sino tronando como desde unos oráculos y nubes de Dios, y, sin embargo, no imputan á sus dioses el haberse convertido la república antes de la venida de Cristo en disoluta y perversa, con los fuertes incentivos del deleite, del lujo, del regalo y con unas costumbres tan torpes como sanguinarias, antes más bien cualquiera aflicción que sufre en la presente situación su soberbia y molicie, la atribuyen al influjo de la religión cristiana, cuyos preceptos sobre las costumbres sanas y virtuosas, si los oyesen y juntamente se aprovecharasen de ellos los reyes de la tierra, los jóvenes y las doncellas y todas las naciones juntas, los príncipes y los jueces de la tierra, los ancianos y los mozos, todos los de una edad capaz de juicio, hombres y mujeres, y aquellos á quienes habla San Juan Bautista, los mismos publicanos y soldados, no sólo ilustraría y adornaría la república con su felicidad las tierras de esta vida presente, sino que subiría á la cumbre de la vida eterna para reinar eternamente y con perpetua dicha; pero por cuanto uno lo oye y otro lo desprecia, y los más son aficionados más á la perniciosa condescendencia y atractivo de los vicios que al importante rigor y aspereza de las virtudes, se les notifica y manda á los siervos de Jesucristo que tengan paciencia y sufran, ya sean reyes, príncipes, ya jueces, soldados, provinciales, ricos, pobres, libres, esclavos, de cualesquiera condición que sean, hombres y mujeres, que toleren, digo (si así conviene) aun á la

república más disoluta y perversa, y que con este sufrimiento granjearán y conseguirán un elevado y distinguido lugar en aquella santa y augusta Corte de los Ángeles y República celestial, cuyas leyes y ordenanzas que la gobiernan es la misma voluntad de Dios.

CAPÍTULO XX

Cuál es la felicidad de que quieren gozar y las costumbres con que quieren vivir los que culpan los tiempos de la religión cristiana.

Aunque los que aprecian y adoran á los dioses, cuyos crímenes y maldades se lisonjean de imitar, de ningún modo procuran atender á la conservación de una república mala y disoluta, con tal que ésta exista ó que florezca en abundancia de bienes y gloriosas victorias; ó lo que es mayor felicidad, con tal que goce de una paz segura y estable. ¿Qué nos importa á nosotros? dirán. Antes, si lo que á cada uno interesa más es que cualesquiera aumente continuamente sus riquezas, con las cuales haya para sostener los precisos y diarios gastos, y, del mismo modo, el que fuese más poderoso pueda sujetar igualmente á los más necesitados, ó que obedezcan á los ricos los más pobres, sólo por causa de conseguir la comida y aliviar su necesidad, y para que á la sombra de su amparo gocen del ocio y de la quietud, y se sirvan los ricos de los indigentes para sus ministerios respectivos, y para la ostentación de su pompa y fausto; que el pueblo aplauda, no á los que le persuaden lo que le importa, sino á los que le proporcionan gustos y deleites; que no se les mande cosa dura, ni se les prohíba cosa torpe; que los reyes no

atiendan á si son buenos y virtuosos sus vasallos, sino á si obedecen sus órdenes; que las provincias sirvan á los reyes, no como á gobernadores ó primeros directores de sus costumbres, sino como á señores ó dueños absolutos de sus haciendas, y como á proveedores ó dispensadores de sus deleites y regalos, y al mismo tiempo que los honren y reverencien, no sinceramente ó de corazón, sino que los teman servilmente; que castiguen severamente las leyes, primero lo que ofende á la vida ajena que lo que daña á la vida propia; que á ninguno lleven á la presencia del juez, sino el que fuere perjudicial á los bienes, casa ó salud ajena, ó fuere importuno ó nocivo por sus costumbres relajadas; que en lo demás, con sus afectos ó deudos, ó de los haberes de éstos, ó de cualesquiera que condescendiere y no lo repugnase, haga cada uno lo que más le agradare; que asimismo haya abundancia de mujeres públicas, ó para todos los que quisiesen participar de su beldad, ó particularmente para los que no pueden tenerlas en su casa; que se edifiquen grandes, magníficas y suntuosas casas donde se frecuenten los saraos y convites, y donde, según le pareciere á cada uno, de día y de noche juegue, beba, se divierta, gaste y triunfe; que continúen sin interrupción los bailes, hierban los teatros con el aplauso y voces de la alegría; que se conmuevan con la representación de actos deshonestos y todo género de deleites tan abominables y torpes, y que sea tenido por enemigo público el que no gustare de esta felicidad; que cualquiera que la intentase alterar ó privar puedan todos libremente echarle á donde no le oigan, le destierran donde no sea visto y le saquen de entre los vivos; que sean tenidos por verdaderos dioses los que procuraron que el pueblo consiguiese esta felicidad, y, conseguida, supieron inventar medios para conservársela; que los reverencien y tributen culto del modo que

les fuera más agradable; que pidan los juegos y fiestas que fuesen de su voluntad y pudiesen alcanzar de sus adoradores, con tal que procuren con todo su esfuerzo que esta felicidad momentánea esté segura de las invasiones del enemigo, de los funestos efectos del contagio y de cualquiera otra calamidad; ¿y qué hombre cordato ó de sano juicio habrá que quiera comparar esta república, no digo yo con el Imperio romano, sino con la casa de Sardanápalo, quien, siendo por algún tiempo rey de los asirios, se entregó con tanta demasía á los deleites que mandó se escribiese en su sepulcro que después de muerto sólo conservaba lo que había devorado y consumido en vida su torpe apetito? Si la suerte hubiera dado á los romanos por rey á Sardanápalo, y contemporizara y disimulara estas torpezas sin contradirles de modo alguno, sin duda de mejor gana le consagrarán templo y flamen que los antiguos romanos á Rómulo.

CAPÍTULO XXI

Lo que sintió Cicerón de la república Romana.

Pero si no hicieron caso del erudito escritor, que llamó á la república romana mala y disoluta, ni cuidan de que esté poseída de cualesquiera torpezas y costumbres abominables y corrompidas, con tal que exista y perseverare: digan como no sólo se hizo procaz y disoluta (como dice Salustio), sino que, según enseña Cicerón, en aquella época había ya perecido del todo la república, sin quedar rastro ó memoria de ella: introduce, pues, en el raciocinio este sabio orador al valeroso Scipión, aquel mismo que destruyó á Cartago, disputando en

materias de estado y de república en un tiempo en que ya se sospechaba y advertía que estaba vacilante y expuesta á ser destruída con los vicios y corrupción de costumbres, sobre lo que elegantemente habla Salustio. Suscitóse, pues, esta controversia en el tiempo en que ya uno de los gracos había muerto, en cuyo gobierno (como escribe Salustio) tuvieron principio graves discordias, y de cuya muerte se hace mención en los mismos libros; y habiendo dicho Scipión al fin del libro segundo, que así como se debe guardar en la cítara, en la flauta y en la canción una cierta consonancia de distintas y diferentes voces, la cual, si se muda ó discrepa, ofende y no la puede sufrir un oído delicado, y esta misma consonancia, aunque de diferentes voces, con contemplarlas y arreglarlas á una perfecta modulación, se hace concorde y suave al oído; así también una ciudad compuesta de diferentes órdenes y estados altos, medios y bajos, como voces bien templadas, con la conformidad y concordia de partes entre sí tan diferentes, vive concorde y tranquila; lo que llaman los músicos en el cántico armonía, esto era en la ciudad la concordia, que es un estrecho é importante vínculo para la conservación de toda república, la cual de ningún modo podía existir sin la justicia; pero disputando después dilatada y copiosamente sobre lo que interesaba el que hubiese justicia en la ciudad, como de los graves daños que se seguían en todo estado que no se observaba, tomó la mano Pilo, uno de los que disputaban, y pidió se averiguase más circunstanciadamente esta opinión, tratándose con más extensión de la justicia; porque comúnmente se decía que era imposible regir y gobernar una república sin la injusticia, y por esto fué Scipión de dictamen convenia aclarar y ventilar esta duda, diciendo le parecía que era nada cuanto hasta entonces habían perorado acerca del gobierno.

de la república, y que aun podría decir más, á no estar confirmado y fuera de toda ambigüedad que era falso el principio de que sin justicia podía regirse un pueblo, así como era cierto é incontestable el otro, de que es imposible gobernar una república sin una recta justicia. Y habiendo diferido la resolución de esta cuestión para el día siguiente, en el tercero libro se trató de esta materia copiosamente, refiriendo los debates y disputas que ocurrieron para su decisión. El mismo Pilo siguió el partido de los que opinaban era imposible regir la república sin injusticia, justificándose en primer lugar para que no se creyese que él realmente era de este parecer, y disputó con mucha energía en favor de la injusticia y contra la justicia, dando á entender quería manifestar con ejemplos y razones verosímiles que aquella era importante á la república, y ésta inutil. Entonces Lelio, á súplica de los senadores, principiando á defender con nervio y eficacia la justicia, ratificó, y aun aseguró cuanto pudo la opinión contraria, hasta demostrar que no había cosa más contraria al régimen y conservación de una ciudad que la injusticia, y que era absolutamente imposible gobernar un Estado y hacer que perseverase en su grandeza sino operando con una justicia recta. Examinada y ventilada esta cuestión por el tiempo que se creyó suficiente, volvió Scipión al mismo asunto que había dejado, tornando á repetir y elogiar su concisa definición de la república, en la que había sentado que era un bien inutil al pueblo; y resuelve que pueblo no es cualquiera congreso que compone la multitud, sino una junta concordada unánimemente y sujeta á unas mismas leyes y bien común. Después demuestra cuánto importa á la definición para las disputas, y de sus definiciones colige que entonces es república; esto es, bien útil al pueblo, cuando se gobierna bien y concordemente, ya sea por un rey, ya por

algunos patricios, ya por todo el pueblo; pero que siempre que el rey fuese injusto, á quien llamó tirano, como acostumbraban los griegos, injustos serían los principales encargados del gobierno, cuya concordia y unión dijo era facción y parcialidad; ó injusto sería el mismo pueblo para quien no halló nombre usado, y por eso le llamó también tirano: no era ya república viciosa, como el día anterior habían disputado, sino que, como manifestaba el argumento y razones deducidas de las sentadas definiciones, de ningún modo era república, porque no era bien útil al pueblo, apoderándose de ella el tirano con parcialidad; ni el mismo pueblo era ya pueblo si era justo, porque no representaba ya á la multitud concorde y ligada á unas mismas leyes y bien común, como se ha definido al pueblo. Cuando la república romana era de tal condición cual la pintó Salustio, no era ya mala y disoluta, como él dice, sino que totalmente no era ya república, como se confirmó en la disputa que se suscitó sobre ella entre sus principales patricios que la gobernaban, así como el mismo Tulio, hablando no ya en nombre de Scipión ni de otro alguno, sino por sí mismo lo mostró al principio del libro quinto, alegando en su favor el verso del poeta Ennio, que dice: «que á la república romana conservan y sostienen en su primitivo esplendor las antiguas buenas costumbres y los muchos varones excelentes que había producido.» El cual verso dice él: «me parece que, ó por su concisión ó sencillez le pronunció como si fuese tomado de algún oráculo, porque ni los varones excelentes, si no estuviera tan bien formada y acostumbrada la ciudad, ni las costumbres, si no presidieran y gobernarán estos insignes varones, hubieran podido, ni establecer ni conservar una república tan dilatada con un dominio en su gobierno tan justo y tan extendido: así, pues, en los tiempos pasados, las mismas costumbres ó

la buena conducta de nuestra patria elegía varones insignes, quienes conservaban en su primer esplendor las costumbres é institutos de sus mayores; pero nuestro siglo, habiendo recibido el gobierno del estado como una pintura hermosa que se deteriora y desmejora con la antigüedad, no solamente no cuidó de renovarla los mismos colores que solía tener y la hacían brillar, pero ni aun procuró que por lo menos conservase la forma y sus últimos lineamentos: porque ¿qué retenemos ya de las antiguas costumbres con que dice estaba en pie la república romana, las cuales vemos tan desacreditadas y olvidadas que no sólo no se estiman, pero ni aun las conocen? Y de los varones puedo decir que las mismas costumbres perecieron por falta de varones que las practicasen, de cuya desventura no solamente hemos de dar la razón, sino que también, como reos de un crimen capital, hemos de dar cuenta ante el juez de esta causa, en atención á que por nuestros propios vicios, no por accidente alguno, conservamos de la república sólo el nombre; pero la substancia de ella realmente hace ya tiempo que la perdimos.» Esto, confesaba Cicerón, aunque mucho después de la muerte de Africano, á quien hizo disputar en sus libros sobre el asunto de república, pero todavía antes de la venida de Jesucristo, lo cual, si se divulgara, se opinara y se dijera cuando ya florecía la religión cristiana, ¿quién hubiera entre éstos que no le pareciera que se debía imputar esta relajación á los cristianos? ¿Por qué razón no procuraron sus dioses que no pereciera ni se perdiera entonces aquella república, la cual Cicerón muchos años antes que Cristo naciese de la Santísima Virgen, tan lastimosamente llora por perdida? Examinen atentamente los que tanto la ensalzan, qué tal fué aun en la época en que florecieron aquellos antiguos varones y celebradas costumbres; si acaso floreció en ella la verdadera justicia, ó si qui-

zá entonces tampoco vivía por el rigor de las costumbres, sino que estaba pintada con bellos colores, la cual, aun el mismo Cicerón, ignorándolo cuando la celebraba y prefería lo expresó; pero en otro lugar hablaremos de esto, queriendo Dios, procurando manifestar á su tiempo conforme á las definiciones del mismo Cicerón, en qué breves razones explicó lo que era república y lo que era pueblo, en persona de Scipión, conformándose con él otros muchos pareceres, ya fuesen suyos ó de los que introduce en la misma disputa, donde sostiene que aquella nunca fué república, porque jamás hubo en ella verdadera justicia; más según las definiciones más probables en su clase, fué antiguamente república y mejor la gobernaron y administraron los antiguos romanos que los que se siguieron después: en atención á que no hay verdadera justicia sino en aquella república cuyo fundador, legislador y gobernador es Cristo, si acaso nos agrada el llamarla república, pues no podemos negar que ella es un bien util al pueblo: pero si este nombre que en otros lugares se toma en diferente acción ó significación, estuviese acaso algo distante del uso de nuestro modo de hablar, por lo menos la verdadera justicia se halló en aquella ciudad de quien dice la Sagrada Escritura: ¿Cuán gloriosas cosas están dichas de la ciudad de Dios? (1)

CAPÍTULO XXII

Que jamás cuidaron los dioses de los romanos de que no se estragase y perdiése la república por las malas costumbres.

Por lo que respecta á la presente cuestión, por más famosa que digan fué, ó es la república, según el sentir

(1) Salmo 89.

de sus más clásicos autores, ya mucho antes de la venida de Cristo se había hecho mala y disoluta, ó, por mejor decir, no era ya la república, y había perecido del todo con sus perversas costumbres; luego para que no se extinguiese, los dioses, sus protectores, debieran dar particulares preceptos al pueblo que los adoraba para uniformar su vida y costumbres, siendo así que los reverenciaba y daba culto en tantos templos, con tantos sacerdotes, con tanta diferencia de sacrificios, con tantas y tan diversas ceremonias, fiestas ó solemnidades, con tantos y tan costosos regocijos y representaciones teatrales; en todo lo cual no hicieron los demonios otra cosa que fomentar su culto, no cuidando de inquirir cómo vivían antes, y procurando que viviesen mal; pero si todo esto lo hicieron por puro miedo en honra y honor de los dioses, ó si éstos les dieron algunos saludables preceptos, tráiganlos, manifiéstelos y léannos qué leyes fueron aquellas que dieron los dioses á Roma y violaron los Gracos cuando la revolviéron y turbaron con funestas sediciones, cual fueron Mario, Cinna y Carbon, que fomentaron las guerras civiles, cuyas causas fueron muy injustas, y las prosiguieron con grande odio y crueldad, y con mucha mayor las acabaron, las cuales, finalmente, el mismo Sila, cuya vida y costumbres con las impiedades que cometió, según las pinta Salustio y otros historiadores, ¿á quién no causan horror? ¿Quién no confesará que entonces pereció aquella república? ¿Acaso por semejantes costumbres experimentadas reiteradamente en Roma, se atreverán, como suelen, á alegar en defensa de sus dioses aquella expresión de Virgilio en el libro II de la *Eneida*, donde dice «que todos los dioses que sustentaban en pie aquel imperio se marcharon, desamparando sus templos y aras?» Si lo primero es así, no tienen que quejarse de la religión cristiana, pretendiendo

que, ofendidos de ella sus dioses, los desampararon; pues sus antepasados muchos años antes, con sus costumbres, los aventaron como á moscas de los altares de Roma; pero, con todo, ¿á dónde estaba esta numerosa turba de dioses cuando mucho antes que se estragasen y corrompiesen las antiguas costumbres, los galos tomaron y quemaron á Roma? ¿Acaso estando presentes dormían? Entonces, habiéndose apoderado el enemigo de toda la ciudad, sólo quedó ileso el collado ó monte Capitolino, el cual también le hubieran tomado si, durmiendo los dioses, por lo menos no estuvieran en vela los gansos, de cuyo suceso resultó que vino á incidir Roma casi en la misma superstición de los egipcios, que adoran á las bestias y á las aves, dedicando sus solemnidades al ganso; mas no disputo por ahora de estos males casuales que conciernen más al cuerpo que al alma, y suceden por mano del enemigo ó por otra desgracia ó casualidad. Ahora únicamente trato de la relajación de las costumbres, las cuales, perdiendo al principio poco á poco sus bellos colores y desempeñándose después al modo de la avenida de un arroyo arrebatado, causaron, aunque subsistían las casas y los muros, tanta ruina en la república, que autores gravísimos de los suyos no dudan afirmar que se perdió entonces; y para que así fuese, hicieron muy bien en marcharse todos los dioses, desamparando sus templos y aras; si la ciudad menospreció los preceptos que les habían dado sobre vivir bien, con rectitud y justicia; pero, pregunto ahora: ¿qué tales fueron estos dioses que no quisieron vivir ni conversar con un pueblo que los adoraba, á quien viviendo escandalosamente no enseñaron á vivir bien?

CAPÍTULO XXIII

Que las mudanzas de las cosas temporales no dependen del favor ó contrariedad de los demonios, sino de la voluntad del verdadero Dios.

¿Acaso no es demostrable que aunque estas mentidas deidades alentaron y ayudaron á los romanos á perpetrar y ejecutar sus torpes apetitos, no obstante, es averiguado que no les asistieron para refrenarlos? ¿Por qué los que favorecieron á Mario, hombre nuevo y de baja extracción, cruel autor y ejecutor de las guerras civiles, para que fuese siete veces cónsul, y que en su séptimo consulado viniera á morir viejo y lleno de años, no le patrocinaron asimismo á efecto de que no cayera en manos de Sila, que había de entrar luego vencedor? ¿Por qué no le ayudaron también para que se templara y evitara tantas y tan inmensas crueldades como hizo? Pues si para esta empresa no le ayudaron sus dioses, ya expresamente confiesan que, sin tener uno á sus dioses propicios y favorables, es factible que consiga la temporal felicidad que tan sin término codician, y que pueden algunos hombres, como fué Mario, á despecho y contra las disposiciones y voluntad de los dioses, adquirir y gozar de salud, fuerzas y riquezas, de honras y dignidades y larga vida; y que pueden igualmente algunos hombres, como fué Régulo, padecer y morir muerte afrentosa en cautiverio, servidumbre, pobreza y desconsuelo estando en gracia de los dioses, lo cual, si conceden que es así, confiesan en breves palabras que de nada sirven, y que en vano los reverencian; porque si procuraron que el pueblo se instruyese en los principios más opuestos á las virtudes del alma y á la honestidad de la vida, cuyo premio

debe esperarse después de la muerte, y si en estos bienes transitorios y temporales ni pueden dañar á los que aborrecen ni favorecer á los que aman, ¿para qué los adoran y para qué con tanto anhelo y religión los importunan? ¿Por qué en los tiempos adversos y calamitosos murmuran acremente, como si ofendidos se hubieran ido, y al mismo tiempo con impías increpaciones injurian la religión cristiana? Y si estas cosas tienen poder para hacer bien ó mal, ¿por qué en ellas favorecieron á Mario siendo un hombre tan malo, y faltaron á Régulo siendo un varon tan bueno y justificado? Y acaso con este procedimiento ¿no hacen ver claramente que son sumamente injustos y malos? Pero si por estos motivos creyeron que deben ser aun más temidos y reverenciados, tampoco á esto debe darse asenso, porque es constante que del mismo modo los adoró Régulo que Mario, y no por eso nos parezca se debe escoger la mala vida, porque se presume que los dioses favorecieron más á Mario que á Régulo, mediante á que Metelo, uno de los mejores y más famosos romanos, que tuvo cinco hijos dignos del consulado, fué también dichoso en las cosas temporales, y Catilina, uno de los más malos, fué desdichado, perseguido de la pobreza y murió vencido en la guerra que tan injustamente había promovido. Verdadera y cierta es solamente la felicidad que consiguen los buenos que adoran á Dios, es de quien solamente la pueden alcanzar, pues cuando se iba corrompiendo y perdiendo Roma con las malas costumbres, no tomaron providencia alguna sus dioses para corregirlas ó enmendarlas y para que no se aniquilase, antes sí cooperaron á su depravación, corrupción y última destrucción. Ni por eso se finjan buenos como en cierto modo, aparentando que, ofendidos de las culpas y crímenes de los ciudadanos se ausentaron, pues seguramente que estaban allí; con

cuya disculpa ellos mismos se descubren y convencen, en atención á que al fin no pudieron ayudarlos con aconsejarles y mandarles lo que les importaba, ni pudieron encubrirse con callar. Permito que los mintur-nenses, excitados de la compasión, encomendaron los sucesos de Mario á la diosa Marica, á quien rendían adoración en un bosque contiguo al lugar y consagrado á su nombre, para que le favoreciese y diese prósperos sucesos en todas sus empresas; y sólo advierto que, vuelto en su primera prosperidad del extremo de una suma desesperación, caminó fiero y cruel contra Roma, llevando consigo un poderoso y formidable ejército, adonde, cuán sangrienta fué su victoria; cuán cruel y cuánto más fiera que la de cualquier enemigo, léanlo los que gustasen en los autores que la escribieron. Pero esto, como digo, lo omito, ni quiero atribuir á no sé qué Marica la sangrienta felicidad de Mario, sino antes á la oculta providencia de Dios; para tapar la boca á los incrédulos y para libertar de su ceguedad y error á los que tratan este punto, no con pasión, sino que lo advierten con prudencia, porque aunque en estos acontecimientos pueden algo los demonios, es tanto su poder cuantas son las facultades que les concede el oculto juicio del que es Todopoderoso, para que, en vista de tales desengaños, no apreciemos demasiado las felicidades terrenas, las cuales, como á Mario, se dispensan también por la mayor parte á los malos, ni tampoco inspeccionándola bajo otro aspecto la tengamos por mala, viendo que, á despecho de los demonios, la han tenido también por lo mismo muchos varones santos y verdaderos siervos del que es un solo Dios verdadero; ni, finalmente, entendamos que debemos aplacar ó temer á estos impuros espíritus por los bienes ó males de la tierra; porque así como los hombres malos no pueden hacer en la tierra todo lo que quieren, así tampoco

ellos, sino en cuanto se les permite por orden de aquel gran Dios, cuyos juicios nadie los puede comprender plenamente y nadie justamente reprender.

CAPÍTULO XXIV

De las proezas que hizo Sila, á quien mostraron favorecer los dioses.

El mismo Sila, cuyos tiempos fueron tales que se habían desear los pasados (sin embargo de que á los ojos humanos parecía el reformador de las costumbres), luego que movió su ejército para marchar á Roma contra Mario, escribe Tito Livio que, en ocasión de ofrecer sacrificios á los dioses, tuvo tan prósperas señales en ellos, que Posthumio (sacrificador y adivino en este holocausto) se obligó á pagar con su cabeza si no cumplía Sila todo cuanto tenía proyectado en su corazón con el favor de los dioses. Y ved aquí cómo no se habían ausentado los dioses desamparando los sagrarios y las aras, supuesto que presagiaban los sucesos de la guerra y no cuidaban de la corrección del mismo Sila. Prometíanle, adivinando los futuros contingentes, grande felicidad, y no refrenaban su codicia amenazándole los más severos castigos; después, sustentando la guerra de Asia contra Mitridates, le envió á decir Júpiter con Lucio Ticio que había de vencer á Mitridates, y así sucedió; pero en adelante, tratando de volver á Roma y vengar con guerra civil las injurias que le habían hecho, y á sus amigos, el mismo Júpiter volvió á enviar á decirle con un soldado de la legión sexta, que anteriormente le había anunciado la victoria contra Mitridates, y que entonces le prometía darle fuerzas y valor para reco-

brar y restaurar, no sin mucha sangre de los enemigos, la república. Admirado Sila del vaticinio, preguntó qué forma ó figura tenía el que se le había aparecido al soldado, y respondiendo éste cumplidamente, se acordó Sila de lo que primero le había referido Ticio cuando de su parte le trajo el aviso de que había de vencer á Mitridates. Qué podrán responder á esta objeción si les preguntamos: ¿por qué razón los dioses cuidaron de anunciar estos sucesos como felices, y ninguno de ellos atendió á corregirlos con sus amonestaciones, ó recordar al mismo Sila las futuras desgracias públicas, si sabían que había de causar tantos males con sus horribles guerras civiles, las cuales no sólo habían de estragar, sino arruinar totalmente la república? En efecto, se demuestra bien claro quiénes son los demonios, como muchas veces lo he insinuado: sabemos nosotros por el incontrastable testimonio de la sagrada escritura, y su calidad y circunstancias nos instruyen en que hacen su negocio porque los tengan por dioses, adoren y ofrezcan votos, que, uniéndose con éstos los que se los ofrecen, tengan juntamente con ellos delante del juicio de Dios una causa de muy mala condición. Después de llegado Sila á Tarento y sacrificando allí, vió en lo más elevado del hígado del becerro como una imagen ó representación de una corona de oro. Entonces Posthumio (el adivino de quien va hecha mención), le dijo: que aquel signo quería dar á entender una famosa victoria que había de conseguir de sus enemigos; por lo que le mandó que sólo él comiese de aquel sacrificio. Pasado un breve rato, un esclavo de Lucio Poncio, adivinando, dió voces, diciendo: «Sila, mensajero soy de Belona; la victoria es tuya»; añadiendo á estas palabras las siguientes: «que se había de quemar el capitolio.» Luego que indicó el Ariolo estos presagios y razones tan acomodadas á los proyectos de Sila, se apartó in-

continenti del campo donde estaba alojado el ejército, y al día siguiente volvió aun más conmovido ó espantado, y dando terribles voces, dijo: que el Capitolio se había quemado, lo que era positivo, aunque era muy fácil que el demonio lo hubiese previsto y manifestado luego. Pero es digno de advertir lo que hace principalmente á nuestro propósito, y es, bajo de qué dioses gustan estar los que blasfeman del Salvador, que es quien pone en libertad las voluntades de los fieles, sacándolas de la sujeción y dominio de los demonios. Dió voces el hombre, adivinando, tuya es la victoria, Sila; y para que se creyese que lo decía con espíritu divino, anunció también lo que era contingente sucediese y después acaeció, estando, sin embargo, muy distante aquel por quien el espíritu hablaba; pero no dió voces, diciendo: guárdate de cometer maldades, Sila, las que siendo vencedor cometió en Roma tan horribles y abominables, el mismo que en el hígado del becerro, por singular señal de su victoria, tuvo la visión de la corona de oro. Y si semejantes señales acostumbraran á dar los dioses buenos y no los impíos demonios, sin duda que en las entrañas de la víctima prometerían primero abominables males y muy perniciosos al mismo Sila; en atención á que la victoria no fué de tanto interés y honor á su dignidad cuanto fué perjudicial á su codicia, con la cual sucedió que, abarcando con ella demasiadamente ensoberbecido y ufano con las prosperidades, importó más la ruina y muerte que causó á sí mismo en sus costumbres, que el estrago que hizo á sus enemigos en sus cadáveres y bienes. Estos fatales acaecimientos, que verdaderamente son tristes y dignos de lágrimas, no los anunciaban los dioses ni en las entrañas de las víctimas sacrificadas, ni con agüeros, sueños ó divinaciones de alguno, porque más temían que se corrigiese que no que fuese vencido, antes sí, procura-

ban lo posible que el vencedor de sus mismos ciudadanos se rindiese vencido y cautivo á los vicios nefandos, y por ellos más estrechamente á los mismos demonios.

CAPÍTULO XXV

Cuánto incitan á los hombres á los vicios los espíritus malignos, cuando para hacer las maldades interponen su ejemplo como una autoridad divina.

Y de cuanto va referido ¿quién no entiende, quién no advierte, sino es el que gusta más de seguir é imitar semejantes dioses que apartarse con la divina gracia de su infame sociedad, cuanto procuran los malignos espíritus acreditar los vicios y maldades con su ejemplo como con cierta autoridad divina? En cuya comprobación decimos, que en una espaciosa llanura de tierra de campaña, adonde poco después los ejércitos civiles se dieron una reñida batalla, los vieron á ellos mismos pelear entre sí; allí se oyeron primero grandes rumores y estruendos, y luego refirieron muchos que habían visto por algunos días pelear mutuamente dos ejércitos: y, concluida la batalla, hallaron como huellas de hombres y caballos, cuantas pudieran imaginarse de un encuentro igual. Ahora, pues, si de veras pelearon los dioses entre sí, no se culpen ya las guerras civiles entre los hombres, sino considérese la malicia ó miseria de estos dioses; y si fingieron que pelearon, ¿qué otra cosa hicieron sino que trayendo entre sí los romanos guerras civiles, darles á entender no cometían maldad alguna teniendo aquel ejemplo de los dioses? A la sazón ya habían comenzado las guerras civiles, y precedido algunos casos horrorosos y abominables de tan

fieras batallas; y asimismo había ya conmovido los corazones de muchos el fatal suceso acaecido á un soldado que, despojando á otro que había muerto, descubriendo su cuerpo, conoció que era su hermano, y abominando de las guerras civiles se mató asimismo en el mismo lugar, haciendo así compañía al difunto cuerpo de su hermano; cuyo fatal acontecimiento sin duda les persuadía, no precisamente el que se avergonzasen y arrepintiesen de una maldad tan execrable, sino el que creciese más y más el furor de tan perjudiciales guerras: luego estos demonios á quienes ellos tenían por dioses y les parecía debían adorarlos y reverenciarlos, quisieron aparecerse á los hombres peleando entre sí, para que, á vista de este espectáculo, no recelase el afecto y amor de una misma patria semejantes encuentros y combates; antes sí, el pecado y error humano se excusase con el ejemplo divino. Con este ardid prescribieron también los malignos espíritus que se les consagrasen los juegos escénicos, de los que he referido ya circunstanciadamente algunas particularidades, y en los que han celebrado tantas abominaciones de los dioses, así en los cánticos y músicas del teatro como en las representaciones de las fábulas, para que todo el que creyese que ellos hicieron tales acciones, y asimismo el que no lo creyese, no obstante, viendo que ellos querían gustosamente que se les ofreciesen semejantes fiestas, seguramente los imitase: y para que ninguno imagine cuando los poetas cuentan que pelearon entre sí, que habian escrito contra los dioses injurias y oprobios, y no acciones propias de su divinidad, ellos mismos, para engañar á los hombres, confirmaron los dichos de los poetas, es á saber, mostrando á los ojos humanos sus batallas, no sólo por medio de los escénicos en el teatro, sino también por sí mismos en el campo. Nos ha movido á referir esto el observar que sus pro-

pios autores no dudaron de decir y escribir, que muchos años antes de las guerras civiles se había perdido la República romana con las perversas costumbres de sus ciudadanos, y que no había quedado sombra de República antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo; cuya perdición no imputan á sus dioses los que atribuyen á Cristo los males transitorios y temporales con que los buenos, ya vivan, ó ya mueran, no pueden perderse. Habiendo nuestro gran Dios dado tantos preceptos contra las malas costumbres y en favor de las buenas, y no habiendo tratado sus dioses negocio alguno por medio de semejantes preceptos con el pueblo que los adoraba, para que aquella República no se perdiese, antes corrompido las mismas costumbres con su ejemplo y detestable autoridad, hicieron que totalmente se perdiese, de la cual (á lo que percibo) ninguno se atreviera ya á decir que se perdió entonces, porque se marcharon todos los dioses, desamparando los sagrarios y las aras como afecto á las virtudes, y ofendidos de los vicios de los hombres; pues por tantas señales de sacrificios, agüeros y adivinaciones con que deseaban recomendar su divinidad y presciencia, y dar á entender conocían lo futuro y favorecían en las guerras, quedan convencidos de que estaban presentes; y si de veras se hubieran ido, sin duda con más piedad y clemencia se hubieran portado los romanos en las guerras civiles, aunque no se lo inspirasen las instigaciones de los dioses, y sí sólo sus pasiones y deseos ambiciosos.

CAPÍTULO XXVI

De los avisos y consejos secretos que dieron los demonios tocante á las buenas costumbres, aprendiéndose por otra parte públicamente todo género de maldades en sus solemnidades.

Siendo esto así, y habiéndose manifestado públicamente las torpezas, juntas con las crueldades y afrentas de los dioses, y sus crímenes, ó verdaderos ó fingidos, pidiéndolo ellos mismos y enojándose si no se ejecutaban, teniéndolos consagrados en ciertas solemnidades y habiendo pasado tan adelante que los han propuesto en los teatros á vista de todo el concurso como dignos de ser imitados, ¿qué cosa es que estos mismos demonios, que en semejantes deleites se entregan y confiesan que son espíritus inmundos y que sus crímenes y maldades, ya sean verdaderas ó ya fingidas, y con apetecer que se las celebren, rogándoselo á los disolutos, y consiguiéndolo por fuerza de los modestos, se declaran ser autores de la vida disoluta y torpe? Con todo, se asegura que allá en sus sagrarios y en lo más secreto de sus templos, dan algunos preceptos para practicar las buenas costumbres á algunas personas como escogidas, predestinadas ó consagradas á su deidad; y si esto fuese cierto, por el mismo hecho se convence por más dolosa la malicia de los malignos espíritus: porque es tan poderosa la fuerza de la bondad y de la honestidad, que toda ó casi toda la naturaleza humana se conmueve con su alabanza, y jamás llega á tan torpe y viciosa que del todo se estrague y pierda el sentido y gusto de la honestidad; en esta inteligencia, si la malignidad de los espíritus infernales no se transfigura en parte alguna (como nos lo advierte la

sagrada escritura) (1) en ángel de luz, no puede salir con su pretensión, reducida únicamente á engañarnos; así que en lo público la impura y detestable torpeza por todas partes se vende á todo el pueblo con notable estruendo y rumor, pero en lo secreto la honestidad fingida apenas la oyen algunos pocos; la publicidad es para las cosas abominables y vergonzosas, y el secreto para las honestas y loables: la virtud está oculta y la maldad descubierta; el mal que se hace y practica apellida y convida á todos los que le ven, y el bien que se predica apenas halla alguno que le oiga, como si lo honesto fuera vergonzoso y lo torpe digno de gloria. ¿Pero á donde se obra tan impíamente sino en los templos de los demonios? ¿En los tabernáculos de los embustes y engaños? Pues lo primero lo ejecutaron para coger y prender á los virtuosos y honestos, que son pocos en número, y lo segundo porque no se corrijan y enmienden los muchos que son torpes y viciosos. Dónde y cuándo aprendiesen sus escogidos los preceptos de la celestial honestidad, lo ignoramos. Con todo, en el frontispicio del mismo templo adonde veíamos colocado aquel otro simulacro todos los que de todas partes concurríamos, acomodándonos donde cada uno podía estar mejor, con gran atención veíamos los juegos que se hacían; pero volviendo los ojos á un lado, observábamos la pompa, fausto y aparato de las rameras ó prostitutas, y volviéndolos á otro, veíamos la virgen diosa, y cómo adoraban humildemente á ésta, y celebraban delante de la otra tantas torpezas. No vimos allí algún mimo recatado y honesto, no alguna mujer escénica que manifestase alguna modestia ó pudor; antes sí, todos cumplían exactamente todos los oficios de deshonestidad é impureza. Sabían lo que agradaba al ídolo virginal, y

(1) San Pablo, 2 ep. á los Corint., cap. II.

representaban lo que la matrona más prudente podía llevar del templo á su casa. Algunas que eran más pundonorosas volvían los rostros por no mirar los torpes meneos de los escénicos, y teniendo pudor en ver el arte y dechado de las impurezas, le aprendían, reparándolo con disimulo; pues por estar los hombres presentes tenían vergüenza, y no se atrevían á mirar con libertad los ademanes y posturas deshonestas; pero al mismo tiempo no osaban condenar con ánimo casto las ceremonias sagradas de la deidad que reverenciaban. En fin, representaban públicamente estas obscenidades para que se aprendiese en el templo aquello que para ejecutarlo, por lo menos en casa, se busca el aposento más oculto; sería sin duda cosa extraña el que hubiera allí algún pudor en los mortales, para no cometer libremente las torpezas humanas que religiosamente aprendían delante de los dioses, habiendo de tenerlos airados si no procuraban representarlas en honra suya. Porque ¿qué otro espíritu con secreto instinto mueve las almas perversas y depravadas, insta para que se cometan adulterios y se apacienta y complace en los cometidos, sino el que se deleita con semejantes juegos escénicos, poniendo en los templos los simulacros de los demonios y gustando en los juegos de las imágenes y retratos de los vicios, murmurando en lo secreto lo que toca á la justicia, para seducir aun á los pocos buenos, y frecuentando en lo público lo que nos excita á la torpeza, para apoderarse de infinitos malos?

CAPÍTULO XXVII

Con cuánta pérdida de la disciplina pública hayan consagrado los romanos, para aplacar á sus dioses, las torpezas de los juegos.

Tulio, aquel varón tan grave y tan excelso filósofo, cuando comenzó á ejercer el oficio de edil, clamaba delante del pueblo que entre las demás cosas que pertenecían á su oficio era una aplacar á la diosa Flora con la celebridad de los juegos, los cuales suelen celebrarse con tanta más religión cuanta es mayor la torpeza. Dice en otro lugar, siendo ya cónsul, que en un urgente peligro en que se vió la ciudad se habían continuado los juegos por diez días, y que no se había omitido circunstancia alguna para aplacar á los dioses; como si no fuera más conveniente enojar á semejantes dioses con la modestia, que aplacarlos con la torpeza; y hacerlos con la honestidad enemigos, antes que ablandarlos con tanta disolución: porque no pudieran causar tan graves daños, por más fiereza y crueldad que usaran los enemigos por cuyo respeto los aplacaban, como causaban ellos con hacerse aplacar con tan abominables impurezas; pues para excusar el daño que se temía causaría el enemigo en los cuerpos, se aplacaban los dioses de tal manera, que se extinguía la fuerza y el valor en los ánimos, mediante á que aquellos dioses no se habían de poner á la defensa contra los que combatían los muros, si primero no daban en tierra y arruinaban las buenas costumbres. Esta aplacación de semejantes dioses, deshonesta, impura, disoluta, desenfrenada y torpe en extremo, á sus ministros ejecutores condenó en el honor el honrado pundonor y buen natural de los primeros romanos, los privó de su tribu, los reconoció por torpes

y deshonestos, y los dió por infames. Esta aplacación, digo, de semejantes dioses, digna de vergüenza y de que la abomine la verdadera religión; estas fábulas torpes y llenas de calumnias contra los dioses y estas ignominiosas acciones de los dioses, maligna ó torpemente fingidas, ó más maligna y torpemente cometidas, dándoles públicamente ojos para ver y orejas para oír tales impurezas, las aprendía generalmente toda la ciudad. Estas representaciones veía que agradaban á los dioses, y por tanto creía que no sólo las debía recitar públicamente, sino que era razón imitarlas también, y no aquel no sé qué, ó de bueno ó de honesto que se manifestaba á tan pocos y tan en secreto; mas de tal modo se decía, que más temían que no se supiese y divulgase que el que no se ejecutase.

CAPÍTULO XXVIII

De la saludable doctrina de la religión cristiana.

Quéjense, pues, y murmuran los hombres perversos é ingratos y los que están más profunda y estrechamente oprimidos del maligno espíritu, de que los sacan mediante el nombre de Jesucristo del infernal yugo y penosa compañía de estas impuras potestades, y de que los transfieren de la tenebrosa noche de la abominable impiedad á la luz de la saludable piedad y religión: danse por sentidos de que el pueblo acuda á las iglesias con una modesta frecuencia y con una distinción honesta de hombres y mujeres, á donde se les enseña cuánta razón es que vivan bien en la vida presente, para que después de ella merezcan vivir eternamente en la bienaventuranza; adonde oyendo predicar y ex-

plicar desde la cátedra del Espíritu Santo en presencia de todos la sagrada Escritura y la doctrina evangélica, para que los que obran con rectitud la oigan para obtener el eterno premio, y los que así no lo hacen lo oigan para su juicio y eterna condenación; y á donde cuando acuden algunos que se burlan de esta santa doctrina, toda su insolencia é inmodestia, ó la dejan con una repentina mudanza ó se ataja ó refrena en parte con el temor ó el pudor; porque allí no se les propone cosa torpe ó mal hecha para verla ó imitarla mediante á que, ó se les enseñan los preceptos y mandamientos del verdadero Dios, ó se refieren sus maravillas y estupendos milagros, ó se alaban y engrandecen sus dones y misericordias, ó se piden sus beneficios y mercedes.

CAPÍTULO XXIX

Exhortación á los romanos para que dejen el culto de los dioses.

Esto es lo que principalmente debes desear ; oh generosa estirpe de la antigua Roma! ;Oh descendencia ilustre de los Régulos, Scévolas, Scipiones y Fabricios! Esto es lo que principalmente debes apetecer; esto es lo que debes diferenciar de aquella torpe vanidad y engañosa malignidad de los demonios. Si florece en ti naturalmente alguna operación loable, no se purifica y perfecciona sino con la verdadera piedad, y con la impiedad se estraga y viene á sentir el rigor de la justicia. Acaba ya ahora de escoger el medio que has de seguir para que seas sin error alguno alabada, no en ti, sino en el Dios verdadero; porque aunque entonces alcanzaste la gloria y alabanza popular, sin embargo, por

oculto juicio de la divina Providencia te faltó la verdadera religión que poder elegir. Despierta ya este día como has despertado ya en algunos, de cuya virtud perfecta y de las calamidades que han padecido por la verdadera fe nos gloriamos; pues, peleando por todas partes con las contrarias potestades y venciéndo las muriendo valerosamente, con su sangre nos han ganado esta patria. Á ella te convidamos y exhortamos para que acrecientes el número de sus ciudadanos, cuyo asilo en alguna manera podemos decir que es la remisión verdadera de los pecados. No des oídos á los que desdican y degeneran de ti; á los que murmuran de Cristo ó de los cristianos y se quejan como de los tiempos malos buscando épocas en que se pase, no una vida quieta, sino una en que se goce cumplidamente al tenor de la malicia humana. Esto nunca te agradó á ti, ni aun por la eterna patria. Ahora, echa mano y abraza la celestial, por la cual será muy poco lo que trabajarás, y en ella verdaderamente y para siempre reinarás, porque allí, no el fuego vestal, no la piedra ó ídolo del Capitolio, sino el que es uno y verdadero Dios, que sin poner límites en la grandeza que ha de tener, ni á los años que ha de durar, te dará un imperio que no tenga fin. No quieras andar tras los dioses falsos y engañosos; antes sí, deséchalos y desprécialos, abrazando la verdadera libertad. No son dioses, son espíritus malignos á quienes causa envidia y da pena tu eterna felicidad. No parece que envidió tanto Juno á los troyanos, de quienes descendes según la carne, los alcázares romanos, cuanto estos demonios, que todavía piensas que son dioses, envidian á todo género de hombres las sillas eternas y celestiales. Y tú misma en muchos condenaste á estos espíritus cuando los aplacaste con juegos, y á los hombres, por cuyo ministerio celebraste los mismos juegos, los diste por infames. Déjate poner en li-

bertad del poder de los inmundos espíritus, los cuales colocaron sobre tus cervices el yugo de su ignominia para consagrarla á sí propios y celebrarla en su nombre. Á los que representaban las culpas y crímenes de los dioses los excluiste de tus honores y privilegios; ruega, pues, al verdadero Dios que excluya de ti aquellos dioses que se deleitan de sus culpas, ó verdaderas, que es mayor ignominia, ó falsas, que es cosa maliciosa. Bien que por lo que á ti respectaba, no quisiste que tuviesen parte en la ciudad los representantes y los escénicos. Despierta y abre aun mas los ojos: de ningún modo se aplaca la Divina Majestad con los medios con que se desacredita y profana la dignidad humana. ¿Cómo, pues, piensan tener á los dioses que gustan de semejantes honras en el número de las santas potestades del Cielo, pues á los hombres por cuyo medio se les tributan estos honores, imaginaste que no merecían que los tuviesen en el número del más ínfimo ciudadano romano? ¿Adónde la victoria es la verdad? ¿Adónde la dignidad es la santidad? ¿Adónde la paz es la felicidad? ¿Adónde la vida es la eternidad? Mucho menos admite en su compañía semejantes dioses, si tú en la tuya tuviste vergüenza de admitir á tales hombres. Por tanto, si deseas alcanzar la ciudad bienaventurada, huye del trato y sociedad de los demonios. Sin razón é indignamente adoran personas honestas á los que se aplacan por medio de ministros torpes. Destierra á éstos y exclúyelos de tu compañía por la purificación cristiana, como excluiste á aquellos de tus honras y privilegios, por la nota y reformación censoria y lo que toca á los bienes carnales, de los cuales solamente quieren gozar los malos, y lo que pertenece á los trabajos y males carnales, los cuales no quieren padecer solos. Y como ni aun en éstos tienen estos demonios el poder que se imagina (y aun que le tuvieran, con todo, debe-

ríamos antes despreciar estos bienes y males, que por ellos adorar á los demonios, y adorándolos, privarnos de poder llegar á aquella gloria que ellos nos envidian. Pero ni aun en esto pueden lo que creen aquellos que por esto nos procuran persuadir que se deben adorar; esto después lo veremos, para que aquí demos fin á este libro.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I

De las adversidades las cuales sólo temen los malos, y las que siempre ha padecido el mundo mientras adoraba á los dioses.

Ya me parece que hemos dicho lo bastante de los males de las costumbres y de los del alma, que son de los que principalmente nos debemos guardar, y cómo los falsos dioses no procuraron favorecer al pueblo que los adoraba, á fin de que no fuese oprimido con tanta multitud de males, antes por el contrario, pusieron todo su esfuerzo en que gravemente fuese afligido. Ahora me resta decir de los males que ésta no quiere padecer, como son el hambre, las enfermedades, la guerra, el despojo de sus bienes, ser cautivo y muerto, y otras calamidades semejantes á éstas que apuntamos ya en el libro primero, porque á éstas solos los malos tienen por calamidades, no siendo ellas las que los hacen malos; ni tienen pudor (entre las cosas buenas que alaban) en ser malos los mismos que las engrandecen, y más les pesa tener una mala silla donde descansar que mala vida, como si fuera el sumo bien del hombre tener todas las cosas buenas fuera de sí mismo. Pero ni aun de estos males que solamente temen los excusaron ó libraron sus dioses cuando libremente los adoraban, porque, cuando en diferentes tiempos y lugares

padecía el linaje humano innumerables é increíbles calamidades antes de la venida de nuestro redentor Jesucristo, ¿qué otros dioses que éstos adoraba todo el Universo, á excepción del pueblo hebreo y algunas personas de fuera de este mismo pueblo, donde quiera que por oculto y justo juicio de Dios merecieron los tuviese de su mano la divina gracia? Mas por no ser demasiado largo omitiré los gravísimos males de todas las demás naciones, y sólo referiré lo que pertenece á Roma y al Romano Imperio, esto es, propiamente á la misma ciudad, y todo lo que las demás, que por todo el mundo ó estaban con ellas ó sujetas á su dominio, padecieron antes de la venida de Jesucristo, cuando ya pertenecían, si podemos decirlo, al cuerpo de su República.

CAPÍTULO II

Si los dioses á quienes los romanos y griegos adoraban de un mismo modo tuvieron causas por que dejasen destruir á Troya.

Primeramente la misma Troya ó el Ilión, de donde trae su origen el pueblo romano (porque no es razón que lo omitamos ó disimulemos, como lo insinué en el Libro primero) teniendo y adorando unos mismos dioses, ¿por qué fué vencido, tomado y assolado por los griegos? Priamo, dice Virgilio, pagó el juramento que quebrantó su padre Laomedonte; luego es cierto que Apolo y Neptuno sirvieron á Laomedonte por su jornal y sueldo, pues aseguran les prometió pagarles su trabajo y que se lo juró falsamente. Me causa admiración que Apolo, famoso adivino, trabajase en una obra tan grande, y no previese que Laomedonte no había de cumplirle lo pac-

tado; aunque no era justo que tampoco Neptuno, su tío, hermano y rey del Mar, ignorase las cosas futuras, mediante á que á éste le introduce Homero presagiando gloriosos sucesos de la descendencia de Eneas, cuyos sucesores vinieron á ser los que fundaron á Roma, habiendo vivido, según dice el mismo poeta, antes de la fundación de aquella ciudad, á quien también arrebató en una nube, como dice, porque no le matase Aquiles; deseando por otra parte trastornar desde los fundamentos los muros de la fermentada Troya que había fabricado con sus manos, como confiesa Virgilio (1). No sabiendo, pues, unos dioses tan grandes, Neptuno y Apolo, que Laomedonte les había de negar el premio de sus tareas, edificaron graciosamente á unos ingratos los muros de Troya. Adviertan no sea peor creer en tales dioses que el no haberles guardado el juramento hecho por ellos, porque eso, ni aun el mismo Homero lo creyó fácilmente, pues pinta á Neptuno peleando contra los troyanos y á Apolo en favor de éstos, diciendo la fábula que el uno y el otro quedaron ofendidos por la infracción del juramento. Luego si dan asenso á las fábulas, avergüéncense de adorar á semejantes dioses, y si no las creen, no nos aleguen los perjuros troyanos, ó admírense de que los dioses castigasen á los perjuros troyanos y de que amasen á los romanos. Porque ¿de dónde diremos provino la conjuración de Catilina, formada en una ciudad tan populosa como relajada, tuviese asimismo tan grande número de personas que la siguiesen, sino de la mano y la lengua que sustentaba la fuerza de la conspiración con el perjurio ó con la sangre civil? ¿Y qué otra cosa hacían los senadores tantas veces sobornados en los juicios, tantas el pueblo en los

(1) Virgilio: *Eneida*, 5.

Vertere ab imo

Structa suis manibus, perjurae mania Trojae.

sufragios ó en las causas que ante él pasaban, por medio de las arengas que les hacían, sino perjurar también? Porque en la época en que florecían costumbres tan detestables, se observaba el antiguo rito de jurar, no para guardarse de pecar con el miedo ó freno de la religión, sino para añadir los perjurios al crecido número de los demás crímenes que ordinariamente cometían.

CAPÍTULO III

Que no fué posible que se ofendiesen los dioses con el adulterio de Paris, siendo cosa muy usada entre ellos, como dicen.

Así que no hay causa legítima por la cual los dioses que sostuvieron, como dicen, aquel Imperio, probándose que fueron vencidos por los griegos, nación más poderosa que ellos, se finjan enojados contra los troyanos porque no les guardaron el juramento; ni tampoco (como algunos los defienden) se irritaron por el adulterio de Paris para dejar á Troya, en atención á que ellos suelen ser autores y maestros de los más horrendos crímenes, no vengadores. La ciudad de Roma, dice Salustio, según yo lo he entendido, la fundaron y poseyeron en el principio los troyanos, que, fugitivos de su patria con el caudillo Eneas, andaban vagueando por la tierra sin tener aun asiento fijo; luego si los dioses creyeron conveniente vengar el adulterio de Paris, fuera razón, ó que le castigaran antes en los troyanos ó también en los romanos, mediante á que la madre de Eneas fué la que cometió este crimen: ¿y por qué motivo condenaban en Paris aquel pecado que disimulaban en Venus, y que, callando otros, su crimen con Anquises produjo el nacimiento de Eneas? ¿Fué acaso porque aquél

se hizo contra la voluntad de Menelao, y éste con beneplácito de Vulcano? Pero yo creo que los dioses no celan á sus mujeres, antes sí me persuado de que gustan comunicarlas á los hombres. Acaso parecerá que voy satirizando las fábulas y que no trato con gravedad causa de tanto momento; luego no creamos, si os parece, que Eneas fué hijo de Venus, y esto es lo que os concedo, con tal que tampoco se diga que Rómulo fué hijo de Marte; y si éste lo es, ¿por qué no lo ha de ser el otro? ¿Por ventura es lícito que los dioses se mezclen con las mujeres de los hombres, y es ilícito que los hombres se mezclen con las diosas? Gracioso énfasis y digno de no ser creído, que lo que por derecho de Venus le fué lícito á Marte, esto, en su propio derecho, no le sea lícito á la misma Venus. Con todo, lo uno y lo otro está admitido y confirmado por autoridad romana, porque no menos creyó el moderno César que Venus era su abuela, que el antiguo Rómulo que Marte era su padre.

CAPÍTULO IV

Del parecer de Varrón, que dijo era útil se finjan los hombres nacidos de los dioses.

Dirá alguno: ¿y crees tú esto? y yo respondo que de ninguna manera lo creo, pues aun su docto Varrón, aunque no lo afirma con certidumbre, con todo, casi confiesa que es falso, dice que es interesante á las ciudades que las personas de valor, no obstante que sea falso, se tengan por hijos de los dioses, para que de este modo el corazón humano, como alentado con la confianza de la divina estirpe, emprenda con mayor ánimo y denue-

do las acciones grandes, las examine con más madurez y eficacia y con la misma seguridad las acabe con más felicidad: este dictamen de Varrón, referido como pude con mis palabras, ya veis cuán grande portillo abre á la falsedad, cuando entendamos que se pudieron ya inventar y fingir muchas ceremonias sagradas, y como religiosas, cuando pensemos que aprovechan é importan á los ciudadanos romanos las mentiras aun sobre los mismos dioses. Pero si pudo Venus del ayuntamiento de Anquises parir á Eneas, ó Marte de la unión con la hija de Numitor engendrar á Rómulo, dejémoslo por ahora, porque casi otra semejante cuestión se origina igualmente de nuestras Escrituras, cuando se pregunta si los ángeles prevaricadores tuvieron ayuntamiento con las hijas de los hombres, del cual, naciendo unos gigantes, esto es, unos hombres de estatura elevada y fuertes, se llenó y pobló entonces la tierra.

CAPÍTULO V

Que no se prueba que los dioses castigaron el adulterio de Paris, pues en la madre de Rómulo le dejaron sin castigo.

Pero en el ínterin nuestro discurso abrazará lo uno y lo otro; porque si es cierto lo que entre ellos se lee de la madre de Eneas y del padre de Rómulo, ¿cómo pueden los dioses enfadarse de los adulterios de los hombres, sufriendolos ellos entre sí con tanta conformidad? Y si es falso, tampoco pueden enojarse de los verdaderos adulterios humanos los que se deleitan aun de los suyos fingidos, y más que si el crimen de Marte no se cree, tampoco puede darse asenso al de Venus. Así que, so color de ningún ayuntamiento divino se puede de-

fender la causa de la madre de Rómulo, en atención á que Silvia fué sacerdotisa vestal, y por eso debieran los dioses vengar antes este crimen sacrílego contra los romanos, que el adulterio de Paris contra los troyanos. Era, pues, un delito tan execrable entre los antiguos romanos éste, que enterraban vivas á las sacerdotisas vestales convencidas de estupro; y á las mujeres adúltras, aunque las penaban lo bastante, con todo, no era con ningún género de muerte cruel, pues acostumbraban á castigar con más rigor á los que pecaban contra los sagrarios divinos, que no á los que manchaban los lechos humanos.

CAPÍTULO VI

Del parricidio de Rómulo, el cual vengaron los dioses.

Y añado otra circunstancia, y es que, si tanto se irritaron los dioses de los pecados de los hombres, que, ofendidos del rapto de Paris asolaron á Troya á sangre y fuego, pudiera moverles más contra los romanos la muerte impía del hermano de Rómulo, que contra los troyanos la burla hecha al esposo griego: sin duda más debía irritarles el parricidio cometido en una ciudad recién fundada, que el adulterio de la que ya reinaba, cuya investigación nada importa para el asunto que ahora tratamos; esto es, si el asesinato le mandó hacer Rómulo, ó si le ejecutó él mismo, lo cual muchos niegan sin reflexión, otros dudan de pudor, y algunos de pena disimulan. Y para que no nos detengamos en averiguar con demasiada diligencia esta circunstancia, atendiendo á los testimonios de tantos escritores concordados en un mismo sentir, consta claramente que

mataron al hermano de Rómulo, no los enemigos, ni los extraños, sino el mismo Rómulo, que, ó ejecutó por sí mismo el fratricidio, ó mandó se hiciese; y aun cuando así fuese, parece tuvo mejor derecho para decretarlo, pues Rómulo era el primer jefe y legislador de los romanos, y Paris no era del mismo modo de los troyanos. ¿Por qué razón provocó la ira de los dioses contra los troyanos aquel raptor de la mujer ajena, y Rómulo, que mató á su hermano, excitó y convidó á los mismos dioses á que tomasen sobre sí la tutela y amparo de los romanos? Y si este delito ni le cometió, ni le mandó ejecutar Rómulo, no obstante que la transgresión era digna de castigo, toda la ciudad fué la que le hizo, porque toda pasó por él y no hizo caso de él; y no mató precisamente á su hermano, sino lo que es más notable, á su mismo padre; en atención á que el uno y el otro fué su fundador, y quitando al uno alevosamente la vida no le dejaron reinar, creo que no hay para qué insinuar el castigo que mereció Troya para que la desamparasen los dioses, y así pudiesen perecer, y el bien que mereció Roma para que hiciesen en ella asiento los dioses y pudiesen fomentarse; á no ser que digamos que, vencidos, huyeron de Troya y se vinieron á Roma para engañar también á estos nuevos fundadores de la república romana; sin embargo de que es más cierto el que se quedaron en Troya para engañar, como suelen, á los que habían de ir á vivir en aquellas tierras, y ejercitando en Roma los mismos artificios de sus reiteradas seducciones, triunfaron de mayores glorias, siendo adorados con extraordinarios honores.

CAPÍTULO VII

De la destrucción del Ilión, el cual asoló Fimbria,
capitán de Mario.

Y para explicarnos con más sencillez, decimos que, cuando ya pululaban las guerras civiles, ¿en qué había pecado la miserable ciudad de Ilión para que Fimbria, hombre facineroso del bando y parcialidad de Mario, la asolase con mayor fiereza é inhumanidad que antiguamente lo hicieron los griegos? Entonces aun escaparon muchos huyendo, y muchos hechos cautivos á lo menos vivieron, aunque en perpetua servidumbre; pero Fimbria mandó ante todas las cosas promulgar un bando por el cual ordenaba que á ninguno se perdonase, y así quemó y abrasó toda la ciudad y sus moradores: este impío decreto mereció la ciudad de Ilión, no por mano de los griegos, á quienes había irritado con sus maldades, sino por la de los romanos, á quienes había propagado con sus calamidades, no favoreciendo para estorbar tantas desgracias los dioses que los unos y los otros comúnmente adoraban, ó lo que es más cierto, no pudiendo ayudarles en infortunio tan grave. ¿Acaso entonces, desamparando sus sagrarios y aras se habían asentado todos los dioses que sostenían en pie aquel lugar después que los griegos le quemaron y asolaron? Y si se habían ido, deseo saber la causa; y cuanto más la examino, hallo que tanto mejor es la de los vecinos cuanto es peor la de los dioses; porque los vecinos cerraron las puertas á Fimbria sólo por conservar la ciudad á Sila, y él, enojado, les puso fuego, los abrasó y destruyó del todo; hasta entonces Sila era capitán de la parte civil que tenía mejor causa, y hasta entonces procuraba con las armas recobrar la república; pero de estos buenos principios aun no ha-

bían llegado á experimentarse los malos fines. ¿Qué deliberación más justa y concertada pudieron tomar en tal apuro los vecinos de aquella ciudad? ¿Cuál más honesta? ¿Cuál más fiel? ¿Qué acción más digna de la amistad y parentesco que tenían con Roma que conservar la ciudad en defensa de la mejor causa de los romanos y cerrar las puertas á un parricida de la república romana? Pero en cuán grande ruina y destrucción suya se les convirtió esta generosa acción, véanlo los defensores de los dioses: que desamparasen éstos á los adúlteros y que dejaran el Ilión en poder de las llamas griegas, para que de sus cenizas naciese Roma más casta, sea enhorabuena; pero ¿por qué causa desampararon después la ciudad matriz de los romanos, no rebelándose contra Roma su noble hijo, sino guardando la fe más constante y piadosa al que en ella tenía mejor causa? Y, sin embargo, la dejaron para que la asolase, no á los más valientes griegos, sino al hombre más torpe de los romanos. Y si no agradaba á los dioses la parcialidad de Sila, que es para quien los infelices moradores guardaban su ciudad cuando cerraron las puertas, ¿por qué prometían tantas felicidades al mismo Sila? Con esta demostración se descubre y conoce igualmente que son más lisonjeros de los felices, que protectores de los desdichados: luego no fué asolado entonces el Ilión porque ellos le desampararon, mediante á que los demonios, que están siempre vigilantes para engañar, hicieron lo que pudieron; pues habiendo arruinado y quemado con el lugar todos los ídolos, sólo el de Minerva, dicen, como escribe Livio, que en una ruina tan grande de sus templos quedó entero, no porque se dijese en su alabanza: «¡Oh dioses patrios (1),

(1) Virgilio, *Eneida*, 9.

Dii, quorum semper sub Numine Troja est.

bajo de cuyo amparo está siempre Troya!» Sino porque no se dijese para su defensa que se habían ido todos los dioses, desamparando sus sagrarios y aras (1), en atención á que se les permitió pudiesen conservar aquel ídolo, no para que por este hecho se probase que eran poderosos, sino para que se convenciese que estaban presentes.

CAPÍTULO VIII

Si fuera razón encomendarse Roma á los dioses de Troya.

¡Qué prudente deliberación fué encomendar la custodia y conservación de Roma á los dioses troyanos, después de haber visto por experiencia lo que pasó en Troya! Dirá alguno que ya estaban acostumbrados á vivir en Roma cuando Fimbria asoló el Ilión; pero ¿dónde estaba el simulacro de Minerva? Y si estaba en Roma cuando Fimbria destruyó el Ilión, ¿acaso cuando los galos tomaron y abrasaron á Roma estaba en Ilión? Pero como tienen perspicaz el oído y veloz el movimiento, al graznido de los gansos volvieron incontinenti para defender siquiera la roca del Capitolio, que solamente había quedado; mas para poder venir á defender el resto de la ciudad, llegó el aviso tarde.

CAPÍTULO IX

Si la paz que hubo en tiempo de Numa se debe creer que fué por mano de los dioses.

Créese también que éstos ayudaron á Numa Pompilio, sucesor de Rómulo, para que gozase la paz que dis-

(2) Virgilio, *Eneida*, 1.

Excessere omnes, aditis arisque relictis Dii.

frutó en todo su reinado, y á que cerrase las puertas de Jano, que suelen estar abiertas en tiempo de guerra; es á saber, porque enseñó á los romanos muchos ritos y ceremonias sagradas. A éste se le pudiera dar el parabien del ocio y quietud que gozó en el tiempo de su reinado, si supiera emplearla en proyectos saludables, y, dejándose de una curiosidad perniciosa, se aplicara con verdadera piedad á buscar al Dios verdadero. Mas no fueron los dioses los que le concedieron el reposo, y es creíble que menos le engañaran sino le hallaran tan ocioso; porque cuanto menos ocupado le hallaron, tanto más le empeñaron en sus detestables designios: y cuáles fueron sus pretensiones y los artificios con que pudo introducir para sí ó para la ciudad semejantes dioses, lo refiere Varrón, de lo cual, si fuere la voluntad de Dios, hablaremos más largamente en su lugar; pero ahora, porque tratamos de sus beneficios, decimos que grande y singular merced es la paz, mas las incomparables gracias del verdadero Dios son comunes por la mayor parte como el sol, como el agua que llueve y otros medios importantes para la vida, que son transcendentales á los ingratos y gente pérdida: y si este tan particular bien le hicieron los dioses á Roma ó á Pompilio, ¿por qué después jamás se le hicieron al imperio romano en tiempos mejores y más loables? ¿Eran acaso más interesantes los ritos y ceremonias sagradas cuando se instituían que cuando, después de instituidas, se celebraban? Y si es cierto que entonces aún no eran, para que fuesen se instituían, y después ya eran, y para que aprovecharan se guardaban. ¿Cuál fué la causa de que los 53 años, ó como otros quieren, 39, se pasaron con tanta paz reinando Numa, y después, establecidas ya las ceremonias sagradas y teniendo ya por protectores á los mismos dioses que habían sido llamados con los mismos rituales, apenas después de tantos años,

desde la fundación de Roma hasta Augusto César, se refiere uno por gran milagro, concluída la primera guerra Púnica, en que pudieron los romanos cerrar las puertas de la guerra?

CAPÍTULO X

Si se debió desear que el imperio romano creciese con tan raras guerras, pudiendo estar no sólo quieto, sino seguro, con la traza con que creció en tiempo de Numa.

Responderán acaso que el imperio romano no podía extender tanto por todo el mundo su dominio, y ganar tan grande gloria y fama, sino es con las guerras continuas, sucediéndose sin interrupción las unas á las otras. Graciosa razón por cierto: para que fuera dilatado el imperio, ¿qué necesidad tenía de ser inquieto? Pregunto: en los cuerpos humanos, ¿no es más conveniente tener una pequeña estatura con salud, que llegar á una grandeza gigantesca con perpetuas aflicciones, y cuando hayáis llegado, no descansar, sino vivir con mayores males cuando son mayores los miembros? ¿Y qué mal hubiera sido, ó qué bien no hubiera sucedido, si duraran aquellos tiempos que notó Salustio, cuando dice: «Al principio los reyes (porque en el mundo este fué el primer nombre que tuvo el mando y el imperio) fueron diferentes: unos ejercitaban el ingenio, otros el cuerpo, los hombres pasaban aun su vida sin codicia, y cada uno estaba sobradamente con lo suyo.» ¿Acaso para que creciera tanto el imperio fué necesario lo que abomina Virgilio, diciendo «que á poco vino la edad peor y achacosa, y sucesivamente la rabia de la guerra y la ansia de poseer»? Mas segura-

mente se excusan con justa causa los romanos de tantas guerras como emprendieron é hicieron, con decir estaban obligados á resistir á los enemigos que imprudentemente les perseguían, y que no era la codicia de alcanzar gloria y alabanza humana, sino la necesidad de defender su vida y libertad la que les incitaba á tomar las armas. Sea así en hora buena; porque después que su república, como escribe el mismo Salustio, se engrandeció con las leyes, costumbres y posesiones, y parecía que estaba harto próspera y poderosa, como sucede las más veces en las cosas humanas, de la opulencia y riqueza nació la envidia y emulación: así que los reyes y pueblos comarcanos los comenzaron á tentar con la guerra, y pocos de sus amigos acudieron en su favor, mediante á que los demás, aterrados con el miedo, huyeron el cuerpo de los peligros; pero los romanos, diligentes en la paz y en la guerra, comenzaron á darse priesa, disponíanse con denuedo, animábanse los unos á los otros, salían al encuentro á sus enemigos, defendían con las armas su libertad, padres y patria: mas después, habiendo libertádose con su valor de los peligros inminentes que les circundaban, se aplicaron á socorrer á sus amigos, aliados y confederados, empezando con esta política á granjear amistades más con hacer que con recibir beneficios. Con estos medios suaves se acrecentó honestamente Roma; pero reinando Numa, para que hubiese una paz tan estable y prolongada, pregunto: si les acometían los enemigos é incitaban con la guerra, ó si acaso no había recelos de ésta, para que así pudiese perseverar aquella paz, pues si entonces era provocada Roma con la guerra y no resistía á las armas con las armas, con la traza que se apaciguaban los enemigos sin ser vencidos en campal batalla y sin causarles temor con ningún ímpetu de guerra, con la misma traza podía Roma reinar siempre en paz, te-

niendo cerradas las puertas de Jano. Y si esto no estuvo en su mano, luego no tuvo Roma paz todo el tiempo que quisieron sus dioses, sino el que quisieron los hombres, sus comarcanos, que no se la turbaron con hostilidad alguna; si no es que semejantes dioses se atrevan también á vender al hombre lo que otro hombre quiso ó no quiso. Es verdad que esta alternativa de acontecimientos coincide en el vicio propio y culpa de los malos, que opinan que se les permite á estos demonios el atemorizarles, ó animarles sus corazones; pero si siempre pendiese de su arbitrio tales sucesos, y por otra oculta y superior potestad no se hiciese muchas veces lo contrario de lo que ellos pretenden, siempre tendrían en su mano la paz y las victorias en la guerra, las cuales las más veces acontecen según se disponen y mueven los ánimos de los hombres.

CAPÍTULO XI

De la estatua de Apolo Cumano, cuyas lágrimas se creyó que pronosticaron la destrucción de los griegos por no poderles ayudar.

Y con todo, por la mayor parte suceden semejantes acontecimientos contra su voluntad, según lo confiesan las fábulas, que mienten mucho, y apenas tienen indicio de cosa que sea verosímil, y también las mismas historias romanas; en cuya comprobación decimos, que no por otro motivo se tuvo aviso que Apolo Cumano lloró cuatro días continuos al tiempo que sostenían guerra los romanos contra los aqueos y contra el rey Aristónico; pero atemorizados los arúspices con este prodigio, y siendo de parecer que se debía echar en el

mar aquel ídolo, intercedieron los ancianos de Cuma, diciendo: que otro semejante milagro se había visto en la misma estatua en tiempo de la guerra de Antíoco y en la de Jerjes, afirmando que en ellas les había sido próspera la fortuna á los romanos, pues por decreto del Senado le habían enviado sus dones á Apolo. En virtud de esta contestación congregaron entonces otros arúspices más prácticos, y examinado el caso con la debida circunspección, respondieron concordemente que las lágrimas de la estatua de Apolo eran favorables á los romanos, porque Cuma era colonia griega, y que llorando Apolo había significado llanto y desgracias á las tierras de donde le habían traído, esto es, á la misma Grecia: después, á breve tiempo vino la nueva fatal de haber sido vencido y preso el rey Aristónico, quien seguramente no quisiera Apolo que fuera vencido y de ello le pesaba, significándolo con las lágrimas de su piedra, por lo que no tan fuera de propósito nos pintan como veraz la condición de los demonios los poetas con sus versos, aunque fabulosos, verosímiles; porque en Virgilio leemos que Diana se duele y aflige por Camila y que Hércules llora por Palante, advirtiendo que le habían de matar: por esta causa quiza también Numa Pompilio, gozando de una suave y larga paz, pero ignorando por beneficio de quién le provenía aquella felicidad, sin procurar indagarlo, estando ocioso imaginando á qué dioses encomendaría la salud de los romanos y la conservación de su reino, y opinando que el verdadero y poderoso Dios no cuidaba de las cosas terrenas, y acordándose al mismo tiempo que los dioses troyanos, que Eneas había traído, no habían podido conservar por mucho tiempo ni el reino de Troya ni el de Lavinio, que el mismo Eneas había fundado, le pareció sería bueno proveerse de otros para añadirlos á los primeros que con Rómulo habían pasado á Roma,

ó á los que habían de pasar después de la destrucción de Alba, poniéndoselos, ó por guardas como á fugitivos, ó por ayuda y socorro como á poco poderosos.

CAPÍTULO XII

Cuántos dioses añadieron los romanos fuera de los que hizo Numa, cuya multitud no les ayudó ni sirvió de nada.

Con todo, no quiso contentarse con tributar culto á todos los dioses, como estableció en ella Numa Pompilio, sino que trató de aumentar otros infinitos. Aún entonces no se había fundado el suntuoso templo de Júpiter, pues el rey Tarquino fué el que fabricó el Capitolio. Esculapio de Epidauro vino á Roma para poder, como era un sabio médico, ejercer en aquella noble ciudad su arte con más gloria y fama; y la madre de los dioses fué conducida no sé de qué ciudad del Pesiunte, por parecer impropio que, presidiendo ya y reinando el hijo en el monte Capitolino, estuviese ella escondida en un lugar de tan poco nombre; la cual, si es cierto que es madre de todos los dioses, no sólo vino á Roma después de algunos de sus hijos, sino que también precedió á otros que habían de venir después de ella. Me causa extraordinaria admiración de que esta deidad pariese al Cinocéfalo que transcurados muchos años vino de Egipto, y si procreó igualmente á la diosa Calentura, averigüélo Esculapio, su viznieto; con todo, cualquiera que fuese su madre, me parece que no se atreverán los dioses peregrinos ó forasteros á decir que es mal nacida y de baja condición una diosa que es ciudadana romana, estando bajo la protección de tantos dioses: ¿y quién habrá que pueda contar los natu-

rales y advenedizos, los celestes, terrestres, infernales, los del mar, fuentes y ríos, y como dice Varrón, los ciertos é inciertos, y los de todo género, como se contienen en los animales, machos y hembras? Estando, pues, bajo la tutela de tantos dioses romanos, no sería razón que fuera perseguida y afligida con tan grandes y horribles calamidades, como de muchas referiré algunas pocas, pues con una tan grande humareda, como si fuese señal de atalaya, vino á juntar para su defensa una infinidad de dioses á quienes poder instituir y dedicar templos, altares, sacerdotes y sacrificios, ofendiendo con tan horribles holocaustos al verdadero Dios, á quien sólo se deben estos cultos, practicados con la mayor veneración; y aunque vivió más dichosa con menos número, con todo, cuanto mayor se hizo le pareció era menester proveerse de más, como una nave de marineros desahuciada, á lo que presumo, y sinceramente persuadida de que aquellos pocos (bajo cuya tutela había vivido más arregladamente en comparación de sus ordinarios excesos) no bastaban á socorrer á su grandeza, mediante á que en el principio, y en tiempo de los mismos reyes, á excepción de Numa Pompilio, de quien he hablado ya, es notorio cuántos males causaron aquellas discordias y contiendas, que llegaron á quitar la vida al hermano de Rómulo.

CAPÍTULO XIII

Con qué derecho y capitulaciones alcanzaron los romanos las primeras mujeres en casamiento.

Del mismo modo, ni Juno, que con su Júpiter fomentaba ya y favorecía á los romanos y á la gente togada,

ni la misma Venus pudo ayudar á los descendientes de su Eneas para que pudiesen haber mujeres conforme á razón y buena policía; llegando á tanto extremo la falta de ellas, que se vieron precisados á robarlas por engaño, y después del raptó tuvieron necesidad de tomar las armas contra los suegros, y dotar á las tristes mujeres que por el agravio recibido en la sangre de sus padres no estaban aun reconciliadas con sus maridos; ¿pero dirán que en esta guerra salieron los romanos vencedores de sus vecinos? Y estas victorias, pregunto: ¿cuántas heridas y muertes costaron, así de parientes como de los comarcanos? Por amor á un César y á un Pompeyo, suegro y yerno, habiendo ya muerto la hija de César, mujer de Pompeyo, exclama Lucano excitado de un justo dolor, resultó la más que civil batalla de los campos de Emacia: y del derecho adquirido con una acción abominable dimanó el ser necesario que venciesen los romanos para conseguir por fuerza, con las manos bañadas en sangre, de sus suegros los miserables brazos de sus hijas, y también para que ellas no se atreviesen á llorar la muerte de sus padres por no ofender la gloria de sus maridos, las cuales, mientras ellos peleaban estaban suspensas é indecisas, sin saber por quiénes habían de pedir á Dios la victoria. Tales bodas ofreció al pueblo romano, no Venus, sino Belona, ó acaso Alecto, aquella infernal furia que cuando los favorecía ya Juno, tuvo contra ellos más licencia que cuando con sus ruegos la estimulaba contra Eneas: más venturoso fué el cautiverio de Andrómaca que los matrimonios de los romanos; porque Pirro, aun después que gozó de sus brazos, aunque ya cautiva, á ninguno de los troyanos quitó la vida; pero los romanos mataban en los reencuentros á los suegros cuyas hijas abrazaban ya en sus tálamos. Andrómaca, sujeta ya á la voluntad del vencedor, sólo pudo sentir la muerte de

los suyos, mas no temerla; las otras, casadas con los que andaban actualmente en la guerra, temían, cuando iban sus maridos á ellas, las muertes de sus padres, y cuando volvían se lamentaban sin poder temer ni sentir libremente, porque por las muertes de sus ciudadanos, padres, deudos y hermanos, ó piadosamente se entristecían, ó por las victorias de sus maridos cruelmente se alegraban. A estas tristes circunstancias se añadía que, como son varios los sucesos de la guerra, algunas, al filo de la espada de sus padres perdían á sus maridos, y otras con las espadas de los unos y de los otros, los padres y los maridos; no fueron tampoco de poco momento los terribles aprietos y peligros que sufrieron los romanos, pues llegaron sus enemigos á poner cerco á la ciudad, defendiéndose los sitiados á puertas cerradas; pero habiéndolas abierto por traición y entrado el enemigo dentro de los muros, se dió aquella tan abominable y cruel batalla en la misma plaza entre los suegros y los yernos, en la que iban también de vencida los raptos, y á veces huyendo á sus casas deslustraban más gravemente sus pasadas victorias, aunque á la misma manera fueron éstas vergonzosas y lastimosas. Aquí fué donde Rómulo, desahuciado ya del valor de los suyos, hizo oración á Júpiter pidiéndole hiciese que se detuviesen y parasen los suyos; de donde le vino á Júpiter el nombre de estator. Ni con esta providencia se hubieran acabado tantos daños, si las mismas robadas, desmelenadas, no se pusieran de repente por medio, y postradas á los pies de sus padres no aplacaran su justo enojo, no con las armas victoriosas, sino con piadosas y humildes lágrimas. Tranquilizados los ánimos y acordados por ambas partes los conciertos, Rómulo fué obligado á admitir por socio en el reino Tito Tacio, rey de los sabinos, siendo así que antes no había podido sufrir la compañía de su herma-

no Remo en el gobierno. Y ¿cómo había de tolerar á Tacio el que no sufrió á un hermano gemelo? Así, pues, le quitó también la vida, y quedó solo con el reino. ¿Qué condiciones de matrimonios son éstas? ¿Qué motivos de guerras? ¿Qué modo de instruir y conservar la fraternidad, afinidad, sociedad y divinidad? Finalmente, ¿qué vida y costumbres éstas de una ciudad que está bajo la tutela de tantos dioses? ¿Notáis cuán grandes cosas pudiera decir sobre esto si no cuidara de lo que resta y sólo extendiera el discurso á otras materias?

CAPÍTULO XIV

De la injusta guerra que los romanos hicieron á los albanos y de la victoria que alcanzaron por codicia de reinar.

Y ¿qué fué lo que sucedió en Roma después de la muerte de Numa, cuando la gobernaban los reyes sus sucesores? ¿Con cuánto perjuicio, no sólo suyo, sino también de los romanos, fueron provocados los albanos á tomar las armas? En efecto; la paz de Numa fué tanto más vergonzosa cuanto fueron más frecuentes los estragos y rotas que padecieron alternativamente los ejércitos romano y albano, de que se siguieron el menoscabo y quebranto de una y otra ciudad; porque la ínclita ciudad de Alba, fundada por Ascanio, hijo de Eneas (la cual era madre más próxima de Roma que lo era Troya), siendo provocada por el rey Tulo Hostilio, tomó las armas y peleó, y peleando fué afligida y afligió hasta que se cansaron igualmente los unos y los otros de tantos combates; y así determinaron fiar los sucesos de la guerra por una y otra parte á los hermanos Tergeminos ó Termellitos.

Salieron al campo de la parte de los romanos tres Horacios, y de los albanos tres Curiacios; éstos mataron á dos Horacios, el un Horacio mató á los tres Curiacios, y así quedó Roma con la victoria, habiendo padecido también en esta última batalla la desgracia de que de tres, uno solo volvió vivo á su casa. ¿Y para quién fué el daño de los unos y de los otros? ¿Para quién el llanto sino para el linaje de Eneas? ¿Sino para la descendencia de Ascanio? ¿Sino para los hijos de Venus? ¿Sino para los nietos de Júpiter? Esta guerra fué más que civil, supuesto que peleó la ciudad hija con la ciudad madre. Causó asimismo este combate postrero de los Tergeminos otro fiero y horrible mal, porque como eran ambos pueblos antes amigos por ser vecinos y deudos, pues la hermana de los Horacios estaba desposada con uno de los Curiacios, ésta, luego que inspeccionó los tristes despojos de su esposo en poder de su hermano victorioso, no pudo disimular ni contener las lágrimas, y por una acción tan natural la asesinó su propio hermano. Estoy firmemente persuadido que el afecto de esta sola mujer fué más humano que el de todo el pueblo romano; porque imagino que la que poseía ya á su marido por medio de la fe dada en los esponsales, y acaso también doliéndose de su hermano, viendo que había muerto á Curiacio, á quien había prometido á su hermana en matrimonio, opino, digo, que sus lágrimas no fueron culpables: y así en Virgilio (1) el piadoso Eneas con justa causa se duele y lastima de la muerte del enemigo, aun del que él mató por su propia mano; y asimismo Marcelo, considerando la ciudad de Siracusa, y que había dado súbitamente por el suelo entre sus manos toda la grandeza y gloria que poco antes tenía, pensando en la suerte común, con lágrimas se compa-

(1) Virgilio, *Eneida*, 6.

deció de su fatal suerte. Por el amor natural que mutuamente nos debemos, suplico nos dé licencia el efecto humano, para que sin nota de culpa pueda llorar una mujer á su difunto esposo, muerto por mano de su hermano, supuesto que los hombres pudieron llorar aun con gloria y aplauso á los enemigos que habían vencido: así que al mismo tiempo que aquella mujer lloraba la muerte que su hermano había dado á su esposo, entonces Roma se alegraba de haber peleado con tanta fiereza contra la ciudad su madre, y de haber vencido con tanta efusión de sangre de parientes de una y otra parte. ¿Para qué alegan en mi favor el nombre de alabanza ó el nombre de victoria? Quítense las sombras de la vana opinión, examínense las operaciones imparcialmente, inspecciónense y júzguense desnudas de todo afecto. Dígase la causa y culpa de Alba, como se decía el adulterio de Troya; y seguramente que no se hallará ninguna de su clase, ninguna que se le parezca. Tulo emprendió esta guerra sólo por instigar al manejo de las armas á los ociosos y á la gente de guerra, y aficionarlos á las desnudas victorias y á los triunfos. Por aquel vicio se vino á cometer una maldad tan execrable, como fué la guerra entre amigos y parientes; y este crimen tan grave bien de paso le toca Salustio: porque habiendo referido en compendio (alabando los tiempos antiguos, cuando pasaban su vida los hombres sin codicia y vivía cada uno contento con lo suyo), dice, que después que comenzaron Cyro en Asia, y los lacedemonios y atenienses en Grecia, á subyugar las ciudades y naciones y á tener por motivo justo para declarar la guerra el insaciable apetito de reinar, y á juzgar que la mayor gloria consistía en poseer un dilatado imperio y dominio, con lo demás que empezó allí á relacionar, me basta por ahora el haber referido hasta aquí sus palabras: este deseo de reinar mete á los hombres en

grandes trabajos y quebrantos. Vencida entonces de este epíteto Roma, triunfaba de haber vencido á Alba, y adoraba su criminalidad con el pomposo nombre de gloria, porque, según dice la Sagrada Escritura, «el pecador, el impío, el tirano, los grandes y poderosos del mundo tienen por grandeza, honra y gloria el ejercitar lo que les pide el apetito y su corazón; estos son sus blasones, de esto se jactan y glorían, y no les faltan aduladores que aprueben y alaben sus maldades, y más cuando son mayores y llegan á ser estragos y ruinas de ciudades y provincias enteras. Quítense, pues, las engañosas celadas, los barnices y máscaras con que se disfrazan todas las cosas, para que sinceramente se examinen y consideren. Nadie me diga: aquél y el otro es grande, porque combatió con éste y aquél y venció; pues también combaten los gladiadores y vencen del mismo modo, y esta crueldad tiene igualmente por premio su alabanza; pero en mi concepto tengo por más laudable pagar la pena de cualquiera flojedad ó descuido, que pretender la gloria de aquellas armas: y con todo, si saliesen al teatro y á la arena á combatir entre sí un par de gladiadores, que el uno fuese padre y el otro hijo, ¿quién pudiera sufrir semejante espectáculo? ¿Y quién no lo estorbara? ¿Cómo, pues, pudo ser gloriosa la guerra que se hizo entre dos ciudades, la una madre y la otra hija? ¿Hubo por ventura aquí alguna diferencia porque no hubo arena, ó porque se llenaron los campos más extendidos y espaciosos con los cadáveres, no de dos gladiadores, sino de infinitos de uno y otro pueblo? ¿Ó porque estos combates y batallas no las cercaba algún anfiteatro, sino todo el orbe? ¿Ó porque se mostraba aquel impío espectáculo á los presentes entonces, y á los venideros hasta donde se extiende esta fama? Con todo, aquellos dioses patronos del imperio romano, y que, como en un teatro, estaban miran-

do estos debates, padecían entre sí los impulsos de la pasión que tenía cada uno á la parte que favorecía, hasta que la hermana de los Horacios, como habían sido muertos los tres Curiacios, también ella, muriendo á manos de su hermano, entró con sus dos hermanos á ocupar el número de los otros tres de la otra parte, para que así tampoco tuviera menos muertos Roma, que era la que había vencido. Después, para conseguir el fruto de la victoria asolaron á Alba, adonde después del Ilión, que destruyeron los griegos, y después de Lavinio, adonde el rey Latino puso por rey á Eneas, peregrino y fugitivo, en tercero lugar habitaron aquellos dioses troyanos. Pero, según lo tenían ya de costumbre, quizá también se habían ausentado ya de allí, y por eso fué destruída. Fuéronse, en efecto, y desampararon sus sagrarios y aras todos los dioses que sustentaron en pie aquel imperio. Y ved aquí cómo se fueron ya la tercera vez, para que á la cuarta, por justa providencia, se les encomendase Roma; en atención á que igualmente les descontentó Alba, adonde echando del reino á su hermano, reinó Amulio, y al mismo tiempo les había agrado Roma, adonde, habiendo muerto á su hermano, había reinado Rómulo: pero antes que fuese asolada Alba, dicen, toda la gente del pueblo se mandó pasar á Roma, para que de ambas se hiciese una ciudad sola; y dado que fuese así, con todo, aquella ciudad que fué donde reinó Ascanio, y tercer domicilio de los dioses troyanos, siendo ciudad madre, fué destruída por su hija, y para que de las reliquias que habían quedado de la guerra de los dos pueblos se hiciera una miserable unión y sociedad, primeramente se hubo de derramar tanta sangre de una y otra parte. ¿Qué diré ya en particular cómo en tiempo de los demás reyes estas mismas guerras se renovaron tantas veces, cuando parecía que se habían ya acabado con tantas victorias, y las que al

parecer aparentaban que se habían fenecido una y otra vez con tantos estragos? ¿Cómo en una y otra ocasión, después de ajustadas alianzas y paces, tornaron á renovarse entre los yernos y suegros, y entre sus descendientes y posteridad? No pequeño indicio de esta desventura y calamidad fué que ninguno de ellos cerrase las puertas de la guerra; luego ninguno de ellos reinó en paz debajo de la tutela y amparo de tantos dioses.

CAPÍTULO XV

Cuál fué la vida y el fin que tuvieron los reyes de los romanos.

Y ¿cuál fué el fin que tuvieron estos reyes? De Rómulo, vean lo que dice la lisonja fabulosa, que fué recibido y canonizado por Dios en el cielo, y asimismo observen lo que algunos escritores romanos dijeron, que por su ferocidad le hicieron pedazos en el Senado, sobornando con crecidos dones á Julio Próculo para que dijese se le había aparecido y mandado que dijese al pueblo romano le admitiese en el número de los dioses, con lo que el pueblo, que había empezado á desabrirse con el Senado, se había reprimido y aplacado; y por qué sucedió también eclipsarse el sol, cuyo fenómeno, ignorando el vulgo que acaece en ciertos tiempos por su natural curso y movimiento, lo atribuyeron á los méritos de Rómulo, como en realidad de verdad si llorara el sol, por el mismo caso se debía creer que le habían muerto, y que esta maldad la manifestaba con eclipsarse aun la misma luz del día, como realmente sucedió cuando fué crucificado nuestro Señor Jesucristo por la crueldad é impiedad de los judíos. Es prueba convincente y demostrable de que aquel eclipse no su-

cedio por el curso regular de los astros, el ver que entonces cayó la Pascua de los judíos (que se celebraba solemnemente) estando la luna llena, y el eclipse regular del sol no sucede sino al fin de la luna. Cicerón bien claro da á entender que la adscripción de Rómulo entre los dioses fué más opinión vulgar que verdad de que fuese así; pues alabándole en los libros de República, en persona de Scipión, dice: «Tanto alcanzó, que no compareciendo de repente, habiéndose obscurecido el sol, se creyó que le habían recibido en el número de los dioses;» cuyo alto concepto jamás ningún hombre le pudo alcanzar sin estar dotado de una singular gloria de virtud y de valor: y en lo que dice que de repente no compareció, sin duda se entiende allí, ó la violencia de la conspiración, ó el secreto con que le dieron la muerte; en atención á que otros escritores suyos, al eclipse de sol añaden también una imprevista tempestad, la cual sin duda, ó dió ocasión y tiempo á aquella muerte, ó ella misma fué la que consumió á Rómulo; porque de Tulo Hostilio, que fué su tercero rey (constando de Rómulo que murió igualmente herido de un rayo), dice en los mismos libros Cicerón que no se creyó del mismo modo que le recibieron á éste entre los dioses muriendo de la manera insinuada, en atención á que lo que probaban por acaso, esto es, creían de Rómulo los romanos, no quisieron divulgarlo, es decir, disminuir y desacreditar, si atribuían y concedían fácilmente esta prerrogativa á otro. Dice asimismo expresamente en las *Invectivas*: «A Rómulo, que fundó esta ciudad, le hemos colocado entre los dioses inmortales con el amor y con la fama»; para demostrar que no sucedió así realmente, sino que por los méritos de su valor y virtud, junto con el afecto que le profesaban, se echó esta voz y corrió esta fama. Y en el diálogo de Hortensio, hablando de los eclipses regulares del sol,

dice así: «De modo que se noten las mismas tinieblas que hubo en la muerte de Rómulo, que sucedió en el eclipse del sol.» Es cierto que aquí no dudó llamarla muerte de hombre, porque desempeñaba más el cargo de averiguar la verdad que el de elogiar ó formar panegírico; pero los demás reyes del pueblo romano, á excepción de Numa Pompilio y Anco Marcio, que murieron de enfermedad natural, acaso ¿no espiraron con horribles muertes? A Tulo Hostilio, como dije (el que venció y asoló la ciudad de Alba), un rayo le abrasó con todo su palacio. Tarquino Prisco murió por traición de los hijos de su antecesor. Servio Tulo falleció por el enorme crimen de su yerno Tarquino el Soberbio, que le sucedió en el reino, y con todo, no se fueron los dioses desamparando sus sagrarios y aras, no obstante haberse cometido un tan doloso parricidio en el rey más justo y virtuoso de aquel pueblo. Sin embargo, estos espíritus preocupados dicen que, á proceder así con la miserable Troya y dejarla para que la asolasen y abrasasen los griegos, les movió el adulterio de Paris, contra lo cual justamente se opone que el mismo Tarquino sucedió en el reino al suegro á quien había muerto. A este infame parricida, con la muerte de su suegro le vieron aquellos dioses reinar, triunfar de muchas batallas y victorias y edificar con los despojos de ellas el Capitolio, sin desamparar ellos el lugar; antes, sí, hallándose presentes y de asiento á todos estos lances, sufriendo que su rey Júpiter los presidiese y reinase sobre ellos en aquel elevado templo, esto es, construído por mano de un parricida, mediante á que entonces aun no estaba inocente, cuando edificó el Capitolio, y después por su mala conducta y crueldad fué echado de la ciudad, entrando á poseer el mismo reino (ó donde había de edificar el Capitolio) por medio de una abominable maldad y execrable crimen; pues cuando después le

echaron los romanos del reino y le desterraron de los muros de la ciudad, no fué porque él tuviese culpa en el estupro de Lucrecia, porque éste fué pecado de su hijo, que le cometió no sólo sin saberlo, sino estando ausente, pues estaba á la sazón combatiendo la ciudad de Ardea y dirigiendo la guerra por el pueblo romano. Ignoramos qué hubiera hecho si á su noticia llegara el delito que había cometido su hijo; y con todo, sin saber su dictamen y voluntad y sin ejecutar la prueba y experiencia de ella, el pueblo le privó del reino, y habiendo recogido el ejército (á quien ordenaron que dejase de seguir al rey y sus banderas), le cerraron después las puertas de la ciudad y no le permitieron entrar dentro de ella; pero al cabo de frecuentes y penosas guerras con que afligió á los romanos, procurando se conjurasen contra ellos sus comarcanos, viéndose absolutamente desamparado de sus antiguos aliados, en cuyo favor confiaba, y que no le era posible recobrar la corona, vivió, según dicen, catorce años quieto y pacífico como persona particular en el lugar de Túsculo, cerca de Roma, y llegó á una edad decrepita con su mujer, muriendo con muerte quizá más digna de codiciar que la de su suegro, que murió por alevosía de su yerno, y no ignorándolo su hija, según dicen. Y con todo, á este Tarquino no le llamaron los romanos el cruel ó el malvado, sino el Soberbio, no pudiendo acaso sufrir ellos su real fausto y soberbia, por otra semejante soberbia de que estaban dominados sus corazones. Y ¿por qué razón del crimen que cometió en matar á su suegro y á su buen rey hicieron tan poco caso que en seguida le colocaron en el trono? Como si en este acto no cometieran ellos mayor culpa y maldad, recompensando tan extraordinariamente un crimen tan alevoso; y con todo, no se fueron los dioses desamparando sus sagrarios y aras; sino es que acaso haya alguno que intente defen-

derlos, diciendo que por eso se quedaron en Roma, más para poder castigar á los romanos afligiéndolos y atormentándolos, que para ayudarlos con beneficios, contentándolos y cebándolos con victorias vanas, y quebrantándolos y destruyéndolos con molestias y crueles guerras. Esta fué la vida què se pasó en Roma bajo el gobierno de los reyes, en el tiempo tan alabado por sus escritores, hasta que echaron á Tarquino el Soberbio, por casi 243 años, habiendo dilatado el imperio con todas aquellas victorias compradas y habidas á costa de tanta sangre y de tantas desgracias, apenas veinte millas alrededor de Roma, espacio tan corto, que en la presente constitución no se puede comparar con alguna de las ciudades de Getulia.

CAPÍTULO XVI

De los primeros cónsules que tuvieron los romanos; cómo el uno de ellos echó al otro de su patria, y después de haber cometido en Roma enormes parricidios murió, dando la muerte á su enemigo.

A esta época debemos añadir también la otra, hasta la cual, dice Salustio que se vivió justa y moderadamente, ínterin duró el miedo que tenían á las armas de Tarquino y se finalizó la peligrosa guerra que sostuvieron con los etruscos: porque todo el tiempo que éstos favorecieron á Tarquino en la pretensión de recobrar el reino, padeció Roma una guerra cruel; y por eso dice que se gobernó la república justa y moderadamente, forzados del terror y no por amor á la justicia. En este tiempo, que fué sumamente breve, ¡cuán funesto fué el año en que se instituyeron los cónsules, extin-

guida ya la potestad real! Porque no llegaron á completar su año, pues Junio Bruto, despojando de su oficio á su compañero Lucio Tarquino Colatino, le desterró de la ciudad, y, á poco tiempo, viniendo á las manos en una batalla con su contrario, cayeron ambos muertos, habiendo el primero quitado antes la vida á sus propios hijos y á los hermanos de su mujer, porque tuvo noticia de que se habían conjurado para restituir á Tarquino. Esta hazaña, después de haberla contado Virgilio como famosa, luego piadosamente tuvo horror de ella, porque habiendo dicho «que por conservar la dulce libertad el mismo padre hará dar la muerte á sus hijos, por haber maquinado contra ella nuevas guerras»; luego después, exclama y dice: «desgraciado, en fin, como quiera que entendieren este hecho los venideros.» Como quiera, dice, que los sucesos tomaren este hecho; esto es, como quiera que le engrandecieren y alabaren. En efecto; el que mata á sus hijos es desgraciado y desdichado, y como para consuelo de este infeliz, añadió: «vencióle el amor de la patria y la inmensa ambición de gloria.» ¿Por ventura Bruto, que mató á sus hijos (y que habiendo dado la muerte á su enemigo, hijo de Tarquino, quedando él muerto de mano del mismo, no pudo vivir más, antes el mismo Tarquino vivió después de él), no parece que quedó vengada la inocencia de Colatino su colega, que siendo buen ciudadano, después de desterrado Tarquino padeció inculpablemente lo que el mismo tirano Tarquino merecía? Y aun el mismo Bruto, dicen, era pariente de Tarquino. Pero, en efecto, á Colatino causó su desgracia la análoga semejanza en el nombre, porque también se llamaba Tarquino; forzadamente, pues, á que mudase el nombre y no la patria, y, al fin á que en su nombre faltara esta voz y se llamara solamente Lucio Colatino; mas por esto nada perdió en su reputación, ni lo que sin desdoro alguno pudiera

perder, y menos fué motivo para que al primer cónsul le depusieran de su encargo, y para que á un buen ciudadano le desterraran de su patria. ¿Es posible que sea gloria y grandeza un crimen tan execrable de Junio Bruto, tan abominable y tan sin utilidad de la república? ¿Acaso para cometer esta criminalidad lo venció el amor de la patria y la inmensa ambición de gloria? En efecto; después de desterrado Tarquino el Tirano, el pueblo eligió por cónsul juntamente con Bruto á Lucio Tarquino Colatino, marido de Lucrecia; pero con cuánta justicia atendió el pueblo á la vida y costumbres y no al nombre de su ciudadano, y con cuánta impiedad Bruto, al tiempo de instalarse en aquella primera y nueva dignidad, privó á su colega de la patria y del oficio, á quien pudiera fácilmente privar del nombre, si éste le ofendía, es un argumento fácil de resolver. Estas maldades se cometieron y estos desastres sucedieron cuando en aquella república los romanos se gobernaban y vivían justa y moderadamente. Asimismo Lucrecio (á quien habían subrogado en lugar de Bruto), antes de concluirse aquel mismo año, murió de una enfermedad, y así Publio Valerio, que sucedió á Colatino, y Marco Horacio, que entró en lugar del difunto Lucrecio, finalizaron aquel año funesto y desgraciado en que hubo cinco cónsules; en este mismo la república romana instituyó el oficio y potestad del Consulado, y en la propia época, habiendo respirado un poco del miedo que reinaba en sus corazones, no porque habían cesado las guerras, sino porque no les estrechaban con tanto rigor, es á saber, acabado el tiempo en que se rigieron justa y moderadamente, se siguieron los sucesos que el mismo Salustio declara brevemente de esta manera: «Después comenzaron los padres conscriptos á tratar al pueblo como á esclavos, disponiendo de su vida y de sus espaldas al modo que acostumbraban los reyes;

defraudándolos del repartimiento de los campos, cargándose ellos con todas las propiedades y excluyendo á los demás del gobierno. Irritado el pueblo con estas crueldades, y, principalmente, viéndose oprimido con los gravámenes de las deudas públicas y de las usuras, sufriendo y soportando á un tiempo con la ocasión de las continuas guerras la milicia y el tributo, acudió armado al monte Sagrado y al Aventino, y entonces estableció para la defensa de sus derechos tribunales de la plebe y otras leyes, poniendo fin á las discordias y debates que reinaron entre ambos partidos la segunda guerra Púnica que luego empezó.»

CAPÍTULO XVII

Las calamidades que padeció la república romana después que comenzó el imperio de los cónsules, sin que la favoreciesen los dioses que adoraba.

¿Para qué me detengo, pues, en escribir tantos sucesos, ó para qué molesto á los que los hubieren de leer? Cuán miserable haya sido aquella república en tan dilatada edad, y por tantos años como mediaron hasta la segunda guerra Púnica, con la inquietud continua de las guerras de afuera y con las discordias y sediciones de dentro, Salustio nos lo ha referido sumariamente; y así aquellas victorias no fueron alegrías y contentos sólidos de bienaventurados, sino consuelos vanos de miserables, y unos motivos extraños y celos de personas inquietas que los convidaban á emprender y sufrir más y más terribles trabajos; y no porque lo digamos se enojen con nosotros los virtuosos y juiciosos romanos, aunque no hay causa para pedírselo ni

advertírselo, pues es evidente que no se han de irritar con nosotros de modo alguno, porque ni referimos cosas más pesadas, ni las decimos más gravemente que sus propios autores: sin embargo de que en el estilo y en el tiempo que nos queda desocupado somos muy inferiores; y con todo, para estudiar y aprender estos autores no sólo trabajaron ellos mismos, sino que hacen también trabajar en ellos á sus hijos; y los que se enojan, ¿cómo me sufrirían si yo insinuase lo que dice Salustio? «Nacieron, dice, muchas revoluciones y discordias, y al fin las guerras civiles, pretendiendo ambiciosamente ser los señores absolutos bajo del honesto y disfrazado título de favorecer la causa de los padres ó del pueblo, algunos pocos de los más poderosos cuya gracia y fortuna seguían la mayor parte: concedían el honor de ciudadanos á los buenos y á los malos, no por los méritos ó servicios que hubiesen hecho á la república, estando todos igualmente corruptos y estragados, sino según que cada uno era más rico y más poderoso para agraviar á otros; porque defendían la causa presente, y lo que se les antojaba se tenía por bueno.» Y si á aquellos historiadores les pareció que tocaba á la honesta libertad no pasar en silencio las calamidades de su propia ciudad, á quien en otros muchos lugares les ha sido forzoso alabarla con grande gloria y exageración, ya que efectivamente no disfrutaban de la otra más verdadera, adonde se han de admitir y recibir los ciudadanos eternos, ¿que obligación nos liga á nosotros (cuya esperanza en Dios, cuanto es mejor y más cierta, tanto debe ser mayor nuestra libertad) viendo que imputan y atribuyen á Nuestro Señor Jesucristo los infortunios y calamidades presentes, para desviar á los débiles y menos entendidos y enagenarlos de aquella ciudad en la cual sola se ha de vivir eterna y bienaventuradamente? Ni tampoco contra sus

dioses decimos cosas más abominables que sus mismos autores, que ellos leen y alaban, pues de ellos hemos tomado nuestros discursos, y en ningún modo somos aptos para referir tales y tantas particularidades como ellos dicen. ¿Adónde, pues, estaban aquellos dioses que por la pequeña y engañosa felicidad de este mundo creen ellos que deben ser adorados, cuando los romanos, á quienes con falsa y diabólica astucia se vendían para que los rindiesen culto, andaban afligidos con tantas calamidades? ¿Adónde estaban cuando los foragidos y esclavos mataron al cónsul Valerio, procurando ganar el Capitolio que ellos habían ocupado, en cuyo aprieto con más facilidad pudo él socorrer al templo de Júpiter, que á él la turba de tantos dioses con su rey Optimo Máximo, cuyo templo había libertado del furor de sus enemigos? ¿Adónde estaban cuando, fatigada la ciudad con infinitas desgracias, causadas por las sediciones y discordias civiles, y permaneciendo en parte sosegada mientras que esperaban el regreso de los embajadores que habían enviado á Atenas á que les comunicasen sus leyes, fué assolada con una insufrible hambre y cruel pestilencia? ¿Adónde estaban cuando en otra ocasión, padeciendo hambre el pueblo, creó la primera vez el prefecto que cuidase de la provisión del pan, y creciendo sobremanera, Espurio Emilio por haber proveído liberalmente de trigo al hambriento pueblo incurrió en el crimen de haber intentado alzarse con el señorío de la república, siendo á instancia del mismo prefecto por orden expresa del dictador Lucio Quincio, viejo ya decrépito, asesinado por Quinto Servilio, general de la caballería, no sin una terrible y peligrosa revolución de la ciudad? ¿Adónde estaban cuando en una cruel peste, viéndose el pueblo fatigado por mucho tiempo y sin remedio con sus dioses inútiles, determinó hacerles nuevos lectisternios, lo que jamás

antes había hecho, y para cuyo acto solían colocar unos lechos ó mesas ricamente aderezadas en honra de los dioses, de donde esta ceremonia sagrada, ó, por mejor decir, sacrílega, tomó el nombre? ¿Adónde estaban cuando por diez años continuos, peleando con mal suceso contra los veyos, el ejército romano padeció muchos y muy terribles estragos y calamidades, los que se hubieran acrecentado si al cabo no le socorriera Furio Camilio, á quien después condenó la ingrata ciudad? ¿Adónde estaban cuando los galos ocuparon á Roma y la saquearon, quemaron é hicieron infinitas muertes? ¿Adónde estaban cuando aquella funesta peste causó tan terribles daños, en la cual murió también Furio Camilio, que defendió á aquella república ingrata primeramente de las armas de los veyos, y después la libertó de la irrupción de los galos, y con ocasión de este contagio mortífero se introdujeron los juegos escénicos, que fué otra nueva infección en las costumbres y vida humana, que es lo más doloroso, aunque quedaron ilesos los cuerpos de los romanos? ¿Adónde estaban cuando se fomentó otra pestilencia más grave, nacida, á lo que se sospecha, de los mortales venenos de las matronas, cuya vida y costumbres de muchas de ellas, y muy distinguidas, causaron más funestas desgracias que la mayor peste? ¿O cuando en las Horcas Caudinas, estando cercados por los samnitas ambos cónsules con su ejército, fueron forzados á concluir con ellos unas paces tan vergonzosas, quedando en rehenes 600 caballeros romanos, y los demás, perdidas las armas y despojados de sus insignias y vestidos, pasaron solamente con humildes vestidos debajo del yugo de los enemigos? ¿O cuando estando todos gravemente enfermos de la peste, muchos perecieron en el ejército á la fuerza de la colisión de los rayos que cayeron del cielo? ¿O cuando asimismo, por otro intolerable

ble y funesto contagio, fué obligada Roma á traer de Epidauro á Esculapio, como á dios Médico, porque á Júpiter, rey universal de todos, que ya había mucho tiempo que presidía en el Capitolio, los muchos estu-
pros y liviandades en que entendió siendo joven, no le dieron quizá lugar para estudiar la medicina? ¿O cuando, conjurándose á un mismo tiempo sus enemigos los lucanos, brucios, samnitas, etruscos y galos senones, primeramente les mataron sus embajadores y después rompieron y derrotaron el ejército con su pretor, muriendo con él siete tribunos y 13.000 soldados? ¿O cuando en Roma, después de graves y largas discordias, en las cuales, al fin, el pueblo se amotinó y retiró al Janículo? Siendo tan terrible este infortunio y calamidad, que por su causa hicieron dictador á Hortensio, cuya nominación sólo se ejecutaba en los mayores apuros, quien habiendo sosegado al pueblo murió en el mismo cargo, suceso que antes no había acaecido á ningún dictador, el cual, para aquellos dioses, teniendo ya presente á Esculapio, fué culpa más grave.

Después de esto se excitaron por todas partes tantas y tan crueles guerras, que, por falta de soldados, recibían en la milicia á los proletarios, los cuales se llamaron así, porque su único y principal encargo era multiplicar la prole y generación, no pudiendo por su pobreza servir en la guerra. Entonces los tarentinos trajeron en su favor á Pirro, rey de Grecia (cuyo nombre en aquel tiempo era muy famoso), quién se declaró enemigo acérrimo de los romanos; y consultando éste al dios Apolo sobre el suceso que había de tener la guerra, le respondió con un oráculo tan donoso y ambiguo, que cualquiera de las dos cosas que sucediese podía quedar con la reputación y crédito de adivino, porque dijo así: «Digo á ti, Pirro, poder vencer los romanos»; y de esta manera ya los romanos venciesen á Pirro, ó Pirro á los

romanos, el agorero seguramente podía esperar el éxito, cualquiera de las dos cosas que sucediesen. ¿Y qué estrago y matanza padeció entonces uno y otro ejército? No obstante, Pirro fué más venturoso en el combate, de modo que ya pudiera, interpretando en su favor á Apolo, publicarle y celebrarle por adivino, si luego en esta batalla no llevaran lo mejor los romanos. En medio de la tribulación y despecho que causaban las guerras, sobrevino igualmente una peligrosa peste en las mujeres, porque antes de que al tiempo natural pudiesen parir las criaturas, morían con ellas, estando aun embarazadas, en lo cual, á lo que entiendo, se excusaba Esculapio diciendo que él profesaba la facultad de proto-médico, y no la de partera; del mismo modo perecía el ganado, siendo ya tan terrible la mortandad, que llegaron á persuadirse las gentes que se había de extinguir la generación y proliferación de los animales. ¿Y qué diré de aquel invierno tan memorable en la historia, que fué sobremanera cruel y riguroso, durando en la plaza por espacio de cuarenta días la nieve tan elevada que ponía horror, helándose también el Tíber? Si esto sucediera en nuestros tiempos ¿qué de cosas, y cuán grandes nos dijieran éstos? Y asimismo ¿cuánto duró el rigor de aquella funesta pestilencia? ¿Cuán excesivo fué el número de los que mató? La cual, como empezase á continuarse aun más gravemente por otro año, teniendo en vano presente á Esculapio, acudieron á los libros Sibílinos, que son un género de oráculos, según refiere Ciceron en los libros de *Divinatione*, en que más se suele creer á los intérpretes que conjeturan como pueden, ó como quieren sobre las cosas dudosas, que al sentido literal del texto. Entonces, pues, dijeron que la causa del contagio era porque muchas personas particulares tenían ocupadas varias de las casas consagradas á los dioses; y así libraron en esta ocasión á Esculapio de la

indisculpable calumnia de ignorancia ó desidia; ¿y por qué motivo, pregunto, se habían ido muchos á vivir en aquellas casas sin prohibírsele ninguno, sino porque inútilmente y por mucho tiempo habían acudido á pedir remedio á tanta multitud de dioses? Así, poco á poco los que los reverenciaban desamparaban las casas para que, como valdías, por lo menos sin ofensa de nadie, pudiesen volver á servir á las necesidades de los hombres, y las que entonces con toda diligencia se renovaron y taparon, con ocasión de aplacar la pestilencia, si no volvieron á estar otra vez de la misma manera encubiertas y usurpadas por haberlas desamparado, sin duda que no se tuviera por tan grande la noticia y erudición de Varrón; pues escribiendo de las casas consagradas á los dioses, refiere tantas de que no se tenía noticia y estaban olvidadas: pero entonces, con la providencia que tomaron, más procuraron inventar una donosa y aparente disculpa para los dioses que el antidoto remedio necesario para atajar la peste.

CAPÍTULO XVIII

Cuán graves calamidades atropellaron á los romanos en tiempo de las guerras Púnicas, habiendo deseado y pedido en valde el auxilio y favor de sus dioses.

En el tiempo en que se sostenían las guerras Púnicas ó cartaginesas, vacilando entre uno y otro imperio como incierta y dudosa la victoria, y haciendo estos dos poderosos pueblos fuertes y costosas jornadas, ¿qué de reinos de menos reputación fueron destruídos? ¿Qué de ciudades populosas é ilustres assoladas? ¿Qué de ellas afligidas? ¿Cuántas perdidas? ¿Qué de provincias

y tierras taladas de extremo á extremo? ¿Cuántas veces fueron vencidos los de acá, y vencedores los de allá? ¿Qué de gente se consumió, ya de los soldados peleando, ya de los pueblos que no peleaban y estaban en paz? Y si intentáramos referir la infinidad de naves que quedaron sumergidas también en los combates navales y anegadas con diversas tempestades, borrascas y temporales contrarios, ¿qué otra cosa vendremos á ser nosotros que historiadores? Entonces, despavorida y turbada con un extraordinario miedo la ciudad de Roma, acudió presurosa á providenciar remedios vanos é irrisibles. Instauraron por autoridad de los libros Sibilinos los juegos seculares, cuya solemnidad, habiéndose establecido de cien en cien años, y en los tiempos mejores habiéndose olvidado su memoria, se habían dejado de celebrar. Renovaron también los pontífices los juegos consagrados á los dioses infernales, estando también éstos ya olvidados con los muchos años que habían pasado sin solemnizarse; porque, en efecto, cuando los renovaron, como se habían enriquecido los dioses infernales con tanta copia y multitud de los que morían, gustaban por lo mismo ya de jugar, en atención á que seguramente los tristes y miserables hombres, haciéndose rabiosa guerra, mostrandó su valor y corazón sanguinario, alcanzando el uno y otro emisferio funestas victorias, celebraban solemnes juegos á los demonios y unos banquetes abundantes y suntuosos á los dioses del Infierno. No sucedió ciertamente tragedia más lamentable en la primera guerra Púnica que el haber sido vencidos en ella los romanos, siendo hecho prisionero de guerra Régulo, de quien hicimos mención en el primero y segundo libro, persona sin duda de gran valor, y que primero había vencido y domado á los cartagineses, el cual hubiera podido finalizar la primera guerra Púnica, si por una extraordina-

ria ansia de gloria y alabanza no hubiera pedido á los rendidos cartagineses condiciones más duras de las que ellos podían sufrir. Si la prisión impensada de aquel célebre general; si la esclavitud y servidumbre indigna; si la fidelidad del juramento y la bárbara crueldad de su muerte no empacha ni avergüenza á los dioses, sin duda es cierto que son de aire y que no tienen gota de sangre que les pueda salir al rostro; al mismo tiempo no faltaron dentro de sus propios hogares gravísimos males y desgracias; porque saliendo de madre el río Tíber fuera de lo acostumbrado, arruinó casi toda la planicie de la ciudad, llevándose parte con el furioso impetu y avenida, y derribando parte con la humedad reconcentrada en tanto tiempo como estuvieron detenidas las aguas en las calles. Consiguiente á esta desgracia fué la que subsiguio luego de fuego, aun más perjudicial que la anterior, pues pegándose y prendiendo por la plaza en los más altos y encumbrados techos, no quiso perdonar ni aun el templo de Vesta, su mayor amigo y familiar, adonde acostumbraban las que no eran tan honradas como condenadas vírgenes conservar y darle, añadiéndole con diligencia leña, como una perpetua vida en donde el fuego entonces no sólo vivía, sino que también se fomentaba más y más; de cuyo ímpetu y vigor, aturdidias las vírgenes, no pudiendo salvar de tan voraz incendio aquellos fatales dioses que habían ya oprimido tres ciudades, donde habían tenido su residencia, el pontífice Metelo, olvidado en cierto modo de su vida, y atravesando valerosamente por medio de las llamas, los sacó ilesos, saliendo él bastante chamuscado: porque ni aun á él le conoció el fuego, ni tampoco había allí Dios, que cuando le hubiera no huyera; antes más bien podemos decir que el hombre pudo ser de más importancia á los dioses del templo de Vesta que ellos al hombre. ¿Y si á sí propios no se podían defender del

fuego? ¿A aquella ciudad, cuyo principio, esplendor y conservación se creía que amparaban, en que la pudieran ayudar contra las aguas y llamas, como en efecto la misma experiencia manifestó que nada pudieron? No les hiciéramos estas objeciones si dijeran que aquellos dioses los habían instituido, no para custodia de los bienes temporales, sino para significar los eternos: y así, aunque sucediese perderse por ser cosas corporales y visibles, nada se perdía de aquellos objetos en cuya significación fueron instituidos, y que se podían renovar y reparar de nuevo para el mismo efecto; pero ello es cierto que con extraña ceguedad creen que fué posible alcanzar con aquellos dioses, que podían perecer, que no pudiese acabar la salud corporal y la felicidad temporal de la ciudad: y así cuando les manifestamos que, permaneciendo aun salvos sus dioses, les sucedió, ó el estrago en la salud ó la infelicidad, aun tienen valor para no mudar ó abandonar la opinión que no pueden defender.

CAPÍTULO XIX

De los trabajos de la segunda guerra Púnica, en que se consumieron las fuerzas de una y otra parte.

Y descendiendo á la segunda guerra Púnica, sería largo de contar el estrago que estos dos pueblos se hicieron mutuamente con tantas guerras como en tantas partes entre sí sostuvieron, de modo que, en sentir aun de los que tomaron de propósito á su cargo no tanto el referir las guerras romanas como el elogiar al imperio romano, más representación tuvo de vencido el que venció, porque levantando Aníbal formidables ejércitos

en España y pasando los montes Pirineos, atravesando y corriendo la Francia, rompiendo los Alpes, acrecentando sus fuerzas con tanto rodeo, talando y sujetando cuanto se le ponía delante y dando consigo, como una impetuosa é imprevista avenida, en el centro de Italia, ¡cuán sangrienta se hizo la guerra; qué de reencuentros y choques que hubo; qué de veces fueron vencidos los romanos; qué de lugares se humillaron y rindieron al enemigo; cuántos de éstos fueron entrados á fuerza de armas y saqueados; cuán crueles y horribles batallas se dieron, y muchas veces con gloria de Aníbal y ruina y desdoro de los romanos! ¿Qué diré, pues, de aquella rota horrible y digna de admiración padecida en Cannas, donde Aníbal, no obstante ser cruel, con todo, saciado ya de la sangre de sus enemigos, dicen mandó á sus soldados que los perdonasen las vidas, enviando desde allí á Cartago tres celemines de anillos de oro, para dar á entender que en el combate había muerto á tantos individuos de la nobleza romana, que más fácilmente se pudieron medir que contar; y asimismo para que se conjeturase el estrago del ejército que murió sin anillos, que sería sin duda tanto más numeroso cuanto más débil. Finalmente, después de esta batalla sobrevino una tan notable falta de gente para la guerra, que los romanos se reemplazaban y echaban mano de hombres facinerosos, ofreciéndoles el perdón de sus crímenes, dando también en libertad á los esclavos, y con todos no tanto suplieron cuanto formaron un vergonzoso ejército. Estos esclavas (pero no agraviemos á los ya libertados) que habían de pelear por la república faltándoles las armas ofensivas y defensivas, se vieron precisados á tomar las de los templos, como si dijieran los romanos á sus dioses: «Dejad lo que tanto tiempo habéis tenido en vano, por si acaso nuestros esclavos pueden hacer algo de provecho con lo que vosotros, siendo nuestros dioses,

no habéis podido emprender acción alguna heroica.» Entonces, estando exhausto igualmente el erario público para pagar el sueldo del ejército, vinieron las haciendas de los particulares á servir al beneficio común en tanto grado, que, dando todos los ciudadanos cuanto poseían, el mismo Senado no se reservó alhaja alguna de oro, á excepción de varios anillos y joyeles, insignias miserables de su dignidad, y así toda la gente de los demás órdenes y tribus de menor representación y facultades más estrechas practicaron lo mismo. ¿Quién pudiera tolerar á éstos si en nuestros tiempos vinieran á esta necesidad, apenas pudiéndolos sufrir ahora, cuando por un excusado é inútil deleite dan más á los cómicos que entonces dieron á las legiones por el servicio de salvar la república de un peligro inminente é inevitable?

CAPÍTULO XX

De la destrucción de los saguntinos, á los cuales, muriendo por conservar la amistad de los romanos, no los socorrian los dioses de los romanos.

Pero entre todas las calamidades que sucedieron en la segunda guerra Púnica, ninguna hubo más lastimosa ni más digna de compasión y justa queja. Porque esta ciudad de España, por ser amiga y confederada del pueblo romano, y por observar constantemente su amistad, fue destruída, y de esta conquista (quebrantando la paz con los romanos), tomó ocasión Aníbal para irritarlos y obligarlos á la guerra. Cercó, pues, con máquinas y ardidés á Sagunto, lo cual, sabido en Roma, enviaron sus embajadores á Aníbal para que levantase el sitio,

y, no haciendo caso de sus ruegos, marcharon á Cartago, donde, querellándose de la infracción de la paz y sin concluir cosa alguna, volvieron á Roma. Mientras andaban estas dilaciones, la infeliz Sagunto, ciudad opulentísima y aliada de la república romana, fué destruída por los cartagineses al cabo de ocho ó nueve meses de cerco, cuya ruina causa horror el leerla, cuanto más el escribir cómo aconteció: sin embargo, la referiré brevemente, porque interesa al asunto que tratamos. Primeramente se consumió y acabó con una furiosa hambre, pues aseguran que algunos comieron los cuerpos muertos de sus mismos compatriotas por satisfacer su hambre y falta de alimentos: después, reducida al mayor extremo con la penuria y escasez de todas las cosas necesarias á la vida y á su propia defensa, por no verse ni aun cautiva en manos de Aníbal, formó en la plaza pública una grande hoguera, y, degollando á todos sus amados hijos, parientes y demás conciudadanos, con todas cuantas alhajas, preseas y riquezas poseían, se arrojaron todos con varonil brío al fuego. Hicieran aquí alguna admirable acción los dioses glotones y seductores, hambrientos por los buenos bocados y manjares de los sacrificios, y empeñados solamente en alucinar á los idiotas con la obscuridad y ambigüedad de sus cautelosos presagios. Obraran aquí algún prodigio estupendo y socorrieran á una nación amiga del pueblo romano, y no dejaran perecer á la que se sepultaba voluntariamente en sus ruinas por conservar su amistad y fe, en atención á que ellos fueron los que presidieron en la unión y confederación que ella estipuló con la república romana. Así que, por observar escrupulosamente los sagrados tratados y conciertos que, presidiendo ó autorizando estas falsas deidades había concluído con verdadera voluntad, ligado con la amistad y estrechado con un juramento inviolable, fué cercada, ocu-

pada y asolada por un hombre pérfido y fementido. Si estos dioses fueron los que después espantaron y ahuyentaron á Aníbal de los muros de Roma con crueles tempestades y encendidos rayos, entonces, con tiempo, debieron obrar alguno de estos particulares prodigios: pues se atrevió á decir que con más justa razón pudieron enviar la tempestad en favor de los amigos de los romanos, expuestos al inminente riesgo de perderse, mediante á que, por no faltar á la fe dada á los romanos, estaban á peligro de perecer, y entonces, totalmente faltos de ayuda, que en favor de los mismos romanos que peleaban y corrían riesgo por sí y contra Aníbal, tenían en sí mismos bastante auxilio: luego si fueran tutores y defensores de la felicidad y gloria de Roma, debieran haberla excusado de una culpa tan grave como fué la ruina de Sagunto. Pero ahora consideremos cuán neciamente creen que no se perdió Roma por la defensa de estos dioses cuando andaba victorioso Aníbal, si vemos que no pudieron socorrer á la ciudad de Sagunto para que no se perdiese por guardar á Roma su amistad. Si el pueblo de Sagunto fuera cristiano y padeciera algún infortunio como éste por la fe evangélica (aunque no se hubiera él profanado á sí mismo, matándose á fuego y sangre) y si padeciera su destrucción por la fe evangélica, la sufriría con aquella esperanza que creyó en Jesucristo y gozaría del premio y galardón, no de un brevísimo tiempo, sino de una eternidad sin fin. Pero en favor de estos dioses, á quienes dicen que por eso deben ser adorados y por eso se buscan para adorarlos, para asegurar la felicidad de estos bienes temporales y transitorios, ¿qué nos han de responder sus defensores sobre la pérdida de los saguntinos, sino lo mismo que sobre la muerte de Régulo? Porque la diferencia que hay es que aquél fué una persona particular y ésta una ciudad entera; pero la causa de la ruina de ambos fué

el querer guardar puntualmente la fe, pues por ésta quiso el otro volverse á poder de sus enemigos, y ésta no quiso entregarse; ¿luego la fe observada inviolablemente provoca la ira de los dioses? ¿O es acaso cierto que pueden también, teniendo propicios á los dioses, perderse, no sólo cualesquiera hombres, sino también las ciudades enteras? Elijan, pues, lo que más les agrade, porque si ofenden á estos dioses con la fe cumplida, busquen á los pérfidos y fementidos que los adoren; pero si teniéndolos aun propicios pueden perderse, y acabar los hombres, y las ciudades ser afligidas con muchos y graves tormentos, sin provecho ni fruto alguno de esta felicidad los adoran. Dejen, pues, de enojarse los que entienden y creen que ha causado su desgracia el haber perdido los templos y sacrificios de estos dioses, porque pudieran, no sólo sin haberlos perdido, sino teniéndolos aún de su parte propicios y favorables, no como ahora, quejarse de su infortunio y miseria, sino como entonces Régulo y los saguntinos, perderse y perecer también del todo con horribles calamidades y tormentos.

CAPÍTULO XXI

La ingratitud que usó Roma con Scipión, su libertador, y las costumbres que hubo en ella, cuando cuenta Salustio que era muy buena.

Demás de esto, en el tiempo que medió entre la segunda y última guerra Púnica, cuando dice Salustio que vivieron los romanos con costumbres muy buenas y mucha concordia (porque varias acciones omitió atendiendo á ser breve en esta obra); en este tiempo, pues,

de tan buenas costumbres y tanta concordia, aquel Scipión que libró á Roma y á Italia, que acabó tan famosa y honrosamente la segunda guerra Púnica, tan horrible, tan sangrienta y tan peligrosa; aquel vencedor de Aníbal, domador de Cartago; aquel cuya vida se refiere que desde su juventud fué encomendada á los dioses y criada en los templos, cedió á las acusaciones de sus enemigos, y, desterrado de su patria (á quien había dado la vida y libertad con su valor), pasó y acabó el resto de su vida en el lugar de Linterno, después de su famoso triunfo, con tan poca afición y deseo á Roma, que dicen mandó que ni aun le enterrasen en su ingrata patria. Después de estos sucesos, habiendo triunfado el próconsul Eneyo Manlio de los gálatas, comenzaron á cundir por Roma las delicias de Asia, aún más perjudiciales que el mayor enemigo: porque entonces dicen fué la primera vez que se vieron lechos ó camas labradas de metal, y preciosos tapetes. Entonces se comenzaron á usar en los banquetes mozas que cantaban, y otras licenciosas desenvolturas; mas ahora no es mi intención otra que la de tratar de los males que impacientemente padecen los hombres, y no de los que ellos causan voluntariamente: y así aquellas gloriosas acciones que referí de Scipión, de cómo cediendo á sus enemigos murió fuera de su patria, á la cual había libertado, hacen más al propósito de lo que vamos anunciando; pues los dioses de Roma, cuyos templos había defendido Scipión de los rigores de Aníbal, no le correspondieron á sus continuas fatigas, adorándolos ellos solamente por esta felicidad; pero, como Salustio dijo que entonces florecieron allí las buenas costumbres, por esto me pareció referir lo de las delicias del Asia, para que se entienda también que Salustio dijo aquellas expresiones, hablando en comparación de los demás tiempos, en los cuales, sin duda con las gravísimas

discordias, fueron las costumbres mucho peores, porque entonces también, esto es, entre la segunda y última guerra cartaginesa, se publicó la ley Voconia, por la cual se mandaba «que ninguno dejase por su heredero á mujer alguna, aunque fuese hija única suya». No sé que se pueda decir ó imaginar ordenación más injusta que esta ley. Con todo, en aquel espacio de tiempo que duraron las dos guerras Púnicas, fué mal tolerable la desventura, pues solamente con las guerras padecía el ejército de afuera, pero con las victorias se consolaba y en la ciudad no había discordia alguna, como en otros tiempos: mas en la última guerra Púnica, de un golpe fué asolada y destruída radicalmente la émula y competidora del imperio romano por el otro segundo Scipion, que por esto se llamó por sobrenombre el *Africano*; y desde este tiempo en adelante fué combatida la república romana con tanta multitud de infortunios y calamidades, que hace demostrable que con la prosperidad y seguridad, de donde corrompiéndose en extremo las costumbres, nacieron acumuladamente aquellos males, hizo más estrago y daño Cartago con su improvisa ruina que lo que había hecho en tanto tiempo manteniéndose en pie contra su enemigo. En todo este tiempo, hasta Augusto César, quien parece no quitó del todo á los romanos, según la opinión de éstos, la libertad gloriosa, sino la contenciosa y perniciosa que totalmente estaba ya descaecida y muerta, y que, revolcándolo todo y reduciéndolo al real albedrío, instauró y renovó en cierto modo la república arruinada ya y perdida casi con los males y achaques de la vejez; en todo este tiempo, pues, omito unas y otras rotas de ejércitos nacidas de varias causas, y la paz numantina violada con tan horrible ignominia, porque volaron, en efecto, las aves de la jaula y dieron, como dicen, mal agüero al cónsul Mancino, como si por tantos años en

que aquella pequeña ciudad, estando cercada, había afligido al ejército romano, empezando ya á poner terror á la misma república romana, los demás capitanes también hubieran ido contra ella con mal agüero.

CAPÍTULO XXII

Del edicto del rey Mitridates, en que mandó matar á todos los ciudadanos romanos que se hallasen en Asia.

Pero como deajo insinuado, omito estos sucesos, aunque no puedo pasar en silencio cómo Mitridates, rey de Asia, mandó matar en un día todos los ciudadanos romanos, donde quiera que se hallasen en Asia, así los peregrinos y transeuntes como otra innumerable multitud de mercaderes y negociantes ocupados en sus tratos, y así se ejecutó. ¡Cuán lastimosa tragedia fué ver en un momento matar de repente é impiamente á todos éstos donde quiera que los hallaban, en el campo, en el camino, en las villas, en casa, en la calle, en la plaza, en el templo, en la cama, en la mesa! Qué de gemidos habría de los que morían, qué de lágrimas de los que veían esta catástrofe, y acaso también de los mismos que los mataban! ¡Cuán dura fuerza se hacía á los huéspedes, no sólo en haber de examinar con sus propios ojos, y en sus casas, aquellas desgraciadas muertes, sino también en haber de ejecutarlas por sí mismos, trocando repentinamente el semblante apacible y humano para ejecutar en tiempo de una tranquila paz un crimen tan horrendo, matándose de un golpe, por decirlo así, así los matadores como los muertos, pues si el uno recibía la muerte en el cuerpo, el otro la recibía en el alma! ¡Acaso todos estos no habían apre-

ciado asimismo los agüeros? ¿No tenían dioses domésticos y públicos á quienes pudieran consultar cuando partieron de sus tierras á aquella infeliz peregrinación? Y, si esto es cierto, no tienen los incrédulos en este punto de qué quejarse de nuestros tiempos, pues hace tiempo que los romanos no asuntan de estas vanidades; mas si acaso los consultaron, díganos: ¿de qué les aprovecharon estas futilidades, cuando por solas las leyes humanas, sin que nadie lo prohibiese, fueron lícitas semejantes cosas?

CAPÍTULO XXIII

De los males interiores que padeció la república romana con un prodigio que precedió, que fué rabiarse todos los animales de que se sirve ordinariamente el hombre.

Pero empecemos ya á referir brevemente, como pudiéremos, aquellas calamidades que, cuanto más interiores fueron tanto más funestas, las discordias civiles, ó, por mejor decir, inciviles é inhumanas, no ya sediciones, sino guerras urbanas dentro de Roma, donde se derramó tanta sangre, donde los que favorecían las diversas parcialidades usaban del mayor rigor contra los otros, no ya con porfiadas demandas, contestaciones y destempladas voces, sino con las espadas y las armas; pues las guerras sociales, las guerras serviles, las guerras civiles, ¿cuánta sangre romana hicieron derramar, cuántas tierras talaron, y asolaron en Italia? Y antes que se moviesen contra Roma los afectos y aliados del Lacio, todos los animales que están ordinariamente sujetos al servicio del hombre, como son perros, caballos, jumentos, bueyes, y las demás bestias y ganados

que están bajo su dominio, se embravecieron y rabiaron repentinamente, y, olvidados de su doméstica mansedumbre, se salieron de las casas y andaban sueltos, huyendo por varias partes, no sólo de los no conocidos, sino de sus propios dueños, no sin daño mortal ó peligro del que se atrevía á acosarlos y apretarlos de cerca, cuyo infortunio pronosticó graves calamidades. Y si esto fué solamente un presagio que de suyo fué un mal tan enorme, ¿cuán grande fatalidad fué aquella que vaticinó? Si igual desgracia sucediera en nuestros tiempos, sin duda que sentiríamos á los incrédulos aún más rabiosos que los otros á sus animales.

CAPÍTULO XXIV

De la discordia civil causada de las sediciones de los Gracos.

La causa que motivó las guerras civiles fueron las sediciones de los Gracos, nacidas de la promulgación de las leyes agrarias, hechas sobre el repartimiento de los campos, por las que se mandaba distribuir entre el pueblo las heredades que los nobles poseían con injusto título; pero el querer remediar una injusticia tan inveterada fué proyecto muy arriesgado, ó, por mejor decir, como enseñó la experiencia, muy pernicioso. ¿Qué de muertes sucedieron cuando asesinaron al primer Graco, y cuántas hubo, pasado algún tiempo, cuando quitaron la vida al otro hermano! A los nobles y plebeyos los mataban los ministros de Justicia, no conforme á lo que dictaban las leyes y procediendo contra ellos jurídicamente, sino en los movimientos sediciosos y pendenencias, combatiéndose mutuamente con las armas. Después, muerto ya el segundo Graco, el cónsul Lucio Opi-

mio, quien dentro de Roma movió contra él las armas, y habiéndole vencido y muerto, hizo un considerable estrago en los ciudadanos, procediendo ya entonces por la vía judicial y persiguiendo á los demás conjurados, dicen que mató á 3.000 hombres; de donde puede colegirse la infinidad de muertos que pudo haber en las frecuentes revoluciones y choques, cuando hubo tanta en los tribunales, después de examinadas escrupulosamente y según el orden forense las causas. El homicida de Graco vendió al cónsul su cabeza por tanta cantidad de oro como pesaba; pues ésta había sido la recompensa ofrecida por Opimio, y en seguida quitaron la vida á Marco Fulvio, consular con sus hijos.

CAPÍTULO XXV

Del templo que edificaron por decreto del Senado á la Concordia, en el lugar donde fueron los rompimientos y muertes.

Y mediante un elegante y donoso decreto del Senado, edificaron un templo á la Concordia en el mismo lugar donde se dió aquella funesta y sangrienta batalla, en la que murieron tantos ciudadanos de todas clases y condiciones, para que, como testigo ocular del merecido castigo de los Gracos, diese en los ojos de los que oraban y hacían sus arengas al pueblo, y les escarmentase la memoria de tan lamentable catástrofe. Y esto, ¿qué otra cosa fué que hacer mofa de los dioses, erigiendo templo á una diosa que si estuviera en la ciudad no se sepultara en sus ruinas con tantas disensiones, á no ser que, culpada la Concordia porque desamparó los corazones de los ciudadanos, mereciese que la encerrasen en aquel templo como en una cárcel? Y

pregunto: si quisieron acomodarse congruamente con los acontecimientos que pasaron, ¿por qué no fabricaron mejor un templo á la Discordia? ¿Acaso suministran alguna razón poderosa para que la Concordia sea diosa y la Discordia no lo sea; y según la distinción de Labeón, ésta sea buena y aquélla mala? Esto supuesto, no parece le movió otra razón para deliberar de este modo, sino el haber visto en Roma templo dedicado, no sólo á la Fiebre, sino á la Salud; luego de la misma manera no solamente debieron erigir templo á la Concordia, sino también á la Discordia: así que en gran peligro quisieron vivir los romanos, teniendo enojada á una diosa tan mala, sin acordarse de la destrucción de Troya, que tuvo su principio en haberla ofendido; porque ella fué la que, por no haber sido convidada entre los dioses, trazó la competencia de las tres diosas con la manzana de oro, de donde nació la lid y pendencia de éstas, la victoria de Venus, el robo de Elena y la destrucción de Troya; por lo cual, si acaso irritada porque no mereció tener en Roma templo alguno entre los dioses, por eso turbaba hasta entonces con tan grandes alborotos la ciudad, ¿cuánto más furiosamente se pudo enojar viendo en el lugar de aquella horrible matanza, esto es, en el lugar de sus hazañas, edificado un templo á su enemiga? Cuando nos reímos de estas vanidades, se indignan y enojan estos doctos y sabios, y con todo, ellos, que adoran á los dioses buenos y malos, no pueden disolver esta cuestión de la Concordia y Discordia, ya se olvidasen de estas diosas y antepusiesen á ellas las diosas Fiebre y Belona, á quienes construyeron templos en lo antiguo, ya también las adorasen á ellas; pues desamparándolos así la Concordia, la feroz Discordia los condujo hasta meterlos en las guerras civiles.

CAPÍTULO XXVI

De diversas suertes de guerras que se siguieron después que edificaron el templo de la Concordia.

Raro antídoto por cierto, y remedio bien donoso contra las sediciones, fué poner á los ojos de los que hacían sus parlamentos al pueblo el templo de la Concordia por testigo, memoria de la muerte y castigo de los Gracos: la utilidad que sacaron de esta providencia lo manifiesta el fatal suceso de las calamidades que se siguieron; pues desde entonces procuraron los que hacían los parlamentos no separarse del ejemplo de los Gracos, antes, sí, salir con lo que ellos pretendieron, como fueron Lucio Saturnino, tribuno del pueblo, y Cayo Servilio, pretor, y mucho después Marco Druso. De cuyas sediciones y alborotos resultaron primeramente infinitas muertes, encendiéndose después el fuego de las guerras sociales, con las cuales padeció mucho la Italia, llegando á sufrir una infeliz desolación y destrucción. En seguida acaeció la guerra servil, ó de los esclavos, y las guerras civiles, en las cuales hubo reñidos encuentros y batallas, derramándose mucha sangre; de manera que casi todas las gentes de Italia, en que principalmente consistía la fuerza del imperio romano, fueron domadas con una fiera barbarie: tuvo principio la guerra servil de un corto número, esto es, de menos que de setenta gladiadores; pero ¿á cuán crecido número, fuerte, feroz y bravo llegó? ¿Qué de generales romanos venció y rompió aquel limitado ejército? ¿Qué de provincias y ciudades destruyó? En fin, fueron tantas, que apenas lo pudieron declarar circunstanciadamente los que escribieron la historia. Y no sólo hubo esta guerra servil, sino que también antes de ella, gen-

tes viles y de baja extracción talaron la provincia de Macedonia, y después á Sicilia y toda la costa del mar; y cuán grandes y horrendos latrocinios hicieron en el principio, y después cuán poderosa guerra los corsarios, ¿quién lo podrá referir conforme á su grandeza?

CAPÍTULO XXVII

De las guerras civiles de Mario y Sila.

Y cuando Mario, ensangrentado ya en la sangre de sus ciudadanos, habiendo muerto y degollado á infinitos de la parcialidad contraria, vencido, se fué huyendo de Roma, respirando apenas por un breve rato la ciudad (por usar de las palabras de Tulio), volvió otra vez á lidiar Cinna con Mario. Entonces, con la muerte de varones tan esclarecidos, murió la refulgente antorcha, honor y gloria de esta ínclita ciudad. Vengó después Sila la crueldad de esta victoria, y no es menester relacionar con cuánta disminución de ciudadanos y con cuánto detrimento de la república fué, porque de esta venganza, que fué más perniciosa que si los delitos que se castigaban quedaran sin castigo, dice también Lucano: «excedió la medicina el modo, y profundizó demasiado la mano por donde cundía la enfermedad.» Perecieron los culpados, mas en un tiempo en que los que restaban solos podían ser culpados, en cuya lastimosa situación se dió libertad á los odios, corrió presurosamente la ira y el rencor, sin miedo del freno de las leyes. En esta guerra de Mario y Sila, además de los que murieron fuera en los combates, también dentro de Roma se llenaron de cuerpos muertos las calles, plazas, teatros y templos; de modo que apenas se pu-

diera imaginar cuándo los vencedores hicieron mayor matanza y estrago, si cuando vencían, ó después de haber vencido; pues en la victoria de Mario, cuando volvió del destierro, además de las muertes que se hicieron á cada paso por todas partes, la cabeza del cónsul Octavio se puso en los rostros; degollaron en sus mismas casas á César y á Fimbria; hicieron pedazos á los Crasos padre é hijo, al uno en presencia del otro; Bebio y Numitor perécieron arrastrados con unos garfios, derramando por el suelo sus entrañas. Catulo, tomando veneno, se libró de las manos de sus enemigos. Merula, que era flamen dial ó sacerdote de Júpiter, abriéndose las venas sacrificó su vida y sangre á Júpiter; y delante del mismo Mario daban luego la muerte á todos los que, saludándole, no les alargaba la mano.

CAPÍTULO XXVIII

Cual fué la victoria de Sila, que fué la que vengó la crueldad de Mario.

La victoria de Sila, que se siguió luego (la que, en efecto, vindicó la crueldad pasada á fuerza de mucha sangre de los ciudadanos, con cuyo derramamiento y á cuya costa se había conseguido, fenecida ya la guerra, permaneciendo todavía las enemistades), ejecutó aún más fieramente su rigor en la paz. Después de las primeras y recientes muertes que ejecutó Mario el mayor, habían ya hecho otras aun más horribles Mario el joven y Carbón, que eran de la misma parcialidad de Mario, sobre quienes viniendo en seguida Sila, desesperados no sólo de la victoria, sino también de la misma vida, llenaron toda la ciudad de cadáveres, así con

sus propias muertes como con las ajenas; porque además del estrago que por diversas partes hicieron, cercaron también el Senado, y de la misma Curia, como de una carcel, los iban sacando al matadero. El pontífice Mucio Scébola (cuya dignidad entre los romanos era la más sagrada, como el templo de Vesta donde servía) se abrazó con la misma ara, y allí le degollaron; y aquel fuego, que con perpetuo cuidado y vigilancia de las vírgenes siempre ardía, casi pudo apagarse con la sangre vertida del sumo Sacerdote. En seguida entró Sila victorioso en la ciudad, habiendo primeramente en el camino, en un lugar público (encarnizándose no ya la guerra, sino la paz), degollado, no peleando, sino por expreso mandato, setenta hombres que se le habían rendido desarmados del todo. Y como por toda la ciudad cualquiera partidario de Sila mataba al que quería, era imposible contar los muertos; hasta que advirtieron á Sila que era conveniente dejar á algunos con la vida, para que hubiese á quien pudiesen mandar los vencedores. Entonces, habiéndose ya aplacado la desenfrenada licencia de matar, que por todas partes se observaba incesantemente, se propuso con grandes parabienes y aplauso una tabla ó lista que contenía veinte personas que se habían de matar y proscribir del estado noble, contándose así de los caballeros como de los senadores un número sumamente crecido; pero daba consuelo solamente el ver que tenía fin, y no por ver morir á tantos era tanta la aflicción, como era la alegría de ver á los demás libres del temor. Sin embargo, de la misma seguridad de los demás (aunque cruel é inhumana) hubo motivos suficientes para compadecer y llorar los exquisitos géneros de muertes que padecieron algunos de los que fueron condenados á muerte; porque hubo hombre á quien, sin intervención de hierro, le hicieron pedazos entre las manos, despedazando los verdugos á

un hombre vivo con más fiereza que acostumbraban las mismas fieras despedazar un cuerpo muerto. Á otro, habiéndole sacado los ojos y cortádole parte por parte sus miembros, le hicieron vivir penando entre horribles tormentos, ó, por mejor decir, le hicieron morir muchas veces. Yendiéronse en almoneda, como si fueran granjas, algunas nobles ciudades, y entre ellas una, y como si mandaran matar á un particular delincuente, decretaron fuese toda ella pasada á cuchillo. Todo esto se hizo en paz, después de concluída la guerra, no por abreviar en conseguir la victoria, sino por no despreciar la ya alcanzada. Compitió la paz sobre cuál era más cruel con la guerra, y venció; porque la guerra mató á los armados, y la paz á los desnudos. La guerra se fundaba en que el herido, si podía, hiriese; mas la paz estribaba, no en que el que se escapase viviese, sino que muriese sin hacer resistencia.

CAPÍTULO XXIX

Compara la entrada de los godos con las calamidades que padecieron los romanos, así de los galos como de los autores y caudillos de las guerras civiles.

¿Qué furor de gentes extrañas, qué crueldad de bárbaros se puede comparar á esta victoria de ciudadanos conseguida contra sus mismos ciudadanos? ¿Qué espectáculo vió Roma más funesto, más horrible y más feroz? ¿Fué por ventura más inhumana la entrada que en tiempos antiguos hicieron los galos, y poco hace los godos, que la fiereza que usaron Mario y Sila y otros insignes varones de su parcialidad, que eran como lumbreras de esta ciudad, con sus propios miembros? Es verdad que los galos pasaron á cuchillo á los senadores

y á todos cuantos pudieron hallar en la ciudad, á excepción de los que habitaban en la roca del Capitolio, la cual, sola, como quiera se defendió. Con todo, á los que se habían guarecido en aquel lugar les vendieron á lo menos las vidas á trueque de oro, las cuales, aunque no pudieron quitárselas con las armas, sin embargo, pudieron consumírselas con el cerco. Y por lo respectivo á los godos, fueron tantos los senadores á quienes perdonaron la vida, que causa admiración que se la quitasen á algunos; pero al contrario Sila, viviendo todavía Mario entró victorioso en el mismo Capitolio (el cual permaneció exento, seguro del furor de los galos), para ponerse á decretar allí las muertes de sus compatriotas; y, habiendo huído Mario, escapando para volver más fiero y más cruel éste, en el Capitolio, por consulta y decreto del Senado privó á infinitos de la vida y de la hacienda: y los del partido de Mario, estando ausente Sila, ¿qué cosa hubo de las que se tienen por sagradas á quien ellos perdonasen, cuando ni á Mucio, que era su ciudadano, senador y pontífice, teniendo asida con infelices abrazos la misma ara, adonde estaba (como dicen) el hado y la fortuna de los romanos, perdonaron? Y aquella última tabla ó lista de Sila, dejando aparte otras innumerables muertes, ¿no degolló ella sola más senadores que los godos pudieron despojar?

CAPÍTULO XXX

De la conexión de muchas funestas guerras que precedieron antes de la venida de Jesucristo.

¿Con qué ánimo, pues, con qué valor, con qué desvergüenza, con qué ignorancia, ó, por mejor decir, de-

mencia, no se atreven á imputar aquellos desastres á sus dioses, y éstos los atribuyen á nuestro Señor Jesucristo? Las crueles guerras civiles (más funestas aún, por confesión de sus propios autores, que todas las demás guerras tenidas con sus enemigos, pues con ella se consideró aquella república no tanto por perseguida y afligida, sino por totalmente perdida) nacieron mucho antes de la venida de Jesucristo, y con la conexión y enlace de infaustas causas, originadas de la guerra de Mario y Sila, llegaron las guerras de Sertorio y Catilina, de los cuales el uno había sido proscripto y vendido por Sila, y el otro se había criado con él: de allí procedieron á la guerra de Lépido y Catulo, de los cuales el uno quería abrogar lo que había hecho Sila, y el otro lo quería sostener; después caminaron á la de Pompeyo y César, de los cuales Pompeyo había sido de la parcialidad de Sila, á cuya potencia y dignidad había ya llegado, y aun pasado, lo que no podía tolerar César por no hallarse igualmente autorizado; pero al fin logró conseguirla, y aun mayor, habiendo vencido y muerto á Pompeyo: desde aquí fueron siguiendo sucesivamente hasta el otro César, que después se llamó Augusto (en cuyo tiempo nació Jesucristo) porque también este Augusto sostuvo muchas guerras civiles, y en ellas murieron infinitos varones insignes, entre los cuales fué uno Cicerón, aquel elocuente artífice del gobierno de una república. Asimismo Cayo César (el que venció á Pompeyo y usó con tanta clemencia de la victoria civil) haciendo merced á sus enemigos de las vidas y dignidades, como si fuera tirano, se conjuraron contra él algunos nobles senadores so color de la libertad republicana, y le dieron de puñaladas en el mismo Senado, á cuyo poder absoluto y gobierno despótico parece aspiraba después Antonio, bien diferente de él en su condición, contaminado y corrupto de todos

los vicios, á quien se opuso animosamente Cicerón, bajo el pretexto de la misma libertad patria. Entonces comenzó á descubrirse el otro César, joven de esperanzas y bella índole, hijo adoptivo de Cayo Julio César, quien, como llevo dicho, se llamó después Augusto: á este mancebo ilustre, para que su poder creciese contra el de Antonio, favorecía Cicerón, prometiéndose que Octavio, aniquilado y oprimido el orgullo de Antonio, restituiría á la república en su primitiva libertad; pero estaba tan obcecado y era tan poco pródigo en el examen de las consecuencias futuras, que el mismo Octavio, cuya dignidad y poder él fomentaba, permitió después, y concedió, como por una capitulación de concordia, á Antonio, que pudiese matar á Cicerón, y aquella misma libertad republicana, en cuyo favor había perorado tantas veces Cicerón, la redujo debajo de su potestad y dominio, extinguiéndola del todo.

CAPÍTULO XXXI

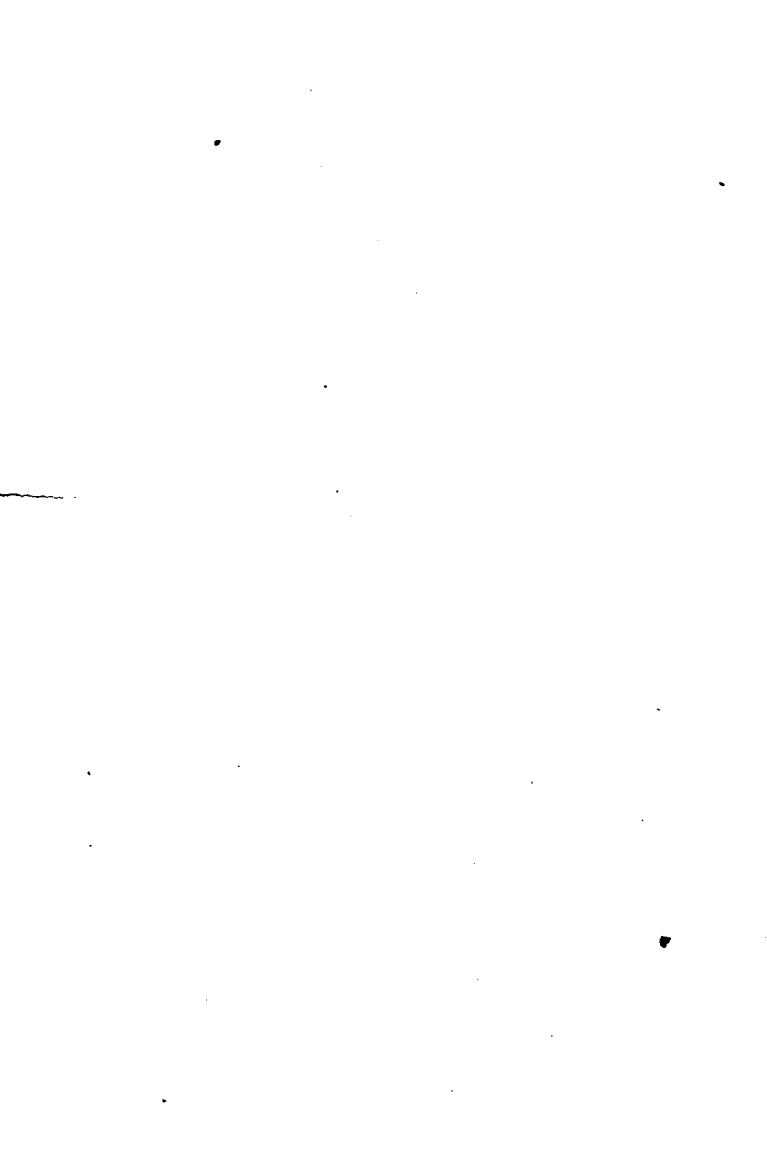
Con qué poco pudor imputan á Cristo los presentes desastres aquellos á quienes no se les permite que adoren á sus dioses, habiendo habido tantas calamidades en el tiempo que los adoraban.

Acusen á sus dioses por tan reiteradas desgracias los que se muestran desagradecidos á nuestro Salvador por tantos beneficios. Por lo menos cuando sucedían, aquellos males hervían de gente las aras de los dioses, y exhalaban de sí el olor del incienso Sabeo, y de las frescas y olorosas guirnaldas. Los saderdocios eran ilustres, los lugares sagrados resplandecían, se frecuentaban los sacrificios, los juegos y diversiones en los

templos, al mismo tiempo que por todas partes se derramaba tanta sangre de los ciudadanos por los mismos ciudadanos, no sólo en cualquiera lugar, sino entre los mismos altares de los dioses. No escogió Cicerón templo adonde acogerse, porque consideró que en vano le había ya elegido Mucio; pero estos ingratos, que con menos motivo se quejan de los tiempos cristianos, ó se acogieron á los lugares dedicados á Cristo, ó los mismos bárbaros los condujeron á ellos para que libertasen sus vidas. Esto tengo por cierto, y cualquiera que lo mirase sin pasión fácilmente advertirá (por omitir muchas particularidades que ya he referido y otras que me pareció largo relacionarlas) que si los hombres recibieran la fe cristiana antes de las guerras Púnicas y sucedieran tantas desgracias y estragos como en aquellas guerras padeció Africa y Europa, ninguno de estos que ahora nos persiguen lo atribuyera sino á la religión cristiana; y mucho más insufribles fueran sus voces y lamentos por lo respectivo á los romanos, si después de haber recibido y promulgado la religión cristiana, hubiera sucedido, ó la entrada de los galos, ó la ruina y destrucción que causó la impetuosa avenida del río Tíber y el fuego, ó, lo que sobrepuja á todas las calamidades, aquellas guerras civiles y los demás infortunios que sucedieron, tan contrarios al humano crédito, que se tuvieron por prodigios, los que si sucedieran en los tiempos cristianos, ¿á quiénes se lo habían de atribuir como culpas suyas sino á los cristianos? Paso en silencio, pues, los sucesos que fueron más admirables que perjudiciales, de cómo hablaron los bueyes, cómo las criaturas que aun no habían nacido pronunciaron algunas palabras dentro del vientre de sus madres, cómo volaron las serpientes, cómo las gallinas se convirtieron en gallos y las mujeres en hombres, y otros portentos de este jaez que se hallan estampados en sus li-

bros, no en los fabulosos, sino en los históricos, ya sean verdaderos, ya sean falsos, que causan á los hombres no daño, sino espanto y admiración; asimismo aquel raro suceso de cuando llovió tierra, cuando llovió greda, cuando llovió piedras, en cuya expresión no se entiende que apedreó como cuando se entiende el granizo por este nombre, sino que realmente cayeron piedras, cantos y guijarros; esto, sin duda, que pudo hacer también mucho daño. Leemos en sus autores que, derramándose, y bajando llamas de fuego desde la cumbre del monte Etna á la costa vecina, hirvió tanto el mar, que se abrasaron los peñascos y se derretió la pez y resina de las naves; este suceso causó terribles daños, aunque fué una maravilla increíble. En otra ocasión, con el mismo fuego escriben que se cubrió Sicilia de tanta cantidad de pavesa ó ceniza, que las casas de la ciudad de Catania, oprimidas con el peso, dieron en tierra; y, compadecidos de esta calamidad, los romanos les perdonaron benignamente el tributo de aquel año; también refieren en sus historias que en Africa, siendo ya provincia sujeta á la república romana, hubo tanta multitud de langostas que anublaban el Sol, las cuales, después de consumir los frutos de la tierra hasta las hojas de los árboles, dicen que se formó una inmensa é impenetrable nube y dió consigo en el mar; y que, muriendo allí y volviendo el agua á atrojarlas á la costa, inficionándose con ellas la atmósfera, aseguran que causó tan terrible peste, que, según su testimonio, sólo en el reino de Masinisa perecieron 80.000 personas, y muchas más en las tierras próximas á la costa. Entonces afirman que en Utica, de 30.000 soldados que había de guarnición quedaron vivos sólo diez. No puede darse semejante fanatismo como el que nos persigue y obliga á que respondamos que el suceso más mínimo de éstos que hubiese acontecido en la actual época, le

atribuirían al influjo y profesión de la religión cristiana, si le vieran en los tiempos cristianos. Y, con todo, no imputan estas desgracias á sus dioses, cuya religión procuran establecer por no padecer iguales calamidades ó menores, habiéndolas padecido mayores los que antes los adoraban.



LIBRO CUARTO

CAPÍTULO I

De lo que se ha dicho en el Libro primero.

Debiendo empezar ya á tratar de la Ciudad de Dios, fui de parecer responder en primer lugar á los enemigos del dogma católico, quienes, como viven arrastrados de los gustos y deleites terrenos, apeteciendo con ansia los bienes caducos y perecederos, cualquiera adversidad que padecen, cuando Dios, usando de su misericordia, los advierte y avisa, suspendiendo el castigarlos con todo rigor y justicia, lo atribuyen criminalmente á la religión cristiana, la cual es solamente la verdadera y saludable religión; y porque entre ellos hay también vulgo estúpido é ignorante, se arrebatan con mayor ardor é irritan contra nosotros, como excitados y sostenidos de la autoridad respetable de los doctos; persuadiéndose los necios que los sucesos extraordinarios que acaecen con la vicisitud de los tiempos, no solían acontecer en las épocas pasadas: confirman su falsa opinión con disimular que lo ignoran, no obstante que saben que es falsa, para que de este modo sea persuadible á los entendimientos humanos es justa la queja que manifiestan tener contra nosotros; porque lo que fué necesario demostrar por los mismos libros que escribieron sus historiadores dándonos una noticia exten-

sa y circunstanciada de la historia y sucesos ocurridos en los tiempos pasados, que es muy al contrario de lo que opinan; y asimismo enseñar que los dioses falsos que entonces adoraban públicamente, y ahora todavía adoran en secreto, son unos espíritus inmundos, perversos y engañosos demonios, tan procaces, que tienen su mayor deleite y complacencia en oír y examinar ocularmente las culpas y maldades más execrables, sean ciertas ó fingidas, aunque seguramente suyas, las cuales quisieron se celebrasen y anunciasen solemnemente en sus fiestas, á efecto de que la humana imbecilidad no se ruborizase en perpetrar acciones feas y reprehensibles, teniendo por imitadores de las más impías á las mismas deidades, lo cual no he probado yo precisamente por indicios ó conjeturas falibles, sino ya por lo sucedido en nuestros tiempos, en los que yo mismo vi hacer y celebrar semejantes torpezas en honor de los dioses, y ya por lo que está escrito en autores que dejaron á la posteridad la recordación de estas torpes celebridades, considerándolas, no como infames, sino como honoríficas y apreciables á sus dioses. De modo que Varrón, sujeto docto y de grande autoridad entre los gentiles, formando unos libros que trataban de las cosas divinas y humanas, y distribuyendo, conforme á la calidad de cada uno, en unos las materias divinas y en otros las humanas, á lo menos no colocó los juegos escénicos entre las cosas humanas, sino entre las divinas, siendo seguramente cierto que si en Roma hubiera solamente personas honestas y virtuosas, ni aun en las cosas humanas fuera justo que hubiera juegos escénicos; lo cual ciertamente no estableció Varrón de autoridad propia, sino como nacido y criado en Roma, los halló así numerados entre las cosas divinas.

CAPÍTULO II

De lo que se contiene en el Libro segundo y tercero.

Y porque al fin del Libro primero expusimos en compendio lo que en adelante habíamos de referir, y parte de ello dijimos en los dos libros siguientes, reconozco la obligación en que estoy empeñado de cumplir en lo restante con la esperanza de los lectores. Prometimos, pues, hablar contra los que atribuyen las calamidades padecidas en la república romana á nuestra religión, y relacionar con extensión todos los males y penalidades grandes y pequeñas que nos ocurriesen á la memoria, ó las suficientes para demostrar claramente las que padeció Roma y las provincias que estaban bajo su imperio antes de que se prohibieran absolutamente los sacrificios. Todos los cuales infortunios, sin duda nos los atribuyeran si entonces tuvieran ellos noticia de nuestra religión ó les vedase sus sacrílegas oblaciones: este punto, á lo que creo, le hemos desempeñado bastante en el Libro segundo y tercero. En el segundo, cuando tratamos de los males de las costumbres que se deben estimar, ó por solos ó por sumos; y en el tercero, cuando raciocinamos de las calamidades que temen los necios y huyen de padecer; es á saber, de los males corporales y de las cosas exteriores, las cuales por mayor parte sufren también los buenos; pero al contrario, las desgracias con que empeoran sus costumbres las toleran, no digo yo con paciencia, sino con mucho gusto. Ha sido sumamente limitada la relación que he dado de las desgracias de Roma y de su imperio, y de éstas no he referido todas las ocurridas hasta Augusto César; pues si me hubiera propuesto contar y exagerarlas todas, no las que se causan los

hombres mutuamente unos á otros, como son los estragos y ruinas que motivan las guerras, sino las que atraen á la tierra los elementos celestes, las que resumió en epílogo Apuleyo en el libro que escribió del mundo, diciendo que todas las cosas de la tierra tenían mutaciones, conversiones y muertes, porque asegura (usando de su palabras) «que se abrió la tierra con terribles temblores, se tragó ciudades enteras y mucha gente; que rompiéndose las cataratas del cielo, se anegaron provincias enteras; que las que anteriormente habían sido continente y tierra firme, quedaron aisladas con las ondas marítimas; que otras, por el descenso y remisión del mar, se hicieron accesibles á pie enjuto; que fueron assoladas y destruídas hermosas ciudades con furiosos vientos y tempestades; que de las nubes descendió fuego con que perecieron y fueron abrasadas algunas regiones en el Oriente; que en el Occidente las frecuentes crecientes y avenidas de los ríos causaron igual estrago, y que en tiempos antiguos, abriéndose y despeñándose de las cumbres del monte Etna hacia abajo aquellas encendidas bocas con divino incendio, corrieron ríos de llamas y fuego, como si fuesen una impetuosa avenida de agua.» Si estas particularidades y otras semejantes intentara yo recopilar (las que se hallan en varias historias de donde podría trasladarlas), ¿cuándo acabaría de referir las que acontecieron en aquellos lastimosos tiempos, antes que el nombre de Cristo reprimiese á los incrédulos sus vanidades y contradicciones á la verdadera creencia? Prometí asimismo patentizar cuáles fueron las costumbres que quiso favorecer para acrecentar con ellas el imperio el verdadero Dios, en cuya potestad están todos los reinos, y por qué causa y cuán poco les auxiliaron estos que tienen por dioses, ó, por mejor decir, cuántos daños les causaron con sus seducciones y falacias: sobre

cuyo punto advierto ahora que me conviene hablar, y aun más del acrecentamiento del imperio romano, porque del pernicioso engaño de los demonios, á quienes adoraban como á dioses, y de los grandes daños que ha causado en sus costumbres su culto, queda ya dicho lo suficiente, especialmente en el Libro segundo. En el discurso de todos tres libros, donde lo juzgué á propósito, referí igualmente los imponderables consuelos que en medio de los trabajos de la guerra envía Dios á los buenos y á los malos por amor á su santo nombre, á quien, al contrario de lo que se acostumbra en campaña, tuvieron los bárbaros tanto respeto, tributando obediencia y reconocimiento al augusto nombre de Aquel que hace salga su sol sobre los buenos y los malos, y que llueva sobre los justos y los injustos.

CAPÍTULO III

Si la grandeza del imperio que no se alcanza sino con la guerra, se debe computar entre los bienes que llaman, así de los felices como de los sabios.

Veamos ya y examinemos las causales que pueden alegar para demostrar la grandeza y duración tan dilatada del imperio romano, no sea que se atrevan á atribuirle á estos dioses, á quienes, insisten, han reverenciado y servido honestamente con juegos torpes y por ministerio de hombres impúdicos, aunque primero quisiera indagar en qué razón ó prudencia humana se funda, que no pudiendo probar sean felices los hombres que andan siempre ocupados en un tenebroso temor y una sangrienta codicia en los estragos de la guerra y en derramar la sangre de sus ciudadanos ó de otros ene-

migos, aunque siempre humana, tanto que solemos comparar al vidrio el contento y alegría de estos tales que frágilmente resplandece, de quien con más horror tememos no se nos quiebre de improviso, con todo, quieran gloriarse de la opulencia y latitud de su imperio. Y para que esto se entienda más fácilmente y no nos desvanecemos llevados del viento de la vanidad, y no escandalicemos la vista de nuestro entendimiento con voces de grande bulto, oyendo pueblos, reinos, provincias, pongamos dos hombres, porque así como se considera una letra en la razón ó cláusula que se escribe, así cada hombre se considera como un principio y elemento de una ciudad y de un reino, por más grande y extenso que sea. Supongamos que el uno de éstos es pobre ó de mediana hacienda, y el otro muy rico; pero éste, contristado con temores, consumido de melancolía, abrasado de codicia, nunca seguro, siempre inquieto, batallando con perpetuas contiendas y enemistades, que con estas miserias va acrecentando sobremanera su patrimonio, y con tales incrementos va acumulando también gravísimos cuidados; y el de mediana hacienda, contento con su corto caudal, acomodado á sus facultades, muy querido de sus deudos, vecinos, confidentes y amigos, gozando de una paz dulce, piadoso en la religión, de corazon benigno, de cuerpo sano, reglado en la vida, honesto en las costumbres y seguro en conciencia. No sé si puede haber alguno tan necio que se atreva á poner duda sobre á cuál de estos haya de preferir: así, pues, como en estos dos hombres, así en dos pueblos, así en dos reinos se sigue la misma razón y concorde regla de la semejanza é igualdad, la cual, aplicada con acuerdo, si corrigiésemos y despavilásemos los ojos de nuestro entendimiento, fácilmente advertiríamos dónde se halla la vanidad y dónde la felicidad; por lo cuál, si se adora á un verdadero Dios y le

sirven con verdaderos sacrificios, con buena vida y costumbres, es útil é importante que los buenos reinen mucho tiempo con crecidos honores y apreciables dictados, cuya felicidad no es precisamente útil á ellos solos, sino á aquellos sobre quienes reinan; pues por lo respectivo á éstos, su religión y santidad (que son grandes dones de Dios) les basta para conseguir la verdadera felicidad, con la que pueden pasar dichosamente esta vida y después alcanzar la eterna. En la tierra se concede el reino á los buenos, no tanto por utilidad suya como de las cosas humanas; pero el reino que se da á los malos, antes es en daño de los que reinan, pues estragan y destruyen sus ánimos con la mayor libertad de pecar, aunque á los súbditos y á los que los sirven no les puede perjudicar sino su propio pecado: pues todos cuantos perjuicios causan los malos señores á los justos, no es pena del pecado, sino examen y prueba de la virtud; por tanto, el bueno, aunque sirva, es libre, y el malo, aunque reine, es esclavo, y no de solo un hombre, sino, lo que es más pesado, de tantos señores como vicios le dominan, de los cuales, tratando la Escritura, dice: «que por el mismo hecho de dejarse uno vencer ó rendir á otro, viene á ser su esclavo.»

CAPÍTULO IV

Cuán semejantes á los latrocinios son los reinos sin justicia.

Sin la virtud de la justicia ¿que son los reinos sino unos execrables latrocinios? Y estos ¿qué son sino unos reducidos reinos? Estos son ciertamente una junta de hombres gobernada por su caudillo y príncipe, la que está unida entre sí con el pacto de la sociedad, distri-

buyendo la presa y las conquistas conforme á las leyes y condiciones que mutuamente establecieron. Esta sociedad, digo, cuando llega á crecer y fomentarse con el concurso de gentes abandonadas, de modo que tenga ya lugares, funde poblaciones fuertes y magníficas, ocupe ciudades y sojuzgue pueblos, toma otro nombre más ilustre llamándose reino, el cual se le concede ya al descubierto, no la ambición que ha dejado, sino la libertad, sin miedo de las vigorosas leyes que se le han añadido; y por eso con mucho donaire y verdad respondió un corsario, siendo preso, á Alejandro Magno, preguntándole este rey qué le parecía cómo tenía inquieto y turbado el mar, con arrogante libertad le dijo: y ¿qué te parece á ti cómo tienes conmovido y turbado todo el mundo? Mas porque yo ejecuto mis piraterías con un pequeño bajel me llaman ladrón, y á ti, porque las haces con formidables ejércitos te llaman rey.

CAPÍTULO V

De los gladiadores fugitivos cuyo poder vino á ser semejante á la dignidad real.

Por lo cual dejo de examinar qué clase de hombres fueron los que juntó Rómulo para la fundación de su nuevo Estado, resultando en beneficio suyo la nueva creación del Imperio; mediante á que se valió de este medio para que con aquella nueva forma de vida, en la que tomaban parte y participaban de los intereses comunes de la nueva ciudad, dejasen el temor de las penas que merecían por sus demasías, cuyo miedo los impelía á cometer crímenes más detestables, y desde entonces viviesen con más sosiego entre los hombres con-

federados para entablar esta nueva sociedad. Digo lo mismo, que el imperio romano, siendo ya grande y poderoso con las muchas naciones que había sujetado, espantoso y terrible su nombre á las demás, experimentó terribles vaivenes de la fortuna, y temió con justa razón, viéndose oprimido de una dificultad bastante grave de poder escapar de una terrible calamidad, cuando ciertos gladiadores, bien pocos en número, huyéndose á Campania de la casa ó escuela donde se ejercitaban, juntaron un formidable ejército que, acaudillado de tres famosos jefes, destruyeron cruelmente gran parte de Italia. Dígannos: ¿qué Dios ayudó á los revelados para que, de un pequeño latrocinio llegasen á poseer un reino, que puso terror á tantas y tan exorbitantes fuerzas de los romanos? ¿Acaso porque duraron poco tiempo se ha de negar que no les ayudó Dios, como si la vida de cualquier hombre fuese muy prolongada? Luego bajo este supuesto, á nadie favorecen los dioses para que reine, pues que todos se mueren presto, ni se debe tener por beneficio lo que dura poco tiempo en cada hombre, y lo que de uno en uno en todos se desaparece como humo. ¿Qué les importa á los que en tiempo de Rómulo adoraron los dioses, y hace tantos años que murieron, que después de su fallecimiento haya crecido tanto el imperio romano, estando ellos en los infiernos siguiendo sus causas? Si buenas ó malas, no interesa por ahora al asunto que tratamos, y esto se debe entender de todos los que por el mismo imperio (aunque muriendo unos, y sucediendo en su lugar otros, se extienda y dilate por largos años), en pocos días y con otra vida lo pasaron presurosa y arrebatadamente, cargados y oprimidos con el insoportable peso de sus acciones criminales; y si, con todo, los beneficios de un breve tiempo se deben atribuir al favor y ayuda de los dioses, no poco ayudaron á los gladiadores, que rom-

pieron las cadenas de su servidumbre y cautiverio, huyeron y se pusieron en salvo, juntaron un ejército numeroso y poderoso, y obedeciendo á los consejos y preceptos de sus caudillos ó reyes, causando terror á la formidable Roma, resistiendo con valor y denuedo á algunos generales romanos, tomaron y saquearon muchas poblaciones, gozaron de muchas victorias y de los deleites que quisieron: todo cuanto les excitaba y proponía su apetito, eso mismo hicieron, hasta que finalmente fueron vencidos (cuya gloria costó bastante sangre á los romanos), y vivieron reinando con poder y majestad. Pero descendamos á asuntos de mayor momento.

CAPÍTULO VI

De la codicia del rey Nino, que por extender su dominio fué el primero que movió guerra á sus vecinos.

Justino, siguiendo á Trogo Pompeyo, escribió, no sólo en latín, como él, sino también en griego, la peregrina historia de varias y extrañas naciones: comienza de este modo sus libros: «Al principio del mundo el imperio y dominio de las naciones le tuvieron los reyes, quienes eran elevados al alto grado de la majestad, no por ambición popular, sino por la buena opinión que los hombres tenían de su conducta y gobierno. Los pueblos se gobernaban sin leyes, sirviendo de tales los arbitrios y dictámenes de los reyes, los que estaban acostumbrados más á defender que á dilatar ambiciosamente los términos de su imperio. El reino que cada uno poseía se incluía dentro de los límites de su patria. Nino, rey de los asirios, fué el primero que con nueva

codicia y deseo de dominar mudó esta antigua costumbre, conservada de unos á otros desde sus antepasados. Este monarca fué el primero que movió guerra á sus vecinos, y sujetó, como no sabían aun hacer resistencia, todas las naciones situadas hasta los confines de Livia: y á poco tiempo Nino, dice, estableció y confirmó la grandeza del dominio y Estados que había ganado con la continua posesión. Habiendo, pues, sujetado á sus comarcas, como con el acrecentamiento de las fuerzas militares pasase con más pujanza contra otras naciones, y siendo la victoria que acababa de conseguir instrumento para la siguiente, sojuzgó las provincias y naciones de todo el Oriente.» Sea lo que fuere el crédito que se debe dar á Justino ó á Trogo Pompeyo (porque otras historias más verdaderas manifiestan que mintieron en algunos particulares); con todo, consta también entre los otros escritores que el rey Nino fué el que extendió fuera de los límites regulares el reino de los asirios, durando por tan dilatados años, que el imperio romano no ha podido igualársele en el tiempo: pues según escriben los cronologistas, el reino de los asirios, contando desde el primer año en que Nino empezó á reinar hasta que se transfirió á los medos, duró 1,240 años. El mover guerra á sus vecinos, pasar después á invadir á otros afligir y sujetar los pueblos sin tener para ello causa justa, sólo por ambición de dominar, ¿cómo debe llamarse sino un grande latrocinio?

CAPÍTULO VII

Si los dioses han dado ó dejado de dar su ayuda á los reinos de la tierra para sus acrecentamientos ó disminuciones.

Si el reino de los asirios fué tan opulento y permaneció por tantos siglos sin el favor de los dioses, ¿por qué

el de los romanos, que se ha extendido por tan dilatadas regiones y ha durado tantos años, se ha de atribuir su permanencia á la protección de los dioses de los romanos, cuando la misma paridad corre en el uno que en el otro? Y si dijese que la conservación de aquél debe atribuirse también al auxilio y favor de los dioses, pregunto: ¿de qué dioses? Si las otras naciones que domó y sujetó Nino no adoraban entonces otros dioses, ó si tenían los asirios dioses propios que fuesen como artífices más diestros para fundar y conservar imperios, pregunto: ¿se murieron acaso cuando ellos perdieron igualmente el imperio? ¿Ó por qué no les recompensaron sus penosos cuidados, ó por qué ofreciéndoles mayor recompensa, quisieron más pasarse á los medos, y de allí otra vez, convidándolos Ciro y proponiéndolos tal vez partidos más ventajosos á los persas? Los cuales, en muchas y dilatadas tierras del Oriente, después del reino de Alejandro de Macedonia, que fué grande en las posesiones y brevísimo en su duración, todavía perseveran hasta ahora en su reino. Y si esto es cierto, ó son infieles los dioses que, desamparando á los suyos, se pasan á los enemigos, cuya traición no ejecutó Camilo, siendo hombre, cuando habiendo vencido y conquistado para Roma una ciudad, su mayor émula y enemiga, ella le correspondió ingrata, á la cual, sin embargo de este desagradecimiento, olvidado después de sus agravios y recordado del amor á su patria, la volvió á librar segunda vez de la invasión de los galos; ó no son tan fuertes y valerosos como es regular sean los dioses, pues pueden ser vencidos por industria ó por humanas fuerzas; ó cuando traen entre sí guerra, no son los hombres quienes vencen á los dioses, sino que acaso los dioses propios de una ciudad vencen á los otros. Luego también estos falsos númenes sustentan mutuamente enemistades, las cuales defienden

cada uno respectivamente por los de su parcialidad. Luego no debió Roma adorar más á sus dioses que á los extraños, por quienes eran favorecidos sus adoradores. Finalmente, como quiera que sea este tránsito de los dioses, ó huida, ó transmigración, ó defección en las batallas; con todo, aun no se había predicado en aquellos tiempos y en aquellas tierras el nombre de Jesucristo, cuando se perdieron tan poderosos reinos ó transfirió su poder y majestad con crueles estragos y guerras: porque si al cabo de 1200 años, y los que van hasta que se arruinó el imperio de los asirios, predicara ya allí la religión cristiana otro reino eterno, y prohibiera la sacrilega adoración de los falsos dioses, ¿qué otra cosa dijeran los hombres ilusos de aquella nación, sino que el reino que había existido por tantos años no se pudo perder por otra causa sino por haber desamparado su religión y abrazado la cristiana? En cuya alucinación, que pudo suceder, mírense éstos como en un espejo y tengan pudor, si acaso conservan alguno, de quejarse de semejantes acaecimientos, aunque la ruina del imperio romano más ha sido aflicción que mudanza, la que le acaeció igualmente en otros tiempos muy anteriores á la promulgación del nombre de Jesucristo y de su ley evangélica; reparándose al fin de quella aflicción de que no debemos desconfiar en esta época, porque en esto, ¿quién sabe la voluntad de Dios?

CAPÍTULO VIII

Qué dioses piensan los romanos que le han acrecentado y conservado su imperio, habiéndoles parecido que apenas se podía encomendar á estos dioses, y á cada uno de por sí, el amparo de una sola cosa.

Parece muy á propósito veamos ahora entre la turba de dioses que adoraban los romanos, cuáles creen ellos

fueron los que acrecentaron ó conservaron aquel imperio. ¿Por qué en un empeño tan famoso y de tan alta dignidad no se atreven á conceder alguna parte de gloria á la diosa Cloacina, ó á la Volupia, llamada así de *voluptate*, que es el deleite, ó la Libentina, denominada así de *libidini*, que es el apetito torpe, ó el Vaticano, que preside á los llantos de las criaturas, ó á la Cunina, que cuida sus cunas? ¿Y cuándo pudiéramos acabar de referir en un solo lugar de este libro todos los nombres de los dioses ó diosas que apenas han podido comprender en abultados volúmenes, dando á cada dios un oficio propio y peculiar para cada ministerio? No se contentaron, pues, con encomendar el cuidado y custodia del campo á un dios particular, sino que encargaron el cortijo y labranza rural á Rusina, las cumbres de los montes al dios Jugatino, los collados á la diosa Colatina, los valles á Valonia. Ni tampoco pudieron hallar una Segecia, tal que de una vez se encargase y cuidase de las mieses, sino que las mieses sembradas, en tanto que estaban debajo de la tierra, quisieron que las tuviese á su cargo la diosa Seya; y cuando habían ya salido de la tierra y criado caña y espiga, la diosa Segecia; y el grano ya cogido y encerrado en las trojes para que se guardase seguramente, la diosa Tultina; para cuyo ministerio no parecía bastante la Segecia, mientras que la mies llegaba desde el principio del verdor de su hierba hasta las secas aristas. Y, con todo eso, no bastó á los hombres afectos á la multitud de los dioses este desengaño, para evitar que la miserable alma no se sujetase y sometiese como una pública ramera á la turba de los demonios, huyendo los castos abrazos de un sólo Dios verdadero. Encomendaron, pues, á Proserpina los granos que brotan y nacen; al dios Nodoto los nudos y articulaciones de las cañas; á la diosa Volutina los capullos y envoltorios de las es-

pigas, y á la diosa Patelena cuando se abren estos capullos para que salga la espiga; á la diosa Hostilina cuando las mieses se igualan con nuevas aristas, porque los antiguos, para igualar, dijeron hostire; á la diosa Flora cuando las mieses florecen; á Lacturcia cuando están en leche; á la diosa Maturãa cuando madura; á la diosa Runcina cuando los arrancan de la tierra: y no lo reflero todo, porque me ruborizo de lo que ellos no se avergüenzan. Esta breve relación que he expuesto ha sido precisamente para que se entienda que de ningún modo se atreverán á decir que estos dioses fundaron, acrecentaron y conservaron el imperio romano; pues en tal conformidad daban á cada uno su oficio, cárgo, que á ninguno encargaban generalmente todos los ministerios. ¿Cuándo Segecia había de cuidar del imperio, si no le era lícito cuidar á un mismo tiempo de las mieses y de los árboles? ¿Cuándo había de cuidar de las armas Cunina, si su potestad no se extendía más que á velar sobre las cunas de los niños? ¿Cuándo Nodoto les había de ayudar en la guerra, si sus facultades aún no se extendían al cuidado del capullo de la espiga, siro á los nudos de la caña? Cada uno pone en su casa un portero, y porque es hombre, es sin duda bastante. Estos pusieron tres dioses, Fórculo para las puertas, Cardea para los quicios, Limentino para los umbrales. Acaso era muy imposible que Fórculo pudiese cuidar juntamente de las puertas, quicios y umbrales.

CAPÍTULO IX

Si la grandeza del imperio romano y el haber durado tanto se debe atribuir á Júpiter, á quien sus adoradores le tienen por el supremo de los dioses.

Dejada, pues, aparte, ú omitida por un breve intervalo la turba de estos dioses particulares, es necesario pasemos á indagar el oficio y cargo de los dioses mayores, con que Roma ha llegado á crecer en tanto grado, que ha tenido el dominio sobre tantas naciones crecido número de siglos. Luego, en efecto, esta gloria se debe á Júpiter Óptimo Máximo, ya que quieren que éste sea el rey de todos los dioses y diosas; lo cual manifiesta su cetro y en la elevada roca Tarpeya el Capitolio. De este dios refieren, aunque por un poeta, que se dijo muy al asunto *Jovis omnia plena*, «que todo estaba lleno de Júpiter»: éste (cree Varrón) es el que adoran también los que veneran un sólo Dios sin sepulcro, aunque le llaman con otro nombre; lo cual, si es así, ¿por qué le trataron tan mal en Roma, así como algunos igualmente entre las demás naciones, erigiéndole simulacros, lo cual al mismo Varrón le descontentó tanto, que con ser contra el uso y depravada costumbre de una ciudad tan populosa, con todo, no dudó de decir y escribir que los que en los pueblos instituyeron simulacros les quitaron el temor y les añadieron error?

CAPÍTULO X

Las opiniones que siguieron los que pusieron diferentes dioses en diversas partes del mundo.

Y ¿por qué razón le acompañan también con su mujer Juno, y permiten que ésta se llame hermana y mu-

jer? ¿Por qué motivo por Júpiter entendemos el cielo, y por Juno el aire, siendo así qué estos dos elementos están juntos, el uno más alto y el otro más bajo? Luego no es aquél de quien se dijo que todo estaba lleno de Júpiter, si alguna parte la llena también Juno. ¿Por ventura cada uno de ellos hinche el cielo y el aire, y ambos cónyuges están juntamente en estos dos elementos y en cada uno de ellos? ¿Por qué causa atribuyen el cielo á Júpiter y el aire á Juno? Finalmente, si estos dos solos fuesen bastantes, ¿para qué el mar le atribuyen á Neptuno y la tierra á Plutón? Y porque éstos no estuvieran tampoco sin sus mujeres, les añadieron. á Neptuno, Salacia, y á Plutón, Proserpina, pues así como Juno, dicen, ocupa la parte inferior del cielo, esto es, el aire, así Salacia ocupa la parte inferior del mar, y Proserpina la de la tierra. Buscan solícitos estratagemas para sostener sus fábulas, y no las hallan; pues si esto fuese así, sus mayores mejor dijeran que los elementos del mundo eran tres que no cuatro, para que á cada elemento le cupiera su casamiento con los dioses; no obstante, es cierto que afirman que una cosa es el cielo y otra el aire; y el agua, ya sea superior ó inferior, seguramente es agua. Pero supongo que sea diferente; ¿acaso es tanta la diferencia que la inferior no sea agua? Y la tierra, ¿qué puede ser otra cosa que tierra, por más diferente que sea, y más cuando con estos tres ó cuatro elementos estará ya perfeccionado todo el mundo corpóreo? Minerva ¿dónde estará? ¿Qué lugar ocupará? ¿Cuál llenará? Ya juntamente con los otros la tienen puesta en el Capitolio, aunque no es hija de ambos; y si dicen que Minerva ocupa la parte superior del Cielo, y por esta causa fingen los poetas que nació de la cabeza de Júpiter, ¿por qué motivo no tienen á ésta por reina de los dioses, mediante á que es superior á Júpiter? ¿Es por ventura porque es impropio preferir

una hija á su padre? Y si esta es la causa, ¿por qué no se hizo esta justicia á Saturno con el mismo Júpiter? ¿Es por ventura porque fué vencido? ¿Luego pelearon? Ni por pensamiento, dicen, sino que esto es relación jocosa de fábulas. Sea así en hora buena; no creamos á las fábulas, y tengamos mejor concepto de los dioses; mas ¿por qué no le han dado al padre de Júpiter, ya que no lugar más alto, por lo menos uno igual en honra? Porque Saturno, dicen, es la longitud del tiempo. Luego adoran al tiempo los que adoran á Saturno, y suficientemente se nos insinúa que el rey de los dioses, Júpiter, es hijo del tiempo. ¿Qué expresión indigna se profiere cuando se dice que Júpiter y Juno son hijos del tiempo, si él es el Cielo y ella la Tierra, supuesto que el Cielo y la Tierra son cosas criadas? Esto también lo confiesan sus doctos y sabios en sus libros, y no lo tomo de ficciones poéticas, sino de los libros de los filósofos, donde dijo Virgilio: «Entonces el cielo, padre todopoderoso, con fecundas lluvias desciende en el regazo de su festiva esposa»; esto es, en el regazo de la Tellus ó de la Tierra, porque también quieren que haya algunas diferencias, y en la misma tierra una cosa piensan que es la Tierra, otra Tellus, otra Tellumón, y tienen á todos estos como dioses, llamándolos con sus propios nombres y con sus oficios distintos, y reverenciando á cada uno en particular con sus aras y sacrificios. A la misma Tierra denominan también madre de los dioses; de modo que viene ya á ser más tolerable lo que fingen los poetas, si, según los libros de éstos, no los poéticos, sino los que tratan de su religión, Juno no sólo es hermana y mujer, sino también madre de Júpiter. Esta misma Tierra quieren que sea Ceres, la misma también Vesta, aunque por la mayor parte afirman que Vesta no es sino el fuego que pertenece á los hogares, sin los cuales no puede pasar

la ciudad, y que por esto le suelen servir las vírgenes; porque así como de la virgen no nace ó engendra cosa alguna, tampoco del fuego. Toda esta vanidad fué preciso que la desterrase y deshiciese el que nació de la Virgen; porque ¿quién podrá sufrir que tributando tanto honor al fuego, y atribuyéndole tanta castidad, algunas veces no tengan pudor de decir que Vesta es también Venus, para que en sus siervos sea vana la virginidad tan estimada y honrada? Porque si Vesta fuese Venus, ¿cómo la podían servir legítimamente las vírgenes guardándose de los actos venéreos? ¿Por ventura hay dos Venus, una virgen y otra dueña? O, por mejor decir, hay tres, una de las vírgenes, la cual se llama también Vesta, otra de las casadas y otra de las ramera. A ésta también los fenicios ofrecían sus obla-ciones, resultantes de la torpe ganancia que hacían sus hijas con sus cuerpos antes que las diesen en matrimonio á sus maridos. ¿Cuál de estas matronas es la de Vulcano? Sin duda que no es la virgen, porque tiene marido; y por ningún caso será tampoco la ramera, porque no parezca que hacemos agravio al hijo de Juno, coadjutor y cooperario de Minerva; luego se infiere que ésta es la que pertenece á las casadas; pero no queremos que la imiten en lo que ella hizo con Marte. Otra vez, dicen, volvéis á las fábulas; mas ¿qué razón ó qué justicia es ésta, agraviarse de nosotros porque hablamos así de sus dioses, y no agraviarse de sí propios cuando tan de buena gana se ponen á mirar en los teatros cómo se representan semejantes delitos de sus dioses; y, lo que es más increíble, si constantemente no se probase con la experiencia que estos mismos crímenes teatrales de sus dioses se instituyeron en honor de su deidad?

CAPÍTULO XI

De muchos dioses que los maestros y doctores de los paganos defienden que es un mismo Júpiter.

Por más razones y discursos físicos que quieran alegar, jamás podrán sostener que Júpiter es ya el alma de este mundo corpóreo, que llena y mueve toda esta máquina, que está fabricada y compuesta de los cuatro elementos ó de cuantos quisieren añadir; ya de éstos ceda sus partes respectivas á su hermana y hermanos, ya sea el cielo, de modo que tenga abrazado por encima á Juno, que es el aire y tiene debajo de sí, ya sea todo el cielo juntamente con el aire, y fertilice con fecundas lluvias y semillas la tierra, como á su mujer, y á la misma como á su madre, supuesto que tan extraña conmixti6n de parentescos en los dioses no se tiene por acci6n criminal, ya porque no sea necesario discutir particularmente por todas sus cualidades si es un solo dios, de quien creen algunos habló el poeta, cuando dijo «que Dios se difunde por todas las tierras, por todos los golfos y senos del mar, y por toda la profunda máquina del Cielo.» Ya el que en el cielo es Júpiter, en el aire Juno, en el mar Neptuno; en las partes inferiores del mar, Salacia; en la tierra, Plut6n; en la parte inferior de la tierra, Proserpina; en los dom6sticos hogares, Vesta, y en las fraguas de los herreros, Vulcano; en los astros, el Sol, Luna y Estrellas; en los adivinos, Apolo; en las mercaderías, Mercurio; en Jano el que comienza; en Término el que acaba, en el tiempo, Saturno; Marte y Belona en las guerras, Liber en las viñas, Ceres en las mieses, Diana en las selvas, Minerva en los ingenios; finalmente, sea Júpiter también la turba de dioses plebeyos; él sea el que preside con nombre de

Libero á la semilla ó virtud generativa de los varones y con nombre de Libera á la de las mujeres; él sea Diespiter el que trae el orto ó nacimiento al día; él sea la diosa Mena, á quien encargaron los menstruos de la mujeres; él sea Lucina, á quien invocan las que paren; él sea el que ayuda á los que nacen, recibéndolos en el regazo de la tierra, y llámese Opis el que en los llanos de las criaturas les abra la boca, y llámese dios Vaticano, el que las levante de la tierra, y llámese la diosa Levana; el que tenga cuenta de las cunas, llámese diosa Cunina; no sea otro sino sea él mismo en aquellas diosas que dicen su suerte á los que nacen, y se llaman Carmentes; tenga cargo de los sucesos fortuitos, y llámese Fortuna; ya representando á la diosa Ruma ordeñe el pecho á la criatura, porque los antiguos al pecho llamaron ruma; en la diosa Potina, de la bebida; en la diosa Educa, la comida; del pavor de los niños llámese Pavencia; de la esperanza que viene, Venilla; del deleite, Volupia; del acto generativo, Agenoria; de los estímulos con que se mueve el hombre con exceso al acto sexual llámese la diosa Estímula; sea la diosa Estrenua haciéndole estrenuo y diligente; Numeria que le enseñe á numerar y contar; Camena á cantar; él sea el dios Conso dándole consejos, y la diosa Sencia inspirándole pareceres congruentes; él la diosa Juventas, la que después de tomada la pretexta comience la edad de los mozos; él sea la Fortuna barbada que dé barba á los adultos que quisiere honrar, con tal que á esta divinidad la llamen á lo menos con nombre de dios Varón, ó por la barba Barbado, como al otro de los nudos Nodoro, aunque verdaderamente no le debieran llamar Fortuna, sino, pues que tiene barbas, Fortunios; él en el dios Jugatino junte los casados, y cuando á la doncella casada se le desata la cinta invóquenle y llámese la diosa Virginense; él sea

Mutino, á quien los griegos llaman Priapo, si no se avergüenzan. Todo esto que he dicho y todo lo que he omitido (porque me pareció no había motivo para referirlo todo circunstancialmente), todos estos dioses y diosas, ya sea un Júpiter, ya sean, como quieren algunos, todas estas producciones partos suyos ó virtudes suyas, como les parece á los que quieren que él sea el alma del mundo, cuya sentencia se estima como aquella que tiene en su favor muchos y célebres autores, nada nos interesa su indagación. Estas particularidades, aun cuando fueran ciertas (sin embargo que por ahora no intento examinar su realidad ó falsedad), ¿que perdieran en adorar por un medio más cuerdo y prudente á un solo dios? Porque ¿qué cosa suya despremiarán siendo él adorado? Pero si se temieron de que las partes despreciadas se enojasen, luego no es como quieren esta complexión de divinidades el alma ó vida de un animal sólo, que contiene juntamente todos los dioses como á sus virtudes, miembros ó partes, sino que cada parte de por sí tiene su vida distinta de las demás, si puede enojarse la una sin la otra, y la una se puede aplacar y la otra enojar. Y si reponen que todas juntas, esto es, que el mismo Júpiter se pudo ofender si no se reverencia particularmente y por menudo todas sus partes, neciamente lo dicen, porque ninguna de ellas se dejará de adorar, adorando á el que las tiene en sí todas; pues omitiendo otras innumerables singularidades cuando dicen que todos los astros son partes de Júpiter, y que todas viven, que todas tienen almas racionales y que por eso sin duda son dioses, no ven á cuántos dejan de adorar, á cuántos dejan de erigir templos y dedicar altares, siendo positivo que á muy pocos de los astros se los levantaron, y á muy pocos sacrificaron singularmente. Luego si se enojan los que particularmente no son adorados, ¿cómo

no temen, habiendo aplacado á tan pocos, vivir teniendo airado contra sí á todo el Cielo? Y si adoran y tributan culto á todas las estrellas, porque están contenidas en Júpiter á quien reverencian, con este atajo pudieran en él solo venerar á todas, pues así ninguna se enojara, mediante á que en solo Júpiter se rogaba á todas, y ninguna era despreciada; mas adorando á unas se daría justa causa á otras de enojarse por no ser adoradas (las cuales son muchas más sin comparación), mayormente cuando estando ellas resplandecientes desde su elevado asiento se les prefiera hasta el mismo Priapo desnudo y torpemente armado.

CAPÍTULO XII

De la opinión de los que pensaron que Dios era el ánima del mundo, y que el mundo era el cuerpo de Dios.

Y ¿qué diremos del otro absurdo? ¿Acaso no es asunto que debe excitar á los ingenios expertos, y aún á los que no sean muy agudos? En este punto no hay necesidad de poseer una elevada excelencia de ingenio para que depuesta la manía y tema de porfiar, pueda cualquiera advertir que, si Dios es el alma del mundo, y que respecto de esta alma el mundo se considera como cuerpo, de suerte que sea un animal que conste de alma y cuerpo; y si este Dios es un seno de la naturaleza que en sí mismo contiene todas las cosas, de modo que de su alma que vivifica toda esta máquina se extraigan y tomen las vidas y almas de todos los vivientes, conforme á la suerte de cada uno que nace, no puede quedar de modo alguno cosa que no sea parte de Dios; lo cual, si es cierto, ¿quién no echa de ver la grande irreveren-

cia é inconsecuencia que se sigue de que pisando uno cualquier ente haya de pisar y hollar parte de Dios, y que matando cualquier animal haya de matar parte de Dios? No quiero referir todas las reflexiones que pueden ocurrir á los que lo consideraren maduramente, y no se pueden indicar sin notable pudor.

CAPÍTULO XIII

De los que dicen que solos los animales racionales son parte del que es un solo Dios.

Y si se obstinan en sostener la errada máxima de que solamente los animales racionales, como son los hombres, son partes de Dios, no puedo comprender este silogismo: si todo el mundo es Dios, ¿por qué separan de sus partes á las bestias? Pero ¿á qué es necesario porfiar? Del mismo animal, esto es, del hombre, ¿qué mayor extravagancia pudiera creerse si se intentara defender que azotan parte de Dios cuando azotan á un muchacho? Pues querer hacer á las partes de Dios lascivas, perversas, impías y totalmente culpables, ¿quién lo podrá sufrir, sino el que del todo estuviere demente, ó fuera de sí? Finalmente, ¿para qué se ha de enojar con los que no le adoran, si sus partes son las que no le veneran? Resta, pues, que digan que todos los dioses tienen sus peculiares vidas, que cada uno vive de por sí y que ninguno de ellos es parte de otro, sino que se deben adorar todos los que pueden ser conocidos y adorados, porque son tantos, que no todos lo pueden ser, y entre ellos por cuanto Júpiter preside como rey, entiendo se persuaden que él les fundó y acrecentó el imperio romano. Y si este prodigio no le obró esta dei-

dad suprema, ¿cuál será el que creerán pudo emprender obra tan majestuosa estando ocupados todos los demás en sus oficios y cargos propios, sin que nadie se entrometa en el encargo del otro? ¿Luego puede ser que el rey de los dioses propagase y amplificase el reino de los hombres?

CAPÍTULO XIV

Que incongruamente atribuyen á Júpiter los aumentos de los reinos, pues si, como dicen, la victoria es diosa, ¿ella sola bastará para este negocio?

Pregunto en este lugar lo primero: ¿por qué también el mismo reino no es algún dios? ¿Y por qué no lo será así, si la victoria es dios? ¿O qué necesidad hay de Júpiter en este asunto si nos favorece la Victoria, la tenemos propicia y siempre acude en favor de los que quiere que sean vencedores? Con el socorro y favor de esta diosa, aunque se esté quedo é inmovil Júpiter, y ocupado en otros negocios, ¿qué naciones no se sujetaran? ¿Qué reinos no se rindieran? ¿O es acaso porque aborrecen los buenos el pelear con injusta causa, y provocar con voluntaria guerra por el ansia de dilatar los términos de su imperio á los vecinos que están pacíficos, y no agravian ni causan perjuicio á sus comarcas? Verdaderamente que si así lo sienten, apruebo y alabo su dictamen.

CAPÍTULO XV

Si conviene á los buenos querer extender su reino.

Consideren, pues, con atención, no sea ajeno del proceder de un hombre de bien el gustar de la grandeza del reino, porque el ser malos aquellos á quienes se declaró justamente guerra, sirvió para que creciese el reino, el cual sin duda fuera pequeño y limitado si la quietud y bondad de los vecinos comarcanos, con alguna injuria no provocara contra sí la guerra; pero si permaneciesen con tanta felicidad las cosas humanas, gozando los hombres con quietud de sus haberes, todos los reinos fueran ceñidos en sus límites, viviendo alegres con la paz y concordia de sus vecinos, y así hubiera en el mundo muchos reinos de diferentes naciones, así como hay en Roma infinitas casas compuestas de un número considerable de ciudadanos: y por eso el suscitar guerras y continuarlas, como el dilatar el reino sojuzgando gentes y pueblos, á los malos les parece felicidad y á los buenos necesidad; mas porque sería peor que los malos, procaces é injuriosos, se señoreasen de los buenos y pacíficos, por tanto, no fuera de propósito sino muy al caso, se llama también este trastorno felicidad. Con todo, seguramente es dicha más apreciable tener al buen vecino pacífico, que sujetar al malo belicoso. Perversos deseos son apetecer tener á quien aborrecer ó á quien temer, para que pueda haber á quien vencer: luego si sosteniendo justas guerras, no impías, no injustas, pudieron los romanos conquistar un imperio tan dilatado, ¿acaso deben ó están obligados á adorar igualmente como á diosa á la maldad é injusticia ajena? Pues observamos que esta cooperó y favoreció mucho para conseguir esta grandeza y exten-

sión vasta del imperio, en atención á que ella misma procreaba y formaba malévolos, para que hubiese con quién sustentar justa guerra, y así acrecentar el imperio; ¿y por qué motivo no será diosa del mismo modo la maldad, á lo menos de las otras naciones, si el pavor, la palidez y la fiebre merecieron ser diosas de los romanos? Así que con estas dos, esto es, con la maldad ajena y con la diosa victoria, levantando las causas y ocasiones de la guerra la maldad, y acabándola con dichoso fin la victoria, creció el imperio sin hacer nada en esto Júpiter; porque ¿qué partes pudiera tener aquí Júpiter, supuesto que los sucesos que pudieran considerarse como beneficios suyos los tienen por dioses, los llaman dioses y los adoran por dioses, y á éstos llaman é invocan por sus partes? Aunque pudiera tener aquí alguna parte si él se llamara tambien reino, como se llama la otra victoria; y si el reino es don y merced de Júpiter, ¿por qué no ha de tenerse la victoria por beneficio suyo? Y sin duda se tuviera por tal, si conocieran y adoraran, no á la piedra en el Capitolio, sino al verdadero Rey de los reyes y Señor de los señores.

CAPÍTULO XVI

Cuál fué la causa porque, atribuyendo los romanos á cada cosa y á cada movimiento su dios, pusieron el templo de la Quietud fuera de las puertas de Roma.

Pero me causa grande admiración el observar que, atribuyendo los romanos su dios respectivo á cada objeto, y á casi todos los movimientos naturales en particular, llamando diosa Agenoria á la que los excitaba á obrar; diosa Estimula á la que los estimulaba con ex-

ceso á efectuar alguna operación; diosa Murcia á la que con demasia los dejaba de mover, y hacia al hombre, como dice Pomponio, murcido, esto, es, demasiado flojo, dejado é inactivo; diosa Estrenua á la que los constituía diligentes. A todos estos dioses y diosas, agentes y excitadores los admitieron públicamente, pero á la que llamaban Quietud, porque concedía quietud y descanso, teniendo su templo fuera de la puerta Colina, no quisieron recibirla públicamente. Ignoro si fué esta deliberación indicio seguro de su ánimo inquieto, ó si acaso nos quisieron dar á entender que, el que adoraba aquella turba, no de dioses verdaderos, sino de demonios, no podía gozar de quietud y reposo, á que nos llama y convida el verdadero médico, diciendo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis quietud y descanso para vuestras almas.» (1)

CAPÍTULO XVII

Pregúntase, si teniendo Júpiter la suprema potestad, se debió tener por diosa á la Victoria.

¿Dirán seguramente que Júpiter es quien envía con los mensajes felices á la diosa Victoria, y que ella, como obediente al rey de los dioses, va adonde él se lo manda y allí hace su residencia? Esta particular prerrogativa se dice con verdad, no de aquel Júpiter, á quien según su opinión suponen rey de los dioses, sino de aquel verdadero rey de los siglos, que envía, no la victoria, que no es substancia ó ente real, sino á su ángel, haciendo

(1) San Mateo, cap. XI. *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenientis requiem animabus vestris.*

que venza el que le ama de corazón, cuyo consejo y altas disposiciones pueden ser ocultas é impenetrables, pero no injustas; que si la victoria es diosa, ¿por qué no es dios también el Triunfo y se une con la Victoria, ó como marido, ó como hermano, ó como hijo? Tales absurdos idearon los antiguos gentiles respecto de sus dioses, los cuales, si los poetas los fingieran y nosotros los reprendiéramos, respondieran que eran ficciones y patrañas de los poetas para reir, y no cualidades que se debían atribuir á los verdaderos dioses. Con todo, no se reían de sí mismos, no digo cuando leían semejantes desatinos en los poetas, pero ni cuando los adoraban en sus templos; y en tales circunstancias debieran, pues, suplicar y dirigir sus oraciones á Júpiter en todas sus necesidades, acudiendo á él sólo con sus votos y ruegos; porque si la Victoria es diosa y está subordinada á este rey, no pudiera ó no se atreviera á contradecirle, antes más bien cumpliría exactamente su voluntad.

CAPÍTULO XVIII

Qué tal fué la traza de los que piensan que la Felicidad y la Fortuna son diosas.

Supuesto que la Felicidad es también diosa, le fué erigido templo, mereció ara, la dedicaron sus solemnidades y ceremonias correspondientes; luego debieran adorar á esta sola, porque donde ésta se halle ¿qué bien no habrá? Pero ¿qué significa este énfasis, que del mismo modo tienen y adoran por diosa la Fortuna? ¿Es por ventura una cosa la felicidad y otra la fortuna? Sin duda la fortuna puede ser también mala; pero la felicidad, si fuere mala, no será felicidad; pues ciertamente

todos los dioses varones y hembras (si es que se halla en ellos este constitutivo ó diferencia) no los debemos tener sino por buenos. Esto lo enseña Platón, esto otros filósofos, esto las insignes repúblicas y príncipes gobernadores de los pueblos. Y como la diosa Fortuna á veces es buena y á veces mala, ¿acaso cuando es mala no es diosa, sino que de repente se convierte en espíritu maligno? ¿Qué, tantas son estas diosas? Sin duda cuantos son los hombres afortunados, esto es, de buena fortuna; porque habiendo otros muchos juntamente, esto es, un mismo tiempo de mala fortuna, pregunto: ¿si ella fuera tal, sería juntamente buena y mala, para éstos una, y para los otros otra? Ó la que es diosa, ¿es acaso siempre buena? Luego de esta manera ella es la felicidad, y si lo es, ¿para qué las ponen diversos nombres? Pero esto, dicen, se puede sufrir, porque tambien acostumbramos llamar á una misma cosa con diferentes nombres. ¿Para qué son diversos templos, para qué diversas aras y diversos sacrificios? Dicen que la causa es porque la felicidad es la que tienen los buenos por sus precedentes méritos; pero la fortuna que se dice buena, sin examen alguno de los méritos, sucede fortuitamente á los hombres buenos y malos, y por eso se llama también fortuna. ¿Cómo es buena la que sin juicio ni discreción acontece á los buenos y á los malos? ¿Y para qué la adoran siendo tan ciega y ofreciéndose á cada paso á cualquiera persona, de modo que por la mayor parte desampara á los que la adoran y se hace de la parte de los que la desprecian? ¿Y si es que aprovechan ó sacan alguna utilidad los que la tributan culto, de manera que ella los atienda y los ame, ya sigue los méritos en este caso, y no viene por acaso? ¿Adónde está, pues, aquella definición de la fortuna? ¿Adónde ó por dónde se llamó fortuna del caso fortuito? Porque es cierto que no aprovecha el rendirla adoración si es

fortuna; pero si acude á sus devotos, y á los que la reverencian, de modo que utilizase su influjo, no es fortuna; por último, si es positivo que Júpiter la envía donde quiere adorarle á él solo, ¿por qué no puede la fortuna contravenir á su mandato y dejar de ir donde él la quisiese enviar? ó á lo menos, adórenla y reveréncienla los malos que no apetecen tener méritos con que puedan granjear el afecto á la diosa Felicidad.

CAPÍTULO XIX

De la fortuna mujeril.

Tanto poder atribuyen á esta diosa que llaman Fortuna, que la estatua que la dedicaron las matronas, los espíritus fanáticos llamándola Fortuna mujeril, refieren que habló y dijo, no una vez, sino dos, que legítimamente la habían dedicado las matronas, lo cual, dado que sea verdad, no hay de qué maravillarnos: porque el engañarnos de este modo no es difícil á los malignos espíritus, cuyas cautelas debieran éstos advertir mucho mejor por este ejemplar, viendo que habló una diosa que sucede y acude por acaso y no por méritos, supuesto que vino á ser la fortuna parlera y la felicidad muda, ¿y con qué objeto, sino para que los hombres no cuidasen de vivir bien, habiéndose granjeado la fortuna que los puede hacer dichosos sin ningunos buenos méritos suyos? Si la fortuna había de hablar, por lo menos hablara, no la mujeril sino la varonil, á efecto de que no pareciese que las mismas que habían dedicado la estatua habían también fingido tan gran portento con la redundancia ó sobra de pico que ellas tienen.

CAPÍTULO XX

De la virtud y fe, á quienes los paganos honraron con templos y sacrificios, dejándose otras cosas buenas que asimismo debían adorar, si se atribía rectamente á las otras la divinidad.

Hicieron asimismo diosa á la Virtud, la cual, si ciertamente lo fuera, debiera ser preferida á muchos; pero supuesto que no es deidad, sino un don particular de Dios, pidámosla á aquel que solamente la puede dar, y desaparecerá como humo toda la canalla de los dioses falsos. ¿Mas por qué motivo tuvieron por diosa á la Fe y la dedicaron templo y altar á quien el que prudentemente lo reconoce, asimismo se erige templo y morada para ella; ¿y de donde saben ellos que cosa sea fe, cuyo efecto el primero y más principal es, que se crea en el verdadero Dios? ¿Y por qué no se contentaron con sola la Virtud? ¿Por ventura no está allí también la fe, pues observaron que la virtud se divide en cuatro especies: en prudencia, justicia, fortaleza y templanza? Y como cada una de estas tienen sus especies subalternas, debajo de la justicia está comprendida la fe, y tiene el primer lugar entre cualquiera de nosotros que sabe lo que es. *Justus ex fide vivit*, (1) «que el justo vive por la fe»; pero me admiro de estos que tienen ansia por aglomerar dioses. ¿Cómo ó por qué causa si la Fe es diosa, agraviaron á otras diosas sin hacer caso de ellas á quienes asimismo pudieran dedicar templos y aras? ¿Por qué no mereció ser diosa la templanza, habiendo alcanzado con su nombre no pequeña gloria algunos príncipes romanos? ¿Por qué razón, finalmente, no es diosa la fortaleza, la que favoreció á Mucio cuando ex-

(1) Abacuc, cap. II.

tendió la diestra sobre las llamas; la que favoreció á Curcio cuando se arrojó por la defensa de su patria en un boquerón abierto en la tierra; la que favoreció á Decio el padre y á Decio el hijo cuando ofrecieron sus vidas á los dioses por salvar el ejército? Si es que había en todos estos campeones verdadera fortaleza, de lo cual ahora no tratamos, ¿por qué la prudencia, por qué la sabiduría no merecieron lugar entre los dioses? ¿Es acaso porque debajo del nombre genérico de la misma virtud se reverencian y sobreentienden todas? Luego por el mismo motivo pudieran venerar á un sólo Dios, cuyas partes entienden que son todos los demás, y así es, que en la virtud sola se contienen igualmente la Fe y la Pudicia, las cuales, sin embargo, merecieron se las erigiesen altares en sus propios templos á quienes hizo diosas, no la verdad, sino la vanidad ó capricho humano.

CAPÍTULO XXI

Que los que no conocían un solo Dios, por lo menos se debieran contentar con la virtud y con la felicidad.

Aunque estas virtudes son dones y especiales dádivas del verdadero Dios y no diosas, con todo, donde está la virtud y la felicidad, ¿para qué buscan otra causa? ¿Qué le ha de bastar á quien no le es suficiente la virtud y la felicidad? La virtud comprende en sí todas las acciones loables que se deben practicar, y la felicidad todas las que se pueden desear; si porque les concediera éstas adoraban á Júpiter (que en efecto si la grandeza y duración larga del imperio es algún bien pertenece en cierto modo á la felicidad), ¿por qué, pregunto, no entendieron que eran dones de Dios y no diosas? Y si pensaron que

eran deidades, á lo menos no debieron buscar la demás turba numerosa de dioses, pues considerados atentamente los oficios respectivos de todos ellos, los cuales fingieron como quisieron, según que á cada uno le pareció, busquen si quieren alguna prerrogativa que pueda conceder algún dios al hombre, mediante la cual se haga virtuoso y consiga la felicidad. ¿Qué razón había para pedir doctrina á Mercurio ó á Minerva, comprendiéndola toda en sí la virtud? Los antiguos nos definieron la virtud, diciendo «que era arte de vivir bien y rectamente», de la cual (como en griego se dice *areté*; la virtud) se entiende que tomaron los latinos su derivación y tradujeron el nombre de arte, y si la virtud no podía recaer sino en el ingenioso, ¿qué necesidad había de dios padre Cacio para que los hiciera cautos, esto es, agudos, pudiendo desempeñar este ministerio la felicidad? Porque el nacer uno ingenioso, á la felicidad pertenece; y así, aunque no pudo ser reverenciada la diosa Felicidad por el que aún no había nacido, para que lisonjeándola en su favor le concediera este don gratuito, con todo, pudo hacer gracia á sus padres, sus devotos, para que les naciesen los hijos ingeniosos. ¿Qué necesidad había de que las que estaban de parto invocasen á Lucina, pues si tenían propicia á la felicidad, no sólo tuvieran feliz parto, sino también parieran buenos hijos? ¿Qué necesidad había de encomendar á la diosa Opis las criaturas que nacían; al dios Vaticano las que lloraban; á la diosa Cunina las que estaban en las cunas; á la diosa Rumina las que mamaban; al dios Estalino las que se tenían ya en pie; á la diosa Adeona las que se llegaban; á la Abeona las que se partían; á la diosa Mente para que las diera buena mente y entendimiento; al dios Volumno y á la diosa Volumna para que quisiesen cosas buenas; á los dioses Nupciales para que las casaran bien; á los dioses Agrestes para que los pro-

porcionaran abundantes y copiosos frutos, y principalmente á la misma diosa Fructesea; á Marte y Belona para que guerreasen con éxito próspero; á la diosa Victoria para que venciesen; al dios Honor para que fuesen honrados; al dios Esculano y á su hijo Argentino para que tuviesen dinero de vellón y de plata? Y por eso tuvieron á Esculano por parte de Argentino, porque primero se principió á usar la moneda de vellón y después la de plata; pero me admiro que el Argentino no engendrarse á Aurino, mediante que á poco tiempo empezó á usarse la de oro; pues si éstos tuvieran por dios á éste, así como antepusieron á Júpiter, Saturno, así también prefirieran el Aurino á su padre Argentino y á su abuelo Esculano. ¿Qué necesidad había por el interés de estos bienes del cuerpo, ó de los del alma, ó de los exteriores, de adorar é invocar tanta multitud de dioses que ni yo los he podido contar todos, ni ellos han podido proveer ni destinar á todos los bienes humanos, distribuídos menudamente y á cada uno de por sí, sus imbéciles y particulares dioses, pudiendo con un atajo importante y fácil conceder todos estos bienes la diosa Felicidad por sí sola; en cuyo caso, no sólo no buscarán otro alguno para alcanzar los bienes, pero ni aun para excusar los males? ¿Para qué habían de llamar para aliviar á los cansados á la diosa Fessonnia, para rebatir los enemigos á la diosa Pelonia, para cuidar á los enfermos al médico Apolo ó Esculapio, ó ambos juntos cuando hubiese mucho peligro? ¿Qué falta les haría implorar el favor del dios Epinense para que les arrancase las espinas ó abrojos del campo, ni á la diosa Rubigo para que no se les anblasen las mieses, estando la felicidad sola presente, con cuyo auxilio no se ofrecerían males algunos ó fácilmente se expelerían? Finalmente, supuesto que hablamos de estas dos deidades, Virtud y Felicidad, si ésta es premio de la virtud, no es diosa, sino don de

dios, y si es diosa ¿por qué no diremos que también ella da virtud, ya que el conseguirla es una inestimable felicidad?

CAPÍTULO XXII

De la ciencia del culto de los dioses, la cual se gloria Varrón haberla él enseñado á los romanos.

¿Cómo se atreve á vender Varrón por un beneficio muy apreciable á sus ciudadanos no sólo el darles cuenta de los dioses á quienes deben venerar los romanos, sino el enseñarlos también lo que pertenece á cada uno? Así como, dice, no aprovecha que sepan los hombres el nombre y circunstancias de un médico, si no saben que es médico, así, dice, no aprovecha saber que es dios Esculapio, sin saber asimismo que ayuda á la recuperación de la salud, y por esto ignoras lo que debes pedir. Esta misma doctrina enseña con otro símil muy á propósito, diciendo: que no sólo ninguno puede vivir acomodadamente, pero que ni absolutamente puede vivir si no sabe quién es el carpintero, quién el pintor, quién el albañil á quien pueda pedir lo que necesita de su oficio, de quien pueda ayudarse para que le encamine y enseñe lo que hubiere de hacer, y de este mismo modo nadie duda que es útil la noticia de los dioses, si supiere la virtud y facultad ó poder que cada dios tiene sobre cada cosa; porque de esta investigación resultará el que podamos, dice, saber á qué dios debemos llamar é invocar para cada cosa, ¿y no ejecutaremos lo que acostumbran los bufos ó graciosos de las comedias pidiendo el agua á Baco y á las ninfas el vino? Grande utilidad sin duda se seguiría de tal escrutinio, ¿y quién no se lo agradecería á este sabio es-

critor, si enseñara la verdad y manifestara con expresiones sencillas y concluyentes el modo como debían los hombres reverenciar á un solo Dios verdadero, de quien proceden todos los bienes?

CAPÍTULO XXIII

De la felicidad, á quien los romanos, con tener á muchos dioses, en mucho tiempo no adoraron con culto divino, siendo ella sola bastante en lugar de todos.

Pero volviendo á lo que íbamos hablando, si sus libros y los puntos tocantes á su religión son verdaderos, y la Felicidad es diosa, ¿por qué no crearon á ésta sola por deidad, supuesto que todo podría concederlo y sin dificultad hacer á cualquiera dichoso? ¿Quién hay por acaso que desee alcanzar alguna cosa por otro fin que por ser feliz y dichoso? ¿Por qué, finalmente, después de tantos príncipes romanos vino Lúculo á dedicar templo tan tarde á una diosa tan célebre y poderosa? ¿Por qué razón el mismo Rómulo, ya que deseaba fundar una ciudad feliz, no edificó antes que á otro á ésta un templo? ¿Y para qué suplicó gracia alguna á los demás dioses, pues nada le faltaría si tuviese sólo á ésta propicia? Porque ni él fuera en sus principios rey, ni, según ellos lo predicán, después dios, si no hubiera tenido á esta diosa por su favorita. ¿Para qué dió Rómulo por dioses á Jano, Júpiter, Marte, Pico, Fauno, Tiberino, Hércules, si hay otros? ¿Para qué Tito Tacio les añadió á Saturno, Opis, el Sol, la Luna, Vulcano, la Luz y los demás que aumentó, entre los cuales puso á la diosa Cloacina ó Latuna, si para nada valen dejándose á la Felicidad? ¿Para qué añadió Numa tan-

tos dioses y tantas diosas si no hizo caso de ésta? ¿Es por ventura porque entre tanta turba no la vió? El rey Hostilio tampoco hubiera introducido nuevamente por sus dioses para tenerlos propicios al Pavor y al Palor, si se conociera y adorara á esta diosa, porque en presencia de la felicidad, todo pavor y palor se ausentaran, no por haberlos aplacado, sino porque contra su voluntad se marcharan. Y asimismo ¿qué diremos fué el motivo de que, no obstante de haberse extendido por diferentes provincias la dominación romana, sin embargo, todavía ninguno adoraba á la felicidad? ¿Diremos acaso que por esto fué el imperio más grande y feliz? ¿Mas cómo podría haber verdadera felicidad donde no había verdadera piedad y religión? en atención á que la piedad es el verdadero culto del verdadero Dios, y no el culto de los dioses falsos, que son tan dioses como demonios; con todo, aun después de haber recibido ya en el canon de sus mentidas deidades á la felicidad, sobrevino poco después aquella terrible infelicidad causada de las guerras civiles. ¿Diremos acaso que el motivo de esta catástrofe dimanó de haberse enojado con justa causa la felicidad por haberla convidado tan tarde, y no por honrarla sino para afrentarla, con especialidad viendo que juntamente con ella tributaban rendidos cultos á Priapo y á Cloacina, al Pavor y al Palor, á la Fiebre y á los demás, no dioses que se debían adorar, sino vicios de los que adoraban: finalmente, si les pareció conveniente venerar á una tan célebre diosa en compañía de una turba tan infame, ¿por qué siquiera no la adoraban y reverenciaban con más solemnidad que á los otros? ¿Quién ha de sufrir que no colocasen á la felicidad ni aun entre los dioses Cosentes, que dicen asisten en el consejo de Júpiter, ni entre los dioses que llaman Sabetos, dedicándola algún templo que por la excelencia del lugar y la majestad del edificio fuera pre-

eminente? ¿Y por qué no debía ser más suntuoso que el del mismo Júpiter? ¿Pues quién dió el reino á Júpiter sino la felicidad? Sí, pero fué feliz cuando reinó, y mejor es sin duda la felicidad que el reino, porque es infalible que fácilmente hallaréis quien rehuse ser rey, pero no hallaréis alguno que no quiera ser feliz: luego si consultaran á los mismos dioses, ó por vía de prestigios ó agüeros, ó de cualquiera otro modo que éstos entienden que pueden ser consultados, si por ventura querían ceder su lugar á la felicidad aun en el caso que el paraje donde hubiese de erigirse á la felicidad su mayor y más suntuoso templo estuviese ocupado con algunos templos y altares de otros dioses, hasta el mismo Júpiter cediera el suyo á la felicidad y señalara la misma cumbre del monte Capitolino, lo que ninguno contradijera ni se opusiera á la felicidad, sino es, lo que es imposible, el que quisiese ser infeliz. Es evidente que si se lo preguntaran á Júpiter, no practicara lo que hicieron con él los dioses Marte, Término y Juventas, que no quisieron de modo alguno cederle su lugar, no obstante ser el mayor y su rey; pues según refieren sus historias, queriendo el rey Tarquino fabricar el Capitolio y observando que el paraje que le parecía más digno y acomodado para levantar una fábrica tan suntuosa le tenían ya ocupado algunos dioses extraños, no atreviéndose á deliberar cosa alguna contra la voluntad de éstos, y creyendo que de su voluntad gustosamente cedería el lugar á un dios tan grande y que era su príncipe (por haber copiosa abundancia de ellos en el Capitolio), tomando su agüero procuró saber por el oráculo si querían conceder el lugar á Júpiter, y todos convinieron en desocuparle, á excepción de los referidos Marte, Término y Juventas: por esta causa se dispuso la fábrica del Capitolio de tal modo que quedaron igualmente dentro de él estos tres, tan desconoci-

dos y con señales tan obscuras, que apenas lo sabían hombres doctísimos: así que en ninguna manera despreciara Júpiter á la Felicidad, como á él le despreciaron Marte, Término y Juventas; y aun estos mismos que no cedieron á Júpiter, sin duda que cedieran su lugar á la felicidad que les dió por rey á Júpiter, ó si no se le dejaran no lo hicieran por menosprecio, sino porque quisieran más ser desconocidos en la casa de la Felicidad, que ser sin ella ilustres en sus propios lugares. Y así, colocada la Felicidad en un lugar tan alto y eminente, supieran todos los ciudadanos adonde habían de acudir por la ayuda y favor para el cumplimiento de todos sus buenos deseos. Conducidos de la misma Naturaleza, sin hacer caso de la muchedumbre superflua de los demás dioses, adoraran á sola la Felicidad; á ella sólo fueran las rogativas, sólo su templo frecuentaran los ciudadanos que quisiesen ser felices, y no habría uno solo que lo repugnase. Ella misma fuera á la que los hombres dirigieran sus plegarias, ella sola á la que implorasen y rogasen entre todos los dioses, y aun estos mismos; porque ¿quién hay que quiera alcanzar alguna gracia de un dios, sino la felicidad, ó lo que piensa que importa para la felicidad? Por tanto, si la felicidad tiene en su mano el hallarse con la persona que quisiere (y tiénelo sin duda si es diosa), ¿qué ignorancia tan crasa es pedirla á otro dios, pudiéndola alcanzar de ella propia? Luego debieran estimar á esta diosa sobre todos los dioses, honrándola también con darla el mejor lugar; porque, según se lee en sus historias, los antiguos romanos tributaron adoraciones á no sé qué Summano, á quien atribuían el descenso de los rayos que caían de noche, aunque con más religiosidad que á Júpiter, á quien pertenecía la dirección de los rayos que caían de día: pero después que edificaron á Júpiter aquel templo más magnífico y suntuoso por su excelencia y majes-

tad, acudió á él tal multitud de gentes, que apenas se halla ya quien se acuerde siquiera de haber leído el nombre de Summano, el cual no se oye ya en boca de alguno. Y si la felicidad no es diosa, como es positivo, porque es don de Dios, búsquese á aquel Dios que nos la pueda dar, y dejen la multitud perniciosa de los falsos dioses, la cual sigue la ilusa turba de los hombres ignorantes, haciendo sus dioses á los dones de Dios, ofendiendo con la obstinación de su arrogante y pervertida voluntad al mismo de quien es peculiar la distribución de estos dones: porque no le puede faltar infelicidad al que reverencia á la felicidad como diosa, y deja á Dios, dador y dispensador de la verdadera felicidad; así como no puede carecer de hambre el que lame pan pintado, y no lo pide al que lo tiene verdadero y puedé darlo.

CAPÍTULO XXIV

Cómo defienden los paganos el adorar por dioses á los mismos dones de Dios.

Pero quiero que veamos y consideremos sus razones: ¿tan necios, dicen, hemos de creer que fueron nuestros antepasados, que no entendieron que estas cosas eran dones y beneficios divinos, y no dioses? Sino que como sabían que semejantes gracias nadie las conseguía sino es concediéndolas algún Dios á los dioses, cuyos nombres ignoraban, les ponían el nombre de los objetos y cosas que veían que ellos daban, derivando de allí algunos vocablos. Como de bello dijeron Belona, y no bellum; de las cunas Cunina, y no cuna; de las segetes ó mieses Segecia, y no seges; de las pomas ó manzanas Pomana, y no pomo; de los bueyes Bubona, y no buey:

ó también, sin alterar ni derivar el vocablo, sino denominándolas con sus propios nombres, como Pecunia se dijo la diosa que da el dinero, sin tener de ningún modo por Dios á la misma pecunia; así se llamó Virtud la que concede la virtud, Honor el que da la honra, Concordia la que da concordia, Victoria la que da victoria; y por eso dicen que cuando llaman diosa á la Felicidad no se atiende á la que se da, sino al Dios que la da. Con esta razón que nos han suministrado, con mayor facilidad persuadiremos á los que no fueren de ánimos demasiadamente obstinados.

CAPÍTULO XXV

Que se debe adorar á un sólo Dios, cuyo nombre, aunque no se sepa, con todo, se ve que es dador de la felicidad.

Pero si ya echó de ver la humana flaqueza que la felicidad no la podía conceder sino algún Dios, sintiendo esto mismo los hombres que adoraban tanta multitud de dioses, y entre ellos al mismo Júpiter, rey de los dioses, porque ignoraban el nombre del que concedía la felicidad, y por eso quisieron llamarle con el nombre peculiar de la gracia que entendían que daba; luego suficientemente nos dan á entender que ni aun el mismo Júpiter, á quien ya adoraban, les podía dar la felicidad, sino aquel á quien con el nombre de la misma felicidad les parecía que se debía adorar; y apruebo ciertamente lo que ellos creyeron, que daba la felicidad un dios á quien no conocían: luego busquen á éste, adórenle, y éste basta. Repudien el orgullo y tráfico de innumerables demonios: no baste este Dios á quien no le basta su don: á aquél, digo, no le baste, para que ado-

re y reverencie al Dios dador de la felicidad, á quien no le basta ni satisface la misma felicidad; pero al que le es suficiente (pues que no tiene el hombre objeto que deba desear mas) sirva á un sólo Dios dador de la felicidad. No es éste el que ellos llaman Júpiter, porque si le reconocieran á éste por dispensador de la felicidad, sin duda que no buscaran otro ú otra del nombre de la misma felicidad que les concediera esta particular gracia, ni fueran de dictamen que debían adorar al mismo Júpiter siendo tan criminoso; porque de él dicen que es adúltero con mujeres ajenas, y el mismo que torpemente amó al otro hermoso jovencico.

CAPÍTULO XXVI

De los juegos escénicos que pidieron los dioses á los que los adoraban, que se los celebrasen.

Pero crímenes tan obscenos los finge Homero, dice Tulio, así como las acciones humanas que transfirió á los dioses, y yo quisiera más que trasladara las divinas á nosotros. Con razón desagradó á tan eximio orador y filósofo la relación del poeta, porque en ella no hizo más que suponer falsamente culpas y crímenes de los dioses: mas ¿por qué causa celebran los juegos escénicos, donde estos delitos se cantan y representan en honor de los dioses, y los más doctos entre ellos los colocan entre los ritos tocantes al culto divino? Aquí pudiera exclamar Cicerón, no contra las ficciones de los poetas, sino contra los institutos y costumbres de sus mayores. Pero acaso ¿no debían exclamar también ellos en su defensa, diciendo en qué hemos pecado nosotros? Los mismos dioses nos pidieron que hiciéramos estos

juegos en honra suya; rigurosamente nos lo mandaron, y nos amenazaron con terribles calamidades si no los ejecutábamos; y porque por accidentes extraordinarios omitimos alguna particularidad de ellos, ó los suspendimos algún tiempo, nos castigaron severamente; y porque practicamos lo que dejamos de hacer por breves instantes, se mostraron contentos y aplacados. Entre sus virtudes y hechos maravillosos se refiere el siguiente: Dijéronle en sueños á Tiro Latino, labrador romano, hombre que poseía casa y familia pingüe, fuese y avisase al Senado que volviesen á celebrar de nuevo los juegos romanos. El primer día en que debían hacerlos sacaron al suplicio á un malhechor en presencia del pueblo romano, y como pretendían realmente los dioses lograr un completo júbilo y regocijo de los juegos, les ofendió la triste y rigurosa justicia pública: y como el que había sido advertido en sueños no se atrevió al día siguiente á ejecutar lo que le mandaron, la segunda noche le volvieron á prevenir lo mismo con más rigor, y perdió la vida su hijo mayor, porque no lo practicó: la tercera noche le dijeron que le amenazaba aún mayor castigo si no ejecutaba la orden; y no atreviéndose, sin embargo de la cruel amenaza, cayó enfermo con un mal terrible y maligno: entonces, por consejo de sus amigos, dió al fin cuenta al magistrado, haciéndose conducir en una litera al Senado; y luego que declaró su misterioso sueño, recobró inmediatamente la salud, volviéndose á pie sano y bueno á su casa. Atónito el Senado con tan estupendo portento, mandó que se volviesen á celebrar los juegos, gastando en ellos cuatro veces mayor cantidad de la acostumbrada. ¿Qué hombre juicioso y cordato habrá que no advierta cómo los hombres sujetos á los infernales espíritus (de cuyo poderío no los puede librar otro que la gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro) fueron for-

zados á hacer en honor de estos dioses acciones que con justa razón se podían tener por torpes? Porque en los juegos escénicos es notorio se celebran las culpas y ficciones poéticas de los dioses, los cuales se instauraron por mandado del Senado, habiéndole apremiado á ello los dioses. En tales fiestas, los obscenos y deshonestos farsantes cantaban, representaban y aplacaban á Júpiter de un modo extraordinario, manifestando claramente cómo era un profanador y corruptor de la honestidad. Si los sucesos reiterados en el teatro eran fingidos, enojárase en hora buena; pero si se holgaba y lisonjeaba de sus crímenes supuestos, ¿cómo había de ser reverenciado sino sirviendo al demonio? ¿Es posible que había de fundar, dilatar y conservar el imperio romano este hombre, el más abatido é infame que cualquier romano á quien no agradaran ciertamente semejantes torpezas? ¿Y había de dar la felicidad el que tan infelizmente se hacía venerar, y si así no le reverenciaban se enojaba en extremo? ¡Raro absurdo!

CAPÍTULO XXVII

De tres géneros de dioses de que disputó el pontífice Scévola.

Refieren las historias que el doctísimo pontífice Scévola trató de tres géneros de dioses, de los cuales el uno introdujeron los poetas, otro los filósofos, y el tercero algunos príncipes de la ciudad. El primero dice que es asunto de patrañas, porque suponen muchas operaciones indignas del carácter de los dioses. El segundo, que no conviene á las ciudades, porque tiene algunas cosas superfluas, y otras también que no conviene las sepa el pueblo: lo superfluo no es ahora tan repara-

ble, pues aun entre los doctos se suele decir que lo superfluo no daña; pero ¿cuáles son aquellas particularidades que, publicadas, dañan al vulgo? Éstas dice que no son dioses como Hércules, Esculapio, Castor y Polux, mediante que escriben los doctos que fueron hombres, y que murieron como hombres: y lo superfluo ¿qué es, sino que de los que son realmente dioses no tenían las ciudades verdaderos simulacros ó imágenes, porque el que es verdadero Dios no tiene sexo, ni edad, ni ciertos y determinados miembros del cuerpo? Estas futilidades no quiere el pontífice que las sepa el pueblo, porque no las tiene por falsas: ¿luego opinó es bueno que sean engañadas las ciudades en el punto de religión? Lo cual no duda afirmar el mismo Varrón en los libros de las cosas divinas. ¡Graciosa religión para que acuda á ella el enfermo en busca de su remedio, é indagando él la verdad para libertarse, creamos que le está bien el engañarse en las mismas historias! No se omite tampoco la razón por qué Scévola no admite el género poético de los dioses; y es porque de tal manera afean y desfiguran á los dioses, que aun no se pueden comparar á los hombres de bien, haciendo al uno ladrón y al otro adúltero. Y á este mismo tono hacen que digan ó hagan algunas cosas fuera de su orden natural, torpe y neciamente, publicando que tres diosas compitieron entre sí sobre quién llevaría el premio de la hermosura, y que las dos, por haber sido vencidas por Venus, destruyeron á Troya; que el mismo Júpiter se convirtió en toro ó en cisne para conseguir la posición de una beldad; que las diosas se casan con los hombres; que Saturno se comía sus hijos; y, en efecto, no se puede fingir engaño alguno sobre horrendos monstruos, ó criminalidad de vicios que no se halle allí; todo lo cual es muy ajeno de la naturaleza de los dioses. ¡Oh Scévola, pontífice máximo! Destierra los juegos si puedes,

manda al pueblo que no haga tales honores á los dioses inmortales, con los que se deleite en admirarse de las culpas y delitos de los dioses, y se le antoje de imitar lo que le es posible y fácil; y si te respondiere el pueblo: «Vosotros, pontífices, nos enseñasteis esta doctrina», acude y ruega á los mismos dioses, por cuya sujestión lo mandaste, que ordenen no se ejecuten semejantes fiestas por ellos; las cuales, si son malas, por la misma razón en ninguna conformidad es justo que se crean de la majestad de los dioses; pues mayor injuria es la que se hace á éstos suponiendo libremente y sin temor semejantes abominaciones de ellos: pero no te oirán, son demonios, enseñan máximas perversas, gustan de torpezas; no sólo no las tienen por injuria cuando fingen de ellos estas liviandades, sino que no pueden sufrir de modo alguno la contumelia que reciben cuando estas torpezas no se representan en sus solemnidades. Ya, pues, si de estos juegos os quejáseis á Júpiter, especialmente por razón de que en ellos se representa la mayor parte de sus culpas y horrendos crímenes, acaso, aunque tengáis y confeséis á Júpiter por persona que rige y gobierna todo este mundo, por el mismo hecho de meterle vosotros entre la turba de los otros y adorarle juntamente con ellos, y decir que es su reino, le hacéis una notable injuria.

CAPÍTULO XXVIII

Si para alcanzar y dilatar el imperio les importó y aprovechó á los romanos el culto de sus dioses.

Luego de ningún modo semejantes dioses como estos que aplacan, ó, por mejor decir, se infaman con tales honores, que es mayor culpa el gustar de ellos siendo falsos, que si se dijera de ellos con verdad; de

ningún modo, digo, estos dioses pudieron acrecentar y conservar el imperio romano; porque si pudieran hacerlo, dispensaran antes esta gracia tan particular á los griegos, quienes en iguales solemnidades divinas, esto es, en los juegos escénicos, los honraron con mucho más respeto y más dignamente, supuesto que ni aun á sí propios se eximieron de la mordaz crítica de los poetas con que veían afrentar á los dioses, concediéndoles permiso para que tratasen mal á quien se les antojase, y á los mismos escénicos no los tuvieron por personas abominables ni infames, antes sí los estimaron por beneméritos y dignos de grandes honras y dignidades. Con todo, así como los romanos pudieron tener la moneda de oro, aunque no veneraran al dios Aurino; y asimismo como pudieron tener la de plata y la de vellón, aunque no tuvieran á Argentino ni á su padre Esculano, y de este modo todo lo demás que fastidia relacionarlo, así también, aunque por ningún título pudieran tener el imperio contra la voluntad del verdadero Dios, sin embargo, aun cuando ignoraran ó vilipendiaran á estos dioses falsos, conocieran y veneraran á aquel uno y solo con fe sincera y buenas costumbres, y no sólo gozaran en la tierra de un reino mucho más apreciable, cualquiera que fuese, grande ó pequeño, sino que después de éste alcanzaran el eterno, ya le tuvieran aquí ó no le tuvieran.

CAPÍTULO XXIX

De la falsedad del agüero que pareció haber pronosticado la fortaleza y estabilidad del imperio romano.

Lo que dijeron haber sido un maravilloso agüero ¿qué tal fué? Digo lo que referí poco antes, que Marte, Término y Juventas no quisieron ceder su lugar á Jú-

pter, rey de los dioses, porque con esto, dicen, pronosticaron que la nación Marcial, esto es, los romanos, á nadie habían de ceder el lugar que ocupasen; que ninguno había de mudar los términos y límites romanos por respeto al dios Término, y que la juventud romana, por la diosa Juventas, á nadie había de ceder en valor y constancia. Advertan, pues, el aprecio en que tenían al rey de sus dioses y dador de su reino, supuesto que le oponían tales agüeros, teniendo por presagio muy favorable el que no se le hubiera cedido el lugar preeminente; aunque si esto es cierto, nada tienen que temer, ya que no han de confesar ingenuamente que sus dioses, que no quisieron ceder á Júpiter, cedieron por necesidad á Cristo, ya que sin detrimento ni menoscabo de los límites del imperio pudieron ceder al Salvador los lugares en donde residían, y, principalmente, los corazones de los fieles. No obstante, antes que Cristo viniese al mundo en carne mortal; antes, en fin, que se escribiesen estos sucesos que referimos y citamos de sus libros, y despues que en tiempo de Tarquino tuvieron aquel agüero, fué roto en distintas ocasiones el ejército romano; esto es, le hicieron huir, y demostró ser falso el agüero que aquella juventud no había cedido á Júpiter; la gente marcial, vencida y rota por los galos, fué atropellada y degollada dentro de la misma Roma; y los límites del imperio, pasándose muchas ciudades al partido de Aníbal, se encogieron y estrecharon demasiado. Así salieron vanos sus admirables agüeros, y quedó contra Júpiter la contumacia, no de los dioses, sino de los demonios; porque una cosa es no haber cedido, y otra el haber vuelto al lugar desde donde habían cedido, aunque también después en las provincias del Oriente se mudaron los límites del imperio romano, queriéndolo así el emperador Adriano. Este concedió graciosamente al imperio de los persas

tres hermosas provincias, Armenia, Mesopotamia y Asiria; de suerte que el dios Término, que, según éstos, defendía los límites romanos, y que por aquel admirable agüero no cedió su lugar á Júpiter, parece que temió más á Adriano, rey de los hombres, que al rey de los dioses; y habiéndose recobrado en otra época estas provincias, casi en nuestros tiempos retrocedieron nuevamente los límites, cuando el emperador Juliano, dado á los oráculos de aquellos dioses, con demasiado atrevimiento mandó quemar las naves en que se llevaban los bastimentos, con cuya falta el ejército, habiendo muerto luego el emperador de una herida que le dieron los enemigos, vino á padecer tanta necesidad, que fuera imposible escapar nadie, viéndose acometidos por todas partes, y los soldados turbados con la muerte de su general, si por medio de la paz no se pusieran los límites del imperio donde hoy perseveran, aunque no con tanto menoscabo como los concedió Adriano, pero fijos, en efecto, por medio de una composición y tratado amistoso; luego, con vano agüero, el dios Término no cedió á Júpiter, pues cedió á la voluntad de Adriano, cedió á la temeridad de Juliano y á la necesidad de Joviano. Bien advirtieron estos lances los romanos más inteligentes y graves; pero eran poco poderosos para rebatir las inveteradas y corruptas costumbres de una ciudad que estaba ligada con los ritos y ceremonias de los demonios; y aun ellos, aunque entendían que todo aquello era vanidad, eran de opinión que se debía tributar el culto divino que se debe á Dios, á la naturaleza criada, que está sujeta á la providencia é imperio de un solo Dios verdadero; sirviendo, como dice el Apóstol, «antes á la criatura que al Criador, que es bendito para siempre» (1). El auxilio de este

(1) San Pablo á los romanos, capítulo I. *Servientes creaturæ potius quam Creatori, que est benedictus in sæcula.*

Dios verdadero era necesario para que nos enviara varones santos y verdaderamente píos, que murieran por la verdadera religión, á efecto de que se desterrara de entre los que viven y siguen la falsa.

CAPÍTULO XXX

Qué es lo que confiesan acerca de lo que sienten de los dioses de los gentiles los mismos que los adoran.

Cicerón, siendo individuo del Colegio de Augures ó Adivinos, se burla de los agüeros y reprende á los que disponen el método y régimen de su vida por las voces del cuervo y de la corneja. Pero este académico, que sostiene y quiere que todas las cosas son inciertas, no merece crédito ni autoridad alguna en esta materia. En sus libros, y en el segundo de la naturaleza de los dioses, disputa en persona de Quinto Lucio Balbo, y aunque admite las supersticiones que se derivan de la naturaleza de las cosas, cómo las físicas y filosóficas, con todo, moteja la institución de los simulacros ó ídolos y las opiniones falsas, diciendo de este modo: «¿Veis cómo de las cosas físicas que descubrieron y hallaron los hombres con utilidad y provecho de la humana sociedad, tomarón ocasión para fingir é inventar dioses fabulosos? Lo cual fué motivo de formarse muchas opiniones falsas, de errores turbulentos y de supersticiones casi propias de viejas; porque leemos los lineamentos y configuración de los dioses, su edad, vestido y ornato, y asimismo el sexo, los casamientos, parentescos, todo ello reducido al modo y talle de nuestra humana flaqueza, pues nos los introducen con afectos y ánimos perturbados; leemos asimismo los apetitos de

los dioses, sus melancolías y enojos, ni estuvieron exentos (según refieren las fábulas) de disensiones y guerras, no sólo como vemos en Homero cuando los dioses, unos favoreciendo una facción y otros la otra, ayudaban á dos ejércitos contrarios, sino cuando también sostuvieron sus propias guerras, como la que tuvieron con los titanes ó gigantes.» Estas particularidades no sólo se dicen, sino que se creen muy neciamente, y realmente no son más que unos sofismas llenos de vanidad y de suma liviandad. Y ved aquí, entretanto, palpable lo que confiesan los que defienden á los dioses de los gentiles; pues cuando añade después que esta doctrina pertenece á la superstición, y aun á la religión que él, parece, enseña según los estoicos; porque no sólo los filósofos, dice, sino también nuestros antepasados distinguieron la superstición de la religión, en atención á que todo el día rezaban, prosigue, y sacrificaban porque les guardasen después de sus días á sus hijos santos y supérstites, por cuya devoción los llamaron supersticiosos. ¿Quién no advierte que Cicerón procura aquí, por temor de no contravenir al uso y costumbre de su ciudad, alabar la religión de sus mayores, y queriéndola distinguir de la superstición, no halla medio para poderlo hacer? Porque si los progenitores llamaron supersticiosos á los que todo el día rezaban y sacrificaban, acaso no los denominaron así los que instruyeron los simulacros de los dioses, los delinearon de edades diferentes, de distinto traje, y describieron sus sexos, casamientos y parentescos? Estas preocupaciones, sin duda, cuando se reprenden y motejan como supersticiosas, la misma culpa comprende á los antepasados, que establecieron y adoraron semejantes simulacros, que á él mismo, que por más que procura con el artificio de su elocuencia desenvolverse y librarse de ella, con todo, le era necesario é indispensable tributarles culto y ado-

ración, por no exponerse á los rigores de un pueblo iluso, ni tampoco lo que dice aquí Cicerón y disputa con tanta energía se atreviera á mentarlo, perorando delante del pueblo. Demos, pues, los cristianos gracias á Dios nuestro Señor, no al cielo ni á la tierra, como éste enseña, sino al que hizo el cielo y la tierra, de que estas supersticiones, que este Balbo como balbuciente y tartamudo apenas reprende, las derribó por la elevada humildad de Cristo, por la predicación de los Apóstoles, por la fe de los mártires, que mueren por la verdad y viven con ella, las derribó, digo, y desterró, no sólo de los corazones religiosos, sino de los templos supersticiosos, con libre servidumbre de los suyos.

CAPÍTULO XXXI

De las opiniones de Varrón, quien, aunque reprueba la persuasión que tenía el pueblo, y no llega á alcanzar la noticia del verdadero Dios, con todo, es de parecer que se debía adorar un solo Dios.

Pues que el mismo Varrón, de quien nos pesa que haya colocado entre los asuntos de la religión los juegos escénicos, aunque esto no fuese de su dictamen, no obstante que en muchos lugares, como religioso exhorta al culto de los dioses, ¿acaso no confiesa que no sigue por parecer propio la doctrina que refiere instituyó la ciudad de Roma acerca de este punto, de modo que no duda decir que, si él fundara de nuevo aquella ciudad, dedicara los dioses y los nombres de éstos según la fórmula de su naturaleza? Pero dice que le precisa seguir como estaba recibida por los antiguos en el pueblo viejo, la historia de sus nombres y sobrenombres, así como ellos nos la dejaron, y escribir y examinarlos

atentamente, llevando la mira y procurando que el vulgo se incline antes á reverenciarlos que á menospreciarlos, con las cuales palabras este hombre indiscreto bastantemente nos da á entender que no declara todo lo que él sólo despreciaba, si no lo que parecía que había de vilipendiar el mismo vulgo, si no lo pasase en silencio. Pareciera esto conjetura mía si el mismo autor en otro lugar, hablando de las religiones, no dijera claramente que muchas cosas hay verdaderas, que no sólo no es útil que las sepa el vulgo, sino también, dado que sean falsas, es conveniente que el pueblo lo entienda de otra manera; y que por esto los griegos ocultaron con silencio y entre paredes sus mayores sacramentos y misterios. Aquí realmente nos descubrió toda la traza de los presumidos de sabios, por quienes se gobiernan las ciudades y los pueblos, aunque de estas seducciones y engaños maravillosos gustan los malignos demonios; pues igualmente están en posesión de los seductores y de los seducidos, y de su posesión y dominio no hay quien los pueda librar, si no es la gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro. Dice también el mismo sabio y discreto autor, que es la opinión más cierta, que sólo han acertado en descifrar lo que es Dios los que creyeron era un espíritu, que con movimiento y discurso gobierna el mundo; con cuyo sentir, aunque no alcanzó un conocimiento exacto y genuino de la verdad (porque el Dios verdadero no es precisamente el espíritu ó ánima del mundo, sino también el Criador y Hacedor de este espíritu), con todo, si pudiera eximirse de las opiniones que estaban ya tan recibidas y sentadas en la costumbre, confesara y persuadiera eficazmente que se debía adorar á un solo Dios, que con movimiento y razón rige el universo; de modo que sobre este punto sólo quedara con él indecisa la cuestión y duda en cuanto dice que es espíritu, y no como debiera decir, Criador del espíri-

tu ó del alma. Dice asimismo que los antiguos romanos, por más de 170 años adoraron y veneraron á los dioses sin simulacros, cuyo método, dice, si todavía persevera, con más castidad y santidad se reverenciaran los dioses. Y en abono de su dictamen cita, entre otros, por testigo la nación de los judíos, no dudando de concluir su discurso diciendo: «Que los primeros que introdujeron en el pueblo los simulacros ó efigies de los dioses, quitaron el miedo á sus ciudadanos y las añadieron errores:» advirtiendo, como prudente, que fácilmente podían despreciar los dioses por la tosca fábrica de que se formaban sus imágenes; y en no decir enseñaron errores, sino que los añadieron quiere dar á entender ciertamente, que también sin los simulacros había ya errores. Por eso cuando dice que sólo acercaron á indagar lo que era Dios los que se persuadieron era el alma que gobernaba el mundo, y es el dictamen que más casta y santamente se observa la religión sin simulacros, ¿quién no advierte cuánto se aproximó al conocimiento de la verdad? Porque si valiera contra la antigüedad de un error tan craso y envejecido de raciocinio, sin duda pronunciara lo uno, que había un sólo Dios, por cuya providencia, creía, se regía el universo; y lo otro, que á éste debía adorarse sin simulacros. Y así, hallándose tan cercano á las primeras nociones de la verdadera religión, acaso cayera fácilmente en la cuenta, opinando que el alma era mudable, para de este modo poder entender que Dios verdadero era una naturaleza inmutable que había criado asimismo á la misma alma. Y siendo esto cierto, todas las vanidades ilusorias de muchos dioses, de que semejantes autores han hecho mención en sus libros, más han sido obligados por ocultos juicios de Dios á confesarlas como son, que procurado persuadir las. Cuando citamos algunos testimonios de éstos, los alegamos para convencer á los que no

quieren advertir de cuán terrible y maligna potestad de los espíritus infernales nos libra el incruento sacrificio de la sangre santísima que por nosotros se derramó, y el don y gracia del espíritu que por él se nos comunica.

CAPÍTULO XXXII

Con qué pretexto ó razón de Estado quisieron los príncipes gentiles que perseverasen entre sus vasallos las falsas religiones.

Dice también que por lo respectivo á las generaciones de los dioses, el pueblo se inclinó más á la autoridad de los poetas que á la de los físicos y naturalistas, y que por lo mismo sus antepasados, esto es, los antiguos romanos, creyeron como indudable el sexo y sucesión carnal de los dioses, como el que efectuaron sus respectivos matrimonios; lo cual ciertamente parece que no lo hicieran si no fuera porque el empeño y principal pretensión de los prudentes y sabios del siglo fué engañar al pueblo so color de la religión, y en esto mismo no sólo adorar, sino imitar también á los demonios, que principalmente intentan seducirnos: porque así como los demonios no pueden poseer sino á los que han engañado con sus cautelas, así también los príncipes, no digo los justos, sino los que son semejantes á los demonios, lo mismo que sabían era mentira y vanidad con nombre de religión, como si fuera verdad lo persuadieron al pueblo, pareciéndoles que de este modo estrechaban más en él el vínculo de la unión civil, para tenerle así obediente y sujeto: y con tal traza ¿cómo el flaco é ignorante podría evadirse á un tiempo de los engaños de los príncipes y de los espíritus infernales?

CAPÍTULO XXXIII

Que los tiempos de todos los reyes y reinos están dispuestos y ordenados por el decreto y potestad del verdadero Dios.

Aquel gran Dios, autor y único dispensador de la felicidad, esto es, el Dios verdadero, sólo es el que da los reinos de la tierra á los buenos y á los malos, no temerariamente y como por acaso, mediante que es Dios y no fortuna, sino según el orden natural de las cosas y de los tiempos, que es oculto á nosotros y notísimo á él, al cual orden de los tiempos no sirve y se acomoda como súbdito, sino que él, como Señor absoluto, le gobierna con admirable sabiduría, y como gobernador le dispone; mas la felicidad no la concede sino á los buenos, por cuanto ésta la pueden tener y no tener los que sirven: pueden también no tenerla y tenerla los que reinan, la que sin embargo será perfecta y cumplida en la vida eterna, donde ya ninguno servirá á otro; y por eso concede los reinos de la tierra á los buenos y á los malos, para que los que le sirven y adoran y son aun pequeñuelos en el aprovechamiento de espíritu, no deseen ni le pidan estas gracias y mercedes como un don grande y estimable. Y este es el misterio del Viejo Testamento, en donde estaba ocultado y encubierto el Nuevo, porque allí todas las promesas y dones eran terrenas y temporales, predicando al mismo tiempo, aunque no claramente, los que entonces eran inteligentes y espirituales la eternidad que significaban aquellas cosas temporales, y en qué dones de Dios consistía la verdadera felicidad.

CAPÍTULO XXXIV

Del reino de los judios, el cual instituyó y conservó el que es sólo y verdadero Dios, mientras que ellos perseveraron en la verdadera religión.

Para que se conociese también que los bienes terrenos, á que sólo aspiran los que no saben imaginar con más utilidad espiritual, estaban en manos del mismo Dios, y no en la de la multitud de dioses falsos (los cuales creían los romanos antes de ahora se debían adorar), multiplicó en Egipto su pueblo, que era en número muy corto, de donde le sacó libre de la servidumbre con maravillosos prodigios y señales; y, con todo, no invocaron á Lucina aquellas mujeres, cuando para que de un modo admirable se multiplicasen é increíblemente creciese aquella nación, las fecundizo; él fué quien libró sus hijos varones, él fué quien los guardó de las manos y furia de los egipcios que los perseguían y deseaban matarles; todas sus criaturas, sin la diosa Rumina mamaron, sin la Cunina estuvieron en las cunas, sin la Edulica y Potina comenzaron á comer y á beber, y sin tantos dioses de niños se criaron, sin los dioses conyugales se casaron, y sin adorar á Priapo conocieron á sus mujeres; sin invocar á Neptuno se les dividió el mar y concedió paso franco, y anegó tornando á juntar sus ondas á los enemigos que iban en su seguimiento; ni consagraron alguna diosa Mannia cuando les llovió maná del Cielo, ni cuando, estando muertos de sed, la piedra herida con la misteriosa vara les brotó abundancia de agua, adoraron á las ninfas y linfas: sin los desafortados misterios de Marte y de Belona emprendieron sus guerras; y aunque es verdad que sin la victoria no vencieron, mas no la tuvieron por diosa, sino

por un beneficio singular de Dios. Tuvieron mieses sin Segecia, sin Bobona bueyes, miel sin Melona, pomos y frutas sin Pomona; y, en efecto, todo aquello por lo que los romanos creyeron debían acudir á suplicar á tanta turba de falsos dioses, lo tuvieron con mucha más bendición y abundancia de la mano de un sólo Dios verdadero; y si no pelearan contra él con curiosidad impía, acudiendo como hechizados con arte mágica á los dioses de los gentiles y á sus ídolos, y, últimamente, dando la muerte á Cristo, perseveraran en la posesión del mismo reino, aunque no tan espacioso, pero sí más dichoso. Y si ahora andan derramados por casi todas las tierras y naciones, es providencia inexcrutable de aquel único y sólo Dios verdadero, para que, viendo cómo se destruyen por todas partes los simulacros, aras, bosques y los templos de los falsos dioses, y se prohíben sus sacrificios, se pruebe y verifique por sus libros mismos lo propio que muchos tiempos antes estaba profetizado, porque leyéndolo en los nuestros no piensen acaso que es invención y ficción nuestra: pero lo que se sigue es necesario que lo veamos en el libro siguiente.



LIBRO QUINTO

CAPÍTULO I

Que la causa de la felicidad del imperio romano y de todos los reinos no es por acaso ni consiste en la constelación.

Mediante á que es constante que el colmo de todo cuanto debe desearse es la felicidad, la cual no es diosa, sino don particular de Dios, y que por eso los hombres no deben adorar á otro dios, sino sólo al que puede hacerlos felices; por cuyo motivo si ésta fuera diosa, con razón se diría que á ella sola se debía tributar culto; veamos, ya consiguiente á estos principios, por qué razón Dios, que puede dar los bienes que pueden gozar también los que no son buenos, y por el mismo caso los que no son felices, quiso que el imperio romano fuese tan dilatado y que durase por tanto tiempo, supuesto que esta tan admirable resolución no la causó la muchedumbre de dioses falsos que ellos adoraban: basta por ahora lo que hemos ya referido acerca de ella; después diremos más donde nos pareciere á propósito. La causa, pues de la grandeza y amplificación del imperio romano ni es fortuita ni fatal, según el sentir de los que afirman que las cosas fortuitas son las que, ó no reconocen causa alguna, ó suceden sin algún orden razonable, y las fatales las que acontecen por la necesidad de cierto orden, y contra la voluntad de Dios y de los hom-

bres: sin duda alguna que la divina providencia es la que funda los reinos de la tierra; y si ningún entusiasta atribuye su erección al hado, fundado en que por el nombre de hado se entiende la misma voluntad ó potestad de Dios, siga su opinión y refrene la lengua; y este tal ¿por qué no dirá al principio lo que ha de decir al fin cuando le preguntaren que entiende por hado? Porque cuando lo oyen los hombres, según el común modo de hablar, no entienden por esta voz sino la fuerza de la constitución de las estrellas, calculada según el estado en que se hallan cuando uno nace ó es concebido; cuya operación intentan varios eximir de la voluntad de Dios, aunque otros quieren que este efecto dependa asimismo de ella: pero á los que son de opinión que sin la voluntad de Dios las estrellas decretan lo que hemos de practicar, ó lo que tenemos de bueno ó padecemos de malo, no hay motivo para que les den oídos ni crédito, no sólo los que profesan la verdadera religión, sino los que siguen el culto de cualesquiera dioses aunque falsos; porque esta opinión errónea ¿qué otra cosa hace que persuadir que de ningún modo se adore á dios alguno, ni se le haga oración? Contra quienes al presente no disputamos, sino contra los que contradicen á la religión cristiana en defensa de los que ellos tienen por dioses: pero los que se persuaden estar dependiente de la voluntad de Dios la constitución de las estrellas, que en alguna manera decretan ó fallan cuál es cada uno y lo que le sucede de bueno y de malo; si juzgan que las estrellas tienen esta potestad é influencia recibida del supremo poder de Dios, de modo que determinen voluntariamente estos efectos, hacen grande injuria al Cielo, en cuyo clarísimo consejo (digámoslo así) é ilustrísima corte, piensan que se decretan las maldades que se han de perpetrar por los malvados; que si tales las acordara alguna ciudad de la tierra por

decreto de los hombres, debiera ser destruída y asolada. ¿Y qué imperio y jurisdicción le queda después á Dios sobre las acciones de los hombres si las atribuyen á la necesidad del cielo, ó, por mejor decir, á la fatal constelación de los astros, siendo este gran Dios el Señor absoluto y Criador de los hombres y de las estrellas? Si dicen que las estrellas no decretan estos sucesos á su albedrío, aunque hayan obtenido facultad del sumo Dios, sino que en causar tales necesidades cumplen puntualmente sus mandatos, ¿es posible que hemos de sentir de Dios lo que nos pareció impropio sentir de la voluntad de las estrellas? Si instan diciendo que las estrellas significan los futuros contingentes, pero que no los ejecutan, de modo que aquella constitución sea como una locución ó voz que anuncia lo que está por venir, mas que no sea causa de ello (porque esta opinión fué de algunos filósofos bastante ignorantes), no suelen explicarse así los matemáticos, de forma que digan de esta manera: Marte puesto en tal disposición, significa homicida si no es homicida; pero cuando concedamos que no se producen como deben, y que es necesario tomen de los filósofos la regla de cómo han de hablar para pronosticar lo que piensan que alcanzan para la constitución de las estrellas, ¿qué arcano tan profundo ó dificultad tan intrincada es ésta que jamás pudieron dar la razón por qué en la vida de los mellizos nacidos de un parto, en sus acciones, sucesos, profesiones, artes, oficios, en todo lo demás que toca á la vida humana, y en la misma muerte, hay por la mayor parte tanta diferencia, que les son más parecidos y semejantes en cuanto á estas cualidades muchos extraños que los mismos mellizos entre sí, á quienes al nacer los dividió un corto espacio de tiempo, y al ser concebidos con un mismo acto, y aún en un mismo movimiento los engendraron sus padres?

CAPÍTULO II

De la disposición semejante y desemejante de dos mellizos.

Refiere Cicerón que Hipócrates, insigne médico, escribe que habiendo caído enfermos dos hermanos á un mismo tiempo, viendo que su enfermedad en un mismo instante crecía, y en el mismo declinaba, sospechó que eran gemelos de quienes el estoico Posidonio, aficionado en extremo á la Astrología, solía decir que habían nacido bajo una misma constelación, que en la misma fueron concebidos, de modo que lo que el médico creía pertenecía á la correspondencia ó semejanza que tenían entre sí por su disposición física, esto el filósofo astrólogo lo atribuía á la influencia y constitución de las estrellas que se reconoció al tiempo que nacieron y se concibieron. En este punto es mucho más creíble y común la conjetura de los médicos, pues conforme á la disposición corporal que tenían los padres cuando se juntaron carnalmente, pudieron disponerse los primeros materiales y resortes de la generación, de modo que, continuando por el cuerpo de la madre los mismos incrementos, naciesen los hijos de una igual, buena ó mala disposición; después, criándose en una misma casa, con unos propios alimentos, sobre cuyas circunstancias dicen los médicos que el aire, el sitio del lugar y la naturaleza de las aguas pueden mucho para preparar bien ó mal el cuerpo, y acostumbándose también á unos mismos ejercicios, es factible tuviesen los cuerpos tan semejantes, que de un mismo modo se dispusiesen para estar enfermos á un tiempo, y por unas mismas causas: pero querer contraer á la igualdad y semejanza de esta enfermedad la constitución del cielo y de las estrellas que se observó cuando los engendraron ó cuando nacie-

ron, siendo muy posible que se concibiesen y naciesen tantos de diverso género y de diferentes afectos y sucesos en un mismo tiempo, en una misma región y tierra colocada bajo un mismo cielo y clima, no sé si puede darse mayor temeridad; aunque en este país hemos conocido mellizos que han tenido no sólo diferentes acciones y peregrinaciones, sino que han padecido diferentes enfermedades; de lo cual, en mi sentir, pudiera dar fácilmente la causa Hipócrates, diciendo que con el uso de diferentes alimentos y ejercicios que proceden, no de la templanza del cuerpo, sino de la voluntad del ánimo, les pudo suceder tener diferentes disposiciones; y sería harto maravilloso que en este caso Posidonio ó cualquier otro defensor del hado ó influencia de las estrellas pudiera hallar que reponer, á no ser queriendo trastornar los juicios de los ignorantes con fenómenos raros que no saben ni entienden; pues lo que intentan persuadir, computando el pequeño espacio de tiempo que tuvieron entre sí los mellizos mientras nacieron con respecto á la partícula del cielo, donde se coloca la nota de la hora que llaman horóscopo; ó no puede el signo tanto cuanta es la diversidad que hay en las voluntades, acciones, costumbres y sucesos de los gemelos, ó pueden aun más estas cualidades que la misma bajeza ó nobleza de linaje de los mellizos, cuya mayor diversidad no la calculan, sino la hora en que cada uno nace; y, por consiguiente, si tan presto viene á nacer uno como otro permaneciendo en igual grado la misma parte ó punto del horóscopo, luego deberán ser del todo semejantes ó iguales en sus propiedades, lo cual es imposible hallarse en ningunos mellizos. Y si la dilación del segundo en el nacimiento muda el horóscopo, luego los padres serán diferentes, cuya circunstancia no puede verificarse en los mellizos.

CAPÍTULO III

Del argumento que Nigidio, matemático, tomó de la rueda del ollero en la cuestión de los gemelos.

Así que en vano se aleja en comprobación de esta doctrina aquella famosa invención de la rueda del Fígulo ú ollero, de la cual refieren se valió Nigidio para responder hallándose atajado en esta cuestión, por lo cual le vinieron á llamar Fígulo, pues habiendo impelido y sacudido con toda su fuerza la rueda, corriendo ésta la señaló con suma presteza, como si fuera en un determinado paraje de ella, con tinta dos veces; después, parando la rueda, hallaron los dos puntos que había señalado en las extremidades de ella no poco distantes entre sí: del mismo modo, dice, siendo tan imperceptible la velocidad con que se mueve el cielo, aunque uno tras otro nazca con tanta presteza con cuanta yo herí dos veces la rueda, es mucho mayor la ligereza del cielo en su curso é influencia; de este principio, prosigue, dimanar todas las diferencias tan singulares que refieren hay en las costumbres y sucesos de los mellizos. Esta ficción es más frágil que las mismas ollas que se forjan con las vueltas de aquella rueda, porque si tanto importa en el cielo (lo que no puede comprenderse en las constelaciones) que al uno de los gemelos le venga la herencia y al otro no, ¿cómo se atreven á los que no son mellizos (examinando sus constelaciones) á pronosticarles sucesos que pertenecen á aquel secreto que nadie puede comprender, notándolos y atribuyéndolos á los puntos y momentos en que nacen las criaturas? Y si estos acaecimientos los pronostican en los nacimientos de los otros porque conciernen á espacios y tiempos más largos, aquellos puntos y momentos de partes tan

menudas que pueden tener entre sí los gemelos cuando nacen, atribuyéndose á cosas mínimas sobre que no se suele consultar á los matemáticos (porque quién ha de preguntar cuándo se sienta uno, cuándo se pasea ó cuándo come) ¿por ventura diremos esto cuando en las costumbres, acciones y sucesos de los mellizos hallamos tantas y tan diferentes propiedades?

CAPÍTULO IV

De los hermanos gemelos Esaú y Jacob, y de la diferencia tan grande que hubo entre ellos en sus costumbres y acciones.

Nacieron dos gemelos en tiempo de los antiguos padres (por hablar de los más insignes), de tal suerte el uno tras el otro, que el segundo tuvo asida la planta del pie del primero. Hubo tanta diversidad en su vida y costumbres, tanta desigualdad en sus acciones y tanta diferencia en el amor de sus padres, que aun esta misma distancia los hizo entre sí enemigos. ¿Acaso refieren las historias esta particularidad de que andando el uno el otro estaba sentado, durmiendo el uno el otro velaba, y hablando el uno el otro callaba, todo lo cual pertenece á aquellas menudencias que no pueden comprender los que describen la constitución de las estrellas, bajo cuyos auspicios nace cada uno, para que en su vista puedan consultar á los matemáticos? El uno pasó su vida sirviendo por el sueldo, el otro no sirvió; el uno era amado de su madre, el otro no lo era; el uno perdió la dignidad que entre ellos era tenida en mucho aprecio, y el otro la alcanzó; ¿pues qué diré de las mujeres, qué de los hijos, qué de sus bienes y hacienda, cuánta diversidad hay?

CAPÍTULO V

Cómo se convencen los matemáticos de que la ciencia que profesan es vana.

Luego si estas distintas cualidades pertenecen ó dependen de las menudencias de los tiempos que entre sí tienen los mellizos, y no las atribuyen á las constelaciones, ¿por qué mirando las de los otros dicen esto? Y si lo sientan como inconcuso, ¿por qué conciernen, no á los minutos incomprensibles, sino á los espacios de tiempo que pueden observarse y notarse? ¿Qué representación hace aquí la rueda del ollero, ó qué prueba demostrativa facilita? Ninguna, ciertamente: sólo sirve para traer revueltos y confusos á los hombres que tienen el corazón de barro, porque no se convencen de falsas las caprichosas y temerarias observaciones de los matemáticos. ¿Y qué practican, finalmente, aquellos mismos cuya enfermedad, porque á un mismo tiempo crecía y declinaba, mirándolo como médico, Hipócrates sospechó que eran gemelos? ¿Por ventura no convencen bastantemente á éstos que quieren atribuir á las estrellas lo que procedía de una misma templanza y disposición física de los cuerpos? Pregunto: ¿por qué de una misma manera y á un mismo tiempo no enfermaban el uno tras el otro, como habían nacido, pues seguramente no pudieron nacer ambos juntamente? Y si no fué de momento para que cayeran enfermos en diferentes tiempos el haber nacido en distintas estaciones, ¿por qué pretenden que vale para la diferencia de las otras propiedades la diferencia del tiempo en que nacen? Pregunto asimismo: ¿por qué pudieron peregrinar en diferentes tiempos, casarse en diferentes tiempos, procrear hijos en diferentes tiempos, y

no pudieron por la misma causa enfermar también en diferentes tiempos? Porque si la desigualdad y dilación en el nacer mudó el horóscopo y causó desproporción y diferencia en las demás cualidades, ¿por qué razón quedó y perseveró en las enfermedades la que tenían los que fueron concebidos con igualdad á un mismo tiempo? Y si la suerte ó hado de la buena ó mala disposición consiste en la concepción, y la de los demás sucesos en el nacimiento, ¿no debiera vaticinar suceso alguno mirando las constelaciones del nacimiento, supuesto que no pueden observar la hora de la concepción? Y si vaticinan las enfermedades sin examinar el horóscopo de la concepción, ¿por qué las significan los puntos y momentos en que nacen? Pregunto: ¿cómo podrían pronosticar á cualquiera de aquellos mellizos, observando la hora de su natividad, cuándo había de estar enfermo, si el otro que no nació en la misma hora, necesariamente había de enfermar á un mismo tiempo? Pregunto: más si hay tanta distancia de tiempo en la natividad de los mellizos que por ella sea preciso sucederles diferentes constelaciones por el horóscopo diferente, y por esto resultan distintos todos los ángulos cárdines, á los cuales atribuyen un influjo tan particular que de ellos quieren procedan diferentes hados y suertes, ¿por dónde pudo suceder esto, mediante á que la concepción de ellos no pudo ser en diferente tiempo? Y si dos concebidos en un mismo momento pudieron tener diferentes hados para nacer, ¿por qué otros dos que nacieron en un mismo instante de tiempo no pueden tener diferentes hados para vivir y morir? Pues si un mismo momento en que ambos fueron concebidos no impidió que naciese el uno primero y el otro después, ¿por qué causa si nacen dos en un momento ha de haber algún motivo que impida que muera el uno primero y el otro después? Si un momento en la concepción causa el que

los gemelos tengan diferentes suertes hasta en el vientre de su madre, ¿por qué un instante en el nacimiento no motivará que cualquiera otros dos tengan diferentes suertes en la tierra, y así se quiten todas las ficciones de esta arte, ó, por mejor decir, vanidad? ¿Qué misterio se encierra en que los concebidos en un mismo tiempo, en un mismo momento, debajo de una misma porción del cielo, tengan diferentes suertes que los impele á nacer en diferente hora, y que dos nacidos igualmente de dos madres en un momento de tiempo, debajo de una misma constelación del cielo, no puedan tener diferentes suertes que los traiga á diferente necesidad de vivir ó de morir? ¿Acaso los concebidos no participan de la influencia de los hados sino cuando llega el momento de nacer? ¿Cómo, pues, aseguran que si se halla la hora de la concepción pueden adivinar muchas maravillas? ¿Y cómo defienden también algunos que un sabio escogió la hora en que se había de juntar con su esposa, y mediante una lección tan prudente logró procrear un hermoso y perfecto hijo? ¿Cómo, finalmente, decía Posidonio, aquel grande astrólogo y filósofo, de los dos gemelos, que la causa de haber enfermado en un mismo tiempo consistió en que nacieron en un mismo momento, y en uno mismo fueron concebidos? Sin duda, parece, añadió la concepción, porque no le dijese que no pudieron nacer precisamente en un mismo tiempo los que era notorio fueron concebidos en un mismo momento, y por no atribuir la particularidad de haber enfermado de un mismo mal y á un mismo tiempo, á la igual templanza ó disposición del cuerpo; antes más bien por imputar y hacer dependiente de las estrellas aquella misma igualdad y semejanza de enfermedad. Y si tanto puede para la igualdad de los hados la concepción, no se habían de mudar estos mismos hados con el nacimiento, ó si se inmutan los hados de los

gemelos porque nacen en diferentes tiempos, ¿por qué no hemos de imaginar con más justa causa que ya se habían mudado para que naciesen en diferentes tiempos? ¿Qué no pueda la voluntad de los vivos mudar los hados del nacimiento, pudiendo el orden del nacer mudar los hados de la concepción, es admirable sin duda!

CAPITULO VI

De los mellizos que son de diferente sexo ó género.

Aunque en una misma concepción de los gemelos en la que seguramente ambos participaban de unos mismos momentos de tiempo acontece repetidas veces que debajo de una misma constelación fatal, el uno se conciba varón y la otra hembra, yo conozco unos mellizos de diferente sexo que ambos viven aun, y ambos están en edad florida, los cuales, siendo entre sí parecidos en los cuerpos cuanto puede darse en sexo diferente, con todo, en la dirección y método de vida son tan diversos, que á excepción de las acciones que es necesario difieran las de las mujeres de las de los varones, el uno milita y está dedicado al cargo de capitán, y casi siempre anda peregrinando fuera de su casa, y ella no se desvía del suelo patrio, ni aun del de su propia casa. Asimismo, lo que es más increíble si se da crédito al hado de las estrellas, pero que no es maravilla si se consideran las voluntades de los hombres y los dones de Dios, él es casado y ella doncella consagrada á Dios; él tiene un número crecido de hijos, y ella no se ha casado. Sin embargo que puede mucho la fuerza del horóscopo en tan contrarias inclinaciones, ya queda examinado lo bastante ser un desvarío el sostenerlo; pero

como quiera que sea, dicen, es poderoso su influjo en el nacimiento. ¿Acaso es del mismo modo poderoso en la concepción, donde es manifiesto que es una la cópula carnal? ¿Y es tanta la influencia de la naturaleza que en concibiendo la mujer un feto no pueda concebir otro del mismo modo? Y por eso es necesario que en los mellizos sean unos mismos los momentos de la concepción; pero pregunto: ¿por qué motivo nacieron con diferente horóscopo mientras nacían, transformándose él en varón ó ella en hembra? Así que aunque totalmente no es desvarío decir que algunas influencias del cielo y de sus estrellas valen para causar algunas diferencias meramente corporales, como vemos que son sus idas y venidas, alejándose y acercándose el sol se varían los tiempos del año, y que con las crecientes y menguantes de la luna crecen y menguan algunas producciones naturales, como los erizos marinos, las conchas y las maravillosas crecientes del Océano ó sus flujos y reflujos, lo será, sin duda, si se intentara sostener que la voluntad del alma se sujeta á las posiciones de las estrellas; con todo, procurando estos espíritus preocupados ligar y sujetar á ellas nuestras acciones, nos advierten que averigüemos cómo esta su razón no puede concluir demostrativamente ni aun en los mismos cuerpos; porque ¿qué cosa hay que tanto pertenezca al cuerpo como el sexo del cuerpo? Y, con todo, debajo de una misma constelación se pudieron concebir dos gemelos de diferente sexo; por tanto, ¿qué mayor disparate puede decirse ó creerse que intentar persuadir que la posición de las estrellas, que á la hora de la concepción para ambos fué una misma, no pudo hacer que con el que tenía una misma constelación no tuviese diferente sexo que el hermano, y que la posición de las estrellas que hubo cuando nacieron pudo hacer que fuese tan diferente de él en la virtud de la castidad?

CAPÍTULO VII

De la elección del día para tomar mujer ó para plantar
ó sembrar alguna semilla en el campo.

¿Quién ha de poder sufrir el oír que con hacer elección de ciertos días, procuran formar con sus acciones unos nuevos hados? En efecto; no tuvo otro tal felicidad que lograrse tener un hijo admirable; antes por el contrario, supo le había de engendrar soez y despreciable, y por eso el hombre docto escogió honra para tener cópula con su esposa; luego hizo el hado que no tenía, y por el hado que él formó, comenzó á ser fatal, lo que no fué en su nacimiento. ¡Oh estupidez singular! hacerse elección del día para tomar mujer, creo, que porque pudo suceder en tal día, que no sería bueno si no se eligiera. ¿Dónde está, pues, lo que decretaron las estrellas cuando nació? ¿Puede acaso el hombre mudar con la elección del día lo que le estaba ya decretado, y aquello que él determinó con la elección del día no lo podrá mudar otra potestad? Mas si los hombres solos, y no todos los entes que están colocados debajo del cielo, están sujetos á las constelaciones, ¿por qué escogen días acomodados para plantar viñas, árboles ó mieses, y otros para domar el ganado, ó para echar los machos á las hembras, para que se multipliquen las yeguas ó los bueyes, y todo lo que es de esta clase? Y si las elecciones de los días valen para estos ejercicios por causa de que la posición de las estrellas domina sobre todos los cuerpos terrenos animados ó inanimados, según la diversidad de los momentos de los tiempos, consideren cuán innumerables son las producciones que debajo de un mismo punto de tiempo nacen ó salen de la tierra, ó se comienzan, y, con todo, tienen

tan diferentes fines que á cualquier niño le obligan á que se ría y mofe de estas observaciones; porque ¿quién hay tan falto de juicio que se atreva á decir que todos los árboles, todas las plantas y hiervas, todas las bestias, reptiles, aves, peces, gusanillos é insectos participan cada uno respectivamente de diferentes momentos en su nacimiento? Con todo, suelen algunos, para experimentar la pericia de los matemáticos, representarles las constelaciones de algunos animales brutos, cuyos nacimientos han observado diligentemente en su casa para este efecto, y reputan por excelentes matemáticos á los que, habiendo visto las constelaciones, responden que no nació hombre sino alguna bestia, atreviéndose á decir igualmente la calidad de la bestia, si es á propósito y acomodada para la lana, para carga, para el arado ó para la custodia de la casa; y porque tienen su sabiduría hasta en los hados de los perros, responden á todo con grande aclamación de los que se admiran de su vana ciencia; tan necios proceden los hombres, que imaginan que cuando nace el hombre se inhiben los demás nacimientos de las cosas naturales, de manera que debajo de una misma región del cielo no nazca con él ni una mosca; pero si admiten á este camino el argumento, el cual, creciendo paso á paso y poco á poco, los atrae de moscas á camellos y elefantes. Tampoco quieren advertir que haciendo elección del día para sembrar el campo, la grande muchedumbre de granos que cae juntamente en el suelo, juntamente nace, y, nacida, espiga, grana y blanquea; y con todo, entre ellas, á unas mismas espigas, que son de un mismo tiempo que las otras, sembradas, nacidas y criadas jntas, las destruye la niebla, á otras las consumen las aves, y á otras las arrancan los hombres. ¿Cómo han de decir que tuvieron diferentes constelaciones estas semillas, que ven tienen tan diferentes

finés? Por ventura ¿se avergonzarán y dejarán de elegir días para estas investigaciones, y negarán que no pertenecen á los decretos del cielo, y sólo sujetarán al imperio de las estrellas al hombre, á quien sólo en la tierra dió Dios voluntad libre? Considerando todas estas justas reflexiones con la meditación debida, no sin razón se cree que cuando los astrólogos admirablemente pronostican muchos sucesos que salen verdaderos, esto sucede por oculto instinto de los espíritus no buenos, á cuyo cargo está el plantar y establecer en los hombres estas falsas y dañosas opiniones de los hados ó influjo de las estrellas, y no por algún arte que observa y nota el horóscopo, porque no le hay.

CAPÍTULO VIII

De los que entienden por hado, no la posición de los astros, sino la conexión de las causas que penden de la voluntad divina.

Pero los que entienden por nombre de hado, no la constitución de los astros como se halla cuando se engendra alguna especie, ó nace, ó se principia, sino la conexión y orden de todas las causas con que se hace todo lo que se hace, no hay razón para que nosotros nos cansemos ni porfiemos obstinadamente con ellos sobre la cuestión del nombre, supuesto que el mismo orden y conexión de las causas la atribuyen á la voluntad y potestad del Dios sumo, de quien se cree con realidad y verdad que sabe todas las cosas antes que se hagan, y que no deja alguna sin orden; de quien dependen todas las potestades, aunque no dependen de él todas las voluntades; que llamen estos hados con

especialidad á la misma voluntad del sumo Dios, cuyo poder sin resistencia se difunde por todo lo criado, se prueba con estos versos, que son, si no me engaño, de Séneca: «Llévame, Sumo Padre y Señor del alto Cielo, á donde quiera que quisieres; obedeceré sin dilación alguna. Ved aquí, en resumen, que, supuesto el caso que no quiera, he de seguirte aunque no quiera, y haré por fuerza, siendo malo, lo que pude hacer de grado siendo bueno. Al que quiere, llévanle suavemente los hados, y al que no quiere, por fuerza.» Así que con este último verso, evidentemente llamó hados á la que arriba había llamado voluntad del Sumo Padre, á quien dice que está dispuesto á obedecer, para que queriéndolo le lleven de grado y suavemente, y no queriendo no le lleven por fuerza; porque, en efecto, al que quieren le llevan suavemente los hados, y al que se resiste, por fuerza. Apoyan también esta sentencia aquellos versos de Homero, que Cicerón puso en el idioma latino (1), y traducidos dicen: «Tales son las voluntades de los hombres, cuales son las influencias que al mismo padre Júpiter le parece enviar sobre la tierra.» Y aunque fuera de poca autoridad en esta cuestión el parecer del poeta, mas porque dice que los estoicos (que son los que defienden la fuerza del hado) suelen citar estos versos de Homero, no se trata ya de la opinión del poeta, sino de la de estos filósofos; ya que con estos versos que citan en la materia que tratan del hado manifiestamente declaran qué es lo que sienten que es hado, supuesto que le llaman Júpiter, el cual piensan y entienden que es el sumo Dios, de quien dicen que depende la conexión de los hados.

(1) Homero en la *Odisea*.

*Tales sunt hominum mentes, qualis pater ipse
Jupiter auctiferas lustrabit lumine terras.*

CAPÍTULO IX

De la presciencia de Dios, y de la libre voluntad del hombre
contra la definición de Cicerón.

A estos filósofos de tal modo procura redargüir Cicerón, que le parece no ser bastante poderoso contra ellos, si no es quitando la adivinación, la cual procura destruir diciendo que no hay ciencia de las cosas futuras, y de ésta pretende probar con todas sus fuerzas intelectuales que es del todo ninguna, así en Dios como en los hombres; que no hay predicción ó profecía de ningún futuro; niega, por consecuencia, la presciencia de Dios, procura enervar, desautorizar y dar por el suelo con vanos y lisonjeros argumentos todas las profecías más claras que la luz; y oponiéndose asimismo algunos oráculos, á que fácilmente se puede contestar, con todo, tampoco responde á satisfacción, no obstante, cuando refuta estas conjeturas de los matemáticos; es la materia donde reina más su discurso y elocuencia, porque realmente ellas son tales, que mutuamente se destruyen y confunden. Con todo eso, son mucho más tolerables aun los que sientan los hados de las estrellas como infalibles que Cicerón, que quita la presciencia de las cosas futuras; porque confesar que hay Dios y negar que sepa lo venidero, es incidir en un claro desvarío; lo cual, advertido por este elocuente orador, procuró asimismo establecer como inconcuso aquel verdadero axioma que se halla en la Escritura: «Dijo el necio en su corazón: no hay Dios» (1); aunque no en su nombre, porque echó de ver cuán odioso y gravoso problema era este; y, por lo mismo, aunque procuró dispu-

(1) Salmo XIII. *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus.*

tase Cota, apoyando la hipótesis contra los estoicos en los libros de la naturaleza de los dioses; con todo, quiso mas pronunciar en favor de Lucio Balbo, á quien persuadió defendiese el sistema de los estoicos, que por Cota, que pretende establecer como un principio innegable que no hay naturaleza alguna divina; pero en los libros de *Divinatione*, en su nombre refuta claramente la presciencia de los futuros, todo lo cual parece lo hace por no conceder que hay hado, y echar por tierra la libertad de la voluntad ó el libre alvedrio; pues estaba imbuído en el error de que concediendo la ciencia de lo venidero se seguía necesariamente conceder la influencia del hado, de forma que en ningún modo se pudiera negar: mas como quiera que sean las prolijas y perplejas disputas y conferencias de los filósofos, nosotros, así como confesamos que hay un sumo y verdadero Dios, así también confesamos su voluntad divina, sumo poder y presciencia: y no por eso tememos que hacemos involuntariamente lo que practicamos con libre voluntad, porque sabía ya que lo habíamos de ejecutar Aquel cuya presciencia es infalible. Esta justa repulsa temió Cicerón por el mismo hecho de combatir la presciencia, y los estoicos igualmente, por no verse precisados á confesar sinceramente, ni decir que todas las cosas se hacían necesariamente, no obstante de que al mismo tiempo sostenían que todas se hacían por el hado. Pero con especialidad ¿qué fué lo que temió Cicerón en la presciencia de los futuros, para que así procurase derribarla y destruirla con un raciocinio tan impío? Es á saber, 'porque si se saben todas las cosas venideras, con el mismo orden que se sabe sucederán han de acontecer; y si han de acontecer con este orden, Dios, que lo sabe *ab eterno*, observa cierto y determinado orden; y si hay cierto orden en las cosas, necesariamente le hay tambien en las causas, mediante á que no puede

ejecutarse operación alguna á que no preceda la causa eficiente, y si hay cierto orden de causas con que se efectua todo cuanto se hace, «con el hado, dice, se hacen todas las cosas que se hacen, lo cual, si fuese cierto, nada está en nuestra potestad, y no hay libre albedrío en la voluntad; y si esto lo concedemos, prosigue, todas las acciones de la vida humana van por el suelo. En vano se promulgan leyes, en vano se aplican reprehensiones, elogios, ignominias y exhortaciones, y sin justicia se prometen premios á los buenos y penas á los malos». Por este motivo, para que no se sigan estas consecuencias tan temerarias, funestas y perniciosas á las cosas humanas, no consiente en que haya presciencia de los futuros, reduciendo Cicerón, y poniendo á un hombre pío y temeroso de Dios en la estrechez de elegir una de dos vías: ó conceda que está alguna acción dependiente de nuestra voluntad, ó que hay presciencia de lo venidero; pues le parece que ambas proposiciones no pueden ser ciertas, sino que si se concede la una se debe negar la otra, que si escogemos la presciencia de los futuros quitamos el libre albedrío de la voluntad, y si elegimos éste, quitamos la presciencia de lo porvenir. Él, pues, como varon tan docto y científico, atendiendo mucho y con mucha discreción y pericia á todo lo que toca á la vida humana, entre estos dos extremos escogió por más adecuado el libre albedrío de la voluntad, y para confirmarle y establecerle con solidez, niega la presciencia de los futuros: y así, queriendo hacer á los hombres libres, los hace sacrilegos; pero un corazón piadoso y temeroso de Dios hace elección de lo uno y de lo otro. «Y ¿cómo es posible esto? dice: porque si hay presciencia de lo venidero, síguense todas aquellas secuelas que están entre sí conexas y trabadas, hasta que lleguemos al extremo de confesar que no hay acción alguna dependiente de nuestra voluntad, y si alguna de-

pende de nuestra voluntad, por los mismos grados llegamos á conocer que no hay presciencia de los futuros, porque por todas ellas volveremos á raciocinar así: si hay libre albedrío, no todas las cosas se hacen fatalmente; y si no se hacen todas fatalmente, no de todas hay cierto y determinado orden de causas. Si no hay cierto orden de causas, tampoco hay cierto orden de cosas para la presciencia de Dios, las cuales no se pueden hacer sin causas, antecedentes y eficientes; si no hay cierto orden de las cosas para la presciencia de Dios, no todas las cosas suceden así como Él las sabía que habían de suceder. Y si no suceden así todas las cosas como Él sabía que habían de acontecer, no hay, dice, en Dios presciencia de los futuros». Nosotros confesamos sinceramente contra esta sacrílega é impía presunción, que Dios sabe todas las cosas antes que se hagan, y que nosotros ejecutamos voluntariamente todo lo que sentimos, y conocemos que lo hacemos queriéndolo así: pero no decimos que todas las cosas se hacen fatalmente, antes afirmamos que nada se hace fatalmente; porque el nombre de hado, donde le ponen los que comunemente hablan, esto es, en la constitución de las estrellas, bajo cuyos auspicios fué concebido ó nació cada uno (porque esto vanamente se asegura), probamos y demostramos que nada vale; y el orden de las causas, en cuya influencia puede mucho la voluntad divina, ni le negamos ni le llamamos con nombre de hado, sino es que acaso entendamos que *fatum* se dijo de *fando*, esto es, de hablar; porque no podemos negar que dice la sagrada Escritura: «Una vez habló Dios, y oí estas dos cosas: que hay en tí, mi Dios, potestad y misericordia, y que recompensarás á cada uno según sus obras» (1).

(1) Salmo LXI. *Semel locutus est Deus, dico hæc audivi, quoniam potestas est Dei, et tibi Dómine misericórdia, quia tu reddes uníquique secundum opera ejus.*

En las palabras primeras, donde dice una vez habló, se entiende infaliblemente, esto es, incommutablemente habló, así como conoce incommutablemente todas las cosas que han de suceder, y las que él ha de hacer: así que en esta conformidad pudiéramos llamar y derivar el hado de *fando*, si no estuviera admitido comunmente el entenderse otra cosa distinta por este nombre, á cuya acepción no queremos que se inclinen los corazones de los hombres. Y no se sigue que si para Dios hay cierto orden de todas las causas, luego por lo mismo nada ha de depender del albedrío de nuestra voluntad; porque aun nuestras mismas voluntades están en el orden de las causas, el que es cierto y determinado respecto de Dios, y se comprende en su presciencia, pues las voluntades humanas son también causas de las acciones humanas; y así el que sabía todas las causas eficientes de las cosas, sin duda que en ellas no pudo ignorar nuestras voluntades, de las cuales tenía ciencia cierta eran causas de nuestras obras; porque aun lo que el mismo Cicerón concede, que no se ejecuta acción alguna sin que preceda causa eficiente, basta para convencerle en esta cuestión: y ¿qué le aprovecha lo que dice, que aunque nada se hace sin causa, toda causa es fatal, porque hay causa fortuita, natural y voluntaria? Basta su confesión cuando dice que todo cuanto se hace no se hace sino precediendo causa; pues nosotros no decimos que las causas que se llaman fortuitas, de donde vino la apelación de la fortuna, son ningunas, sino ocultas y secretas, y éstas las atribuimos, ó á la voluntad del verdadero Dios, ó la de cualesquiera espíritus, y las que son naturales no las separamos de la suprema voluntad de aquel que es Autor y Criador de todas las naturalezas. Las causas voluntarias ó son de Dios, ó de los ángeles, ó de los hombres, ó de cualesquiera animales; pero al mismo tiempo deben llamarse voluntades los

movimientos de los animales irracionales, con los que practican ciertas acciones según su naturaleza, cuando apetecen alguna cosa buena ó mala, ó la evitan: y también se dicen voluntades las de los ángeles, digo ya sean de los buenos, que llamamos angeles de Dios, ya de los malos, á quienes denominamos ángeles del diablo, y también demonios: asimismo las de los hombres, es á saber, de los buenos y de los malos, de lo cual se deduce que no son causas eficientes de todo lo que se hace, sino las voluntarias de aquella naturaleza, que es espíritu de vida: porque el aire elemental ó viento se llama igualmente espíritu, mas porque es cuerpo no es espíritu de vida. El espíritu de vida que vivifica todas las cosas, y es el criador de todos los cuerpos y espíritus criados, es el mismo Dios, que es espíritu no criado ó increado. En su voluntad se reconoce un poder absoluto, que dirige, ayuda y fomenta las voluntades buenas de los espíritus criados, las malas juzga y condena, todas las ordena, y á algunas da potestad y á á otras no; porque así como es criador de todas las naturalezas, así es dador y liberal dispensador de todas las potestades; no de las voluntades, porque las malas voluntades no proceden de Dios, en atención á que son contra el orden de la naturaleza que procede de él. Así que los cuerpos son los que están más sujetos á las voluntades, algunos á las nuestras, esto es, á las de todos los animales mortales, y más á las de los hombres que á las de las bestias; y algunos á las de los ángeles, aunque todos principalmente están subordinados á la voluntad de Dios, de quien también dependen todas sus voluntades, porque ellas no tienen otra potestad que la que él les concede. Por eso decimos que la causa que hace y no es hecha; ó mas claro, es activa y no pasiva, es Dios; pero las otras causas hacen y son hechas, como son espíritus criados, y especialmente los racio-

nales. Las causas corporales, que más son pasivas que activas, no se deben contar entre las causas eficientes; porque sólo pueden lo que hacen de ellas las voluntades de los espíritus. Y ¿cómo el orden de las causas (el cual es cierto á la presciencia de Dios) hace que no dependa cosa alguna de nuestra voluntad, supuesto que nuestras voluntades tienen lugar privilegiado en el mismo orden de las causas? Compóngase como pueda Cicerón, y arguya nerviosa y eficazmente con los estoicos, que sostienen que este orden de las causas es fatal, ó por mejor decir, le llaman con el nombre de hado (lo que nosotros abominamos) principalmente por el nombre que suele entenderse de sustancia, que verdaderamente no existe. Y en cuanto niega que la serie de todas las causas no es ciertísima y notoria á la presciencia de Dios, abominamos más de él nosotros que los estoicos; porque ó niega de que hay Dios (como bajo el nombre de otra persona lo procuró persuadir en los libros de la naturaleza de los dioses), ó si confiesa que hay Dios, negando que Dios sepa lo venidero, dice lo mismo que el otro necio en su corazón: *Non est Deus*, no hay Dios: pues el que no sabe lo futuro sin duda no es dios; y así también nuestras voluntades tanto pueden cuanto supo ya y quiso Dios que pudiesen, y por lo mismo todo lo que pueden ciertamente lo pueden, y lo que ellas han de venir á hacer en todo acontecimiento lo han de hacer, porque sabía que habían de poder y lo habían de hacer, aquel cuya presciencia es infalible y no se puede engañar. Por tanto, si yo hubiera de dar el nombre de hado á alguna cosa, diría antes que el hado era de la naturaleza inferior, y que puede menos; y que la voluntad es de la superior y más poderosa, que tiene á la otra en su potestad; que decir que se quita el albedrío de nuestra voluntad con aquel orden de las causas, á quien los estoicos á su modo, aunque no comunmente recibido, llaman hado.

CAPÍTULO X

Si domina alguna necesidad en las voluntades de los hombres.

Así que tampoco se debe temer aquella necesidad por cuyo recelo procuraron los estoicos distinguir las causas, eximiendo á algunas de la necesidad y á otras sujetándolas á ella; y entre las que no quisieron que dependiesen de la necesidad pusieron también á nuestras voluntades, para que, en efecto, no dejasen de ser libres si se sujetaban á la necesidad; porque si hemos de llamar necesidad propia á la que no está en nuestra facultad, sino que aunque nos resistamos hace lo que ella puede, como es la necesidad del morir, es claro que nuestras voluntades, con que vivimos bien ó mal, no están subordinadas á esta necesidad, supuesto que ejecutamos muchas operaciones que, si no quisiésemos, las omitiríamos; á lo cual primeramente pertenece el mismo querer; porque si queremos es, si no queremos no es; porque no quisiéramos, si no quisiéramos: y si se llama y define por necesidad aquella por la cual decimos es necesario que alguna cosa sea así ó se haga así, no sé por qué hemos de temer que ésta nos quite la libertad de la voluntad, mediante á que no ponemos á la vida de Dios y á su presciencia debajo de esta necesidad; porque digamos es necesario que Dios siempre viva y que lo sepa todo, así como no se disminuye su potestad cuando decimos que no puede morir ni engañarse; porque de tal manera no puede esto, que si lo pudiese, sin duda sería menos facultad: por esto se dice con justa causa todopoderoso, el que con todo no puede morir ni engañarse; pues se dice todopoderoso haciendo lo que quiere y no padeciendo lo que no quiere; lo cual, si le sucediese, no sería todopoderoso, y por lo

mismo no puede algunas cosas, porque es todopoderoso. Así también, cuando decimos es necesario que cuando queremos esta volición sea con libre albedrío, sin duda decimos verdad, y no por eso sujetamos el libre albedrío á la necesidad que quita la libertad. Así que las voluntades son nuestras, y ellas hacen todo lo que queriendo hacemos, lo que se haría si no quisiésemos; y todo aquello que cada uno padece, no queriendo, por voluntad de otros hombres, también vale así la voluntad, aunque no es voluntad de aquel hombre, sino potestad de Dios; porque si fuera sólo voluntad, y no pudiese lo que quisiese, quedaría impedida con otra voluntad más poderosa. Con todo, ni aun así la voluntad no sería sino voluntad, ni sería de otro, sino de aquel que quisiese, aunque no pudiese cumplir lo que quisiese; y así todo lo que padece el hombre fuera de su voluntad no lo debe atribuir á las voluntades humanas ó angélicas, ó de algún otro espíritu criado, sino á la de aquel que da potestad á los que quiere. Luego no por eso nada está en nuestra voluntad, porque Dios sabía lo que había de defender de nuestra voluntad, sin duda que no sabía nada, sino que sabía algo: luego también sabiéndolo él está alguna de nuestras acciones en nuestra voluntad; por lo cual de ningún modo somos forzados, aunque admitimos la presciencia de Dios, á quitar el albedrío de la voluntad, ni aun cuando admitamos el libre albedrío, á negar que Dios (que es impiedad imaginarlo) sabe los futuros, sino que lo uno y lo otro tenemos, y lo uno y lo otro fiel y verdaderamente confesamos: lo primero para que creamos con firmeza esto otro, y lo segundo para que vivamos bien; y mal se vive si no se cree bien de Dios; por lo cual este gran Dios nos libre de negar su presciencia intentando ser libres, con cuyo soberano auxilio somos libres ó lo seremos. Y así no son en vano las leyes, las represenciones, exhortacio-

nes, alabanzas y vituperios; porque también sabía que habían de ser útiles, y valen tanto cuanto sabía ya que habían de valer: las oraciones sirven para alcanzar las gracias que sabía ya había de conceder á los que acudiesen á el con sus ruegos y deprecaciones: y por eso justamente están establecidos premios á las obras buenas, y castigos á los pecados. Ni tampoco peca el hombre porque sabía ya Dios que había de pecar, antes por lo mismo no se duda de que peca cuando peca, pues aquel cuya presciencia es infalible y no se puede engañar, sabía ya que no el hado, ni la fortuna, ni otra causa, sino él había de pecar, quien, si no quiere, sin duda no peca, pero si no quisiere pecar, también sabía ya Dios este su buen pensamiento.

CAPÍTULO XI

De la providencia universal de Dios, debajo de cuyas leyes está todo lo criado.

El sumo y verdadero Dios Padre, con su unigénito Hijo y el Espíritu Santo, cuyas tres divinas personas son una esencia, un sólo Dios todopoderoso, Criador y Hacedor de todas las almas y de todos los cuerpos, por cuya participación son felices todos los que son verdadera y no vanamente dichosos: el que hizo al hombre animal racional, constando su admirable estructura de alma y cuerpo; el que en pecando el hombre no le dejó sin castigo, ni sin misericordia; el que á los buenos y á los malos les dió también ser con las piedras, vida seminal con las plantas, vida sensitiva con las bestias, vida intelectual sólo con los ángeles; de quien procede todo género, toda especie y todo orden; de quien dima-

na la medida, número y peso; de quien proviene todo lo que naturalmente tiene ser, de cualquier género, de cualquiera estimación que sea; de quien resultan las semillas de las formas, y las formas de las semillas, y los movimientos de las semillas y formas: el que dió igualmente á la carne su origen, hermosura, salud, fecundidad para propagar, disposición de miembros y concordia; el que asimismo concedió al alma irracional memoria, sentido y apetito, y á la racional, además de estas cualidades, espíritu, inteligencia y voluntad; y el que no sólo al cielo y á la tierra, no sólo al ángel y al hombre, pero ni aun á las delicadas telas de las entrañas de un pequeñito y humilde animal, ni á la plumita de un pájaro, ni á la florecita de una hierba, ni á la hoja del arbol dejó sin su conveniencia, y con una quieta posesión de sus partes, de ningún modo debe creerse que quiera estén fuera de las leyes de su providencia los reinos de los hombres, sus señoríos y servidumbres.

CAPÍTULO XII

Cuáles fueron las costumbres de los antiguos romanos, con que merecieron que el verdadero Dios, aunque no le adorasen, les acrecentase su imperio.

Por lo cual, examinemos ahora cuáles fueron las costumbres de los romanos, á quienes quiso favorecer el verdadero Dios, y los motivos por que tuvo á bien dilatar y acrecentar su imperio aquel Señor en cuya potestad están también los reinos de la tierra; y con el fin de averiguar este punto más completamente, escribí en el libro pasado á este propósito, manifestando cómo en este importante asunto no han tenido ni tienen potes-

tad alguna los dioses á quienes ellos adoraron con vanos ritos, y para el mismo intento sirve lo que hasta aquí hemos tratado en este libro sobre la cuestión ó controversia del hado, y no sé que nadie que estuviere ya persuadido de que el imperio romano ni se aumentó, ni se conservó por el culto y religión que tributaba á los falsos númenes, á qué hado pueda atribuir su opulencia, sino á la poderosa voluntad del sumo y verdadero Dios. Así que los antiguos y primeros romanos, según lo indica y celebra su historia, aunque como las demás naciones (á excepción del pueblo hebreo) adorasen á los falsos dioses y sacrificasen en holocausto sus víctimas, no á Dios, sino á los demonios; con todo, eran deseosos y aficionados á elogios, eran liberales en expender el dinero y tenían por riquezas bastantes una gloria inmortal; á ésta amaron ardientemente, por esta quisieron vivir, y por ésta no dudaron morir. Todos los demás deseos los refrenaron, contentándose con sólo el extraordinario apetito de gloria: finalmente, porque el servir parecía ejercicio infame, y el ser señores y dominar glorioso, quisieron que su patria primeramente fuese libre, y después procuraron con toda su posibilidad que fuese señora absoluta. De aquí nació que, no pudiendo sufrir el dominio de los reyes, establecieron su gobierno anual nombrando dos gobernadores, á quienes llamaron cónsules de consulendo, porque daban ó pedían consejo á sus ciudadanos en los asuntos más delicados, no reyes ó señores de reinar ó dominar con despotismo, aunque, en efecto, los reyes parece que se dijeron así de regir y gobernar; pues el reino se deriva de los reyes, y la etimología de éstos, como queda dicho, de regir; pero el fausto y pompa real no se tuvo por oficio y cargo de persona que rige y gobierna; no se estimó por benevolencia y amor de persona que aconseja y mira por el bien y utilidad pública, sino por soberbia y

altivez de persona que manda y señorea. En esta conformidad, habiendo desterrado al rey Tarquino y establecido los cónsules, siguiéronse los sucesos que el mismo autor refirió entre las alabanzas de los romanos, que la ciudad (cosa increíble), habiendo conseguido la libertad, cuanto mayor fué su incremento, tanto creció en ella el deseo de honra y gloria. Esta ambición del honor y deseo de gloria proporcionó todas aquellas maravillosas heroicidades, tan honrosas, en efecto, y gloriosas á los ojos y estimación de los hombres. Elogia el mismo Salustio por ínclitos y famosos varones de su tiempo á Marco Catón y á Cayo César, diciendo había muchos años que no había tenido la república persona que fuese heroica por su valor; pero que en su tiempo habían florecido aquellos dos excelentes y valerosos campeones, aunque diferentes en la condición, ideas y proyectos; y entre las alabanzas con que elogia el mérito de César, pone que deseaba para sí el generalato (mejor dijera toda la autoridad republicana reunida en su persona), un ejército numeroso y una nueva y continuada guerra, donde poder demostrar su valor y heroísmo; y por eso confiaba en los ardientes deseos de los hombres famosos por su heroicidad y fortaleza, para que provocasen las miserables gentes á la guerra, y las hostigase Belona con su sangriento látigo, á fin de que de este modo hubiese ocasión para poder ellos manifestar su valor. La causa de estos deseos, sin duda era aquella insaciable ansia de honra y de gloria á que aspiraban. Por esta causa, primeramente por amor á la libertad, y después por afición al señorío y por codicia de la honra y de la gloria, hicieron muchas acciones admirables. Confirma lo uno y lo otro el insigne poeta, diciendo con alusión al asunto: «A Tarquino, echado de Roma, pretendía Porsena restablecer en su reino, y con un grueso ejército la sitió; más los ínclitos romanos por

su libertad se arrojaban á las armas con extraordinario denuedo y fiereza.» Así que entonces tuvieron ellos por acción heroica, ó morir como fuertes y valerosos soldados, ó vivir con libertad; pero luego que consiguieron la libertad, se encendieron tanto en el deseo de gloria, que les pareció poco sola la libertad, si no alcanzaban igualmente el dominio y señorío, teniendo por grande suceso lo que el mismo poeta en persona de Júpiter dice: «Y más que Juno, la que al presente áspera y cruel conmueve el mar, la tierra y el cielo con temores extraordinarios, vendrá conmigo á comunicar sus ideas y consejos en favor y amparo de los romanos y de la gente togada, que serán señores de la tierra. Esta es mi determinación y voluntad: vendrá una época en que, por el discurso del tiempo, la casa y descendencia de Anquises tenga por tributarias y vasallas á Phthia y á la famosa Micenas, patrias de Aquiles y Agamenón, y sea señora de Argos.» Todo lo cual Virgilio refiere lamente, aunque introduce á Júpiter como que profetiza lo venidero; pero él lo dice como ya pasado, y lo observa como presente.

He querido alegar este testimonio para demostrar que los romanos, después de obtenida la libertad, estimaron tanto el mando y el señorío, que le colocaban entre uno de sus mayores elogios. De aquí procede la expresión del mismo poeta, quien prefiriendo á las profesiones y artes de las demás naciones la pretensión de los romanos, reducida al punto primordial de reinar, mandar, sojuzgar y conquistar otras naciones, dice: «Fundarán otros en precioso metal imágenes de más primor y arte, y aun creo también que del mármol Pario sacarán ejemplares vivos y de admirable disposición; tal en orar tendrá más elocuencia, y tal descubrirá el movimiento de cualquier cielo, por inefable ciencia con un rayo que es instrumento matemático; tal pondrá en

otros suma diligencia, y dirá el nacimiento de cada uno; mas tu profesión ¡oh ínclito romano! será tener mano y dirección en el gobierno de los hombres: éstas serán tus artes, dar y establecer leyes de paz, perdonar á los humildes y rendidos, y rendir á los soberbios.» Estas artes y profesiones las ejercitaban con tanta más destreza cuanto menos se entregaban á los deleites y á todos los ejercicios que embotan ó enflaquecen el vigor del ánimo y del cuerpo, deseando y acumulando riquezas y con ellas estragando las costumbres, robando á sus infelices ciudadanos y gastando pródigamente con los torpes escénicos; y así los que habían pasado y sobrepujado ya semejantes deslices y defectos en las costumbres, y eran ricos y poderosos cuando esto escribía Salustio y cantaba Virgilio, no aspiraban al honor y á la gloria por medio de aquellas artes, sino con cautelas y engaños; y así dice él mismo: «pero al principio más ocupados tuvo los ánimos y corazones de los hombres la ambición que la avaricia, aunque este vicio frisa más y es más llegado á la virtud, mediante á que la gloria, la honra y el mando igualmente le desean el bueno y el malo; mas el uno, dice, aspira á su obtención por el camino verdadero, y el otro (porque le falta el medio de las bellas artes) procura alcanzarlo con cautelas y engaños.» Estas son las buenas artes; es á saber, llegar por la virtud, y no por una ambición engañosa, á la honra, á la gloria y al mando, todas las cuales felicidades desean igualmente el bueno y el malo; aunque el bueno las procura por el verdadero camino, y este camino es la virtud, por la cual procura ascender como al fin apetecido á la cumbre de la gloria, del honor y del mando: y que estas particularidades las tuviesen naturalmente fijas en sus corazones los romanos, nos lo manifiestan asimismo los templos de los dioses que tenían, el de la Virtud y el del Honor, los

cuales los edificaron contiguos y pegados el uno al otro, teniendo por dioses los dones peculiares que concede Dios gratuitamente á los mortales. De donde puede colegirse el fin que se habían propuesto, que era el de la virtud, y á donde la referían los que eran buenos, es á saber, á la honra; porque los malos tampoco poseían la virtud, aunque aspiraban al honor, el cual procuraban conseguir por medios detestables, esto es, con cautelas y engaños. Con más justa razón elogió á Catón, de quien dice que cuanto menos pretendía la gloria tanto más ella le seguía; porque la gloria de que ellos andaban tan codiciosos es el juicio y opinión de los hombres que juzgan y sienten bien de los hombres. Y así es mejor la virtud, que no se contenta con el testimonio de los hombres, sino con el de su propia conciencia, por lo que dice el Apóstol (1). «Lo que me consuela, alivia y hace glorioso es el testimonio de mi conciencia.» Y en otro lugar (2): «Examine cada uno sus obras, y cuando su conciencia no le remordiere, entonces se podrá gloriarse por lo que ve en sí solo, y no por lo que ve en otro.» Así que la virtud no debe caminar detrás del honor, de la gloria y del mando, que los buenos apetecían, y adonde pretendían llegar por buenos medios y arbitrios, sino que estas cualidades deben seguir á la virtud; porque no es verdadera virtud sino la que camina á aquel fin donde está el sumo bien del hombre; y así los honores que pidió Catón no los debió pedir, sino que la ciudad estaba obligada á dárselos por su virtud, sin pedirlos; pero habiendo en aquel tiempo dos personas grandes y excelentes en virtud,

(1) San Pablo, 2, epístola á los corintios, cap. I. *Nam gloria nostra hæc est: testimonium conscientie nostræ.*

(2) San Pablo en su ep. 6, á los galatas, cap. IV. *Opus autem suum probet anusquisque, et tunc in semetipso tantum gloriam habebit. et non in altero.*

César y Catón, parece que la virtud de Catón se aproximó más á la verdad que la de César; por lo cual, en sentir del mismo Catón, veamos qué tal fué la ciudad en su tiempo, y qué tal lo fué antes. «No penséis, dice, que nuestros antepasados acrecentaron la república, y de pequeña la hicieran grande por las armas; que si así fuera, sin comparación la poseyéramos nosotros mucho más hermosa y florida, porque tenemos muchos más aliados y ciudadanos y muchas más armas y caballos; pero otras causas fueron las que á ellos los hicieron grandes, que son las que nos faltan á nosotros. La industria en casa, y fuera la justicia en el gobierno, el ánimo libre en dar en el Senado su parecer, ajeno de toda pasión; en lugar de estas apreciables cualidades tenemos nosotros la lujuria y la avaricia, somos en común pobres y en particular ricos, alabamos las riquezas y seguimos la negligencia y flojedad; entre los buenos y los malos no hay diferencia; de todos los premios debidos á la virtud está apoderada la ambición, y no es maravilla, supuesto que cada uno de vosotros de por sí mira por su particular individuo; en casa se entrega á sus gustos y deleites, y aquí pretendéis el dinero y el favor. De estos principios nace que, estando la república pobre y exhausta de facultades, se le atrevan y le acometan.» Quien oyere atentamente estas palabras de Catón ó de Salustio, imaginará que elogia de un mismo modo á los antiguos romanos, que en aquel tiempo ó todos ó los más fueron tales, y no es así, porque de esta manera no sería cierto lo que él mismo escribe, que es lo que yo referí en el libro II de esta obra, donde dice: «Que dentro de su misma ciudad hubo vejaciones y agravios causados por los poderosos y por ellos, división entre el pueblo y los padres, y otras discordias nacidas allá de muy atrás, y que no se vivió con equidad y modestia; pero que durante la época en que fueron

desterrados los reyes, duró el miedo de Tarquino hasta que se acabó aquella pesada guerra, que por su causa se comenzó con los etruscos, y que después los padres comenzaron á tratar al pueblo como á esclavo, azotándolos á fuero de reyes, defraudándolos del repartimiento de los campos; y que ellos solos, excluyendo á los demás, se alzaron con el mando y gobierno absoluto, y que lo que puso fin á estas discordias, queriendo los unos mandar, los otros no queriendo servir, fué la segunda guerra Púnica; porque volvió á darles cuidado otro grave miedo, y á reparar los ánimos inquietos, y á revocarlos de aquellas discordias con otro mayor cuidado, y á reducirlos á la paz y concordia civil.» Con todo, por algunos pocos, que, según su dictamen, eran buenos, se administraban asuntos muy interesantes, y pasados y concluidos aquellos infortunios, por la providencia de algunos virtuosos crecía y se fomentaba aquella república, como lo dice el mismo historiador, añadiendo que, leyendo él en las historias, y oyendo muchas acciones gloriosas de las que el pueblo romano hizo tan famosas en paz y en guerra, por mar y por tierra, quiso averiguar qué fué principalmente lo que sustentó tan grandes máquinas, pues advertía que muchas veces los romanos, con un pequeño número contrastaron y se defendieron contra numerosas legiones de sus enemigos; que con pequeños ejércitos habían sostenido crueles guerras con reyes muy poderosos, y que, revolviendo muchas relaciones históricas, vino á deducir que la virtud insigne y el valor de algunos pocos ciudadanos habían sido la causa de todas aquellas hazañas, y que de aquí nació que la pobreza venció á las riquezas, y los pocos á los muchos; pero después que la ciudad se estragó, dándose al regalo y al ocio, volvió la república otra vez con su grandeza á sustentar los vicios de sus caudillos y magistrados. Así que

el valor y virtud de algunos pocos ciudadanos que aspiraban á la gloria, al honor y al mando por el verdadero camino, esto es, por la misma virtud, fué lo que también Catón alabó. De aquí nacía la industria que refiere el mismo Catón para que el erario y tesoro público estuviese rico, y que las haciendas de los particulares fuesen moderadas. Y así, habiéndose corrompido ya y estragado las costumbres, el vicio que las contrapuso fué la pobreza del común y la riqueza particular; por lo cual, como por muchos siglos florecieron los reinos del Oriente muy insignes y famosos, quiso Dios que también saliese á luz el del Occidente, aunque último en el orden del tiempo; pero en los límites y grandeza del imperio más ilustre y más famoso, y éste le concedió entre todos para domar las graves culpas de muchas naciones á una nación, que, por amor al honor, á la gloria y á la alabanza miraba por su patria, en la cual buscaban el mismo honor y gloria, y no dudaron anteponer á su propia vida la salud de su patria, refrenando por solo este vicio, esto es, por el amor de la gloria, la codicia del dinero y otros muchos vicios.

CAPÍTULO XIII

Del amor de la alabanza, el cual, siendo vicio, le estiman por virtud, porque por él se refrenan otros mayores vicios.

Porque con más cordura observa el que asimismo advierte que el amor es la gloria y alabanza es vicio, lo cual no pudo encubrirse al poeta Horacio, cuando dice: «Sí por ventura reina en sí la vanagloria y deseo de alabanza, ciertos remedios hallarás en este librito, que,

leyéndolos bien dispuesto y con atención, te podrán aliviar grandemente». El mismo, en versos líricos, para reprimir el deseo de mandar y reinar, dice de este modo: «Más extensa y anchurosamente reinarás reprimiendo tu codicioso espíritu, que si juntares la Livia con los remotos gaditanos, y más que si el uno y el otro cartagines te sirvieran á ti solo»; pues los que no refrenan sus apetitos; los que son más contumaces y torpes con la fe de la religión, con acudir al Espíritu Santo y con el deseo y amor de la espiritual hermosura son mejores, sin embargo, por el deseo y ansia de la humana gloria y alabanza; aunque no son santos, todavía son menos malos. Ni tampoco Tulio pudo disimular esto en los mismos libros que escribió de república, donde trata de formar el príncipe de una ciudad: «El cual dice que se debe criar y alentar con el deseo de honra y gloria, y á este propósito refiere que sus antepasados practicaron muchas acciones notables y famosas por el deseo y ansia de la gloria». Así que no sólo procuraban el remedio para este vicio, sino que les parecia que era necesario alentarle y encenderle, imaginando que este pensamiento era importante para la conservación de la república. Pero ni aun en los mismos libros de filosofía puede disimular Cicerón esta pestilencia, donde más claro que el sol la confiesa; porque hablando de los estudios que se deben seguir y profesar por respecto y fin del verdadero bien, y no por el viento de la humana alabanza y gloria, infirió esta universal y general sentencia: «El honor alienta las artes, y todos se encienden y animan á los estudios con el deseo de la gloria; y, por el contrario, vemos abatidos siempre los estudios y olvidados, los que todos generalmente no aprecian ni estiman.»

CAPÍTULO XIV

De cómo se debe cercenar el deseo de la humana alabanza, porque toda la honra y gloria de los justos está puesta en Dios.

Por estas incontrastables razones es más conveniente resistir á este apetito desordenado que dejarse vencer de él; por que tanto más es uno parecido á Dios, cuanto está más limpio y puro de semejante inmundicia: la cual, aunque en la vida presente no se desarraigue totalmente del corazón humano, por cuanto no deja de tentar aun á los espíritus bien aprovechados, á lo menos vénzase el deseo de gloria con el amor de la justicia, para que si en alguna parte están olvidados los estudios, que la mayor parte de los hombres no estiman ni aprecian; si son buenos, si son justos y rectos, tenga empacho también él mismo deseo de la humana gloria y alabanza, y ceda al amor de la verdad, porque este vicio es tan enemigo de la fe (que se debe á Dios cuando hay en el corazón mayor deseo de gloria que temor ó amor de Dios), que dijo el Señor (1) «¿Cómo podéis vosotros creer, pretendiendo ser honrados y estimados los unos de los otros, andando á caza de la gloria vana del mundo, olvidados de aquella que solo Dios os puede dar?» Y asimismo dice el evangelista San Juan (2) de algunos que habían creído en él y temían confesarle públicamente: «estimaron más la gloria y alabanza de los hombres que la de Dios». Lo que no hicieron los santos apóstoles, quienes predicando el nom-

(1) San Juan, cap. V. *Quomodo potestis credere, gloriam ab invicem spectantes et gloriam, quæ à solo Deo est, non querentes?*

(2) San Juan, cap. XII. *Dilexerunt gloriam hominum, magis quam Dei.*

bre de Jesucristo en parajes y provincias donde no sólo no le estimaban (porque, como dijo un sabio, están abastidas y olvidadas siempre las cosas de las que todos generalmente no hacen caso ni aprecian), sino que también le aborrecían en extremo, conservando en la memoria lo que habían oído á su divino Maestro y verdadero médico de sus almas. «Si alguno no me estimare y me negare delante de los hombres, también le negaré yo delante de mi Padre, que está en los cielos, y delante de los ángeles de Dios» (1). Entre las maldiciones y oprobios, entre las gravísimas persecuciones y crueles tormentos, no dejaron de proseguir en la predicación de la salud de los hombres, aun cuando resultaba en notable ofensa de los hombres; y no porque haciendo y distinguiendo las cosas divinas, y viviendo divinamente después de haber conquistado en algún modo la dureza de los corazones, é introducido la paz de la justicia y santidad, alcanzaron en la iglesia de Cristo una suma gloria, no por eso pasaron y se aquietaron en ella como fin y blanco de su virtud, sino que aquella misma también la refirieron á gloria de Dios, por cuya singular gracia y beneficio eran tales, y con este divino fuego encendían asimismo á los que persuadían que le amasen, para que también á éstos les hiciese tales: porque les había enseñado su divino Maestro que no fuesen buenos por sólo la honra y gloria de los hombres, diciendo (2). «Guardaos no hagáis vuestras buenas obras delante de los hombres porque ellos las vean, porque de esta manera, recibiendo el premio de mano

(1) San Mateo, cap. X, y San Lucas, cap. XII. *Si quis me negaverit coram hominibus, negabo eum coram Patre meo, qui in cælis est, et coram Angelis Dei.*

() San Mateo, cap. VI. *Cavete facere justitiam vestram coram hominibus ut videamini ab eis, alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum qui in cælis est.*

de los hombres, que es una gloria vana, perderéis el de vuestro Padre, que está en los cielos». Pero, por otra parte; porque entendiendo estas expresiones en sentido contrario, no temiesen y dejasen de agradar á los hombres, y fuesen de menos fruto estando encubiertos, y siendo buenos, mostrándoles con qué fin se habían de manifestar. «Resplandezcan, dice (1), vuestras obras delante de los hombres, de suerte que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos». Así que no lo practiquéis porque no os vean, esto es, no con intención de que pongan los ojos en vosotros, pues por vosotros sois nada, sino porque glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos, porque, volviéndose ellos á Él, y poniendo en Él los ojos, sean lo que vosotros sois. Esta máxima siguieron los mártires, quienes se aventajaron y excedieron á los Scévolas, á los Curcíos y Decios, no sólo en la verdadera virtud (por lo que en efecto les hicieron ventaja en la verdadera religión), sino también en la innumerable multitud, no tomando por sí mismos las penas y tormentos, sino sufriendo con paciencia los que otros les daban. Pero como aquéllos vivían en la ciudad terrena, y se habían propuesto por ella, como fin principal de todas sus obligaciones, su salud espiritual é indemnidad, y que reinase, no en el Cielo, sino en la tierra, no en la vida eterna, sino en el tránsito de los que mueren y en la sucesión de los que habían de morir, ¿qué habían de amar y estimar sino la honra y gloria con que querían también después de muertos cuasi vivir en las lenguas de los pregoneros de sus alabanzas?

(1) San Mateo, cap. V. *Luceant opera vestra coram hominibus; ut videant bona facta vestra, et glorifcent Patrem vestrum qui in cælis est.*

CAPÍTULO XV

Del premio temporal con que pagó Dios las costumbres de los romanos.

Aquellos á quienes no había de dar Dios vida eterna en compañía de sus santos ángeles de su celestial ciudad, cuyos ciudadanos nos persuade la verdadera religión que no adora con adoración (que los griegos llaman latría) sino á un solo Dios verdadero: si á éstos no les concediera ni aun esta gloria eterna, dándoles un excelente imperio, no les premiara y pagara sus buenas artes, esto es, sus virtudes, con que procuraban llegar á tanta gloria; porque de aquellos que parece practican alguna acción buena porque los alaben y honren los hombres, dice tambien el Señor (1). «De verdad os digo que ya recibieron su recompensa»: así que también éstos despreciaron sus intereses particulares por el interés común, esto es, por la república, y por su tesoro resistieron á la avaricia, dieron libremente su parecer en el Senado por el bien de su patria viviendo inculpablemente conforme á sus leyes y refrenando sus apetitos. Y con todas estas operaciones, como por un verdadero camino aspiraron al honor, al imperio y á la gloria, y así fueron honrados en casi todas las naciones, fueron señores y dieron leyes á muchas gentes, y en la actualidad tienen mucha gloria y fama en los libros é historias por casi toda la redondez del universo, y, por consiguiente, no se pueden quejar de la justicia del sumo y verdadero Dios, supuesto que en esta parte recibieron su premio.

(1) San Mateo, cap. VI. *Amen dico vobis. receperunt mercedem suam.*

CAPÍTULO XVI

Del premio de los ciudadanos santos de la ciudad eterna, á quienes pueden aprovechar los ejemplos de las virtudes de los romanos.

Pero muy distante á éste es el premio y galardón de los santos que sufren también en esta vida con paciencia los oprobios por la Ciudad de Dios, con la cual tienen ojeriza los amigos de este mundo. Aquella ciudad es sempiterna, allí ninguno nace, porque ninguno muere: donde la felicidad es verdadera y cumplida, no diosa, sino don de Dios: de allí procede la prenda que tenemos de nuestra fe, en tanto que, peregrinando por acá, suspiramos por su hermosura. Allí no nace el sol sobre los buenos y sobre los malos, sino que el sol de justicia sólo abriga á los buenos: allí no habrá necesidad de mucha industria y trabajo para enriquecer el erario y tesoro público con los pobres y escasos bienes de los particulares, donde el tesoro de la verdad es común: por tanto, debemos creer que no se dilató el romano imperio sólo por la gloria y honor de los hombres, á efecto de que aquel galardón se diera á aquellos hombres, sino también para que los ciudadanos de la ciudad eterna, en tanto que acá son peregrinos, pongan los ojos con diligencia y cordura en semejantes ejemplos, y vean el amor tan grande que deben ellos tener á la patria celestial por la vida eterna, cuando tanto amor tuvieron sus ciudadanos á la terrena por la gloria y alabanza humana.

CAPÍTULO XVII

Qué fruto sacaron los romanos con las guerras y cuanto hicieron á los que vencieron.

Por lo respectivo á esta vida mortal que en pocos días se goza y se acaba, ¿qué importa que viva el hombre que ha de morir bajo cualquiera imperio ó señorío, si los que gobiernan y mandan no nos compelen á ejecutar operaciones impías é injustas? ¿Acaso fueron de algún daño ó inconveniente los romanos á las naciones, á quienes después de reducidas á su dominación impusieron sus leyes, sino sólo en cuanto se perpetró la conquista con grande estrago de personas y derramamiento de sangre? Lo cual, si se hiciera con piedad, lo mismo se lograra con mejor suceso, aunque fuera ninguna la gloria de los que triunfaban: porque tampoco los romanos dejaban de vivir debajo de sus propias leyes que imponían á los otros: lo que si se hiciera sin intervención de Marte y Belona, de modo que no tuviera lugar la victoria no venciendo nadie, donde nadie había peleado, pregunto: ¿no fuera una misma la suerte y condición de los romanos y la de las demás gentes? Mayormente si luego se determinara lo que después se deliberó grata y humanamente, ordenando que todos los vasallos que pertenecían al imperio romano gozasen de la naturaleza y privilegio de la ciudad, disfrutando el honor de los ciudadanos romanos, siendo así común á todos la prerrogativa que antes era peculiar de muy pocos, á excepción de aquel pueblo que no tuviese campos propios y se sustentase y viviese de los públicos, cuyo nutrimento y sustento, con más dulzura y beneficencia lo sacaran de los que se conformaban voluntariamente con esta sanción por mano de los prudentes

gobernadores de la república, que consiguiéndolo por fuerza de los vencidos: porque no veo que importe para la salud y buenas costumbres y para las mismas dignidades de los hombres, que unos hayan vencido y otros sean vencidos, salvo aquel vano fausto de la honra y gloria humana, con el cual recibieron su galardón los que tanta ansia tuvieron de él, y tantas guerras sostuvieron por su logro. ¿Por ventura los campos y haciendas de los vencidos no pechan y pagan su tributo? ¿Acaso pueden ellos aprender y saber lo que los otros no pueden? ¿Por ventura no hay muchos senadores en otras provincias que ni aun de vista conocen á Roma? Echemos á un lado la vanagloria. ¿Y qué son todos los hombres sino hombres? Que si la perversidad del siglo permitiera que los virtuosos fueran los más honrados, aun de este modo no había motivo para estimar en mucho la honra humana, porque es humo de ningún peso y de ningún momento; pero aprovechémonos también en estos sucesos de los beneficios de Dios nuestro Señor. Consideremos cuántas bellas ocasiones despreciaron, cuántas desgracias sufrieron, qué de apetitos propios vencieron por la gloria humana los que la merecieron alcanzar como galardón y premio de sus virtudes, y válganos también esta consideración para reprimir la soberbia; pues habiendo tanta diferencia entre la ciudad á donde nos han prometido que hemos de reinar y entre esta terrena, cuanta hay del cielo á la tierra, del gozo temporal á la vida eterna, de los vanos elogios á la gloria sólida de la compañía de los mortales, á la sociedad de los ángeles, de la luz del sol y de la luna á la luz del que hizo el sol y la luna, no les parezca que han hecho una acción heroica los ciudadanos de tan excelente patria, si por conseguirla practicaren alguna obra buena ó sufrieron con paciencia algunas malas, cuando los otros, por alcanzar esta terrena, hi-

cieron tantas proezas y sufrieron tantos infortunios, mayormente cuando el perdón de los pecados, que va recogiendo los ciudadanos dispersos á aquella eterna patria, tiene alguna semejanza con el asilo de Rómulo, donde la remisión de cualesquiera delitos fué el mejor aliciente para congregar los hombres y fundar aquella célebre ciudad.

CAPÍTULO XVIII

Cuán ajenos de vanagloria deban estar los cristianos, si hicieren alguna loable acción por el amor de la eterna patria, habiendo hecho tanto los romanos por la gloria humana y por la patria terrena.

¡Qué acción tan heroica será despreciar todos los deleites y regalos de este mundo, por más apreciables que sean, por aquella eterna y celestial patria, si por esta temporal y terrena se animó Bruto á degollar á sus propios hijos, cuya temeraria resolución no obliga la otra á tomar á ninguno! Pero, realmente, más dificultoso es el matar á los hijos que lo que debemos nosotros hacer por ésta, y se reduce á que los tesoros que habíamos de congregar y guardar para los hijos, ó los repartamos con los pobres ó los abandonemos si hubiere alguna tentación que nos fuerce á hacerlo por la fe y la justicia, pues ni á nosotros ni á nuestros hijos nos hacen felices las riquezas de la tierra (mediante á que, ó lo hemos de perder en vida, ó muriendo nosotros han de venir á poder de quien no sabemos ó de quien no quisiéramos), sino Dios es el que nos hace felices, que es la verdadera riqueza y tesoro de nuestras almas; además que Bruto, por haber muerto á sus hijos, aun el mismo poeta que le elogia le tiene por infeliz y des-

preciado, porque dice: «y el padre enamorado de la suavidad y hermosura de la libertad, porque sus hijos moverán nuevos proyectos contra ella, les dará la muerte; ¡infeliz y desgraciado, como quiera, aunque en los siglos venideros engrandecieren y celebraren esta acción!» Pero en el verso que se sigue consuela al miserable héroe, diciendo: «venció el amor de la patria y la inmensa ansia de alabanza y de gloria; estas dos cualidades, la libertad y el deseo de elogios, son las que movieron á los romanos á hacer empresas heroicas y maravillosas»; luego si por obtener la libertad de los que eran mortales y habían de morir, y por el deseo de la lisonja humana, que son cualidades que apetecen los hombres, pudo un padre matar á sus hijos, ¿qué acción heroica será, si por la verdadera libertad que nos exime de la esclavitud del demonio, del pecado y de la muerte, y no por la codicia de las humanas alabanzas, sino por el amor y caridad de libertar los hombres, no de la tiranía del rey Tarquino, sino de la de los demonios y de Luzbel su príncipe, no digo yo matamos á los hijos, sino que á los pobres de Jesucristo los tenemos en lugar de hijos? Asimismo, si otro príncipe romano llamado Torcuato, quitó la vida á su hijo porque, siendo provocado del enemigo, con ánimo y brío juvenil peleó, no contra su patria, sino en favor de ella; mas porque dió la batalla contra su orden y mandato, esto es, contra lo que el general su padre le había mandado, si le mató, digo, no obstante que venció, porque no fuese mayor inconveniente el ejemplo de no haber obedecido el orden de su general que había sido de importancia la gloria reportada del enemigo, roto y vencido, ¿para qué se han de jactar los que por las órdenes y mandamientos de la patria celestial desprecian todos los bienes de la tierra que se estiman y aman menos que los hijos? Si Furio Camilo, después de haber reba-

tido de las cervices de su ingrata patria el yugo de los veyos, sus inexorables enemigos, y no obstante de haberle condenado y desterrado de ella por envidia sus émulos, con todo, la libertó segunda vez del poder de los galos, porque no tenía otra mejor patria á donde pudiese vivir con más gloria, ¿por qué se ha de ensoberbecer como si ejecutara alguna acción plausible el que, habiendo acaso padecido en la Iglesia alguna gravísima injuria en su honra por los enemigos carnales, no se pasó á sus enemigos, los herejes, ó porque él mismo no levantó contra ella heregía alguna, sino que antes la defendió cuanto pudo de los perniciosos errores de los herejes, no habiendo otra, no á donde se pase la vida con honor y aplauso de los hombres, sino á donde pueda conseguir la vida eterna? Si Mucio, para que se efectuara la paz con el rey Porsena, que tenía muy apretados á los romanos con su ejército, porque no pudo matar al mismo Porsena, y por yerro mató á otro por él, puso la mano en presencia del rey sobre unas brasas que en una ara estaban ardiendo, notificándole que otros tan valerosos como él se habían conjurado en su muerte, de cuya fortaleza y denuedo admirado el rey, y temiendo la conjuración de semejantes personas, sin dilación ajustó luego la paz y alzó la mano de aquella guerra; ¿quién ha de zaherir ó dar en cara al rey sus méritos, no al de los Cielos cuando hubiere aventurado por él, no digo yo una mano, no haciéndolo de su voluntad, sino cuando padeciendo por alguna persecución, dejare abrasar todo su cuerpo? Si Curcio, armado, arremetiendo el caballo, se arrojó con él en un boquerón por donde se había abierto la tierra, porque en esta accion heroica obedecía á los oráculos de sus dioses, que ordenaron echasen allí la mejor prenda que tuviesen los romanos, y no pudiendo entender otra cosa, advirtiendo que florecían en hombres y ar-

mas, sino que era necesario por mandado de los dioses que se arrojase en aquella horrible abertura algún hombre armado; ¿qué acción heroica puede propalar ha hecho por la eterna patria, el que cayendo en poder de algún enemigo de su fe, muriere; no arrojándose voluntariamente al riesgo de semejante muerte, sino lanzado por su enemigo, supuesto que tiene otro oráculo más cierto de su Señor, y del rey de su patria, donde le dice: «no queráis temer á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma?» (1). Si los decios consagrando su vida en cierto modo se ofrecieron solemnemente á la muerte para que con ella y con su sangre, aplacada la ira de los dioses, se librase el ejército romano, en ninguna manera se ensoberbezcan los santos mártires, como si hicieran alguna acción digna de alcanzar parte en aquella patria, donde hay eterna y verdadera felicidad, si amando hasta derramar su sangre, no sólo á sus hermanos, por quienes la vertían, sino (como Dios se lo manda) á los mismos enemigos que se la hacían derramar, pelearon con fe llena de caridad y con caridad llena de fe. Si Marco Pulvilo en el acto de dedicar el templo de Júpiter, Juno y Minerva, advirtiéndole cautelosamente sus émulos y envidiosos que su hijo era muerto, para que turbado con tan triste nueva dejase la dedicación y la honra y gloria de ella la llevase su compañero, hizo tan poco alto de la noticia, que mandó no cuidasen de su sepultura, triunfando de esta manera en su corazón la codicia de gloria del sentimiento de la pérdida de su hijo; ¿qué heroicidad dirá que ha hecho por la predicación del Santo Evangelio con que se libran y entresacan de varios y diferentes errores los ciudadanos de la soberana patria, aquel á

(1) San Mateo, capítulo X. *Nolite timere eos qui corpus occidunt, animam autem non possunt occidere.*

quien estando solícito de la sepultura de su padre, le dice el Señor (1): «sígueme y deja á los muertos enterrar sus muertos?» Si Marco Régulo, por no quebrantar el juramento prestado en manos de sus crueles enemigos quiso volver á su poder desde la misma Roma, porque, según dicen, respondió á los romanos que le querían detener, que después que había sido esclavo de los africanos no podía tener allí el estado y dignidad de un noble y honrado ciudadano, y los cartagineses, porque peroró contra ellos en el Senado romano, le mataron con graves tormentos, ¿qué tormentos no se deben despreciar por la fe de aquella patria, á cuya bienaventuranza nos conduce la misma fe? ¿Ó qué es lo que se le da á Dios en retorno por todas las mercedes que nos hace, cuando por la fe que se le debe, padeciere el hombre otro tanto cuanto padeció Régulo por la fe que debía á sus perniciosos enemigos? Nada, sin duda. ¿Y cómo se atreverá el cristiano á alabarse de la pobreza que voluntariamente ha abrazado para caminar en la peregrinación de esta vida más desembarazado por el camino que lleva á la patria, á donde las verdaderas riquezas es el mismo Dios, oyendo y leyendo que Lucio Valerio, cogiéndole la muerte siendo cónsul, murió tan pobre, que le enterraron é hicieron sus exequias con la suma que el pueblo contribuyó de limosna? ¿Qué dirá oyendo ó leyendo que á Quinto Cincinato (que poseía entre toda su hacienda tanto cuanto podían arar en un día cuatro yugadas de bueyes, labrándolo y cultivándolo todo con sus propias manos) le sacaron del arado para crearle dictador, cuya dignidad era aun más honrada y apreciada que la de cónsul, y que después de haber vencido á los enemigos y adquirido una suma

(1) San Mateo, capítulo VIII. *Sequere me, et sine mortuos sepelire mortuos suos.*

gloria, perseveró viviendo en el mismo estado, sin fomentar ni aun por medios lícitos su fausto, riquezas y posesiones? ¿O qué estupenda acción se alabará que hizo el que por ningún premio de este mundo se dejó sonsacar ó apartar de la compañía de la eterna patria, viendo que no pudieron tantas dádivas y dones de Pirro, rey de los epirotas, prometiéndole aun la cuarta parte de su reino, mudar á Fabricio de dictamen, ni precisarle por este arbitrio á que dejase la ciudad de Roma, queriendo más vivir en ella como particular en su pobreza, sin oficio público alguno? Porque teniendo ellos su república, esto es, la hacienda del pueblo, la hacienda de la patria, la hacienda común, (opulenta y próspera, experimentaron en sus casas tanta pobreza que echaron del Senado (compuesto de hombres indigentes) y privaron de los honores de la magistratura por nota y visita del censor á uno de ellos que había sido cónsul dos veces, porque se averiguó que poseía una vajilla cuyo valor ascendería como hasta 10 libras de plata. Si estos mismos eran tan pobres, estos, con cuyos triunfos crecía el tesoro público, ¿acaso todos los cristianos que con otro fin más laudable hacen comunes sus riquezas, conforme á lo que se escribe en los hechos apostólicos (1), «que la distribuían entre todos, conforme á la necesidad de cada uno, y ninguno decía que tenía cosa alguna propia, sino que todo era de todos en común»: no advierten que no les debe mover la lisonjera aura de la vanagloria cuando ejecuten acción semejante por alcanzar la compañía de los ángeles, habiendo los otros hecho casi otro tanto por conservar la gloria de los romanos? Estas y otras operaciones semejantes, si alguna de ellas se halla en sus historias,

(1) Actor, 2 y 4. *Ut distribuatur unicuique, sicut cuique opus est, et nemo dicat aliquid proprium, sed sint illis omnia communia.*

¿cuándo fueran tan públicas y notorias, cuándo la fama las celebrara tanto, si el imperio romano, tan extendido por todo el mundo, no se hubiere amplificado con magníficos sucesos? Así que, con este imperio tan vasto y dilatado, de tanta duración, tan célebre y glorioso por virtudes de tantos y tan famosos hombres, recompensó Dios, no sólo á la intención de estos insignes romanos con el premio que pretendían, sino que también nos propuso ejemplos necesarios para nuestra advertencia y utilidad espiritual, á efecto de que, si no poseyésemos las virtudes á que como quiera son tan parecidas estas que los romanos ejercitaron por la gloria de la ciudad terrena, no las tuviésemos, digo, nosotros por la gloriosa ciudad de Dios, nos avergoncemos y confundamos, y si las tuviéremos, no nos ensoberbecemos. Porque, como dice el Apóstol, (1) «no son dignas las pasiones de este tiempo; los trabajos temporales que padecemos ahora, no llegan con mucho á merecer la gloria que se ha de manifestar en nosotros»; pero para la gloria humana y la de este siglo, por bastante loable y digna de imitación se tuvo la ejemplar vida que éstos hacían. Y por lo mismo también concedió Dios y entregó á los judíos que crucificaron á Jesucristo, revelándonos en el Nuevo Testamento lo que había estado encubierto en el Viejo, y manifestándonos que debemos adorar un solo Dios, no por los beneficios terrenos y temporales que la Providencia divina, sin diferencia, distribuye entre los buenos y los malos, sino por la vida eterna, por los dones y premios perpetuos y por la compañía de la misma ciudad soberana. Con muy justa razón, digo, concedió y entregó á los judíos á la gloria de los gentiles, para que éstos, que buscaron y consiguieron con la

(1) San Pablo, ep. á los romanos, capítulo, VIII. *Indigne sunt passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis.*

sombra de algunas virtudes la gloria terrena, venciesen á los que con sus grandes vicios quitaron afrentosamente la vida y despreciaron al dador y dispensador de la verdadera gloria y ciudad eterna.

CAPÍTULO XIX

De la diferencia que hay entre el deseo de gloria y el deseo de señorío y del imperio.

Pero hay notable diferencia entre el deseo de la gloria humana y el deseo del dominio y señorío; pues aunque sea fácil que el que gusta con exceso de la gloria humana apetezca también con gran vehemencia el demonio con todos los que codician la verdadera gloria, aunque sea de las humanas alabanzas, procuran no disgustar á los que hacen recta estimación y discreción de las cosas; porque hay muchas circunstancias buenas en las costumbres, de las cuales muchos opinan bien y las estiman, no obstante que algunos no las posean, y procuran por ellas aspirar á la gloria, al imperio y al dominio, de quien dice Salustio que lo solicitan por el verdadero camino: pero cualquiera que sin deseo de la gloria con que teme el hombre disgustar á los que hacen justa estimación de las cosas, desea el imperio y dominio, aun públicamente por manifiestas abominaciones y maldades, por lo general procura alcanzar lo que apetece: y así el que anhela la adquisición de la gloria, una de dos: ó la procura por el verdadero camino, ó á lo menos por vía de cautelas y engaños, queriendo parecer bueno no siéndolo. Por eso es gran virtud del que posee las virtudes menospreciar la gloria, porque el desprecio de ella está presente á los ojos de Dios, sin

cuidar de descubrirse al juicio y aprecio de los hombres: pues cualquiera acción que ejecutare á los ojos de los mortales, á fin de dar á entender que desprecia la gloria si creen que lo hace para mayor alabanza, esto es, para mayor gloria, no hay arbitrio para que pueda manifestar al juicio de los sospechosos que es su intención muy distinta de la que ellos imaginan: mas el que vilipendia los juicios de los que le elogian, menosprecia también la temeridad de los maliciosos, cuya salvación, si él es verdaderamente bueno, no desprecia; porque es tan justo el que tiene las virtudes que dimanan del espíritu de Dios, que ama aun á sus mismos enemigos: y de tal modo los estima, que á los maldicientes y que murmuran de él, corregidos y enmendados los desea tener por compañeros, no en la patria terrena, sino en la del Cielo, y lo mismo por lo respectivo á los que le alaban, aunque no haya asunto de que ponderen sus virtudes; pero no deja de hacer caudal de que le amen, ni quiere engañar á éstos cuando le elogian por no engañarlos cuando le aman: y por eso procura en cuanto puede que antes sea glorificado aquel Señor de quien tiene el hombre todo lo que en el corazón se puede engrandecer: mas el que menosprecia la gloria y apetece el mando y señorío, excede á las bestias en crueldades y torpezas. Y tales fueron algunos romanos, que después de haber dado al través con el anhelo de su reputación, no por eso se desprendieron del deseo insaciable del dominio: de muchos de éstos nos da noticia exacta la historia; pero el que primero subió á la cumbre, y como á la torre de homenaje de este vicio, fué el emperador Nerón, tan disoluto y afeminado que pareciera que no se podía temer de él operación propia de hombre, siendo tan cruel que debería decirse con razón no podía haber en él sentimientos mujeriles si no se supiera: ni tampoco estos tales llegan á ser prínci-

pes y señores sino por la disposición de la divina providencia, cuando á ella le parece que los defectos humanos merecen tales señores. Claramente lo dice Dios, hablando en los Proverbios su infinita sabiduría (1): «Por mí reinan los reyes, y los tiranos por mí son señores de la tierra»: más por cuanto por los tiranos no se dejarán de entender los reyes perversos y malos, y no según el antiguo modo de hablar, los poderosos, como dijo Virgilio (2): «gran parte y segura prenda de la paz y amistad que deseo será para mí el haber tocado la diestra de vuestro tirano», muy claramente se dice de Dios en otro lugar (3): «qué hace reine un príncipe malo por los pecados del pueblo»; por lo cual, aunque según mi posibilidad he declarado bastantemente la causa por qué Dios verdadero uno y justo, ayudó á los romanos que fueron buenos según cierta forma de ciudad terrena, para que alcanzasen la gloria y extensión de tan grande imperio; sin embargo, pudo haber también otra causa más secreta, y debió ser los diversos méritos del género humano, los cuales conoce Dios mejor que nosotros; y sea lo que fuere, con tal que conste entre todos los que son verdaderamente piadosos que ninguno, sin la verdadera piedad, esto es, sin el verdadero culto del verdadero Dios puede tener verdadera virtud, y que ésta no es verdadera cuando sirve á la gloria humana: con todo, los ciudadanos que no lo son de la ciudad eterna, que en las divinas letras se llama la Ciudad de Dios, son más importantes y útiles á la ciudad terrena cuando tienen también esta virtud, que no cuando

(1) Proverb., cap. VIII. *Per me Reges regnant, et tiranni per me tenent terram.*

(2) Virgilio, *Eneida*, cap. VII. *Pars mihi pacis eris, dextram tetigisse tiranni.*

(3) Job, cap. XXXIV. *Qui regnare facit hominem hypocritam propter perversitatem populi.*

se hallan sin ella. Y cuando los que profesan verdadera religión viven bien y han cultivado esta ciencia de gobernar el pueblo, por la misericordia de Dios alcanzan la obtención de esta alta potestad, que no hay felicidad mayor para las cosas humanas. Y estos tales, todas cuantas virtudes pueden adquirir en esta vida no las atribuyen sino á la divina gracia, que fué servida dárseles á los que las quisieron, creyeron y pidieron, y juntamente con esto saben lo mucho que les falta para llegar á la perfección de la justicia, cual la hay en la compañía de aquellos santos ángeles, para la cual se procuran disponer y acomodar; y por más que se alabe y celebre la virtud, que sin la verdadera religión sirve á la gloria de los hombres, en ninguna manera se debe comparar con los pequeños principios de los santos, cuya esperanza se funda y estriba en la divina misericordia.

CAPÍTULO XX

Que tan torpemente sirven las virtudes á la gloria humana como al deleite del cuerpo.

Acostumbran los filósofos, que ponen el fin de la bienaventuranza humana en la misma virtud, para avergonzar á algunos otros de su misma profesión, que aunque aprueban las virtudes, con todo, las miden con el fin del deleite corporal, pareciéndoles que éste se debe desear por sí mismo, y las virtudes por él, suelen, digo, pintar de palabra una tabla, donde esté sentado el deleite en un trono real como una reina delicada y regalada, á quien estén sujetas como criadas las virtudes, pendientes ó colgadas de su boca, para hacer lo

que les ordenare, mandando á la prudencia que busque con vigilancia arbitrio para que reine el deleite y se conserve; previniendo á la justicia que acuda con los beneficios que pueda para granjear las amistades que fueren necesarias para conseguir las comodidades corporales, que á nadie haga injuria, á efecto de que estando en su vigor las leyes, pueda el deleite vivir seguro; ordenando á la fortaleza que si al cuerpo le sobreviniere algún dolor por el cual no le sea forzoso el morir, tenga á su señora, esto es, al deleite fuertemente impreso en su imaginación, para que con la memoria de los pasados contentos y gustos alivie el rigor de la presente aflicción; prescribiendo á la templanza que se sirva moderadamente de los alimentos y de los objetos que le causaren gusto, de modo que por la demasía no turbe á la salud algún manjar dañoso, y padezca notable menoscabo el deleite. El mayor que hay le hacen igualmente consistir los epicúreos en la salud del cuerpo; y así las virtudes, con toda la autoridad de su gloria, servirán al deleite como á una mujercilla imperiosa y deshonesta. Dicen que no puede idearse representación más ignominiosa y fea que esta pintura, ni que más ofenda á los ojos castos de los buenos, y dicen la verdad: con todo, soy de dictamen no llegará la pintura bastantemente al decoro que se le debe, si también fijamos otro tal, á donde las virtudes sirvan á la gloria humana; porque aunque esta gloria no sea una regalada mujer, con todo, es muy ventosa, y tiene mucho de vanidad. Y así no será razón que la sirva lo sólido y macizo que tienen las virtudes, de manera que nada provea la prudencia, nada distribuya la justicia, nada sufra la fortaleza, nada modere la templanza sino con el fin de complacer á los hombres y de que sirva al viento inestable de la vanagloria. Tampoco se separarán de esta fealdad los que como vilipendiadores de la

gloria no hacen caso de los juicios ajenos, se tienen por sabios y están muy pagados y complacidos de su ciencia; porque la virtud de éstos, si es que es alguna, en cierto modo se viene á sujetar á la alabanza humana, puesto que el que está agradado de sí mismo no deja de ser hombre; pero el que con verdadera religión cree y espera en Dios, á quien ama, más mira y atiende á las cualidades en que está desagradado de sí, que á aquellas, si hay algunas en él, que no le agraden tanto como á la misma verdad, y esto con que puede ya agradar, no lo atribuye sino á la misericordia de aquel á quien teme desagradar, dándole gracias por los males de que le ha sanado, y suplicándole por la curación de los otros que tiene todavía por sanar.

CAPÍTULO XXI

Que la disposición del imperio romano fué por mano del verdadero Dios, de quien dimana toda potestad, y con cuya providencia se gobierna todo.

Siendo cierta, como lo es, esta doctrina, no atribuyamos la facultad de dar el reino y señorío sino al verdadero Dios, que concede la eterna felicidad en el reino de los cielos á solos los piadosos; y el reino de la tierra á los píos y á los impíos, como le agrada á aquel á quien si no es con muy justa razón nada place; pues aunque hemos ya hablado de lo que quiso descubrirnos para que lo supiésemos, con todo, es demasiado empeño para nosotros, y sobrepuja sin comparación nuestras fuerzas querer juzgar de los secretos humanos y examinar líquidamente los méritos de los reinos: así que aquel Dios verdadero que no deja de juzgar ni de favorecer

al linaje humano, fué el mismo que dió el reino á los romanos cuando quiso y en cuanto quiso, y el que le dió á los asirios, y también á los persas, quienes (dicen las historias de estos) adoraban solamente á los dioses, uno bueno y otro malo; por no hacer referencia ahora del pueblo hebreo, de quien ya dije lo que me pareció bastante, y cómo no adoró sino á un solo Dios, y en qué tiempo reinó. El que dió á los persas mieses sin el culto y religión de la diosa Segecia, el que les concedió tantos beneficios y frutos de la tierra sin intervenir el culto prestado á tantos dioses como éstos multiplican, dando á cada producción el suyo, y aun á cada una muchos, el mismo también les dió el reino sin la adoración y religión de aquéllos, por cuyo culto creyeron éstos que vinieron á reinar: y del mismo modo les dispensó también á los hombres, siendo el que dió el reino á Mario el mismo que le dió á Cayo Cesar; el que á Augusto, el mismo también á Nerón; el que á los Vespasianos, padre é hijo, benignos y piadosos emperadores, el mismo le dió igualmente al cruel Domiciano: y ¿por qué no vamos discurrendo por todos en particular? El que le dió al católico Constantino, el mismo le dió al apóstata Juliano, cuyo buen natural le estragó por el anhelo y codicia de reinar una sacrílega y abominable curiosidad; en estos vanos pronósticos y oráculos estaba enfrascado este impío monarca, cuando asegurado en la certeza de la victoria mandó poner fuego á los bajeles en que conducía el bastimento necesario para sus soldados: después, empeñándose con mucho ardimiento en empresas temerarias é imposibles, y muriendo á manos de sus enemigos en pago de su veleidad, dejó su ejército en tierra enemiga tan escaso de vituallas y víveres, que no pudiera salvarse ni escapar de riesgo tan inminente si, contra el buen agüero del dios Término (de quien tratamos en el libro pasado), no

demudaran los términos y mojones del imperio romano; porque el dios Término, que no quiso ceder á Júpiter, cedió á la necesidad. Estos sucesos ciertamente sólo el Dios verdadero los rige y gobierna como le agrada. Y aunque sea con secretas y ocultas causas, ¿hemos por ventura de imaginar por eso que son injustas?

CAPÍTULO XXII

Que los tiempos y sucesos de la guerras penden de la voluntad de Dios.

Y así como está en su albedrío, justos juicios y misericordia el atribular ó consolar á los hombres, así también está en su mano el tiempo y duración de las guerras, pudiendo disponer libremente que unas se acaben presto y otras más tarde. Con invencible presteza y brevedad concluyó Pompeyo la guerra contra los piratas, y Scipión la tercera guerra Púnica, y también la que sustentó contra los fugitivos gladiadores, aunque con pérdida de muchos generales y dos cónsules romanos, y con el quebranto y destrucción miserable de Italia; no obstante que al tercer año, después de haber concluído y acabado muchas conquistas, se finalizó: los Pícnos, Marios y Pelignos, no ya naciones extranjeras, sino italianas, después de haber servido largo tiempo y con mucha afición bajo el yugo romano, sojuzgando muchas naciones á este imperio hasta destruir á Cartago, procuraron recobrar su primitiva libertad. Y esta guerra de Italia, en la que muchas veces fueron vencidos los romanos, muriendo dos cónsules y otros nobles senadores, con todo, no duró mucho, porque se acabó al quinto año; pero la segunda

guerra Púnica, durando 18 años con terribles daños y calamidades de la república, quebrantó y casi consumió las fuerzas de Roma; porque en solas dos batallas murieron casi 70.000 de los romanos; la primera guerra Púnica duró 23 años, y la mitridática 40. Y porque nadie juzgue que los principios y ensayos de los romanos fueron más felices y poderosos para concluir más presto las guerras en los años anteriores, tan celebrados en todo género de virtud, leemos en sus historias que duró la guerra Samnítica casi 50 años, en la que los romanos salieron tan derrotados que los obligaron á pasar debajo del yugo; mas por cuanto no amaban la gloria por la justicia, sino que parece amaban la justicia por la gloria, rompieron dolosamente la paz y concordia que ajustaron con sus enemigos. Refiero esta particularidad, porque muchos que no tienen noticia exacta de los sucesos pasados, y aun algunos que disimulan lo que saben, si advierten que en los tiempos cristianos dura un poco más tiempo alguna guerra, luego con extraordinaria arrogancia se conmueven contra nuestra religión, vociferando que no estuviera ella en el mundo, y se adoraran los dioses con la religión antigua, que ya la virtud y el valor de los romanos, que con ayuda de Marte y Belona acabó con tanta rapidez tantas guerras, también hubiera concluído ligeramente con aquella. Acuérdense, pues, los que lo han leído cuán largas y prolijas guerras sostuvieron los antiguos romanos, y con cuán varios sucesos y lastimosas pérdidas, según acostumbra á turbarse el mundo (como un mar borrascoso), con varias tempestades que motivan semejantes trabajos, y confiesen al fin lo que no quieren, y dejen de mover sus blasfemas lenguas contra Dios, de perderse asimismos y de engañar á los ignorantes.

CAPÍTULO XXIII

De la guerra en que Radagaiso, rey de los godos, que adoraba á los demonios, en un día fué vencido con su poderoso ejército.

Pero lo que en nuestros tiempos, y hace pocos años, obró Dios con admiración universal y ostentando su infinita misericordia, no sólo no lo relacionan con acción de gracias, sino que cuánto es en sí procuran sepultarlo en el olvido si fuese posible, para que ninguno tenga noticia de ello: cuyo prodigio, si nosotros le pasásemos también en silencio, seríamos tan ingratos como ellos. Estando ya avocado Radagaiso, rey de los godos, con un grueso y formidable ejército cerca de Roma, amenazando á las cervices de los romanos su airada segur, fué roto y vencido en un día con tanta presteza, que sin haber ni un solo muerto, pero ni aún un herido entre los romanos, murieron más de 1.000 de los godos; y siendo Radagasio hecho prisionero con sus hijos, pagó con la vida la pena merecida por su atentado: si aquel que era tan impío entrara en Roma con tan numeroso y feroz ejército, ¿á quién perdonara? ¿A qué lugares de mártires respetara? ¿En qué persona temiera á Dios, cuya sangre no derramara, cuya castidad no violara? ¿Y que de bondades publicaran éstos en favor de sus dioses? ¿Con cuánta arrogancia nos dieran en rostro que por eso había vencido, por eso había sido tan poderoso, porque cada día aplacaba y granjeaba la voluntad de los dioses con sus sacrificios, los que no permitía á los romanos ofrecer la religión cristiana; pues aproximándose ya al lugar donde por permisión divina fué roto y vencido, corriendo entonces su fama por todas partes, oí decir en Cartago que los paganos

creían, esparcían y divulgaban que él, por tener á sus dioses por amigos y protectores, á quienes era notorio que sacrificaba diariamente, no podía de ningún modo ser vencido por los que no hacían semejantes sacrificios á los dioses romanos, ni permitían que ninguno les sacrificase? Y dejan los miserables de ser agradecidos á una tan singular misericordia de Dios como ésta; pues habiendo determinado castigar con la invasión de los bárbaros la mala vida y costumbres de los hombres dignos de otro mayor castigo, templó su indignación con tanta mansedumbre, que permitió antes todas cosas que milagrosamente Radagaiso fuese vencido, para que no se diese la gloria (para derribar los ánimos y corazones de los débiles) á los demonios, á quienes constaba que él rendía culto y adoración: y además de esto, siendo después entrada Roma por aquellos bárbaros, hizo que contra el uso y costumbre de todas las guerras pasadas los mismos amparasen (por reverencia á la religión cristiana) á los que se acogían á los lugares santos, los cuales eran tan contrarios por respeto del nombre cristiano á los mismos demonios y á los ritos de los impíos sacrificios en que el otro confiaba, que parecía que sustentaban más cruel y sangrienta la guerra con ellos que con los hombres; con cuyos prodigiosos triunfos el verdadero Señor y gobernador del mundo primeramente castigó á los romanos con misericordia, y después, venciendo maravillosamente á los que sacrificaban á los demonios, demostró que aquellos sacrificios no eran necesarios para conseguir el remedio en las presentes calamidades, sólo con el loable objeto de que los que no fuesen muy obstinados y pertinaces, sino que con prudencia considerasen el milagro, no abdicasen la verdadera religión por los infortunios y necesidades presentes, antes la tuviesen más asida con la fidelísima esperanza de alcanzar la vida eterna.

CAPÍTULO XXIV

Qué sea la felicidad, y cuán verdadera es la de los emperadores cristianos.

Tampoco decimos que fueron dichosos y felices algunos emperadores cristianos porque reinaron largos años, ó porque muriendo con muerte apacible dejaron á sus hijos en el imperio, ó porque sujetaron á los enemigos de la república, ó porque pudieron no sólo guardarse de sus ciudadanos rebeldes, que se habían levantado contra ellos, sino también oprimirlos; porque estos y otros semejantes bienes ó consuelos de esta trabajosa vida también los merecieron y recibieron algunos idólatras de los demonios, que no pertenecen al reino de Dios, á quien tocan estos otros. Y esto lo permitió por su misericordia, para que los que creyeren en él no deseasen, ni le pidiesen estas felicidades como sumamente buenas: sin embargo, los llamamos felices y dichosos cuando reinan justamente, cuando entre las lenguas de los que los engrandecen y entre las sumisiones de los que humildemente los saludan no se ensoberbecen, sino que se acuerdan y conocen que son hombres; cuando hacen que su dignidad y potestad sirva á la Divina Majestad para dilatar cuanto pudieren su culto y religión; cuando temen, aman y reverencian á Dios; cuando aprecian sobremanera aquel reino donde no hay temor de tener consorte que se le quite; cuando son tardos y remisos en vengarse y fáciles en perdonar; cuando esta venganza la hacen forzados de la necesidad del gobierno y defensa de la república, y no por satisfacer á su rencor y á la voluntad, y cuando le conceden este perdón, no porque el delito quede sin castigo, sino por la esperanza que hay de la corrección

y enmienda; cuando lo que á veces obligados ordenan con aspereza y rigor, lo recompensan con la blandura y suavidad de la misericordia, y con la liberalidad y largueza de las mercedes y beneficios que hacen; cuando los gustos están en ellos tanto más á raya; cuando pudieran ser más libres; cuando gustan más de ser señores de sus apetitos que de cualesquiera naciones, y cuando ejercen todas estas virtudes, no por el ansia y deseo de la vanagloria, sino por el amor de la felicidad eterna; cuando por sus pecados no dejan de ofrecer sacrificios de humildad, limosna y oración á su verdadero Dios, y tales emperadores cristianos como éstos decimos que son felices aquí en el ínterin en esperanza, y después realmente cuando viniere el cumplimiento de lo que esperamos.

CAPÍTULO XXV

De las prosperidades que Dios dió al cristiano emperador Constantino.

La bondad de Dios (para que los hombres que tenían creído debían adorarle y reverenciarle por el futuro premio de la vida eterna no pensasen que ninguno podía conseguir las dignidades y reinos de la tierra sino los que adorasen á los demonios, porque estos espíritus en semejantes asuntos pueden mucho) enriqueció al emperador Constantino (que no tributaba adoración á los demonios, sino al mismo Dios verdadero) de tantos bienes terrenos cuantos nadie se atreviera á desear: concedióle asimismo que fundase una ciudad, socia del imperio romano, como hija de la misma Roma; pero sin construir en ella templo ni simulacro alguno con-

sagrado á los demonios, reinó muchos años, poseyó y conservó siendo él solo emperador Augusto todo el orbe romano; en la administración y dirección de la guerra fué feliz y victorioso; en oprimir los tiranos tuvo grande prosperidad. Cargado de años murió de enfermedad y senectud, dejando á sus hijos por sucesores en el imperio; además, para que ningún emperador apeteciese profesar el cristianismo por el interés de alcanzar la felicidad de Constantino (debiendo ser cada uno cristiano sólo por hacerse digno de conseguir la vida eterna), se llevó mucho antes á Joviano que á Juliano, permitiendo que Graciano muriese á manos de un tirano, aunque con más humanidad que el gran Pompeyo, que adoraba á los dioses romanos; porque á aquél no le pudo vengar Catón, á quien dejó en cierto modo por sucesor en la guerra civil; pero á éstos (aunque las almas piadosas no tengan necesidad de semejantes consuelos) le vengó Teodosio, á quien había tomado por socio y compañero en el imperio. no obstante de tener un hermano pequeño; deseando más una fiel compañía que un poder absoluto ó el despotismo.

CAPÍTULO XXVI

De la fe y religión del emperador Teodosio.

Y así Teodosio en vida no sólo le guardó la fe que le debía, sino también después de muerto; porque habiendo Máximo (que fué el que le dió á él la muerte) echado del imperio á Valentiniano su hermano (que era aun muy pequeño), Teodosio, como cristiano, acogió al huérfano y pupilo, asociándole en la parte de su imperio; guardó y amparó con afecto de padre al que, des-

amparado de todos los auxilios humanos, sin dificultad alguna podía quitarle de delante, si reinara en su corazón más la codicia de extender su imperio y señorío que el deseo de hacer bien. Y así, acogiéndole y conservándole la dignidad imperial, le alentó más y consoló con toda humanidad y gracia. Después, notando que con aquella deliberación se había hecho Máximo muy terrible, áspero y cruel, en el mayor aprieto y angustias que le causaban sus cuidados, no acudió á las curiosidades sacrílegas é ilícitas; antes por el contrario, envió su embajada á un santo varón que habitaba en el yermo en Egipto, llamado Juan, el cual, por la fama que corría de él, entendía que era siervo muy estimado de Dios, y que tenía espíritu de profecía, de quien tuvo aviso cierto de que vencería á su enemigo; luego, habiendo muerto al tirano Máximo, restituyó al joven Valentiniano con una reverencia llena de misericordia en la parte de su imperio de que le habían despojado. Y muerto éste dentro de breve tiempo, ya fuese con veneno ó por otro accidente ó lance fortuito, á otro tirano, llamado Eugenio, que en lugar de Valentiniano había sido elegido ilegítimamente en el imperio; habiendo tenido sobre ello otra profecía, lleno de fe le venció y oprimió, con cuyo formidable ejército combatió, obrando más con la adoración que hiriendo con la espada. A soldados que se hallaron presentes oí referir que les sucedió arrancarles de las manos las armas arrojadizas, corriendo un viento furiosísimo de la parte de Teodosio contra los enemigos, el cual no sólo les arrebatava violentamente todo lo que arrojaban, sino que los mismos dardos que les tiraban se volvían contra los que los esgrimían; por lo cual también el poeta Claudiano, aunque enemigo del nombre de Cristo, con todo, en honra y alabanza suya, dijo: «¡Oh sobremanera regalado y querido de Dios, por quien el cielo

y los vientos conjurados al son de las trompetas acuden en su favor!» Habiendo conseguido la victoria como lo había creído y dicho, hizo derribar unos simulacros de Júpiter que contra él no sé con qué ritos se habían consagrado y colocado en los Alpes; y como los rayos que tenían estas imágenes eran de oro, y sus ádalides en chacota, por permitirlo así la presente alegría, dijese que quisieran ser heridos de aquellos rayos, se les concedió la petición con júbilo y benignidad. A los hijos de sus enemigos que habían muerto, no ya por orden suya, sino arrebatados del ímpetu y furia de la guerra, acogiéndose, aun no siendo cristianos, á la Iglesia, con esta ocasión quiso que fuesen cristianos, y como tales los amó con caridad cristiana, y no sólo no les quitó la hacienda, sino que también los acrecentó y honró con oficios y dignidades. No permitió después de la victoria que ninguno con este motivo se pudiese vengar de sus particulares enemistades. En las guerras civiles no se portó como Cinna, Mario, Sila y otros semejantes, que después de acabadas no quisieron que se terminasen, antes tuvo más pena de verlas comenzadas que ánimo de que, concluídas, fuesen en daño de ninguno. Entre todas estas revoluciones, desde su ingreso en el imperio no dejó de ayudar y socorrer á las necesidades de la Iglesia promulgando leyes justas, benignas y favorables á sus derechos y preeminencias; á la cual el hereje emperador Valente, favoreciendo á los arrianos, había afligido en extremo, cuyo miembro se lisonjeaba y preciaba más de ser que de reinar en la tierra. Mandó que se derribasen los ídolos de los gentiles, sabiendo bien que ni aun los bienes de la tierra están en mano de los demonios, sino en la del verdadero Dios. ¿Y qué acción puede referirse en los anales más admirable y digna de imitarse que su religiosa humildad; pues siendo forzado por el pueblo, y á instancias

de algunos que andaban á su lado, á castigar un grave crimen que cometieron los tesalónicos, á quienes ya por intercesión de algunos obispos había prometido el perdón, siendo corregido conforme al estilo de la disciplina eclesiástica, hizo tan severa penitencia que, rogando á Dios el pueblo por él, viendo postrada en tierra la majestad del emperador, más lágrimas derramó que temor pudiera manifestar, cuando aprehendiéndolos en el delito le vieran correr airado á la venganza? Estas admirables acciones y otras buenas obras hizo que sería largo referirlas, llevando siempre consigo el desprendimiento del humo temporal de cualquiera gloria y lisonja humana, de cuyas buenas operaciones el premio es la eterna felicidad, la cual sólo la da Dios á los verdaderamente piadosos; pero todas las demás cualidades, ya sean las más celebradas fortunas ó los subsidios necesarios de esta vida, como son el mismo mundo, la luz, el aire, la tierra, el agua, los frutos, el alma del mismo hombre, el cuerpo, los sentidos el espíritu y la vida lo da Dios á los buenos y á los malos, en lo cual se incluye también cualquiera grandeza ó exaltación al trono, lo cual dispensa igualmente este gran Dios según lo piden los tiempos.

CAPÍTULO XXVII

Invectiva de San Agustín contra los envidiosos que escribieron contra los libros que él había ya dado á luz.

En esta conformidad advierto que únicamente me resta responder á aquellos que, confutados y convencidos con manifiestas razones y documentos, con que se demuestra evidentemente que para la obtención de es-

tas felicidades temporales, que solos los necios desean tener; no aprovecha ni utiliza el número crecido de los dioses falsos: procuran no obstante defender que se deben adorar esos númenes, no por el provecho y comodidad de la vida presente, sino por la futura que se espera después de la muerte; pues á los que por las amistades mundanas quieren adorar vanidades, y se quejan que no los permiten entregarse á los gustos y bagatelas de los sentidos, me parece que en estos cinco libros les hemos respondido lo necesario; de los cuales, habiendo sacado á luz los tres primeros, y empezando ya á andar en manos de muchos, oí decir que algunos habían tomado la pluma y disponían no sé que respuesta contra ellos; después me informaron asimismo que habían escrito, pero que aguardaban tiempo para darlo al público á su salvo; á los cuales advierto que no deseen lo que no les está bien, porque es muy fácil parecer que ha respondido uno con no haber querido callar. Y ¿qué cosa hay más locuaz y sobrada de palabras que la vanidad? La cual, no por eso puede lo que la verdad; pues, si quisiera, puede también dar muchas más voces que la verdad; si no, considérenlo todo muy bien, y si acaso, mirándolo sin pasión de las partes, les pareciere que es de tal calidad que más pueden echarlo á barato que desbaratarlo con su procaz locuacidad y con su satírica chocante liviandad, repórtense y den de mano á sus vaciedades, y quieran más ser antes corregidos por los prudentes que alabados por los imprudentes; porque si aguardan tiempo, no para decir libremente la verdad, sino para tener licencia de decir mal, Dios los libre de que les suceda lo que dice Tulio de uno, que por la licencia que tenía de pecar se llamaba feliz. ¡Oh miserable del que tuvo semejante licencia para pecar! Y así cualquiera que imaginare que es feliz por la licencia que tiene de maldecir, será mucho más dichoso si de

ningún modo usare de tal permiso, pudiendo aun ahora (dejando aparte la vanidad de la arrogancia) como con pretexto de querer saber la verdad, contradecir cuanto quisiere y cuanto fuere posible oír y saber honesta, grave y libremente lo que hace al caso de boca de aquellos con quienes, confiriéndolo en sana paz, lo preguntaren.



LIBRO SEXTO

CAPÍTULO I

De los que dicen que adoran á los dioses no por esta vida presente, sino por la eterna.

Me parece que he disputado lo bastante en estos cinco libros pasados contra los que temerariamente sostienen que por la importancia y comodidad de la vida mortal, y por la fruición de los bienes terrenos, deben adorarse con el rito y adoración que los griegos llaman latría (y se debe únicamente al solo Dios verdadero) á muchos y falsos dioses, de los cuales la verdad católica evidencia que son simulacros inútiles, ó espíritus inmundos y perniciosos demonios, ó por lo menos criaturas, y no el mismo criador. Y ¿quién no advierte que respecto de los que están impregnados en unas máximas tan erróneas como pertinaces, no bastan ni estos cinco libros ni otros infinitos, por más que sean muchos en el número? En atención á que se reputa por gloria y honra de la humana lisonja no rendirse á todos los contrastes de una verdad acrisolada, cuando resulta en perjuicio sin duda de aquel en quien reina tan monstruoso vicio; porque también una enfermedad peligrosa contra toda la industria del que la cura es invencible, no precisamente porque cause daño alguno al médico, sino por el que resulta al enfermo considerado

como incurable; pero las personas que lo que leen lo examinan con madurez y circunspección, habiéndolo entendido y considerado sin ninguna, ó á lo menos no con demasiada obstinación en el error en que se veían sumergidos, echarán de ver fácilmente que con estos cinco libros que hemos concluído hemos satisfecho bastante á más de lo que exigía la necesidad de la cuestión antes que haber quedado cortos; y no podrán poner duda en que todos aquellos efugios con que los ignorantes procuran hacer odiosa á la religión cristiana por las calamidades de esta vida, por los infortunios, inestabilidad y vicisitud de las cosas terrenas que á cada paso se experimentan, no sólo disimulándolo los doctos, á quienes domina esta impiedad fanática, sino favoreciéndolos contra el dictámen de su conciencia, son ajenos é impropios de todo buen discurso y razón, y están llenos de una temeridad liviana y de una perniciosa altanería y arrogancia. Ahora, pues, porque según lo pide nuestra promesa habremos también de refutar y desengañar á los que intentan defender que debe tributarse adoración á los dioses de los gentiles (que destruyen la religión cristiana), no por ser los intereses y felicidades de esta vida, sino por la que después de la muerte se espera, quiero dar principio á mi discurso por el verdadero oráculo del salmista rey, donde se lee (1): «Bienaventurado el hombre que pone toda su confianza en Dios, y el que no se aparta de Él, ni fingió las vanidades y los falsos desvaríos». Con todo, entre todas las ilusorias doctrinas y falsos despropósitos, los que más tolerablemente se pueden oír son los de los filósofos á quienes no satisfizo la opinión y error universal de las gentes, que dedicaron simulacros á los dioses, suponiendo muchas

(1) *Beatus cujus est Dominus Deus spes ipsius, et non respexit in vanitates, et in insanias mendaces.* Los setenta leyeron: *Beatus cujus est nomen Domini, spes ejus:*

falsedades de los que llaman dioses inmortales, las cuales, siendo falsas, impías ó fingidas, las creyeron, y, creídas, las introdujeron en el culto y ceremonias de su religión; con estos tales, pues, que claramente confesaron (aunque no diciéndolo libremente, á lo menos insertándolo en sus escritos y disputas, como dicen entre dientes) que no aprovechan semejantes desatinos, no del todo fuera de propósito se ventilara esta cuestión: si conviene adorar por la vida que se espera después de la muerte, no á un solo Dios, que hizo todo lo criado espiritual y corporal, sino á muchos dioses, de quienes algunos de los mismos filósofos, entre ellos los más acreditados y sabios, sintieron que fueron criados por aquél solo, y colocados en un lugar sublime: porque ¿quién sufrirá se diga y defienda que los dioses de que hicimos mención en el libro IV (á quienes se atribuye á cada uno respectivamente su oficio y cargo de negocios de poco momento) conceden á los mortales la vida eterna? ¿Por ventura aquellos sabios y científicos varones que se glorían y nos venden por un beneficio digno del mayor aprecio el haber escrito y enseñado (para que se supiese) el método y motivo con que se había de suplicar á cada uno de los dioses, y qué era lo que se les debía pedir, á efecto de que, inconsiderada y neciamente (como suele hacerse por risa y mofa en el teatro) no pidiesen agua á Baco y vino á las Ninfas, aconsejaran á ninguno rogase á los dioses inmortales que cuando hubiese pedido á las Ninfas vino, y le respondiesen: «nosotras solo tenemos agua, eso, pedidlo á Baco», dijese entonces congruamente: «si no teneis vino, á lo menos dadme la vida eterna»? ¿Qué idea puede haber más monstruosa que este disparate? Acaso excitadas á risa (porque suelen ser fáciles en reir, á no ser que afecten engañar, como que son demonios) no responderán al que así les rogare: «hombre de bien, ¿pensáis que

tenemos en nuestra mano la vida, siendo así que habéis oído repetidas veces que carecemos de ella?» Así que es una necedad y desvarío insufrible pedir ó esperar la vida eterna de semejantes dioses, de quienes se dice que cada partecilla de esta trabajosa y breve vida, y si hay alguna que pertenezca á su fomento, incremento y sustento, la tienen debajo de su amparo; pero es con tal restricción, que lo que está bajo la tutela y disposición de uno lo deben pedir á otro, de que resulta se tenga por tan absurda, imposible y temeraria tal potestad, como lo son los donaires y disparates del bobo de la farsa ó del gracioso: lo cual cuando lo ejecutan los representantes ante el público, con razón se ríen de ellos en el teatro, y cuando lo hacen los necios ignorándolo, con más justa causa se burlan y mofan de ellos en el mundo. A qué dios ó que diosa, qué gracias y con qué fin se les había de pedir, por lo respectivo á los dioses que instituyeron las ciudades, los doctos ingeniosamente lo descubrieron, y lo dejaron exagerado en sus escritos: es á saber, qué es lo que se debía pedir á Baco, qué á las Ninfas, qué á Vulcano, y así á los demás; de lo que parte referí en el Libro IV, y parte me pareció conveniente pasarlo en silencio: y si es un error notable pedir vino á Céres, pan á Baco, agua á Vulcano y fuego á las Ninfas, ¿cuánto mayor disparate será pedir á alguno de éstos la vida eterna? Por lo mismo, si cuando preguntábamos acerca del reino de la tierra qué dioses ó diosas debía creerse que le podían dar, habiendo examinado este punto, averiguamos era muy ajeno de la verdad el pensar que los reinos (á lo menos de la tierra) los daba ninguno de los que componen tanta multitud de falsos dioses. Por ventura ¿no será una disparatada impiedad el creer que la vida eterna (que sin duda alguna y sin comparación se debe preferir á todos los reinos de la tierra) la pueda dar á alguno ninguno

de ellos? Porque está fuera de toda controversia que semejantes dioses no podían dar ni aun el reino de la tierra, esto es, por sólo el especioso título de ser ellos dioses grandes y soberanos; y menos las felicidades mundanas, siendo así que éstas son unas cosas despreciables y de tan poco momento, que no se dignarían cuidar de ellas viéndose en tan encumbrada fortuna, á no ser que digamos que por más que uno, con justa razón vilipendie, considerando la fragilidad humana, los caducos títulos del reino de la tierra: estos dioses fueron de tal calidad, que parecieron indignos de que se les confiase la distribución y conservación de ellas, no obstante de ser correspondiente á su alta dignidad encomendárselas y ponerlas bajo su custodia. Y, por consiguiente, si (conforme á lo que manifestamos en los dos libros anteriores) ninguno de los que componen la turba de los dioses, ya sea de los plebeyos ó de los patricios, es idóneo para dar los reinos mortales á los mortales, ¿cuánto menos podrá de mortales hacer inmortales? Y más, que si lo consultamos con los que defienden deben ser adorados los dioses, no por las felicidades de la vida presente, sino por la futura, acaso nos dirán que de ninguna manera se les debe tributar veneración, á lo menos por aquellas cosas que se les atribuyen como repartidas entre ellos y propias de la potestad peculiar de cada uno, porque así lo persuade la luz de la verdad, sino porque así lo introdujo la opinion común, fundada en la vanidad humana y en el fanatismo, como se persuaden los que sostienen que su culto es necesario para sufragar á las necesidades de la vida mortal, contra quienes en los cinco libros precedentes he disputado lo preciso cuanto me ha sido posible; pero siendo, como es, innegable nuestra doctrina; si la edad de los que adoran á la diosa Juventas fuera más feliz y florida, y la de los que la desprecian se acabara en el

verdor de su juventud, ó en ella, como en un cuerpo cargado de años, quedaran yertos y fríos; si la fortuna Barbada con más gracia y donaire vistiera las quijadas de sus devotos, y á los que no lo fuesen los viéramos lampiños y mal barbados, dijéramos muy bien que hasta aquí cada una de estas diosas se podía en alguna manera ceñir dentro de sus peculiares oficios; y, por consiguiente, que no se debía pedir ni á la Juventas la vida eterna, pues no podía dar ni aun la barba, ni de la fortuna Barbada se debía esperar cosa buena después de esta vida, porque durante ella no tenía autoridad alguna para conceder siquiera aquella misma edad en que suele nacer la barba: mas ahora, no siendo necesario su culto ni aún para las cosas que ellos entienden que les están sujetas, mediante á que muchos que fueron devotos de la diosa Juventas no florecieron en aquella edad, y muchos que no lo fueron gozaron del vigor de la juventud: y asimismo algunos que se encomendaron á la fortuna Barbada, ó no tuvieron barbas ó las tuvieron muy escasas; y si hay algunos que por conseguir de ella las barbas la reverencian, los barbados que la desprecian se mofan y burlan de ellos. ¿Es posible que esté tan obcecado el corazón humano que viendo está lleno de embelecocos, y es inútil el culto de los dioses para obtener estos bienes temporales y momentáneos, sobre los que dicen que cada uno preside particularmente á su objeto, crea que sea importante para conseguir vida eterna? Ésta, ni aun aquellos han osado afirmar que la pueden dar; ni aun aquellos, digo, que para que el vulgo necio los adorase (porque pensaban que eran muchos en demasía, y que ninguno debía estar ocioso) les repartieron con tanta prolijidad y menudencia todos estos oficios temporales.

CAPÍTULO II

Qué es lo que se debe creer que sintió Varrón de los dioses de los gentiles, cuyos linajes y sacrificios de que él dió noticia fueron tales, que hubiera usado con ellos de más reverencia si del todo los hubiera pasado en silencio.

¿Quién hizo inquisición de todas estas particularidades con más curiosidad que Marco Varrón? ¿Quién las descubrió más doctamente? ¿Quién las consideró con más atención? ¿Quién las distinguió con más exactitud y más cumplidamente? Este escritor, aunque no es en el estilo y lenguaje muy suave, con todo, inserta tanta doctrina y tan buenas sentencias, que en todo género de erudición y letras que nosotros llamamos humanas y ellos liberales, enseña tanto al estudioso y aficionado á saber cuánto Cicerón deleita al que se complace en la hermosura de la locución. Finalmente, el mismo Tulio habla de éste con tanta aprobación, que dice en los libros académicos que la disputa que allí controvierte la trató con Marco Varrón, sujeto, dice, entre todos sin controversia agudísimo y sin ninguna duda doctísimo; no le llama elocuentísimo ó fecundísimo, porque en realidad de verdad en la retórica y elocuencia con mucho no llega á igualarse con los muy elocuentes y facundos; sino entre todos sin disputa agudísimo. En aquellos libros, digo, en los académicos, donde pretende probar que todas las cosas son dudosas, le distinguió con el apreciable título de doctísimo. Verdaderamente que de esta prenda estaba tan cierto que quitó la duda que suele poner en todo, como si habiendo de tratar de este célebre escritor, conforme á la costumbre que tienen los académicos de dudar de todo, se hubiera olvidado de que era académico. Y en el libro I, celebrando las obras

que escribió el mismo Varrón: «Andando, dice, nosotros peregrinando y errantes por nuestra ciudad como si fuéramos forasteros, tus libros puedo asegurar nos encaminaron y tornaron á casa, para que al fin pudiéramos advertir quiénes éramos y adónde estábamos; tú nos declaraste la edad de nuestra patria, tú las descripciones de los tiempos, tú la razón de la religión, tú el oficio de los sacerdotes, tú la disciplina doméstica, tú la pública, tú de los sitios, regiones, pueblos y de todas las cosas divinas y humanas nos declaraste los nombres, géneros, oficios y causas.» Este Varrón, pues, es de tan excelente é insigne doctrina, que brevemente recopila su elogio Terenciano en este elegante y conciso verso: «Varrón por todas partes doctísimo:» quien leyó tanto que causa admiración tuviese tiempo para escribir sobre ninguna materia; y, sin embargo, escribió tantos volúmenes cuantos apenas es fácil persuadirse que ninguno pudo jamás leer. Este Varrón, digo, tan perspicaz é instruído, si escribiera contra las cosas divinas, de que escribió también y dijera que no eran cosas religiosas, sino supersticiosas, no sé si escribiera en ellas cosas tan dignas de risa, tan impertinentes y tan abominables: con todo, adoró á estos mismos dioses y fué de dictamen que se debían reverenciar, tanto, que en los mismos libros dice teme no se pierdan, no por violencia causada por los enemigos, sino por negligencia de los ciudadanos: de esta inminente ruina dice que los libra depositándolos y guardándolos en la memoria de los buenos, por medio de aquellos sus libros, con una diligencia harto más exacta que la que es fama usó Metelo cuando libró el simulacro de Vesta y Eneas, sus penates del voraz incendio de Troya. Y, con todo, escribe allí expresiones dignas de que los sabios y los ignorantes las desechen, y algunas sumamente contrarias á las verdades de la religión: en virtud de este proceder,

¿qué debemos pensar sino que este hombre, siendo muy ingenioso y docto, aunque no libre por la gracia del Espíritu Santo, se halló oprimido de la detestable costumbre y leyes de su patria, y, con todo, no quiso pasar en silencio las causas que le movían, so color de encomendar la religión?

CAPÍTULO III

La división que hace Varrón de los libros que compuso de las antigüedades de las cosas humanas y divinas.

Habiendo escrito cuarenta y uno libros sobre las antigüedades, los dividió en cosas divinas y humanas: en éstas consume veinticinco, en las divinas diez y seis, siguiendo en la división de materias esta distribución; de forma que reparte en cuatro partes veinticuatro libros concernientes á las cosas humanas, designando seis á cada parte; porque trata latamente quiénes son los que hacen, á dónde hacen, cuánto hacen y qué hacen: así, que en los seis primeros habla de los hombres, en los seis segundos de los lugares, en los seis terceros de los tiempos, en los seis últimos de las cosas; y así cuatro veces seis hacen veinticuatro, que es la cuenta cabal; pero, además, colocó uno por sí sólo al principio, que en común habla de todos los asuntos propuestos. El que trata asimismo de las cosas divinas guardó el mismo método en la división, por lo respectivo á los ritos y víctimas que se deben ofrecer á los dioses; por cuanto los hombres, en determinados lugares y tiempos, les ofrecen el culto divino: las cuatro materias que he dicho, las comprendió en cada tres libros: en los tres primeros trata de los hombres, en los tres siguientes de

los lugares, en el tercer ternario de los tiempos, en los tres últimos del culto divino, designando en este lugar por medio de una sencilla distinción quiénes son los que ofrecen, á dónde ofrecen, cuándo ofrecen y qué ofrecen: mas porque convenía decir (que era lo que principalmente se esperaba de él) quiénes eran aquellos á quienes se ofrece, trató también de los mismos dioses en los tres postreros, para que cinco veces tres fuesen quince, y son entre todos, como he dicho, diez y seis; porque al principio puso uno de por sí, que primero habla en común de todos; y acabado éste, luego, conforme á la partición hecha de las cinco partes, los tres primeros que pertenecen á los hombres los reparte de este modo: en el primero trata de los pontífices, en el segundo de los augures ó adivinos, en el tercero de los quince varones que atendían á las funciones sagradas: los tres segundos, que miran á los lugares, de esta manera: en el primero trata de los oratorios; en el segundo de los templos sagrados; en el tercero de los lugares religiosos, y los tres que siguen luego, que conciernen á los tiempos, esto es, á los días festivos, que en el primero habla de las ferias, en el segundo de los juegos circenses, en el tercero de los escénicos: los del cuarto ternario, que pertenecen al culto divino ó á las cosas sagradas, los divide así: en el primero diserta sobre las consagraciones; en el segundo de la reverencia y culto particular, y en el tercero del público. A éste, como preliminar ó aparato de los asuntos que ha de exponer en los tres que restan, siguen en último lugar los mismos dioses, á quienes se ha dedicado y en cuyo honor ha empleado todas sus tareas literarias, por este orden: en el primero trata de los dioses ciertos; en el segundo de los inciertos; en el tercero y último de todos, esto es, de los dioses principales y escogidos. De lo que hemos ya insinuado y diremos adelante puede

fácilmente advertir el que obstinadamente no fuere enemigo de sí propio, que en toda esta traza, en esta hermosa y sutil distribución y distinción, en vano se busca y espera la vida eterna, que imprudentemente la quieren ó desean; porque toda esta doctrina, ó es invención de los hombres ó de los demonios, y no de los demonios (que ellos llaman buenos), sino, por hablar más claro, de los espíritus inmundos ó más ciertamente malignos, los cuales con admirable odio y envidia ocultamente plantan en los juicios de los impíos unas opiniones erróneas y perniciosas con que el alma más y más se vaya desvaneciendo, y no pueda acomodarse ni adaptarse con la inmutable y eterna verdad; y en ocasiones evidentemente las infunden en los sentidos, y las confirman con los embelecocos y engaños que les es posible imaginar. Este mismo Varrón confiesa que por eso no escribió en primer lugar de las cosas humanas y después de las divinas, porque antes hubo ciudades, y después éstas ordenaron é instituyeron las ceremonias de la religión; pero al mismo tiempo es indudable que á la verdadera religión no la fundó ninguna ciudad de la tierra, antes sí, ella es la que establece una ciudad verdaderamente celestial, y ésta nos la inspira y enseña el verdadero Dios, que da la vida eterna á los que de corazón le sirven.

CAPITULO IV

Que conforme á la disputa de Varrón, entre los que adoran á los dioses las cosas humanas son más antiguas que las divinas.

La razón potísima en que se funda Varrón cuando confiesa que por eso escribió primeramente de las cosas humanas y después de las divinas, porque éstas fueron

instituidas y ordenadas por los hombres, es esta: «Así como es primero el pintor que la tabla pintada, primero el arquitecto que el edificio, así son primero las ciudades que los establecimientos que instituyeron estas mismas»: aunque dice que escribiera antes de los dioses y después de los hombres si escribiera sobre toda la naturaleza de los dioses, como si escribiera aquí de alguna y no de toda, ó como si alguna naturaleza de los dioses, aunque no sea toda, no deba ser primero que la de los hombres. Cuanto más que en los tres últimos libros, tratando cuidadosamente de los dioses ciertos, de los inciertos y de los escogidos, parece que no omite ninguna naturaleza de los dioses. ¿Qué significa, pues, lo que dice? «Si escribiéramos de toda la naturaleza de los dioses y de los hombres, primero concluyéramos con la divina que tocáramos á la humana»; porque, ó escribe de toda la naturaleza de los dioses, ó de alguna ó de ninguna: si de toda, debe ser preferida sin duda á las cosas humanas; si de alguna, ¿por qué también ésta no ha de preceder á las cosas humanas? ¿Acaso no merece alguna parte de los dioses ser antepuesta aun á toda la naturaleza de los hombres? Y si es demasiado que alguna parte divina logre preferencia generalmente sobre todas las cosas humanas, por lo menos será razón que se anteponga siquiera á las romanas, mediante que escribió los libros relativos á las cosas humanas, no precisamente por lo que respectan á todo el orbe de la tierra, sino en cuanto conciernen á sola Roma: á los cuales, sin embargo, en los libros de las cosas divinas dijo que, según el orden analítico que había observado en escribir, con razón los había antepuesto, así como debe ser preferido el pintor á la tabla pintada, el arquitecto al edificio, confesando con toda claridad que estas cosas divinas, igualmente que la pintura y el edificio, son establecimientos que deben su erección é institución á los

hombres. Resta, por último, sepamos que no escribió sobre naturaleza alguna de los dioses, lo cual no lo quiso hacer claramente y al descubierto; antes, sí, lo dejó á la consideración de los que lo entienden: pues, cuando se dice no toda, comúnmente se entiende alguna; pero puede entenderse asimismo ninguna, porque la que es ninguna, ni es toda ni es alguna: en atención á que, como él dice: «Si escribiera de toda la naturaleza de los dioses, en el orden de la escritura debiera preferirla á las cosas humanas»; y conforme dice á voces tales absurdos, la verdad pura y sencilla, aunque él la oculta, debiera anteponerla por lo menos á las glorias romanas, cuando no fuera toda, á lo menos alguna: es así que con razón se pospone, luego es ninguna: de que se infiere que no quiso preferir las cosas humanas á las divinas, antes por el contrario, á las verdaderas no quiso anteponer las falsas; pues en cuanto escribió acerca de las cosas humanas siguió la historia según el orden de los sucesos y acaecimientos; mas en lo que llama cosas divinas, ¿qué autoridad siguió sino opiniones mal digeridas, sueños fantásticos y preocupaciones? Esto es, en efecto lo que quiso con tanta sutileza dar á entender, no sólo escribiendo últimamente de éstas y no de aquéllas, sino también dando la razón por qué lo hizo así; la cual si omitiera, acaso esto mismo que hizo lo defendieran otros de diversa manera; pero en la misma causal que dió no dejó lugar á los otros para sospechar lo que quisiesen á su albedrío. Con pruebas bien concluyentes y con razones harto claras dió á entender que prefirió á los hombres á los institutos humanos, y no la naturaleza humana á la naturaleza de los dioses: y por eso confieso ingenuamente que Varrón escribió los libros pertenecientes á las cosas divinas, no según el idioma de la verdad que concierne á la naturaleza, sino según la falsedad que toca al error: lo cual repro-

dujo más extensamente en otro lugar, como lo insinué en el libro IV, diciendo que en el orden de sus escritos siguiera gustosamente el estilo, traza é idea de la naturaleza, si él fundara una nueva ciudad; pero como había hallado una ya fundada, no pudo sino acomodarse y seguir las prácticas de ella.

CAPÍTULO V

De tres géneros de teología, según Varrón fabulosa, natural y civil.

¿Y de qué aprecio es la proposición por la que sostiene que hay tres géneros de Teología, esto es, ciencia de los dioses, de los cuales el uno se llama mítico, el otro físico y el tercero civil? Si el uso ó idioma latino admitiera al primer género que puso, le denomináramos con propiedad fabular; pero llamémosle fabuloso, porque de fábula se derivó la voz mítico, pues *mithos* en griego quiere decir fábula: que al segundo llamemos natural, ya la costumbre de hablar así lo exige: al tercero, que se llama civil, él mismo le nombró en lengua latina. Después dice llaman mítico aquel del que usan los poetas, físico del que los filósofos, civil del que usa el pueblo: en el primero, dice, se hallan infinitas ficciones indecorosas á la dignidad y naturaleza de los inmortales, por cuanto en él se advierte cómo un dios nació de la cabeza, otro procedió de un muslo, otro de unas gotas de sangre: en él se lee cómo los dioses fueron ladrones, adúlteros, y como mercenarios sirvieron á los hombres: finalmente, en él atribuyen á los dioses todas las criminalidades que no sólo puede cometer un hombre, sino también aquellas que apenas se pueden acumular

al más vil, detestable y obsceno: aquí, á lo menos, donde pudo, donde se atrevió y donde le pareció que pudo hacerlo sin costarle molestia alguna, declaró con razones patéticas y demostrativas, y sin obscuridad ó ambigüedad, cuán grande agravio é injuria se hacía á la naturaleza de los dioses fingiendo de ellos mentirosas fábulas; explicóse en términos tan insinuantes y propios, porque hablaba, no de la teología natural, no de la civil, sino de la fabulosa, á la cual le pareció debía culpar y reprender libremente. Veamos lo que dice de la otra: el segundo género es, dice, el que he enseñado, del cual nos dejaron escritos los filósofos muchos libros, donde se expone qué sean los dioses, de qué género y calidad, desde qué tiempo proceden, si son *ab eterno*, si constan de fuego como creyó Heráclito, si de números como Pitágoras, si de átomos como Epicuro, y otros desvaríos semejantes, más acomodados para oídos entre paredes en los gimnasios, que afuera en el trato humano y conversación social. No culpó ó reprendió proposición alguna relativa al género que llama físico y pertenece á los filósofos: sólo refirió las controversias que se versan entre ellos, de las que han nacido tanta multitud de sectas como se advierte, todas tan discordantes entre sí. Con todo, separó este género, sacándole del trato común, esto es, de las investigaciones del vulgo y encerrándole dentro de las escuelas y sus paredes: mas al otro, esto es, al primero mentiroso y obsceno, no le apartó ni exterminó de las ciudades, y menos de las verdaderamente pías y religiosas orejas del vulgo, y principalmente de las romanas. Lo que los filósofos disputan acerca de los dioses inmortales no lo pueden oír con sufrimiento, y lo que cantan los poetas y representan los farsantes, porque todo es supuesto y repugnante á la dignidad y naturaleza de los inmortales; y porque son crímenes que pueden recaer, no sólo en cual-

quier hombre, sino en el más bajo, humilde y despreciable, no sólo los oyen placenteros, sino que también los admiten sobre sí de buena gana; y no se contentan precisamente en consumir infinitas páginas en describir sus impurezas y delitos, sino que resuelven autorizadamente que esto es lo que agrada á los mismos dioses, y que por medio de semejantes representaciones teatrales debe aplacarse su ira. Dirá alguno: estos dos géneros, mítico y físico, esto es, el fabuloso y el natural, debemos distinguirlos del civil de que ahora tratamos, así como él los distinguió, y veamos ya cómo declara el civil. Bien considero las razones que militan para que se deba distinguir del fabuloso, supuesto que es falso, torpe é indigno; más el querer distinguir el natural del civil, ¿qué otra cosa es sino confesar que el mismo civil es asimismo mentiroso? Porque si aquél es natural, ¿qué tiene de reprehensible para que se deba excluir? Y si éste que se llama civil no es natural, ¿qué mérito tiene para que se deba admitir? Esta es, en efecto, la causa por que primero escribió de las cosas humanas y últimamente de las divinas; pues en éstas no siguió la naturaleza de los dioses, sino los institutos de los hombres. Examinemos, pues, al mismo tiempo la teología civil: el tercer género es, dice, el que en las ciudades los ciudadanos (con especialidad los sacerdotes) deben saber y administrar: en el cual se incluye que dioses deben adorarse y reverenciar públicamente, qué ritos y sacrificios es razón que cada uno les ofrezca. Veamos ahora también lo que se sigue: la primera teología, dice, principalmente es acomodada para el teatro; la segunda para el mundo; la tercera para la ciudad. ¿Quién no echa de ver quien dió la primera? Sin duda que á la segunda, de la que dijo arriba como era peculiar á los filósofos, porque ésta, añade, que pertenece al mundo, es la que éstos reputan por la más exce-

lente de todas; pero las otras dos teologías, la primera y la tercera, es á saber, la del teatro y la de la ciudad, las distinguió y separó: por cuanto advertimos que no porque una cosa sea propia de la ciudad puede consiguientemente pertenecer al mundo, aunque vemos que las ciudades están en el mundo; pues es posible acontezca que la ciudad instruída y fundada en opiniones falsas, adore y crea tales cosas cuya naturaleza no se halla en parte alguna del mundo ó fuera de su ámbito. Y el teatro, ¿dónde está sino en la ciudad? ¿Y quién instituyó el teatro sino la ciudad? ¿Y por qué le instituyó sino por afición á los juegos escénicos? ¿Y dónde se hallan colocados los juegos escénicos sino entre las cosas divinas, de las cuales se escriben estos libros con tanto ingenio y agudeza?

CAPÍTULO VI

De la teología mística, esto es, fabulosa, y de la civil, contra Varrón.

¡Oh, Marco Varrón! eres ciertamente el más ingenioso entre todos los hombres, y sin duda el más sabio; pero hombre en fin, y no Dios: y, por lo mismo, aunque no has sido elevado á la cumbre de la verdad y de la libertad por el espíritu de Dios para ver y publicar las maravillas divinas, bien echas de ver cuánta diferencia se debe hacer entre las cosas divinas y entre las fruslerías y mentiras humanas; pero temes ofender las erróneas opiniones y las pervertidas costumbres del pueblo, que las ha recibido entre las supersticiones públicas: asimismo notas que estas ficciones repugnan á la naturaleza de los dioses, aun de aquellos que la flaque-

za del espíritu humano imagina destruídos en los elementos de este mundo; tú lo echas de ver cuando por todas partes las consideras, y todo cuanto tenéis escrito en vuestros libros dice á voces: ¿qué hace aquí esta fastidiosa y molesta relación, aunque sea excelentísimo el humano ingenio? ¿De que te sirve en tal conflicto la sabiduría humana, aunque tan vasta y tan inmensa? ¿Deseas adorar los dioses naturales y eres forzado á venerar los civiles? Hallaste que los unos eran fabulosos, contra quienes pudiste libremente decir tu sentir, y, sin embargo, aun contra tu misma voluntad viniste á salpicar en los civiles. ¿Por qué confiesas que los fabulosos son acomodados para el teatro, los naturales para el mundo, los civiles para la ciudad, siendo, como es, el mundo obra de todo un Dios, y las ciudades y los teatros invenciones humanas, y no siendo los dioses, de quienes se burlan y ríen en los teatros, otros que los que se adoran en los templos, y no dedicando los juegos á otros que á los que ofrecéis las víctimas y sacrificios? ¿Con cuánta más libertad y con cuánta más sutileza hicieras esta división, diciendo que unos eran dioses naturales y otros instituídos por los hombres? Pero que de los establecidos por los hombres, una cosa enseña la doctrina de los poetas, otra la de los sacerdotes, aunque una y otra profesan entre sí una amistad mutua, por lo que ambas tienen de falsas; y de una y otra gustan los demonios, á quienes ofende la doctrina de la verdad. Dejando á un lado por un breve rato la teología que llaman natural, de la cual hablaremos después, ¿os parece acaso que debemos perder ó esperar la vida eterna de los dioses poéticos, teátricos, juglares y escénicos? Ni por pensamiento; antes nos libre Dios de cometer tan execrable y sacrílego desatino. ¿Acaso interpondremos nuestros ruegos para suplicar nos concedan la vida eterna unos dioses que gustan oír

unos desvaríos, y se aplacan cuando se refieren y frecuentan en semejantes lugares sus culpas? Ninguno á lo que pienso, por frenético que haya estado, ha llegado á prestar asenso á tales dislates, ni á incidir en el fanatismo de esperar fundadamente tal gracia. De que se infiere que nadie alcanza la vida eterna con la teología fabulosa, ni con la civil; porque una va sembrando doctrinas detestables, fingiendo de los dioses acciones torpes, y la otra, con el aplauso que las presta, las va segando y cogiendo: la una esparce mentiras, la otra las coge; la una acrimina á las deidades con supuestas culpas, la otra recibe y abraza entre las cosas divinas los juegos donde se celebran tales crímenes; la una, adornada con la poesía humana, pregona abominables ficciones de los dioses, la otra consagra esta misma poesía á las solemnidades de los mismos dioses; la una canta las impurezas y bellaquerías de los dioses, la otra las estima sobremanera; la una las publica y finge, y la otra, ó las confirma por verdaderas, ó se deleita aun con las falsas; ambas son seguramente torpes, y ambas odiables; pero la una (que es la teátrica) profesa públicamente la torpeza, y la otra (que es la civil) se adorna con la obscenidad de aquélla. ¿Es posible que hemos de esperar alcanzar la vida eterna con lo que esta breve, caduca y temporal se macula y se profana? Y si adultera la vida el comercio y trato con los hombres facinerosos, cuando se entremeten en hacer consentir nuestros afectos y voluntades en sus maldades, ¿cómo no ha de profanarla y pervertir la sociedad con los demonios, que se adoran y veneran con sus culpas? Si éstas son verdaderas, ¿cuán malos son los que se adoran? si falsas, ¿cuán mal se adoran? Cuando nos explicamos así, quizá parecerá al que fuere demasiado ignorante en esta materia, que sólo las impurezas que se celebran de semejantes dioses son indignas de la Majestad Divina;

ridículas y abominables las que cantan los poetas y se representan en los juegos escénicos; pero los sacramentos que celebran, no los histriones, sino los sacerdotes, son limpios, puros y ajenos de toda esta impiedad é indecencia. Si esto fuese así, jamás nadie fuera de parecer que se celebrasen en honra y reverencia de los dioses las torpezas que pasan en el teatro, nunca ordenarían los mismos dioses que públicamente se representaran; mas no se ruborizan de hacer semejantes abominaciones en obsequio de los dioses, en los teatros, porque lo mismo se practica en los templos: finalmente, el mismo autor referido, procurando distinguir la teología civil de la fabulosa, y formar una tercera teología en su género, más quiso que la entendiésemos compuesta de la una y de la otra, que distinta y separada de ambas. Y así dice «que lo que escriben los poetas es menos de lo que debe seguir el pueblo, y lo que los filósofos es más de lo que conviene escudriñar al vulgo, asegurando asimismo que, no obstante de estar tan encontradas entre sí una y otra doctrina, sin embargo, están recibidas no pocas opiniones de tantos géneros en el gobierno civil; con lo cual lo que fuere común con los poetas lo escribiremos juntamente con lo civil, aunque entre éstos debemos más arrimarnos y comunicar con los filósofos que con los poetas». Luego no del todo habla con los poetas, aunque en otro lugar dice que, por lo respectivo á las generaciones de los dioses, el pueblo se inclinó más á la autoridad de los poetas que á la de los físicos: por cuanto aquí designa lo que se debía hacer, y allí lo que se hacía: los físicos, añade, escribieron para la utilidad común, y los poetas para deleitar. Y así, según este sentir, lo que han escrito estos poetas y lo que no debe seguir el pueblo, son las culpas de los dioses, los cuales con todo deleitan, igualmente así al pueblo como á los dioses: porque á fin de deleitar, es-

criben (como dicen) los poetas, y no para aprovechar: y con todo, escriben lo que los dioses pueden apeteecer y el pueblo se lo pueda representar.

CAPÍTULO VII

De la semejanza y conveniencia que hay entre la Teología civil y fabulosa.

Así que á la teología civil se reduce la teología fabulosa, teátrica ó escénica llena de preceptos indignos y torpes, y toda esta que justamente parece se debe reprehender ó condenar es parte de la otra, que, según su dictamen, se debe reverenciar y adorar, y sin duda parte no incongrua (como lo piense demostrar); la cual no sólo no es distinta ni ajena en todas sus partes de todo lo que es cuerpo- y como tal se han adjudicado y arruinado fuera de propósito, sino que del todo es muy conforme con ella, y convenientemente como miembro de un mismo cuerpo se la han acomodado y juntado con ella. Y si no, digan, ¿qué cosa nos manifiestan aquellos simulacros, las formas, las edades, los sexos y hábitos de los dioses? ¿Por ventura tienen los poetas á Júpiter barbado y á Mercurio desbarbado, y no lo tienen los pontífices? Pregunto: ¿fueron los mimos solos los que atribuyeron enormes crímenes á Priapo, y no los sacerdotes? ¿Ó le presentan en los lugares sagrados á la pública adoración bajo otro aspecto, ó con distintos adornos cuando lesacan para que se rían de él en los teatros? ¿Acaso los comediantes representan á Saturno viejo y á Apolo barbiponiente, ó de una manera diferente como están sus estatuas en los templos? ¿Por qué, pregunto, Forculo, que preside á las puertas, y Lementino al um-

bral, son dioses varones, y entre ellos Cardea, que custodia los juicios, es hembra? ¿Acaso no se hallan estas simplezas en los libros relativos á las cosas divinas, las cuales, poetas graves las tuvieron por indignas de incluir las en sus obras? ¿Por qué causa Diana, la del teatro, trae armas, y la de la ciudad no es más que una simple virgen ó doncella? ¿Por qué motivo Apolo, el de la escena, es citarista, y el de Delfos no ejercita tal arte? Pero todos estos despropósitos son tolerables respecto de otros más torpes. ¿Qué sintieron del mismo Júpiter los que colocaron á la ama que le crió en el Capitolio? ¿Por ventura por este hecho no confirmaron la opinión de Evemero, quien, no con fabulosa locuacidad, sino con exactitud histórica, escribió que todos estos dioses fueron hombres inmortales? Igualmente los que pusieron á los Epúlones por dioses parásitos, convidados á la mesa de Júpiter, ¿qué otra cosa quisieron que fuesen sino unos sacramentos de farsa? Porque si en el teatro dijera el bobo ó el gracioso que en el convite de Júpiter hubo también sus parásitos y truhanes, sin duda que parecería que había intentado con este donaire hacer reir á la gente; pero lo dijo Varrón, y no en ocasión que escarnecía de los dioses, sino cuando los recomendaba y celebraba. Testigos fidedignos de que lo escribió así son los libros, no los pertenecientes á las cosas humanas, sino los que tratan de las divinas, y no en parte donde explicaba los juegos escénicos, sino donde enseñaba al mundo los sacramentos del Capitolio; finalmente, de estas ficciones se deja vilmente vencer, confesando que así como supieron de los dioses que tuvieron forma humana, así también creyeron que gustaban de los humanos deleites, y no faltaron tampoco, mediante su concurrencia, los espíritus malignos para ratificar con su autoridad estas perniciosas opiniones, trastornando con embelecocos los juicios humanos; de

donde tuvo origen asimismo la otra ficción, por la cual se supone que estando ocioso sin tener en qué entender el sacristán de Hércules, jugó á solas consigo á los dados con una y otra mano alternativamente, poniendo en la una á Hércules y en la otra á sí propio, con condición que si él ganaba, del dinero perteneciente al tesoro del templo había de aparejar la cena y traer una afecta suya con quien dormir; pero si ganaba Hércules, esto mismo de su dinero lo proveería por complacer y divertir á Hércules; mas habiendo ganado el sacristán, como si Hércules fuera el victorioso, le dió la cena que había dispuesto y una hermosísima cortesana llamada Laurentina, quien, durmiendo en el templo, vió en sueños cómo Hércules se acostó con ella y la dijo que cuando se ausentase de allí hallaría en poder del primer mancebo que encontrase la recompensa de su trabajo, y que creyese asimismo que ésta se la hacía Hércules; despedida en esta conformidad, el primero que encontró fué á Tarucio, joven poderoso, el cual, enamorado de su beldad, la tuvo mucho tiempo en su poder, y habiendo muerto la nombró por su heredera; habiendo adquirido con este título Laurentina una suma crecida de dinero, por no parecer desagradecida al beneficio divino, y pareciéndola que un donativo era lo más acepto á los dioses, declaró también por su heredero al pueblo romano; mas no pareciendo después, y hallándose su testamento, por este suceso raro, dicen, mereció la colocasen entre los dioses. Si semejante patraña la fingieran los poetas; si la preguntaran los mimos, sin duda dijeran pertenecía á la teología fabulosa, y que era razón distinguirla y diferenciarla de la dignidad y decoro de la civil; pero si estas ignominias, no de los poetas, sino del pueblo; no de los mimos, sino de los sacerdotes; no de los teatros, sino de los templos; quiero decir, no de la teología fabulosa, sino de la civil, las re-

fiere un autor tan recomendable, no en vano los farsantes en sus representaciones y juegos fingen la deshonestidad de los dioses, que es tan singular, y, por consiguiente, los sacerdotes en valde procuran fingir con sus ritos, como sagrados, la honestidad de los dioses, que es ninguna. Hay fiestas consagradas á Juno, y éstas se celebran en aquella su querida isla de Samo, donde se casó con Júpiter. Hay fiestas dedicadas á Cérés, donde se queja Proserpina que la robó Plutón. Hay fiestas consagradas á Venus, donde llora á su querido Adonis, mancebo hermosísimo, muerto por un jabalí. Hay fiestas dedicadas á la madre de los dioses, donde Atis, joven bello, á quien quiso en extremo, y por celos mujeriles le castró, le llora también la miserable turba de los hombres castrados que llaman gallos; todo lo cual aun es más torpe é ignominioso que cualquiera torpeza y obscenidad representada en el teatro. ¿Con qué objeto procuran en cierto modo distinguir y diferenciar las fabulosas funciones que compusieron los poetas, de los dioses que pertenecían al teatro? ¿Para qué intentan, digo, distinguir las de la teología civil (la cual quieren pertenezca á la ciudad) como indignas y torpes de las honestas y dignas? Por eso hay unas fundadas razones para elogiar á los histriones, porque tuvieron respeto á los escándalos que podrian seguirse, no queriendo descubrir en los espectáculos todo lo que se encubre dentro de los muros de los sagrados templos. ¿Y qué se puede presumir tienen de bueno unos sacramentos que encubren bajo densas nieblas, siendo tan abominables los que sacan á luz? Y aunque saben lo que hacen (por ministerio de hombres castrados y afeminados) allá en lo secreto y oculto; con todo, no han podido encubrir á estos mismos hombres miserables y torpemente afeminados y corruptos. Persuádan á quien pudieren que practican alguna obra santa por medio de

semejantes hombres, que no pueden negarnos los tienen entre sus cosas sagradas, y aunque no sabemos lo que hacen, sin embargo, nos consta por qué ministros lo hacen. Bien sabemos lo que se hace en la escena, lo cual jamás se practicara ni en un burdel de rameras donde no entró ningún castrado ni afeminado, y con todo, lo hacen también personas torpes é infames, porque no era razón lo hicieran personas honestas. ¿Qué sacramentos son, pues, estos para cuyo ministerio y servicio escogió la santidad personas á quienes no admite entre sí ni aun la obscenidad y torpeza del teatro?

CAPÍTULO VIII

De las interpretaciones de las razones naturales que procuran indicar los doctores paganos en favor de sus dioses.

Sin embargo, dicen que todo esto tiene ciertas interpretaciones fisiológicas, esto es, razones naturales, como si nosotros en la presente controversia buscásemos á la fisiología y no á la teología; es decir, no la razón de la naturaleza, sino la de Dios, porque aunque el verdadero Dios es Dios, no por opinión, sino por naturaleza, con todo, no toda naturaleza es Dios, pues, en efecto, la del hombre, la de la bestia, la del árbol, la de la piedra, es naturaleza, y nada de esto es Dios; y si cuando tratamos de los sacramentos de la madre de los dioses, lo principal de esta interpretación consiste en que la madre de los dioses es la tierra, ¿para que pasamos adelante en la imaginación? ¿Para qué escudriñamos lo demás? ¿Qué argumento hay que concluya con más evidencia en favor de los que sostienen que todos estos dioses fueron hombres? Y en esta conformidad son te-

rrígenas é hijos de la tierra, así como la tierra es su madre; pero en la verdadera teología, la tierra es obra de Dios y no madre; con todo, como quiera que interpreten sus sacramentos y los refieran á la naturaleza de las cosas, el padecer los hombres accidentes peculiares á las mujeres no es según el orden de lo naural, sino contra todas sus comunes operaciones. Esta dolencia, este crimen, esta ignominia es la que se practica entre aquellos sacramentos, lo que en las corruptas costumbres de los hombres apenas se confiesa en los tormentos; y si estos sacramentos, que, según se demuestra, son más abominables que las torpezas escénicas, se excusan y purgan porque tienen sus interpretaciones, con las que se manifiesta que significan la naturaleza de las cosas, ¿por qué no se excusarán y purificarán asimismo los poéticos? Mediante á que ellos han interpretado muchas cosas de la misma manera, y esto de forma que lo más horrible y abominable que cuentan como de que Saturno se comió á sus hijos, lo exponen algunos; así que todo cuanto el dilatado transcurso del tiempo, significado por el nombre de Saturno, engendra, él mismo lo consume. Ó como piensa el mismo Varrón, porque Saturno pertenece á las semillas, las cuales vuelven á caer en la misma tierra de donde derivan su origen, y otros de otra manera, y así lo demás concerniente al asunto; y con todo ello, se llama teología fabulosa, á la cual con todas éstas sus interpretaciones reprenden, desechan y condenan; y por que ha fingido acciones impropias del carácter de los dioses, no sólo con razón la diferencia de la natural, que es propia de filósofos, sino también de la civil, de que tratamos, de la que dicen que pertenece á las ciudades y al pueblo: lo cual ha sido con esta disposición y fin; porque como los hombres ingeniosos y doctos que escriben de estas materias observaron que ambas teologías eran dignas

de condenación, así la fabulosa como la civil, y como se atrevieron á condenar aquélla y no ésta, propusieron aquélla para condenarla, y á ésta, que era su semejante, la pusieron en público para compararla, no para que la escogiesen para guardarla antes que la otra, sino para que se entendiese que era digna de desechar juntamente con la otra; y de esta manera, sin riesgo alguno de los que temían reprender la teología civil, dando de mano á la una y á la otra que llaman natural, hállase lugar en los corazones de los que mejor sienten, porque la civil y la fabulosa, ambas son fabulosas y ambas civiles; ambas las hallará fabulosas el que prudentemente considerare las vanidades y las torpezas de ambas, y ambas civiles el que advirtiere incluídos los juegos escénicos, que pertenecen á la fabulosa, entre las fiestas de los dioses civiles y entre las cosas divinas de las ciudades; esto supuesto, ¿cómo se puede atribuir la potestad de dar la vida eterna á ninguno de estos dioses, á quienes sus propios simulacros, sus ritos y religión convencen que son semejables con los dioses fabulosos que claramente reprueban, y muy parecidos á ellos en las formas, edades, sexo, hábito, matrimonios, generaciones, ritos? En todo lo cual se conoce que, ó fueron hombres, y que conforme á la vida y muerte de cada uno les ordenaron sus peculiares ritos y solemnidades, insinuándoles y confirmándoles este error y ceguera los demonios, ó que realmente fueron unos espíritus inmundos que se entrometieron de su voluntad, favorecidos de cualquiera ocasión ventajosa para engañar y trastornar los juicios humanos.

CAPÍTULO IX

De los oficios que cada uno de los dioses tiene.

¿Y qué diremos de los oficios peculiares de los dioses repartidos tan vilmente y tan por menudo, por los cuales, dicen, es menester suplicarles conforme al destino y oficio que cada uno tiene? Sobre cuyo punto hemos ya dicho lo bastante, aunque no todo lo que había que decir: ¿por ventura no se conforma más esta doctrina con los chistes y donaires de la farsa, que con la autoridad y dignidad de los dioses? Si proveyese uno de dos amas á un hijo suyo para que la una no le diese más que la comida y la otra la bebida, así como los romanos designaron para este encargo dos diosas, Educa y Potina, sin duda parecería que perdía el juicio, y que hacía en su casa una acción semejante á las que practica el gracioso en el teatro con una disolución extraordinaria. El mismo Varrón confiesa que semejantes obscuridades era imposible las hiciesen aquellas mujeres ministras de Baco, sino enagenadas de juicio, aunque después estas abominables fiestas llegaron á ofender tanto los ojos del Senado, más cuerdo y modesto, que las extinguió y abolió por un solemne decreto: y á lo menos, al fin, quizás echaron de ver lo que influyen los espíritus inmundos sobre los corazones humanos cuando los tienen por dioses: estas impurezas, á buen seguro que no se ejecutaran en los teatros, porque allí se burlan, juegan y no andan furiosos; no obstante, el adorar dioses que gusten también de semejantes fiestas, es una especie de furor. ¿Y de qué valor es aquella proposición, donde haciendo distinción del religioso y supersticioso, dice que el supersticioso teme á los dioses,

y que el religioso sólo los respeta como á padres, y no los teme como á enemigos: añadiendo que todos son tan buenos, que les es más fácil el perdonar á los culpados que el ofender al inocente? Con todo, refiere que á la mujer parida, despues del parto la ponen tres dioses de centinuela, para que de noche no entre el dios Silvano y la cause alguna molestia; que para significar estos guardas, tres hombres por la noche visitan y rondan los umbrales de la casa, y que primeramente hieren el umbral con una hacha, después le golpean con mazo ó mano de mortero, y, por último, le barren con unas escobas, á efecto de que con estos símbolos de la labranza y cultivo se prohíba la entrada al dios Silvano, mediante á que no se cortan ni se podan los árboles sin hierro, ni el farro se hace sin el mazo con que le deshacen, ni el grano de las mieses se junta sin las escobas, y que de estas tres cosas tomaron sus nombres tres dioses: Intercidona, de la intercepción ó del partir de la hacha, Pylumno, del Pilon ó mazo; Deverra, de las escobas, para que con el amparo de estos dioses la parida estuviese segura é indemne contra las furiosas invasiones del dios Silvano; y así contra la fuerza y rigor de un dios injurioso y malo, no aprovechara la guarda de los buenos, si no fueran muchos contra uno, y contrastaran al áspero, horrendo, inculto y en realidad silvestre, como con sus contrarios, con los símbolos de la labranza y cultivo. ¿Es esta, pregunto, la inocencia de los dioses, esta la concordia? ¿Son estos los dioses saludables de las ciudades, más dignos ciertamente de befa y risa que los escarnios de los poetas y teatros? Cuando se une en matrimonio el hombre y la mujer, llaman en su favor al dios Yugatino; pase esta necesidad en hora buena; cuando conducen á su casa á la desposada, llaman al dios Domiduco, y para que persevere en ella, llaman al dios Domicio; para que se quede con su marido, aña-

den, la diosa Maturna; ¿y para qué buscan más? Tengan respeto al empacho humano, y dejen que cumpla el ministerio la concupiscencia de la carne y la sangre, retirada en el oculto retrete del pudor; ¿con qué intento llenan el aposento de la turba de los dioses, cuando le desocupan y se van de allí aun los paraninfos y padrinos? ¿No es para que, considerándolos presentes, tengan más cuidado de la honestidad, sino para que á las mujeres, que por su condición son flacas, y por la novedad están temerosas, con el auxilio de estos dioses, sin dificultad alguna se les quite la virginidad; porque allí se hallan la diosa Virginense, y el dios padre Subigo, la diosa madre Prema y la diosa Partunda y Venus y Priapo? ¿Qué es esto? Si era menester que los dioses ayudaran en aquel acto al hombre, ¿no bastaba uno solo ó una sola? ¿Por ventura era poco sola Venus, la que dicen se llamó así por que sin su virtud é impulso la mujer no deja de ser doncella? Si hay algún pudor en los hombres que no se reconoce en los dioses, ¿acaso cuando creen los casados que se hallan allí presentes tantos dioses y diosas, todos ocupados en aquella operación, no se ruborizan de modo que él haga menos instancia, y ella mayor resistencia? Y, ciertamente, si está presente la diosa Virginense para desatar la zona ó faja á la doncella; si está presente el dios Subigo para que se rinda al esposo; si está presente la diosa Premia para que rinda la prema, conciba y para, la diosa Partunda, ¿qué papel hace allí? Tenga vergüenza, sálgase afuera, haga también alguna cosa el novio. Acción muy torpe y deshonesta es que lo que suena el nombre de ella, que es dar el parto, lo haga otro que el novio: pero quizás la toleran y dejan, porque dicen es diosa y no dios; pues si se entiende que era varón, y se llamará Partundo, fuera necesario que pidiera mayor favor y socorro contra él el marido por la honra de su

mujer, que la parida contra Silvano. Váyanse, pues, y procuren distinguir y diferenciar con la sutileza é ingeniosidad que pudieren la teología civil de la fabulosa, las ciudades de los teatros, los templos de las escenas, los sacramentos de los pontífices, de los versos de los poetas, como á cosas honestas de las torpes, las verdaderas de las falsas, las graves de las livianas, las veras de las burlas, y las que se deben desear de las que se deben huir. Bien entendemos que pretenden lo que conocen, que la teología teátrica y fabulosa depende de la civil, y que de los versos de los poetas, como de un espejo cristalino, resulta su retrato; y por eso cuando hablan de ésta, que no se atreven á condenar, con más libertad arguyen y reprenden á aquélla, que es su imagen, para que los que advierten sus deseos, voluntad y solicitudes abominen también el mismo original de ésta, cuyo dechado é imagen es aquélla, la cual, con todo, los mismos dioses, viéndose en ella como en un mismo espejo la aman; de modo que se descubre y echa de ver mejor en ambos lo que ellos son, y que tales son: y así también, con terribles amenazas, forzaron á los que los adoraban á que les dedicasen las impurezas de la teología fabulosa, la pusiesen en sus solemnidades y la tuviesen entre sus cosas sagradas, en lo que, por una parte, nos enseñaron con la mayor evidencia que ellos eran unos espíritus torpes, y, por otra, á la teología teátrica, tan abatida y reprobada, la hicieron miembro y parte de la civil, que es en cierto modo escogida y aprobada, para que, siendo toda ella generalmente obscena y engañosa, y estando llena en sí misma de dioses fingidos y comenticios, una parte estuviese en la liturgia de los sacerdotes y otra en los versos de los poetas; y si contiene igualmente otras partes más, es otra cuestión: por ahora, por lo que respecta á la división de Varrón, me parece que bastante-

mente he demostrado cómo la teología urbana y teátrica pertenece á una misma civil: y, así, participando ambas de unas mismas torpezas absurdas, impropiedades y falsedades, no hay motivo para que personas religiosas y piadosas imaginen esperar de la una ó de la otra la vida eterna: finalmente, hasta el mismo Varrón refiere y numera los dioses, comenzando desde la concepción del hombre, y principiando por Jano, este orden le continuúa y llega con él hasta la muerte del hombre decrepito, y concluye con los dioses, que pertenecen al mismo hombre, hasta llegar á la diosa Nenia, que se canta en los entierros de los ancianos: después sigue declarando otros dioses que pertenecen, no al mismo hombre, sino á las cosas que son privativas del hombre, como es el sustento, el vestido y todó lo demás que es necesario para la vida humana, manifestando en todos estos ramos cuál es el oficio de cada uno, y por qué se debe acudir y suplicar á cada uno de ellos; pero con toda esta su exactitud y curiosidad, no se hallará que demostró ó nombró un solo Dios á quien se deba pedir la vida eterna, por cuya consecución solamente somos en la realidad cristianos. En vista de esto, ¿quien será tan estúpido que no advierta que este hombre, declarando con tanta prolijidad la teología civil, manifestando que es tan semejante á la fabulosa, impía, detestable é ignominiosa, é indicando con sobrada evidencia que la fabulosa es parte de ésta, no hace sino disponer y aprestar lugar en los corazones de los hombres á la natural, la cual, dice, pertenece á los filósofos, lo que desempeña con tanta sutileza que reprende y condena abiertamente la fabulosa; y aunque no se atreve á motejar la civil, no obstante, al tiempo de declararla y examinarla muestra cómo es reprehensible; y así, reprobada la una y la otra á juicio de los que lo entienden bien, queda sola la natural, para que usemos de ella: de lo

cual, con el auxilio del verdadero Dios, en su favor trataremos con más extensión?

CAPÍTULO X

De la libertad con que Séneca reprendió la teología civil, con más vigor que Varrón la fabulosa.

Pero la libertad que faltó á Varrón para reprender á cara descubierta y con desahogo, como á la otra, esta teología urbana tan parecida á la teátrica, no faltó, aunque no del todo, pero sí en alguna parte, á Anneo Séneca, que por varios indicios sabemos floreció en tiempo de nuestros santos apóstoles, porque la tuvo en la pluma aunque le faltó en la vida; y así en el libro que escribió contra las supersticiones, más abundantemente y con mayor vehemencia reprende esta teología civil y urbana, que Varrón la teátrica y fabulosa; pues tratando de los simulacros: «dedican, dice, á los dioses sagrados, inmortales é inviolables en materia vilísima é inmovil, vistiéndolos de formas propias de hombres, fieras y peces, y á algunos los hacen de ambos sexos y de diferentes cuerpos, llamándolos dioses, los cuales, si tomaran espíritu y vida y de improviso los encuentran, los tuvieran por monstruos». Después, un poco más abajo, habiendo referido los dictámenes de algunos filósofos, y celebrando la teología natural, se opuso á sí mismo una duda, y dice: «Aquí dirá alguno: ¿he de creer yo que el cielo y la tierra son dioses, y que hay unos sobre la luna y debajo otros? ¿He de sufrir yo á Platón ó al peripatético Estratón, que el uno hizo á Dios sin cuerpo, y el otro sin alma?» Y respondiendo á este argumento dice: «¿Te parecen más verdaderos los

sueños de Tito Tacio, ó los de Rómulo, ó los de Tulio Hostilio? Tito Tacio dedicó á la diosa Cloacina, Rómulo á Pico Tiberino, Hostilio al pavor y al palor ó amarillez, afectos pestilenciales del hombre, de los cuales el uno es un movimiento ó alteración del ánimo espantado y despavorido, y el otro del cuerpo, y aun no es enfermedad, sino color; ¿y has de creer que éstos son dioses, canonizándolos y colocándolos en el cielo? De los mismos ritos atroces y torpes, ¿acaso no escribió también con la mayor libertad?» El uno, dice, se corta las partes que tiene de hombre, y el otro los morcillos de los brazos: ¿cómo ó cuándo temen á los dioses airados los que así granjean y los lisonjean los propicios? Parece que por ningún motivo se deben reverenciar los dioses, si es que igualmente quieren se les tribute este honor. Tan grande es el furor y desvarío de un juicio perturbado y sacado de sus quicios, que piensan aplacar á los dioses con sacrificios tales, que ni aun los hombres más bárbaros, traídos por argumento de fábulas y tragedias crueles, se muestran más inhumanos y atroces que ellos. Los tiranos, aunque hicieron pedazos los miembros de algunos, sin embargo, á nadie mandaron que se los despedazase á sí propio. Á algunos han castrado por contemplar ó contemporizarse con el apetito sensual de algunos príncipes; más ninguno puso en sí mismo las manos por mandato de algún señor para dejar de ser hombres. Á sí propios se despedazaron en los templos, y bañados en su propia sangre y mortales heridas, imploran el favor de sus mentidas deidades: si alguno tiene lugar de ver lo que hacen y lo que padecen, advertirá acciones tan indecentes é impropias de los honestos, tan indignas de los libertinos, tan semejantes y contrarias á las de los cuerdos y sensatos, que no dudaría decir que están dementes y furiosos si fueron menos en número; pero ahora, la numerosa

multitud de fanáticos que corren alucinados por todas partes sirve para que los defiendan y tengan por juiciosos: pues lo que insinúa que pasa en el mismo Capitolio, y lo que, sin miedo alguno reprende acremente, ¿quién creerá que lo ejecutan, sino personas que escarnecen de ello ó que están furiosas? Y así, habiéndose reído porque en las funciones sagradas de los egipcios lloraban el haber perdido á Osiris, y luego inmediatamente manifestaban particular alegría de haberle hallado, viendo que el perderle y el hallarle era fingido; aunque el dolor y alegría de los que nada perdieron y nada hallaron, realmente le representaban: «con todo, 'dice, esta locura y furor tiene su tiempo limitado; es tolerable volverse locos una vez en el año. Vine al Capitolio; vergüenza causará el descubrir la demencia que el desatino, y un furor ridículo y propio de entusiastas ha tomado por oficio: uno hace como que rinde y sujeta los dioses á Dios, otro se ocupa en avisar á Júpiter las horas, otro se muestra que es lictor, otro untador, que con un irrisible menear de brazos contrahace al que unta. Hay algunas mujeres que fingen están aderezando los cabellos á Juno y á Minerva, y estando no sólo lejos del simulacro, sino del templo, mueven sus dedos como quien está componiendo y tocando á otra. Hay otras que tienen el espejo, otras que llaman á los dioses para que les favorezcan en sus pleitos. Hay quien les ofrece memoriales y les informa de su causa: un excelente Archi-mimo, autor de los representantes, anciano ya decrépito, cada día iba á recitar en el Capitolio, como si los dioses oyeran de buena gana al que los hombres habían ya dejado. Allí vereis ociosos todo género de oficiales, asistiendo al servicio de los dioses inmortales.» Y poco después dice: «estos, aunque ofrecen á Dios un ministerio superfluo y excusado, sin embargo, no es torpe ni infame: hay algunas mujeres que están senta-

das en el Capitolio, persuadidas de que Júpiter está enamorado de ellas, sin tener respeto ni miedo á Juno, no obstante de ser (si quisieréis creer á los poetas) una diosa colérica é iracunda. Esta libertad no la tuvo Varrón; sólo se atrevió á reprender la teología poética, sin meterse con la civil, á la que éste autorizó con nervio y eficacia. Con todo, si atendiéramos á la verdad, peores son los templos donde se ejecutan estas abominaciones que los teatros á donde se fingen. Y así, en orden á los sacramentos de la teología civil, aconseja Séneca al sabio «que no los conserve religiosamente en el corazón, sino que los finja en las obras, porque dice: todo lo cual guardará el sabio como las sanciones establecidas por la ley, pero no como agradables á los dioses.» Y poco después añade: «Pues que hacemos también casamientos con los dioses, y aun esto no es piadosa y legítimamente, por cuanto casamos á hermanos con hermanas. Á Belona casamos con Marte, á Venus con Vulcano, á Salacia con Neptuno; aunque á algunos los dejamos solteros, como si les hubiera faltado con quién ó la condición, principalmente habiendo algunas viudas como Populonia ó Fulgora, y la diosa Rumina, á quienes no me espanto no hubiese quien las pidiese. Toda esta turba plebeya de dioses, la cual por largo tiempo la coacervó y amontonó una dilatada y sucesiva superstición, la adoramos, dice, en tales términos, que parece que su culto y veneración pertenece más al uso ya adaptado.» ¿Qué hace al caso según esto? Ni aquellas sus leyes civiles, ni el uso y la costumbre instituyeron en la teología civil cosa que fuese agradable á los dioses, ó fuese de importancia; pero éste, á quien los filósofos, sus maestros, hicieron cuasi libre, como que era ilustre senador del pueblo romano, reverenciaba lo que reprendía, practicaba lo que condenaba, lo que culpaba adoraba; y, en efecto, la filo-

sofía le había enseñado adecuadas máximas para que no fuese supersticioso en el mundo; mas él, por el amor y respeto á las leyes civiles y por el uso y costumbre inveterada de las naciones, aunque no ejecutase lo que el escénico finge en el teatro, sin embargo, le imitaba en el templo, que es tanto peor y más reprehensible; pues lo que hacía por ficción, lo hacía de modo que el pueblo pensaba lo hacía de veras, y el escénico de burlas; y, fingiendo, antes deleitaba que engañaba.

CAPÍTULO XI

Lo que sintió Séneca de los judíos.

Séneca, entre otras supersticiones relativas á la teología civil, reprende igualmente los sacramentos de los judíos, con especialidad la solemnidad del sábado, diciendo que la celebran inútilmente; porque en los días que interponen cada siete días, estando ociosos, pierden casi la séptima parte de su vida, y se malbaratan muchas cosas dejándolas de hacer al tiempo que deberían: pero no se atrevió á hacer mención de los cristianos, que ya entonces eran aborrecidos de los judíos, ni en bien ni en mal, ó por no alabarlos quebrantando la antigua costumbre de su patria, ó por no reprenderlos quizás contra su voluntad; pero hablando de los judíos dice: «Y con todo eso, han cundido y prevalecido tanto las costumbres y método de vivir de esta malvada nación, que están ya recibidas por todas las provincias de la tierra, y, siendo ellos los vencidos, han dado leyes á los vencedores»: admirábase diciendo esto, y no sabía lo que Dios obraba: al fin puso su parecer, significando lo que sentía acerca de aquellos sacramentos,

y dice así: «Con todo, ellos saben y entienden las causas en que se fundan sus ritos y ceremonias, y la mayor parte del pueblo hace lo que ignora por qué lo hace»: pero sobre los sacramentos de los judíos, las causas por que fueron instituidos por la autoridad divina, la manera que se observó en su establecimiento, y cómo después por la misma autoridad en el tiempo en que convino se los abrogaron y quitaron al pueblo de Dios, á quien fué servido revelar el misterio de la vida eterna, ya en otra parte lo hemos expuesto, principalmente cuando disputamos contra los maniqueos, y en estos libros lo manifestaremos también en lugar más oportuno.

CAPÍTULO XII

Que descubierta la vanidad de los dioses de los gentiles, es, sin duda, que no pueden ellos dar á ninguno la vida eterna, pues que no importan tampoco para el ayuda de esta vida temporal.

Mas ahora acerca de estas tres teologías que los griegos llaman mítica, física y política, y en idioma latino pueden llamarse fabulosa, natural y civil, de ésta hemos demostrado que no se debe esperar la vida eterna; tampoco de la fabulosa, á la cual, aun los mismos que adoran muchos y falsos dioses, con bastante libertad reprenden; y menos de la civil, cuya parte principal se convence ser la fabulosa, descubriéndose que es muy semejante á ella y aun peor; pero si no pareciese suficiente á los incrédulos lo que hemos referido en este libro, añadido también lo que hemos dicho copiosamente en los precedentes, y especialmente en el IV, hablando

de Dios, dador y dispensador de la felicidad, porque ¿á quién debieran consagrarse los hombres por amor de la vida eterna sino sólo á la felicidad, si esta fuera diosa? Y, supuesto que no lo es, sino un don de Dios, ¿á qué Dios sino al dador de la felicidad nos hemos de consagrar los que con piadosa caridad amamos y deseamos la vida eterna, donde se halla la verdadera y completa felicidad? Que ninguno de los dioses que con tanta torpeza se reverencian, y que si no los adoran más torpemente se enojan, aunque se confiesan ellos mismos por espíritus inmundos; que ninguno de estos, digo, sea dador de la felicidad, creo que por lo que llevamos relacionado ninguno tiene que dudar; y el que no da la felicidad, ¿cómo podrá dar la vida eterna? ¿Cuál es la causa por que llamamos vida eterna aquella donde hay felicidad sin fin? Pues si el alma vive en las eternas, donde también los espíritus malignos han de ser atormentados, mejor debe ser llamada aquélla muerte eterna que vida; porque no hay muerte mayor ni más temible que aquella donde no muere la muerte; pero como la naturaleza del alma, que fué criada inmortal, no puede existir sin alguna vida, cualquiera que sea, su muerte más infausta es hallarse ajena y privada de la vida de Dios en la eternidad del tormento, de cuya doctrina se infiere que la vida eterna, esto es, la feliz y bienaventurada sin fin, sólo la da el que da la verdadera felicidad; la cual, por cuanto está demostrado que no la pueden dar los dioses que reverencia esta teología civil, por lo mismo, no sólo no se les debe venerar por el interés de las cosas temporales y terrenas, según lo manifestamos en los cinco libros anteriores, pero mucho menos por la vida eterna que esperamos después de la muerte; lo cual hemos probado en este solo libro, aprovechándonos también de las máximas establecidas en los precedentes, y por cuanto suele estar

demasiado arraigada la malicia de una envejecida costumbre, si á alguno le pareciere que hemos dicho poco en razón de condenar y desterrar esta teología civil, atienda con diligencia á lo que con el favor de Dios exploraremos en el libro siguiente.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

	Páginas.
CAPÍTULO I.—De los enemigos del nombre cristiano, y de cómo éstos fueron perdonados por los bárbaros, por reverencia de Cristo, después de haber sido vencidos en el saqueo y destrucción de Roma.	1
CAP. II.—Que jamás ha habido guerra en que los vencedores perdonasen á los vencidos por respeto y amor á los dioses de éstos.	6
CAP. III.—Cuán imprudentes fueron los romanos en creer que los dioses Penates, que no pudieron guardar á Troya, les habían de aprovechar á ellos.	8
CAP. IV.—Cómo el asilo de Juno, lugar privilegiado que había en Troya para los delincuentes, no libró á ninguno de la furia de los griegos, y cómo los templos de los Apóstoles ampararon del furor de los bárbaros á todos los que se acogieron á ellos.	11
CAP. V.—Lo que sintió Julio César sobre lo que comúnmente suelen hacer los enemigos cuando entran por fuerza en las ciudades.	13
CAP. VI.—Que ni los mismos romanos jamás entraron por fuerza en alguna ciudad de modo que perdonasen á los vencidos que se guarecían en los templos.	14
CAP. VII.—Que lo que hubo de rigor en la destrucción de Roma sucedió según el estilo de la guerra, y lo que de clemencia provino de la potencia del nombre de Cristo.	16
CAP. VIII.—De los bienes y males, que por la mayor parte son comunes á los buenos y á los malos.	17
CAP. IX.—De las causas por que castiga Dios juntamente á los buenos y á los malos.	20

CAP. X.—Que á los santos no se les pierde nada en la pérdida de las cosas temporales.....	25
CAP. XI.—Del fin de la vida temporal, ya sea breve, ya sea larga.....	30
CAP. XII.—De la sepultura de los cuerpos humanos, la que, aunque se les deniegue á los cristianos, no les quita nada.....	32
CAP. XIII.—De la forma que tienen los santos en sepultar á los cuerpos.....	35
CAP. XIV.—Del cautiverio de los Santos, y cómo jamás les faltó el divino consuelo.....	37
CAP. XV.—De Régulo, en quien hay un ejemplo de que se debe sufrir el cautiverio aun volutariamente, por la religión, lo que no pudo aprovechar por adorar á los dioses.....	38
CAP. XVI.—Si los estupros que quizá padecieron las santas doncellas en su cautiverio pudieron contaminar la virtud del ánimo sin el consentimiento de la voluntad.....	41
CAP. XVII.—De la muerte voluntaria por miedo de la pena ó deshonra.....	42
CAP. XVIII.—De la torpeza ajena y violenta que padece en su forzado cuerpo una persona contra su voluntad.....	43
CAP. XIX.—De Lucrecia, que se mató por haber sido forzada.....	46.
CAP. XX.—Que no hay autoridad que permita en ningún caso á los cristianos el quitarse á sí propios la vida.....	50
CAP. XXI.—De las muertes de hombres que se exceptúan de culpa de homicidio... ..	52
CAP. XXII.—Que en ningún caso puede llamarse á la muerte voluntaria grandeza de ánimo.....	53
CAP. XXIII.—Sobre el concepto que debe formarse del ejemplo de Catón, que, no pudiendo sufrir la victoria de César, se mató.....	54
CAP. XXIV.—Que en la virtud en que Régulo superó á Catón, se aventajan mucho más los cristianos.....	57
CAP. XXV.—Que no se debe evitar el pecado con pecado.	59
CAP. XXVI.—Cuando vemos que los Santos hicieron cosas que no son lícitas, ¿cómo debemos creer que las hicieron?.....	60

CAP. XXVII.—Si por evitar el pecado se debe tomar muerte voluntaria.....	62
CAP. XXVIII.—Por qué permitió Dios que la torpeza del enemigo pecase en los cuerpos de los continentes. .	64
CAP. XXIX.—Qué deben responder los cristianos á los infieles cuando los baldonan de que no los libró Cristo de la furia de los enemigos.....	67
CAP. XXX.—Que desean abundar de abominables prosperidades los que se quejan de los tiempos cristianos.	68
CAP. XXXI.—Con qué vicios y por qué grados fué creciendo en los romanos el deseo de reinar.....	70
CAP. XXXII.—De la institución de los juegos escénicos.	72
CAP. XXXIII.—De los vicios de los romanos, los cuales no pudo enmendar la destrucción de su patria.	73
CAP. XXXIV.—De la clemencia de Dios con que mitigó la destrucción de Roma... ..	74
CAP. XXXV.—De los hijos de la Iglesia que hay encubiertos entre los impíos, y de los falsos cristianos que hay dentro de la Iglesia.....	75
CAP. XXXVI.—De lo que se ha de tratar en el siguiente discurso.....	76

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I.—Del método que se ha de observar en exponer este tratado.....	79
CAP. II.—De las materias que se han resuelto en el primer libro.....	80
CAP. III.—De cómo piensa el Santo aprovecharse de la historia que manifiesta los trabajos acaecidos á los romanos cuando adoraban los dioses y antes que se cimentase la religión cristiana.. ..	83
CAP IV.—Que los que adoraban á los dioses jamás recibieron de ellos precepto alguno de virtud, y que en sus fiestas y ceremonias celebraron muchas torpezas y deshonestidades.....	84
CAP. V.—De las torpes deshonestidades con que honraban á la madre de los dioses sus devotos.....	86
CAP. VI.—Que los dioses de los paganos nunca establecieron doctrina para bien vivir.....	87

CAP. VII.—Que poco aprovecha lo que ha inventado la filosofía sin la autoridad divina, pues á uno que es inclinado á los vicios, más le mueve lo que hicieron los dioses que lo que los hombres averiguaron.	89
CAP. VIII.—De los juegos escénicos, adonde, aunque se referian las torpezas de los dioses, ellos no se ofenden, antes se aplacan.	91
CAP. IX.—Sobre lo que sintieron los antiguos romanos acerca de reprimir la licencia de los poetas, la cual, los griegos, siguiendo el parecer de los dioses, quisieron que fuese libre.	93
CAP. X.—De la cautela que usan los demonios para engañarnos, en querer que se cuenten sus culpas, ó falsas ó verdaderas.	95
CAP. XI.—Cómo entre los griegos admitieron á los autores escénicos al gobierno de la República, porque les pareció no era razón menospreciar á aquellos por cuyo medio aplacaban á los dioses.	96
CAP. XII.—Que los romanos, con quitar á los poetas la libertad contra los hombres que les concedieron contra los dioses, sintieron mejor de sí que de sus dioses.	98
CAP. XIII.—Que debian echar de ver los romanos que sus dioses, que gustaban los honrasen con tan torpes juegos y solemnidades, eran indignos del culto divino.	99
CAP. XIV.—Que Platón, que no admitió á los poetas en una ciudad de buenas costumbres, es mejor que los dioses que quisieron los honrasen con juegos escénicos.	101
CAP. XV.—Que los romanos hicieron para sí algunos dioses, movidos, no por razón, sino por lisonja.	104
CAP. XVI.—Que si los dioses tuvieran algún cuidado de la justicia, de su mano debieran recibir los romanos leyes é institutos para vivir, antes que pedir las prestadas á otras naciones.	105
CAP. XVII.—Del robo de las sabinas y de otras maldades que reinaron en Roma, aun en los tiempos que tenían por buenos.	106
CAP. XVIII.—Lo que escribe Salustio de las costumbres de los romanos, así de las que estaban reprimidas con el miedo, como de las que estaban sueltas y libres con la seguridad.	108
CAP. XIX.—De la corrupción que hubo en la república	

romana antes que Cristo prohibiese el culto de los dioses.....	112
CAP. XX.—Cuál es la felicidad de que quieren gozar y las costumbres con que quieren vivir los que culpan los tiempos de la religión cristiana.....	114
CAP. XXI.—Lo que sintió Cicerón de la República romana.....	116
CAP. XXII.—Que jamás cuidaron los dioses de los romanos de que no se estragase y perdiese la república por las malas costumbres.....	121
CAP. XXIII.—Que las mudanzas de las cosas temporales no dependen del favor ó contrariedad de los demonios, sino de la voluntad del verdadero Dios.....	124
CAP. XXIV.—De las proezas que hizo Sila, á quien mostraron favorecer los dioses.....	127
CAP. XXV.—Cuánto incitan á los hombres á los vicios los espíritus malignos, cuando para hacer las maldades interponen su ejemplo como una autoridad divina.....	130
CAP. XXVI.—De los avisos y consejos secretos que dieron los demonios tocante á las buenas costumbres, aprendiéndose por otra parte públicamente todo género de maldades en sus solemnidades.....	133
CAP. XXVII.—Con cuánta pérdida de la disciplina pública hayan consagrado los romanos, para aplacar á sus dioses, las torpezas de los juegos.....	136
CAP. XXVIII.—De la saludable doctrina de la religión cristiana.....	137
CAP. XXIX.—Exhortación á los romanos para que dejen el culto de los dioses.....	138

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I.—De las adversidades, las cuales sólo temen los malos, y las que siempre ha padecido el mundo mientras adoraba á los dioses.....	143
CAP. II.—Si los dioses á quienes los romanos y griegos adoraban de un mismo modo tuvieron causas por que dejasen destruir á Troya.....	144

	Páginas.
CAP. III.—Que no fué posible que se ofendiesen los dioses con el adulterio de Paris, siendo cosa muy usada entre ellos, como dicen.....	146
CAP. IV.—Del parecer de Varrón, que dijo era útil se finjan los hombres nacidos de los dioses.....	147
CAP. V.—Que no se prueba que los dioses castigaron el adulterio de Paris, pues en la madre de Rómulo le dejaron sin castigo.....	148
CAP. VI.—Del parricidio de Rómulo, el cual vengaron los dioses.....	149
CAP. VII.—De la destrucción del Ilión, el cual asoló Fimbria, capitán de Mario.....	151
CAP. VIII.—Si fuera razón encomendarse Roma á los dioses de Troya.....	153
CAP. IX.—Si la paz que hubo en tiempo de Numa se debe creer que fué por mano de los dioses.....	153
CAP. X.—Si se debió desear que el imperio romano creciese con tan rabiosas guerras, pudiendo estar no sólo quieto, sino seguro, con la traza con que creció en tiempo de Numa.....	155
CAP. XI.—De la estatua de Apolo Cumano, cuyas lágrimas se creyó que pronosticaron la destrucción de los griegos por no poderles ayudar.....	157
CAP. XII.—Cuántos dioses añadieron los romanos fuera de los que hizo Numa, cuya multitud no les ayudó ni sirvió de nada.....	159
CAP. XIII.—Con qué derecho y capitulaciones alcanzaron los romanos las primeras mujeres en casamiento.	160
CAP. XIV.—De la injusta guerra que los romanos hicieron á los albanos y de la victoria que alcanzaron por codicia de reinar.....	163
CAP. XV.—Cuál fué la vida y el fin que tuvieron los reyes de los romanos.....	168
CAP. XVI.—De los primeros cónsules que tuvieron los romanos; cómo el uno de ellos echó al otro de su patria, y después de haber cometido en Roma enormes parricidios, murió, dando la muerte á su enemigo...	172
CAP. XVII.—Las calamidades que padeció la república romana después que comenzó el imperio de los cónsules, sin que la favoreciesen los dioses que adoraba.	175
CAP. XVIII.—Cuán graves calamidades atropellaron á los romanos en tiempo de las guerras Púnicas, ha-	

biendo deseado y pedido en valde el auxilio y favor de sus dioses	181
CAP. XIX.—De los trabajos de la segunda guerra Púnica, en que se consumieron las fuerzas de una y otra parte.	184
CAP. XX.—De la destrucción de los saguntinos, á los cuales, muriendo por conservar la amistad de los romanos, no los socorrian los dioses de los romanos. . .	186
CAP. XXI.—La ingratitud que usó Roma con Scipión, su libertador, y las costumbres que hubo en ella, cuando cuenta Salustio que era muy buena.	189
CAP. XXII.—Del edicto del rey Mitridates, en que mandó matar á todos los ciudadanos romanos que se hallasen en Asia.	192
CAP. XXIII.—De los males interiores que padeció la república romana con un prodigio que precedió, que fué rabiar todos los animales de que se sirve ordinariamente el hombre.	193
CAP. XXIV.—De la discordia civil causada de las sediciones de los Gracos.	194
CAP. XXV.—Del templo que edificaron por decreto del Senado á la Concordia, en el lugar donde fueron los rompimientos y muertes.	195
CAP. XXVI.—De diversas suertes de guerras que se siguieron después que edificaron el templo de la Concordia.	197
CAP. XXVII.—De las guerras civiles de Mario y Sila. .	198
CAP. XXVIII.—Cuál fué la victoria de Sila, que fué la que vengó la crueldad de Mario.	199
CAP. XXIX.—Compara la entrada de los godos con las calamidades que padecieron los romanos, así de los galos como de los autores y caudillos de las guerras civiles.	201
CAP. XXX.—De la conexión de muchas funestas guerras que precedieron antes de la venida de Jesucristo. .	202
CAP. XXXI.—Con qué poco pudor imputan á Cristo los presentes desastres aquellos á quienes no se les permite que adoren á sus dioses, habiendo habido tantas calamidades en el tiempo que los adoraban.	204

LIBRO CUARTO

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—De lo que se ha dicho en el Libro primero.	209
CAP. II.—De lo que se contiene en el Libro segundo y tercero.....	211
CAP. III.—Si la grandeza del imperio que no se alcanza sino con la guerra, se debe computar entre los bienes que llaman, así de los felices como de los sabios....	213
CAP. IV.—Cuán semejantes á los latrocinios son los reinos sin justicia.	215
CAP. V.—De los gladiadores fugitivos cuyo poder vino á ser semejante á la dignidad real.....	216
CAP. VI.—De la codicia del rey Nino, que por extender su dominio fué el primero que movió guerra á sus vecinos.....	218
CAP. VII.—Si los dioses han dado ó dejado de dar su ayuda á los reinos de la tierra para sus acrecentamientos ó disminuciones.....	219
CAP. VIII.—Qué dioses piensan los romanos que le han acrecentado y conservado su imperio, habiéndoles parecido que apenas se podía encomendar á estos dioses, y á cada uno de por sí, el amparo de una sola cosa.....	221
CAP. IX.—Si la grandeza del imperio romano y el haber durado tanto se debe atribuir á Júpiter, á quien sus adoradores le tienen por el supremo de los dioses...	224
CAP. X.—Las opiniones que siguieron los que pusieron diferentes dioses en diversas partes del mundo.....	224
CAP. XI.—De muchos dioses que los maestros y doctores de los paganos defienden que es un mismo Júpiter.	228
CAP. XII.—De la opinión de los que pensaron que Dios era el ánima del mundo, y que el mundo era el cuerpo de Dios.....	231
CAP. XIII.—De los que dicen que solos los animales racionales son parte del que es un solo Dios.....	232
CAP. XIV.—Que incongruamente atribuyen á Júpiter los aumentos de los reinos, pues si, como dicen, la victoria es diosa, ¿ella sola bastará para este negocio?	233
CAP. XV.—Si conviene á los buenos querer extender su reino.....	234
CAP. XVI.—Cuál fué la causa porque, atribuyendo los	

romanos á cada cosa y á cada movimiento su dios, pusieron el templo de la Quietud fuera de las puertas de Roma.....	285
CAP. XVII.—Pregúntase, si teniendo Júpiter la suprema potestad, se debió tener por diosa á la Victoria..	286
CAP. XVIII.—Qué tal fué la traza de los que piensan que la Felicidad y la Fortuna son diosas.....	287
CAP. XIX.—De la fortuna mujeril.....	289
CAP. XX.—De la virtud y fe, á quienes los paganos honraron con templos y sacrificios, dejándose otras cosas buenas que asimismo debían adorar, si se atribuía recatadamente á las otras la divinidad.....	240
CAP. XXI.—Que los que no conocían un solo Dios, por lo menos se debieran contentar con la virtud y con la felicidad.....	241
CAP. XXII.—De la ciencia del culto de los dioses, la cual se gloria Varrón haberla él enseñado á los romanos.....	245
CAP. XXIII.—De la felicidad, á quien los romanos, con tener á muchos dioses, en mucho tiempo no adoraron con culto divino, siendo ella sola bastante en lugar de todos.....	245
CAP. XXIV.—Cómo defienden los paganos el adorar por dioses á los mismos dones de Dios.....	249
CAP. XXV.—Que se debe adorar á un sólo Dios, cuyo nombre, aunque no se sepa, con todo, se ve que es dador de la felicidad.....	250
CAP. XXVI.—De los juegos escénicos que pidieron los dioses á los que los adoraban, que se los celebrasen..	251
CAP. XXVII.—De tres géneros de dioses de que disputó el pontífice Scévola.....	253
CAP. XXVIII.—Si para alcanzar y dilatar el imperio les importó y aprovechó á los romanos el culto de sus dioses.....	255
CAP. XXIX.—De la falsedad del agüero que pareció haber pronosticado la fortaleza y estabilidad del imperio romano.....	256
CAP. XXX.—Qué es lo que confiesan acerca de lo que sienten de los dioses de los gentiles los mismos que los adoran.....	259
CAP. XXXI.—De las opiniones de Varrón, quien, aunque reprueba la persuasión que tenía el pueblo, y no	

	Páginas.
llega á alcanzar la noticia del verdadero Dios, con todo, es de parecer que se debía adorar un solo Dios.	261
CAP. XXXII.— Con qué pretexto ó razón de Estado quisieron los príncipes gentiles que perseverasen entre sus vasallos las falsas religiones.	264
CAP. XXXIII.— Que los tiempos de todos los reyes y reinos están dispuestos y ordenados por el decreto y potestad del verdadero Dios.	265
CAP. XXXIV.— Del reino de los judios, el cual instituyó y conservó el que es sólo y verdadero Dios, mientras que ellos perseveraron en la verdadera religión.	266

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO I.— Que la causa de la felicidad del imperio romano y de todos los reinos no es por acaso ni consiste en la constelación.	269
CAP. II.— De la disposición semejante y desemejante de dos mellizos.	272
CAP. III.— Del argumento que Nigidio, matemático, tomó de la rueda del ollero en la cuestión de los gemelos	274
CAP. IV.— De los hermanos gemelos Esaú y Jacob, y de la diferencia tan grande que hubo entre ellos en sus costumbres y acciones.	275
CAP. V.— Cómo se convencen los matemáticos de que la ciencia que profesan es vana.	276
CAP. VI.— De los mellizos que son de diferente sexo ó género	279
CAP. VII.— De la elección del día para tomar mujer ó para plantar ó sembrar alguna semilla en el campo. .	281
CAP. VIII.— De los que entienden por hado, no la posición de los astros, sino la conexión de las causas que penden de la voluntad divina.	283
CAP. IX.— De la presciencia de Dios, y de la libre voluntad del hombre contra la definición de Cicerón. .	285
CAP. X.— Si domina alguna necesidad en las voluntades de los hombres.	292
CAP. XI.— De la providencia universal de Dios, debajo de cuyas leyes está todo lo criado.	294

CAP. XII.—Cuáles fueron las costumbres de los antiguos romanos, con que merecieron que el verdadero Dios, aunque no le adorasen, les acrecentase su imperio.....	295
CAP. XIII.—Del amor de la alabanza, el cual, siendo vicio, le estiman por virtud, porque por él se refrenan otros mayores vicios.....	303
CAP. XIV.—De cómo se debe cercenar el deseo de la humana alabanza, porque toda la honra y gloria de los justos está puesta en Dios.....	305
CAP. XV.—Del premio temporal con que pagó Dios las costumbres de los romanos.....	308
CAP. XVI.—Del premio de los ciudadanos santos de la ciudad eterna, á quienes pueden aprovechar los ejemplos de las virtudes de los romanos.....	309
CAP. XVII.—Qué fruto sacaron los romanos con las guerras, y cuanto hicieron á los que vencieron.....	310
CAP. XVIII.—Cuán ajenos de vanagloria deban estar los cristianos, si hicieren alguna loable acción por el amor de la eterna patria, habiendo hecho tanto los romanos por la gloria humana y por la patria terrena....	312
CAP. XIX.—De la diferencia que hay entre el deseo de gloria y el deseo de señorío y del imperio.....	319
CAP. XX.—Que tan torpemente sirven las virtudes á la gloria humana como al deleite del cuerpo.....	322
CAP. XXI.—Que la disposición del imperio romano fué por mano del verdadero Dios, de quien dimana toda potestad, y con cuya providencia se gobierna todo .	324
CAP. XXII.—Que los tiempos y sucesos de las guerras penden de la voluntad de Dios.....	323
CAP. XXIII.—De la guerra en que Radagasio, rey de los godos, que adoraba á los demonios, en un día fué vencido con su poderoso ejército.....	328
CAP. XXIV.—Qué sea la felicidad, y cuán verdadera es la de los emperadores cristianos.....	330
CAP. XXV.—De las prosperidades que Dios dió al cristiano emperador Constantino.....	331
CAP. XXVI.—De la fe y religión del emperador Teodosio.....	332
CAP. XXVII.—Invectiva de San Agustín contra los envidiosos que escribieron contra los libros que él habia ya dado á luz.....	335

LIBRO SEXTO

	Páginas.
CAPÍTULO. I.—De los que dicen que adoran á los dioses no por esta vida presente, sino por la eterna....	339
CAP. II.—Qué es lo que se debe creer que sintió Varrón de los dioses de los gentiles, cuyos linajes y sacrificios de que él dió noticia fueron tales, que hubiera usado con ellos de más reverencia si del todo los hubiera pasado en silencio.....	345
CAP. III.—La división que hace Varrón de los libros que compuso de las antigüedades de las cosas humanas y divinas.....	347
CAP. IV.—Que conforme á la disputa de Varrón, entre los que adoran á los dioses, las cosas humanas son más antiguas que las divinas	349
CAP. V.—De tres géneros de teología, según Varrón fabulosa, natural y civil.....	352
CAP. VI.—De la teología mística, esto es, fabulosa y de la civil, contra Varrón.....	355
CAP. VII.—De la semejanza y conveniencia que hay entre la teología civil y fabulosa.....	359
CAP. VIII.—De las interpretaciones de las razones naturales que procuran indicar los doctores paganos en favor de sus dioses.....	363
CAP. IX.—De los oficios que cada uno de los dioses tiene.	
CAP. X.—De la libertad con que Séneca reprendió la teología civil, con más vigor que Varrón la fabulosa.	371
CAP. XI.—Lo que sintió Séneca de los judíos.....	375
CAP. XII.—Que descubierta la vanidad de los dioses de los gentiles, es, sin duda, que no pueden ellos dar á ninguno la vida eterna, pues que no importan tampoco para el ayuda de esta vida temporal.....	378



